

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA



*PERSONAJES MASCULINOS Y MASCULINIDADES EN LA NARRATIVA DE
ROSARIO CASTELLANOS*

TESIS

**QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
DOCTORA EN LETRAS MODERNAS**

PRESENTA

MARÍA AMÉRICA LUNA MARTÍNEZ

Director: Dr. Samuel Gordon Listokin

Lectores: Dra. Gloria Prado Galán

Dra. Isabel Contreras Islas

MEXICO, D.F. 2011

A esto, pues, conduce un feminismo bien entendido: a hacer de las mujeres colaboradoras eficaces de los hombres en la construcción de un mundo nuevo, luminoso, habitable para aquellos en quienes lo mejor de la humanidad se manifiesta; la inteligencia, el amor, la justicia, la laboriosidad.

Rosario Castellanos. *Juicios Sumarios*

El cambio siempre es complejo, y si queremos adaptarlo y controlarlo, tenemos que comprender exactamente lo que está en juego y no rendirnos ante los mitos del pasado, ni sobre el presente.

Jeffrey Weeks. *Sexualidad*

Índice

Introducción	4
Capítulo 1	11
La crítica literaria feminista y los estudios de género	11
1.1 Breve revisión sobre la crítica literaria feminista.....	11
1.2 Consideraciones teóricas acerca del patriarcado	28
1.3 Feminismo, patriarcado e identidades masculinas	41
1.4 Hacia una tipología de las masculinidades en la narrativa de Rosario Castellanos.	54
Capítulo 2	60
La masculinidad arrecha	60
Introducción.....	60
2.1 El machismo, ¿un rasgo de identidad nacional?.....	62
2.2 Propiedad y poder.....	70
2.3 En el nombre del padre.....	89
2.4 Familia, Cuerpo y sexualidad	102
Capítulo 3	122
La masculinidad nagüilona	122
Introducción.....	122
3.1 Los nagüilones y el fracaso	127
3.2 A la sombra de la madre	150
3.3 Cuerpo, familia y sexualidad	166
Capítulo 4	192
Masculinidad avasallada	192
Introducción.....	192
4.2 La invención del indio, la invención del otro	208
4.3 Familia, cuerpo y sexualidad	241
Conclusiones	261
Bibliografía	269

Introducción

*Se escribe a partir
de lo que se ha conseguido ser*

Simone de Beauvoir

Las mujeres que iniciamos nuestra vida universitaria al calor de los movimientos contraculturales, entre los cuales se encontraba el feminismo, llegamos de manera afortunada a las novelas y poemas de Rosario Castellanos. Sus escritos se convirtieron en una brújula, en una guía luminosa que nos permitía resignificar nuestro estar en el mundo, y comenzar a deconstruir el *eterno femenino*.

A partir de la década de los setenta, su obra: cuentos, novelas, poemas, artículos periodísticos, ensayos y teatro, fue objeto de estudio de mujeres y hombres quienes encontraban en su escritura un universo ficcional y testimonial que daba fe de la compleja existencia humana, pero en particular de la experiencia de las mujeres y de los indios. Dadas las tendencias epistemológicas de la época, la emergente crítica feminista se volcó prolíficamente en la obra de la intelectual chiapaneca.

Indagar, reflexionar acerca de la condición femenina, representó un gran avance para la teoría y práctica de las nuevas mujeres del siglo XX, que revolucionaron las estructuras económicas y políticas, y cuyo impacto fue definitivo en los ámbitos universitarios de aquí y allá, donde florecieron los centros de estudios de la mujer. Pero, la emergencia femenina también fue un desafío para algunos varones quienes se replantearon su condición masculina. Los primeros en aprovechar esta oleada de

transformaciones fueron los hombres homosexuales, cuya marginación los volvía aliados de las insumisas en su crítica al patriarcado. Asimismo, hubo hombres heterosexuales sensibles que intuyeron que el androcentrismo controlaba y victimizaba también a los varones, aunque en grados y situaciones diversas a las experimentadas por las mujeres.

En este contexto, el estudio de la condición masculina y sus representaciones en la literatura particularmente y en las artes, en general, es un campo, aún poco frecuentado en las investigaciones humanísticas en México. Afortunadamente, al abrigo del posgrado de Letras Modernas en la Universidad Iberoamericana, Margarita Tapia Arizmendi escribió en 2001, la tesis doctoral: *La configuración del personaje masculino de ficción en cuatro escritoras latinoamericanas*. La autora, aplicando algunos elementos de la crítica feminista y la propuesta hermenéutica desarrollada por Paul Ricoeur y seguida por Gloria Prado, estudia algunos personajes masculinos seleccionados entre las obras de Josefina Vicens, Luisa Josefina Hernández, Aline Pettersen y Cristina Peri Rossi. Por su parte, Ana G. Chouciño Fernández en su libro *La imagen masculina en la novela de sensibilidad hispanoamericana* (2003) se detiene en los personajes protagónicos de algunas novelas emblemáticas del siglo XIX.

Sin embargo la apuesta del trabajo que aquí se presenta está más cercano a las perspectivas desarrolladas por autores como Mark Millington: *Hombres in/visibles. La representación de la masculinidad en la ficción latinoamericana, 1920-1980*. (2007) y Robert McKee Irwin, quien ha realizado una cuidadosa labor de investigación acerca de las masculinidades, la literatura y la cultura mexicana. Entre sus obras destacan: *Bandits, captives, heroines, and saints: cultural icons of Mexico's northwest*. (2007), *The famous 41: sexuality and social control in Mexico, c. 1901*, (2003), y *Mexican*

Masculinities. (2003). Tanto Millington como McKee Irwin, reconocen la importancia de integrar un marco teórico interdisciplinario, donde convergen la crítica feminista, los estudios culturales, el psicoanálisis, la sociología de la literatura y los estudios poscoloniales, para entender el carácter dinámico de las diversas identidades varoniles y sus representaciones literarias.

Como toda gran literatura, la de Rosario Castellanos ofrece una gran cantidad de temas y problemas, que permiten tanto a los lectores en general, como a l@s investigadores y crític@s literarios en particular, ir a sus obras, una y otra vez con diversas preocupaciones y cuestionamientos. De esta manera comenzó el diseño de la investigación que ahora se presenta en las siguientes páginas. Las preguntas de investigación que lo guiaron: ¿Cuáles y cómo son las imágenes masculinas, las representaciones que de los hombres aparecen en la narrativa de Rosario Castellanos? ¿Los comportamientos de los personajes masculinos seleccionados corresponden a sus caracteres y personalidades particulares o están influenciados por el androcentrismo y otras regularidades culturales?

A partir de la lectura de *Balún Canán* y de *Oficio de Tinieblas* quedaban claras las diferencias que separaban el mundo de los amos, del de los indios. Pero un estudio detenido de las obras de nuestra autora, descubriría matices ricos e interesantes entre los personajes masculinos que daban vida a los conflictos recreados en las novelas. Por ejemplo, aunque César Argüello y Leonardo Cifuentes son dos poderosos terratenientes que se enfrentan a la crisis regional ocasionada por la reforma agraria cardenista, Argüello protagonista de *Balún Canán*, responde a la contingencia, de acuerdo a sus intereses como propietario, pero atendiendo a sus responsabilidades como esposo y

padre de familia. En cambio, Cifuentes en *Oficio de tinieblas*, obedece sólo a sus intereses personales, en consonancia con la generación de los políticos de la posrevolución.

A través de los giros del lenguaje recreado en *Balún Canán*, se pudo ir construyendo una tipología de los personajes masculinos presentes en el universo narrativo de Rosario Castellanos. Así, los terratenientes, hombres autoritarios y dominadores dan forma y contenido a la masculinidad hegemónica, aquí se llama “masculinidad arrecha”, y resulta acorde con el patriarcado feudal prevaleciente en el sureste chiapaneco de la primera mitad del siglo XX.

El privilegio de los hombres arrechos consistía no sólo en controlar la producción de sus tierras y la vida de sus familias y de los indios. En tanto grupo dominante, también regulaba y sancionaba el ser y deber ser masculinos, con un poder y rigidez, que todo aquel varón que se apartara de su normatividad era descalificado, en palabras de César Argüello, como “nagüilón”. La lectura atenta de las novelas de Rosario, así como de varios de sus cuentos entre los que desataca “El viudo Román”, permitió ubicar a ocho personajes no arrechos quienes al apartarse consciente o inconcientemente de las reglas de la virilidad hegemónica, frecuentemente son acorralados y destruidos por el androcentrismo dominante. Situaciones existenciales y conflictos expresados por tal grupo de personajes y que permitieron en este trabajo conceptualizar la llamada “masculinidad nagüilona”.

De manera similar, el comportamiento del conjunto de personajes indígenas estudiados manifiesta una interesante diversidad, pues mientras que Felipe Carranza

Pech protagonista de *Balún Canán* y Pedro González Winiktón de *Oficio de tinieblas*, expresan un fuerte liderazgo en sus comunidades, sustentado en la adopción de valores modernos como el reconocimiento y usufructo de la cultura letrada, las ideas de justicia e igualdad. El comportamiento e inteligencia de estos hombres, son la excepción que confirma la regla entre la mayoría de los indios abrumados por la pobreza, la explotación y la ignorancia. Si bien se han publicado diversos estudios que abordan la problemática de los indios en la narrativa rosariana, entre los que destaca el de María Luisa Gil Iriarte: *Testamento de Hécuba. Mujeres e indígenas en la obra de Rosario Castellanos* (1999). El interés de esta disertación es reflexionar específicamente, en el ser y deber ser de la condición varonil de los indios, que aquí se denomina “masculinidad avasallada”.

De acuerdo a lo anteriormente expuesto, *Personajes masculinos y masculinidades en la narrativa de Rosario Castellanos* se organiza de la siguiente manera: El capítulo uno denominado: “La crítica literaria feminista y los estudios de género” integra un marco teórico donde se hace una breve revisión de la crítica literaria feminista, por su importancia en el estudio de las representaciones femeninas y sus propuestas metodológicas y teóricas; de las que se parte, para el estudio de los personajes masculinos seleccionados. Se retoma con especial interés la elaboración de Teresa de Lauretis (2004), para quien el género se construye en su representación; los soportes teóricos indispensables para esclarecer el tema de las masculinidades remiten a la génesis y dinámica del patriarcado, pues en este trabajo se sostiene que, aunque la mayoría de los hombres pueden tener ventajas materiales o simbólicas dentro del androcentrismo, dada su condición masculina; variables como la edad, la raza, la preparación, la fuerza física, la religión, la preferencia sexual, pueden cambiar

considerablemente su situación de privilegios. En el mismo capítulo se destaca la importancia del pensamiento feminista en el surgimiento de los estudios de los hombres; se mencionan las principales tendencias y representantes teóricos de la cuestión masculina. Este apartado concluye con la formulación de una tipología acerca de los personajes masculinos debidos a la pluma de Rosario Castellanos, la cual se desarrolla en los siguientes capítulos.

El capítulo dos, “La masculinidad arrecha” hace un estudio detenido de los protagonistas de *Balún Canán* y *Oficio de Tinieblas*, César Argüello y Leonardo Cifuentes, respectivamente. Se parte de la importancia que durante la primera mitad del siglo XX se confirió al machismo en la estructuración del imaginario de la época, e incluso se destaca el papel que jugó en la consolidación de la identidad nacional. El acercamiento a las experiencias vitales de estos personajes, permite describir los vasos comunicantes entre la estructura del latifundio, los mecanismos de dominación patriarcal y las transformaciones de la nación mexicana en esa región del sureste. El capítulo concluye con algunas consideraciones acerca de la intimidad de los arrechos, bajo el rubro: Familia, cuerpo y sexualidad.

Las vicisitudes de los personajes des/calificados por los arrechos, como nagüilonos, son tratadas detenidamente en el capítulo tres. Se describen los mecanismos por medio de los cuales, un grupo de hombres es estigmatizado; se aborda el repudio de los machos hegemónicos hacia lo femenino, elemento sustancial para marginar a quienes, según los arrechos no son, ni pueden ser “hombres verdaderos”. El acercamiento consciente o inconsciente, de los llamados nagüilonos con las mujeres y lo femenino tiene consecuencias fatales ya que, al no ajustarse a las reglas impuestas por

los arrechos, son asesinados, se suicidan o se aíslan de toda convivencia social. El patriarcado rural es implacable con cierto tipo de hombres que no pueden ostentar una masculinidad violenta y agresiva.

El capítulo cuatro, “La masculinidad avasallada”, reflexiona acerca de experiencias de los aborígenes sojuzgados por quinientos años de dominación colonial. Se hace especial énfasis en el proceso de conformación del “ser y deber ser” de hombres, que otrora fueron fieros guerreros, y luego han sido reducidos por medio de una violencia sistemática y reiterada, a *pedazos de hombre*. Asimismo, se propone “la invención del indio”, como un recurso epistemológico, para explicar un imaginario patriarcal que justifica y legitima, las diversas estrategias de sometimiento de los indios, y el cual puede rastrearse en los personajes indígenas que aparecen en las novelas referidas, pero también en varios de los cuentos pertenecientes al libro *Ciudad Real*. El capítulo cierra recuperando las experiencias referentes a la vida familiar, afectiva y sexual de los personajes seleccionados, regularmente pautadas por la violencia.

Los resultados de este recorrido a veces asombrado, amargo o inesperado, se exponen a continuación; son producto de la certeza recurrente de la literatura; de aquella que además de propiciar el juego de los espejos, permite vislumbrar otros mundos y experiencias, ese arco iris de las múltiples y diversas identidades de hombres y mujeres, que más pronto que tarde nos permitirán abolir la desafortunada guerra de los sexos.

Metepec, julio de 2011

Capítulo 1

La crítica literaria feminista y los estudios de género

1.1 Breve revisión sobre la crítica literaria feminista

Cuando Rosario Castellanos terminó su poema *Meditación en el umbral*, con aquella frase esperanzada: “Debe haber otro modo [...] Otro modo de ser humano y libre. / Otro modo de ser”, no imaginó, que sus versos se convertirían en una especie de *mantra* del movimiento feminista internacional. Aunque en particular, es consigna inspiradora de las mujeres hispanoamericanas, que nombran así sus libros, artículos y ensayos, o la incorporan a ellos como eje temático¹. Seguramente tampoco pensó que su prolífica obra se convertiría en materia de investigación de la crítica especializada.

Nacida en la Ciudad de México, el 25 de mayo de 1925, en el seno de una familia terrateniente chiapaneca, la niña Rosario fue llevada desde su más temprana infancia a Comitán, Chiapas. Cuando la pequeña tenía ocho años, su hermano menor muere de apendicitis. Estos factores son determinantes en el desarrollo de su obra literaria, ya que la depresión de sus padres por la muerte de Benjamín, ocasionó un abandono insoportable para la futura intelectual, quien logró sobreponerse, primero, gracias al cariño de su nana y, más tarde a través de la escritura.

En la adolescencia de la hija, la familia Castellanos Figueroa, se trasladó nuevamente a la capital de la república, para que la joven pudiera seguir sus estudios,

¹ Es el caso del trabajo de María Estela Franco, *Otro modo de ser humano y libre. Semblanza psicoanalítica de Rosario Castellanos*. México: Plaza y Valdés, 1989. De un libro sobre la poesía de la chiapaneca escrito por María Luisa Gil Iriarte, *Otro modo de ser humano y libre*” Huelva: Universidad de Huelva/Publicaciones, 1997. Y también con esos versos Marcela Lagarde cierra la introducción de su libro *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. (57)

algo que realiza exitosamente, pues en 1950, culmina su formación universitaria con la tesis: *Sobre cultura femenina*. La carrera académica de Castellanos apenas comenzaba; recién titulada, consigue una beca para realizar un curso sobre Estética en España, lo que le permite además, conocer otros lugares de Europa. A su regreso a México, acepta un trabajo como profesora de un Instituto tecnológico y posteriormente labora en promoción cultural del Instituto Nacional Indigenista en Chiapas, por el cual acrecienta su conocimiento y compromiso con las culturas indígenas.

En 1957, publica *Balún Canán*, una novela autobiográfica, con ese texto, además de obtener un premio literario en su estado, Rosario inició una serie de narraciones que se consideran dentro del llamado “Ciclo de Chiapas”, denominación propuesta por el crítico Joseph Sommers en 1964, para aglutinar una serie de trabajos, cuyos autores se deslindaban de una visión estereotipada de los indios, y los presentaban en las diversas y contradictorias facetas de la condición humana. Debido a ese tratamiento que de la cuestión indígena, hicieron autores como Ricardo Pozas, María Caso Lombardo y la propia Castellanos fue como surgió tal caracterización.

Paralelamente a su obra narrativa, esta escritora había publicado varios libros de poemas y algunos ensayos sobre literatura; su particular interés en la escritura femenina, la hacen una precursora de la crítica feminista mexicana. Pero no sólo eso, su sagacidad en develar los mecanismos de opresión de las mujeres y de los indios, como consta en los cuentos reunidos en los volúmenes *Ciudad Real*, *Los convidados de agosto* y en su novela *Oficio de tinieblas*, la convirtieron, como escribió Graciela Hierro, en una de las madres simbólicas del feminismo.

La segunda mitad del siglo XX mexicano, época en la cual empieza a publicar Rosario Castellanos su obra narrativa, es un momento de cambios muy importantes en los ámbitos nacional y mundial. En México, el desarrollo industrial impulsado por el Estado, provoca transformaciones relevantes en la estructura económica de un país, que poco a poco deja de ser predominantemente agrario. En ese proceso de modernización, la participación femenina comienza a ser indispensable, no sólo en el ámbito laboral, donde las mujeres trabajan en la industria y en los servicios, sino que paulatinamente su presencia en la vida cultural y política es más visible. Hay que recordar que en octubre de 1953, el presidente Adolfo Ruiz Cortines, concedió el voto femenino, después de más de cincuenta años de lucha sufragista. Aunado a lo anterior, el descubrimiento de tecnologías anticonceptivas, como la “píldora”, fue otro elemento de indiscutible importancia en las redefiniciones de la identidad de “la mujer moderna”, quien por fin podía separar su vida sexual de los deberes reproductivos.

Desde finales de los años sesenta, comenzaron a escucharse las voces de las mujeres incómodas con los problemas derivados de una serie de mandatos sociales contradictorios, pues por un lado se las presionaba para incorporarse al nuevo proyecto de nación, mientras los medios de comunicación a través del cine, la radio y la televisión, mantenían como deseable, un modelo femenino basado en la castidad, la sumisión, el cumplimiento de los deberes maternos y hogareños. En los años setenta, la consolidación e importancia política del movimiento feminista no solamente buscó dar respuesta a los conflictos que experimentaban las mujeres al tratar de compaginar los deberes impuestos por una identidad tradicional y los requerimientos de un mundo cambiante; el cuestionamiento de las mujeres al malestar silenciado por varios milenios

puso en tela de juicio todas las áreas de formulación del conocimiento, tanto como las opciones de organización social y política.

En este contexto florecieron libros de cuentos, de poemas y novelas firmados por mujeres y, a la par de la escritura femenina, los estudios feministas sobre la literatura. Aunque las aportaciones teóricas más reconocidas se publicaron en los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, en nuestro país las reflexiones de Rosario Castellanos sobre la obra de algunas escritoras², y el señalamiento de ciertas pautas metodológicas a seguir: “el rechazo de esas falsas imágenes que los falsos espejos ofrecen a la mujer en las cerradas galerías donde su vida transcurre” (Castellanos, *Mujer* 20), marcaron el inicio para el posterior desarrollo de una vigorosa crítica feminista mexicana, como se verá más adelante. Mientras tanto, cabe señalar que *Una habitación propia* (1928) de Virginia Woolf, *El segundo sexo* (1949) de Simone de Beauvoir y *Política sexual* (1969) de Kate Millett fueron los referentes más importantes para articular la llamada crítica feminista en el mundo occidental.

Invitada, en octubre de 1928, por la Sociedad Literaria de Newnham College y la Odaa de Girton College, Cambridge, para impartir dos conferencias acerca de la novela y las mujeres, *Un cuarto propio* (2003) reúne las reflexiones de Virginia Woolf sobre ese tema, quien se plantea, de inicio, tres posibilidades para abordar la cuestión:

El título “las mujeres y la novela” podría querer decir –y vosotras podríais haber querido que dijera–, las mujeres y su manera de ser; o podría querer decir las

² Ver de Rosario Castellanos, los artículos y ensayos reunidos en sus libros: *Juicios Sumarios I, II* (1984) y *Mujer que sabe latín* (1984), donde es posible conocer sus opiniones acerca de la obra de escritoras como María Luisa Bombal, Collete y, de pensadoras como Simone de Beauvoir y Simone Weil, autoras muy importantes en la formación intelectual de Castellanos.

mujeres y la novela que ellas escriben; o podría querer decir las mujeres y la novela que se escribe sobre ellas; o podría querer decir que, de algún modo, las tres cosas están inseparablemente unidas y querríais que las considerara bajo esta luz. (24)

Pero Virginia Woolf no se queda en la mera reflexión académica que será el legado, del cual partirán tres décadas después las feministas, su experiencia personal le permite señalar la importancia de la independencia económica como un elemento que proporcione a las mujeres con vocación literaria, un ambiente adecuado para la creación. De ahí su insistencia en que las aspirantes a escritoras puedan disponer de un “cuarto propio y quinientas libras al año” (24).

Por su parte, cuando Simone de Beauvoir (1970) escribió su célebre libro, uno de los dos epígrafes seleccionados para el primer tomo, es una reflexión de Poulain de la Barre: “Todo cuanto ha sido escrito por los hombres acerca de las mujeres debe considerarse sospechoso, pues ellos son juez y parte a la vez”. Este planteamiento, da una idea de la orientación que seguirá el histórico ensayo emprendido por la pensadora francesa: revisar las ideas acerca de la mujer y lo femenino formuladas por escritores y filósofos en sus textos y convertidas en *el* canon. Que Simone de Beauvoir sustente sus análisis y reflexiones a partir de reconocidos literatos y pensadores como Leon Tolstoi, Stendhal (Marie-Henri Beyle), D. H. Lawrence, Martin Heidegger, Sigmund Freud y otros más, marcó la pauta para indagar las formas de representación de la figura femenina y de la feminidad en la literatura y en la filosofía. Adicionalmente, a partir de esa disertación, Simone de Beauvoir definió con claridad la importancia de la cultura en

la conformación del “ser y deber ser de las mujeres”, resumida en la legendaria frase: “no se nace mujer, llega una a serlo”.

En 1969, la estadounidense Kate Millett publica *Política Sexual*, un libro fundamental para la crítica literaria y el pensamiento feminista. Si la propuesta de *El Segundo sexo*, se sustentó en un análisis de la subordinación femenina a través de textos literarios y filosóficos. Kate Millett sigue esa metodología, y a partir de la lectura de escritores como Henry Miller, Norman Mailer, Jean Genet, y D. H. Lawrence conforma su teoría de la política sexual. Así lo expresa en el Prefacio de su texto (1975):

La primera parte de este ensayo gira en torno a mi afirmación de que el sexo reviste un cariz político que, las más de las veces, suele pasar inadvertido. He tratado de justificar semejante aseveración haciendo hincapié sobre la función desempeñada por ciertos conceptos, tales como el de poderío y dominio, en algunas descripciones de la actividad sexual ofrecidas por la literatura contemporánea. (XV) (Las cursivas son del original)

Las reflexiones que estas autoras plasmaron en sus obras, han sido el punto de partida de la floreciente crítica feminista de los últimos cuarenta años. En medio de los debates académicos suscitados por los más diversos enfoques en los estudios literarios, las miradas feministas aportaron nuevas perspectivas interpretativas. Con anterioridad a la publicación de *Política Sexual*, desde los comienzos de los años sesenta las activistas estadounidenses se sintieron fuertemente identificadas por la noción: *lo personal es político* desarrollada por C. Wright Mills. Cuando las estudiosas de la literatura adoptaron este postulado, el texto literario apareció cargado de connotaciones políticas,

de ahí que las teóricas se interesaron en develar las relaciones entre textualidad y sexualidad (como se lo propuso Kate Millet), cuerpo y lenguaje, texto y contexto, identidad y poder, género y cultura. (Ver cuadro 1)

Asimismo, los núcleos de estudiosas de Estados Unidos, Francia, Inglaterra e Hispanoamérica exploraron líneas de investigación diversas, según lo expone Toril Moi en su clásico *Teoría Literaria feminista* (1995). Por ejemplo, sin constituir un grupo como tal, los interesantes trabajos de Luce Irigaray, Hélène Cixous y Julia Kristeva, conforman lo que se conoce como la “Escuela francesa”. Estas investigadoras reconocen la influencia que pensadores como Sigmund Freud, Jaques Lacan, Michel Foucault y Jaques Derrida han tenido en la conformación de sus teorías que, básicamente buscan dilucidar las relaciones de la mujer con el lenguaje y la escritura. En particular, Cixous en *La risa de la medusa* (2001) plantea el surgimiento de la escritura femenina

Cuadro 1

Crítica feminista

Características generales

- Surge en algunos países de Europa y en los Estados Unidos a partir de los movimientos feministas de los años sesenta y setenta. Aunque también se inicia en América Latina.

- A partir de la noción *lo personal es político*. El texto literario aparece cargado de connotaciones políticas. Por tanto:

- Las teóricas se interesan en develar las relaciones entre:
 - textualidad y sexualidad
 - cuerpo y lenguaje
 - género y cultura
 - identidad y poder

- Se experimenta la academización del feminismo

- La intensa polémica entre las feministas deriva en la transformación del feminismo en feminismoS (feminismo de la igualdad, de la diferencia, marxista, posmoderno, ecofeminismo, etc.) cuyas representantes han desarrollado las teorías y críticas literarias de acuerdo a sus propias afinidades ideológicas.

Fuente: Investigación de la autora

como “una escritura de la diferencia”, aspecto que, sin duda alguna desarrolló Rosario Castellanos con su innovadora obra. Probablemente una de las aportaciones más interesantes de este núcleo de pensadoras es el considerar al lenguaje, como un proceso significativo. (Ver cuadro 2).

De la amplia producción teórica estadounidense, destacan las aportaciones de Elaine Showalter, quien en *A literature of their own* (1977) estudia la imagen femenina en la literatura escrita por mujeres y se adentra en los debates teóricos de la entonces naciente crítica feminista. A partir de sus reflexiones posteriores sobre el tema, propone el término “ginocrítica”, que en resumidas cuentas consiste en el “estudio de las mujeres como escritoras” (Olivares 56). Con la “ginocrítica”, Showalter pretende deslindarse de las turbulentas aguas de la crítica feminista, en tanto que para esta estudiosa, su esfuerzo por “analizar ‘los estereotipos de mujeres, el sexismo de los críticos, los papeles limitados desempeñados por las mujeres en la historia literaria’ estaba, en realidad, trabajando de cara a lo masculino” (57).

Cuadro 2

Crítica feminista Escuela francesa						
Fundadoras	Influencias	Representantes	Obras principales	Características	Aportaciones	Crítica
Simone de Beauvoir	Sigmund Freud Jean Paul Sartre	Luce Irigaray	<i>Spéculum de l'autre femme</i>	Buscan dilucidar las relaciones de la mujer con el lenguaje y la escritura	Fundan la editorial Des femmes	A pesar de su antiesencialismo caen en él
Margarite Duras	Jaques Lacan	Hélene Cixous (Argelia, 1937)	<i>La risa de la medusa</i> <i>La venue a l'écriture.</i> 1977 <i>Sorties</i> , 1975	Plantean el surgimiento de la escritura femenina como una escritura de la diferencia	Publican el periódico <i>Questions féministas</i> , 1977	
	Michel Foucault	Julia Kristeva	<i>Women's Time</i> <i>Los poderes de la perversión</i>	Propone una lingüística feminista Ve el lenguaje como un proceso significativo	Después de 1968 las mujeres feministas formaron el grupo: "Psyconalise et Politique"	
	Louis Althusser Jacques Derrida					

Fuente: investigación de la autora

Por su parte, Sandra Gilbert y Susan Gubar en *La loca del desván. La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX* (1979)), también se interesaron en estudiar los estereotipos femeninos en la narrativa, y sustentaron su trabajo, relacionando la importancia del contexto socio histórico y la situación económica en la vida de las autoras con las obras literarias escritas por ellas. (Ver cuadro 3)

La polémica ha sido rica e intensa. En nuestro país ha tenido fértiles resonancias pues en algunas instituciones de investigación y enseñanza superior, las académicas han encontrado el ambiente propicio para realizar el estudio de la escritura producida por mujeres (Ver cuadro 4). Pero al igual que las críticas de un lado u otro del mundo, las estudiosas mexicanas coinciden en integrar una perspectiva interdisciplinaria para desentrañar las particularidades de las imágenes femeninas presentes en los textos, así como los discursos, las estrategias narrativas, y otros temas. De ahí el concurso de la sociología, la psicología y la antropología cuyas aportaciones han sido importantes para explicar la dinámica de los papeles sexuales, categorización que muy pronto fue rebasada por la de “sistema sexo-género”, en tanto que a la primera se la encontraba limitada por cierto esencialismo, en un momento en que ya era incuestionable el papel de la cultura en la conformación de las identidades de hombres y mujeres. Por ejemplo, las investigaciones Robert J. Stoller expuestas en su libro *Sex and Gender* (1968), y retomadas por Kate Millett (1975), expresan:

Los diccionarios subrayan principalmente la connotación biológica de la palabra *sexo*, manifestada por expresiones tales como *relaciones sexuales* o *el sexo masculino*. De acuerdo con este sentido, el vocablo *sexo* se referirá en esta obra al sexo masculino o femenino y a los componentes biológicos que distinguen al

Cuadro 3

Crítica feminista. Escuela estadounidense						
Fundadoras	Influencias	Representantes	Obras principales	Características	Aportaciones	Crítica
Betty Friedan (<u>La mística de la feminidad</u> , 1963)	Virginia Woolf	Elaine Showalter *	<i>A literature of their own</i> (1977) <i>The new feminist criticism</i> (1985)	Interés por discutir la imagen de las mujeres en la literatura escrita por hombres (Millet), y posteriormente en la literatura escrita por mujeres.	Propone el término "ginocrítica"	A menudo han olvidado estudiar la situación especial de las mujeres negras y latinas
Kate Millett (<u>Política sexual</u> , 1969)	Simone de Beauvoir	Sandra Gilbert y Susan Gubar *	<i>The madwoman in the attic</i>	Algunas sustentan su crítica destacando la importancia del contexto socio-histórico y la situación económica en la vida del(a) autor(a) y en la obra misma.	Fundan editoriales como: Feminism Press	
Mary Ellmann (<u>Thinking about women</u> , 1969)		Ellen Moers	<i>Literary Woman</i> , 1976			
		Adrienne Rich	<i>Of Woman born: Motherhood as experience and institution. On lies, secrets and silence</i> , 1978. <i>Time The dream of a common language</i>	Representante del feminismo radical y de la diferencia. En su obra denuncia la simultaneidad de opresiones femeninas. Rescata la maternidad, los vínculos femeninos y la experiencia lesbiana		
		Anntte Kolodny	<i>Some notes on defining a feminist literary criticism</i> , 1975	Se mantiene en el terreno de la "Nueva crítica". Propone abordar el texto literario escrito desde cierta objetividad		
		Nina Baym	<i>Feminism and American Literary History</i>		Es una crítica radical a las teorías y críticas feministas por considerarlas igualmente limitantes que las derivadas del pensamiento androcéntrico	
		Teresa de Lauretis	<i>Alicia no</i>	Ha estudiado el cine y la literatura desde la semiótica y el feminismo	Elaboró el concepto de "tecnología de género"	

Fuente: Elaboración de la autora

* Para Toril Moi estas tres autoras le dan la mayoría de edad a la crítica feminista en Estados Unidos

Cuadro 4					
Crítica feminista en México					
Fundadoras	Influencias	Representantes	Obras principales	Características	Aportaciones
Rosario Castellanos	Virginia Woolf	Aralia López	<i>La espiral parece un círculo</i> <i>Sin imágenes falsas, sin falsos espejos</i>	Interés por discutir la imagen de las mujeres en la literatura escrita por hombres (Millet), y posteriormente en la literatura escrita por mujeres.	Análisis y divulgación de la literatura escrita por mujeres mexicanas
Alaíde Foppa	Simone de Beauvoir	Taller de Crítica Literaria “Diana Morán” (Gloria Prado, Ana Rosa Domenella, Luzelena Gutiérrez Aline Petterson Maricruz Castro R. Blanca Ansoleaga Nora Pasternac Margarita Tapia	<i>Territorio de Leonas. Escribir la infancia. De pesares y alegrías. Escrituras en contraste.</i> Colección Desbordar el canon.	Algunas sustentan su crítica destacando la importancia del contexto socio-histórico y la situación económica en la vida del(a) autor(a) y en la obra misma	Publicación de libros y revistas sobre literatura escrita por mujeres
	Crítica feminista de Estados Unidos	Seminario Interdisciplinario de Escritura Femenina Marina Fe Charlotte Broad Flora Bottom Argentina Rodríguez	<i>Otramente: lectura y escritura feminista</i>		Traducir y publicar algunos de los textos más importantes de la crítica feminista de Estados Unidos

Fuente: Elaboración de la autora

macho de la hembra; el adjetivo *sexual* se relacionará, pues, con la anatomía y la fisiología. Ahora bien, semejante definición no abarca ciertos aspectos esenciales de la conducta –a saber, los afectos, los pensamientos y las fantasías– que, aún hallándose ligados al sexo, no dependen de factores biológicos. *Utilizaremos el término género para designar algunos de tales fenómenos psicológicos: así como cabe hablar del sexo masculino o femenino, cabe también aludir a la masculinidad y la feminidad sin hacer referencia alguna a la anatomía o a la fisiología.* (39) (El énfasis y las cursivas son mías).

Esta tendencia enriqueció los alcances del feminismo pues los, por entonces, muy populares estudios de la mujer, se transformaron en estudios de género³. Citada por Marina Fe (1999) Charlotte Broad, explica este proceso:

Una de esas áreas de controversia en los años ochenta es el cambio de énfasis de los estudios de la mujer a los estudios de género. El cambio de la categoría de sexo a la de género permitió a las feministas explorar el condicionamiento sociohistórico, cultural y literario, y las representaciones de los seres humanos de manera más significativa; sin embargo, esto también provocó más preguntas, entre las cuales podemos mencionar los temas de “los hombres en el feminismo”. (20)

³ Atento a las tendencias del desarrollo del conocimiento, El Colegio de México, inauguró en los años ochenta el *Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer* (PIEM) cuya primera directora fue Elena Urrutia. Años después la UNAM auspició, bajo la dirección de Graciela Hierro, el *Programa Universitario de Estudios de Género* (PUEG). La constitución de ambas instituciones refleja el proceso antes descrito.

Pero no sólo, la utilización de la categoría *sistema sexo-género* en los estudios feministas abrió la posibilidad de interrogarse acerca de los procesos por medio de los cuáles se *generaban* diversas identidades femeninas y masculinas. Igualmente indispensable en la conformación de este paradigma⁴ (19) ha sido la categoría de patriarcado, entendido como el proceso civilizatorio que fundamenta la opresión de las mujeres y la desigualdad social, tal como se verá con más detalle en el siguiente apartado.

Sin embargo, para autoras como Teresa de Lauretis (2004), el sistema sexo-género también resulta inadecuado al momento de aplicarlo en las investigaciones y en la realidad misma, en tanto hace énfasis en “la diferencia sexual” y, por tanto, reproduce inexorablemente, la dicotomía hombre-mujer/amo-esclavo, sin posibilidad de superarla:

La primera limitación de la(s) “diferencia(s) sexual(es)” es, entonces, que constriñe(n) el pensamiento crítico feminista dentro del marco conceptual de una oposición universal de los sexos (la mujer como la diferencia con respecto al hombre, ambos universalizados; o la mujer simplemente como diferencia, y así igualmente universalizados), lo que hace que sea muy difícil, si no imposible, articular las diferencias de las mujeres con respecto a la Mujer, es decir, las diferencias *entre las mujeres* [...]

Una segunda limitación de la noción de diferencia(s) sexual(es) es que [...] tiende a re-contener o recuperar el potencial epistemológico radical del pensamiento feminista dentro de los muros de la morada del amo [...] Con

⁴ Utilizaré el concepto de paradigma de acuerdo a lo expuesto por Thomas Khun (1986): “Considero a estos (los paradigmas) como realizaciones científicas universalmente reconocidas que, durante cierto tiempo, proporcionan modelos de problemas y soluciones a una comunidad científica”. (13)

potencial epistemológico radical me refiero a posibilidad, ya emergente en los escritos feministas de la década de los ochenta, de concebir al sujeto social, y las relaciones de la subjetividad con lo social, de otra manera: *un sujeto constituido en el género, aunque no por la sola diferencia sexual, sino más bien a través de las lenguas y las representaciones culturales; un sujeto gener-ado en la experiencia de las relaciones de raza y de clase así como en las de sexo; un sujeto, por tanto, no unificado sino múltiple, no dividido sino contradictorio.* (204-5) (Las cursivas y el énfasis son míos)

Este planteamiento que se detiene en la importancia de reconocer las interrelaciones del lenguaje y las representaciones culturales, sin excluir los factores raciales, sexuales y de clase, y da un contenido específico a la construcción del género, del *sujeto gener-ado* (construido, producido) que, entonces, será posible reconocer en su plena diversidad y contradicción. Una perspectiva que resulta muy adecuada para emprender el estudio de las “formas de ser hombre”, que encarnan los personajes masculinos trazados por Rosario Castellanos.

Con base en una interesante trayectoria investigativa sobre feminismo, semiótica, cine y literatura, De Lauretis expresa sus desacuerdos con el sistema sexo-género y se da a la tarea de elaborar su propio *corpus* teórico: “la tecnología del género”, en cuya estructuración, según expresa, está en deuda con Michel Foucault. En su libro *Historia de la sexualidad (tomo 1)*, el pensador francés articula el concepto de *tecnología del sexo*, que para sorpresa de los biólogos, explica la importancia de la cultura en la conformación de las ideas y prácticas en torno de la sexualidad. A partir de

lo cual, De Lauretis decide elaborar la categoría tecnología del género, porque según ella, Foucault no se detiene suficientemente en las particularidades genéricas:

Pero hay que decir de entrada, y de ahí el título de este ensayo, que pensar en el género como el producto y el proceso de una serie de tecnologías sociales, de aparatos tecno-sociales o bio-médicos, es ir más lejos que Foucault, puesto que su interpretación crítica de la tecnología del sexo no tomó en consideración su demanda diferencial de sujetos masculinos y femeninos y al ignorar las inversiones contradictorias de hombres y mujeres en los discursos y las prácticas de la sexualidad, la teoría de Foucault, de hecho, excluye, aunque no la impida, la consideración de género. (205)

Pero, ¿cuáles son los elementos que hacen de la perspectiva de Lauretis, un enfoque adecuado a propósito de estudiar los personajes masculinos en la narrativa de Rosario Castellanos? Para De Lauretis, el género se construye en su representación, y esa construcción está ligada a los diversos sistemas teóricos, ideológicos, sociales y simbólicos como el cine, la cultura popular y en este caso la literatura. Resulta interesante, ver con cierto detalle, el desarrollo de este postulado:

1. ***El género es (una) representación***, lo cual no quiere decir que no tenga implicaciones concretas o reales, tanto sociales como subjetivas, para la vida material de las personas.
2. Al contrario, ***la representación del género es su construcción*** y, en sentido más simple, se puede decir que todo el arte y la alta cultura occidentales son el grabado de la historia de esa construcción.

3. La construcción del género se produce hoy tan afanosamente como en tiempos anteriores, por ejemplo, en la época victoriana. Y se produce no sólo donde uno esperaría que lo hiciera –en los medios de comunicación, las escuelas públicas y privadas, los juzgados, la familia, ya sea nuclear o extendida o monoparental en fin, en lo que Louis Althusser ha llamado “los aparatos ideológicos del Estado”– sino también, aunque de manera más evidente, en la academia, en la comunidad intelectual, en las prácticas artísticas y teorías radicales de vanguardia, incluso, y de hecho especialmente, en el feminismo.
4. Paradójicamente, por tanto, la construcción del género se efectúa también mediante su deconstrucción; es decir, mediante cualquier discurso, feminista o no, que lo descarte como distorsión ideológica. El género, al igual que lo real, no es sólo el efecto de la representación sino también su exceso, lo que queda fuera del discurso como un trauma potencial que puede quebrar o desestabilizar, si no es contenido, cualquier representación. (206) (El énfasis y las cursivas son mías)

Complementario a este enfoque, es indispensable referir la discusión sobre el origen y dinámica del patriarcado, en tanto es una estructura compleja, donde no sólo se origina la opresión de las mujeres, sino donde también se ejerce la dominación, marginación y explotación económica de ciertos grupos de hombres.

1.2 Consideraciones teóricas acerca del patriarcado

Y se fue desmoronando como si fuera un montón de piedras

Juan Rulfo, *Pedro Páramo*.

Antes de que se convirtiera en uno de los fundamentos teórico-analíticos del feminismo, la categoría patriarcado fue estudiada por las disciplinas socio-antropológicas para explicar el desarrollo de la civilización humana. A partir de los interesantes descubrimientos etnográficos realizados en el siglo XIX, autores como Carlos Marx (*La Ideología Alemana*), Johann Jakob Bachofen (*The mothers*) y Federico Engels (*El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*) establecieron concluyentes interpretaciones históricas, donde por primera vez, en varios milenios se postularon ideas sobre la variabilidad en los papeles sexuales de una sociedad a otra. El revuelo que causó el descubrimiento de ciertas evidencias, acerca de la existencia de grupos humanos sustentados en la línea materna de descendencia, fue considerable. Más aún, cuando en plena época victoriana, esos estudios aludían a las costumbres sexuales de los llamados pueblos primitivos y reconocían las prerrogativas femeninas para disfrutar una vida sexual más libre o describían las formas particulares de ejercer la paternidad. Esas investigaciones también revelaban la existencia de sociedades donde la familia nuclear no siempre fue la célula social que el mundo moderno industrial trataba de impulsar como modelo.

Entre otras aportaciones, *La Ideología Alemana* de Marx señaló la importancia de las mujeres en la comunidad primitiva como *productoras* de seres humanos, articulando su concepto de la “división sexual del trabajo”, y confiriéndole a la *reproducción* una importancia económica e histórica, en un momento en que a las mujeres, sólo se las reconocía en el ámbito doméstico. Por su parte, en su libro clásico *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, Engels explicó la correlación entre el surgimiento del estado y el de la familia patriarcal. El sociólogo alemán, expuso la evolución histórica de distintos tipos de familia, para plantear que la consolidación de

la familia patriarcal fue indispensable en una sociedad, donde por medio de la violencia un grupo de hombres se apropió de los medios de producción (la tierra y sus riquezas) y del trabajo de hombres, mujeres y niños, imponiendo el esclavismo. Según este autor, la consolidación de la familia patriarcal tuvo funestas consecuencias para las mujeres, ya que perdieron el control de sus cuerpos, y a partir de entonces su sexualidad estuvo regulada por las necesidades de un marido, de un amo que en ciertos casos requería de herederos que continuaran su estirpe y dominio, y en otros, se necesitaba procrear hijos para involucrarlos, con su trabajo, en el mantenimiento de la unidad familiar.

En la actualidad, los planteamientos de Engels han sido cuestionados, tanto por los más recientes descubrimientos etnológicos como por diversas teóricas feministas en lo que se refiere al determinismo económico que permea la tesis del científico alemán, ya que para este simpatizante de la emancipación de las mujeres, por el sólo hecho de ingresar al mercado de laboral, las trabajadoras irían adquiriendo autonomía en la vida social y en su mundo afectivo, y eso transformaría equitativamente las relaciones entre hombres y mujeres, procurando su realización personal. Aunque el proceso descrito por Engels se fue consolidando dentro de la sociedad capitalista, éste no trajo a las mujeres las ventajas esperadas. Sin embargo, me parece que su explicación sobre la simultaneidad del origen de la sociedad de clases y el patriarcado, es pertinente para entender los mecanismos de la explotación de los grupos dominados y la opresión de los hombres y de las mujeres en particular.

Años después, según refiere Marina Fe (1999), Claude Lévi-Strauss, integrante de una nueva generación de antropólogos, fue más radical que sus antecesores, al relacionar la dominación masculina con el origen remoto del patriarcado, y conferirle a

este proceso una antigüedad anterior al de la sociedad clasista: Me atrevería a decir que incluso antes de que existiera la esclavitud o la dominación de clases, los hombres consolidaron una perspectiva sobre las mujeres que algún día serviría para introducir diferencias entre nosotros” (38)

Atenta a esta discusión Victoria Sau (2001), polemiza con los planteamientos del sociólogo Goldberg, en su polémico libro *La inevitabilidad del patriarcado* (1973) el investigador resalta las idealizadas “bondades” de esta estructura económica cultural, señalando: “En el fondo de todo, la tarea del hombre es proteger a la mujer y la de la mujer proteger al niño” (24). Algo que tanto las antiguas mitologías, como las recientes estadísticas sobre violencia familiar, desmienten enfáticamente.

Pero, para las feministas, las investigaciones históricas y etnográficas recientes son contundentes, y para algunas no es el altruismo, sino la violencia, el factor determinante en la conformación del patriarcado. De hecho, Susan Brownmiller, en su estudio acerca de la violación *Contra nuestra voluntad* (1975) considera que el sometimiento de las mujeres en el matrimonio y la familia monogámica, estuvo relacionado con el temor que les causa la violación:

El miedo femenino a la violación y no una inclinación natural a la monogamia, la maternidad o el amor, fue probablemente el factor decisivo en el sometimiento original de la mujer por el hombre, la clave más importante de su dependencia histórica, su domesticación mediante el apareamiento protector [...] Parece muy razonable la hipótesis de que la violenta captura y violación de la hembra por el hombre condujo primero al establecimiento de un protectorado rudimentario, y

algo más tarde a una completa solidificación del poder masculino: el patriarcado.
(15-16)

La autora estadounidense echa abajo el mito según el cual, la violación es producto de un deseo sexual masculino incontenible, y demuestra que es ante todo, un acto de poder. Para que no queden dudas al respecto, Brownmiller, describe en el capítulo 8 de su libro, la vigencia de la violación en las cárceles masculinas, donde es una práctica utilizada por los reclusos más fuertes, para imponer jerarquías y demarcar territorios, a los internos más débiles. Algo similar, dice la autora, ocurre con el abuso sexual contra los niños.

Pero lo que sustenta al patriarcado no es solamente una política sexual, sino una estructura altamente compleja que involucra aspectos económicos, sociales, políticos y simbólicos. Victoria Sau, en su *Diccionario ideológico feminista* (2000) para abordar el tema del patriarcado, retoma la conceptualización de Dolores Reguant:

Si hay que definir el patriarcado de una manera concisa, podemos decir que es una forma de organización política, económica, religiosa y social basada en la idea de autoridad y liderazgo del varón, en la que se da el predominio de los hombres sobre las mujeres, del marido sobre la esposa, del padre sobre la madre y los hijos, de los viejos sobre los jóvenes, y de la línea de descendencia paterna sobre la materna. El patriarcado ha surgido de una toma de poder histórico por parte de los hombres, quienes se apropiaron de la sexualidad y reproducción de las mujeres y de su producto, los hijos, creando al mismo tiempo un orden

simbólico a través de los mitos y la religión que lo perpetuarían como única estructura posible. (Sau, *Diccionario vol. II 55*)

Esta autora en abierta polémica con textos como *Tótem y Tabú* de Freud, se da a la tarea de explicar el origen y la dinámica del patriarcado, a partir de definir, lo que ella llama: “Estructuras elementales del patriarcado”. Según esta investigadora, el patriarcado se fundamenta en la violencia masculina perpetrada contra la Madre, los hijos, los hermanos, y después también contra el padre. Por ello puntualiza las implicaciones de cada conducta criminal en el siguiente esquema:

1. Matricidio

Desplazamiento (muerte real y/o simbólica) de la Madre

Exclusión de las mujeres del Contrato Social (muerte política)

Maternidad impotente, no-libre, secuestrada (muerte social)

2. Filicidio

Exclusión/aceptación de hijos e hijas (el padre sólo se declara tal de los que convienen a sus intereses, desde los más mezquinos hasta los de mayor rango de Poder).

Muerte, abandono y explotación de la infancia.

Utilización sistemática, legitimada e institucionalizada de las vidas de los hijos e hijas en la(s) *guerra(s)* que los Padres sostienen entre sí por el Poder.

Infantilización de las mayorías (muerte cultural)

3. Fratricidio

Lucha a muerte de los varones entre sí para ser sucesores o *delegados* del Padre.

Competitividad y desconfianza mutuas.

Rivalidad fratricida. A menudo se sublima en las guerras de los Padres.

4. Parricidio

Asesinato de Padres puntuales que renuevan en el imaginario colectivo la fantasía de dirigirse hacia un nuevo orden social.

Algunas veces introduce mejoras para el colectivo de los varones. Las mujeres pueden obtener debido a ello «beneficios secundarios» que las confunden.

La estructura de base sigue siendo la misma porque el patriarcado va más allá de las personas concretas: es un paradigma. (El énfasis y las cursivas son mías)

Funciona como válvula de seguridad del patriarcado al producir la ilusión de que éste es atacado, vulnerable, mientras invisibiliza los tres crímenes anteriores. Por ello es el único del que es *legítimo* hablar (27).

Si se lee con atención la cita anterior, es claro que desde sus orígenes, el patriarcado establece una serie de asimetrías, no sólo en perjuicio de las mujeres, sino también contra los hombres de su misma edad, como es el caso de los hermanos y los amigos. O, de menos edad, cuando se trata de sus propios hijos, quienes al alcanzar la adultez, podrían volverse contra el padre. Aspectos que se puede rastrear en la obra rosariana y que se mostrarán en este trabajo.

De acuerdo con la descripción de las estructuras elementales del patriarcado, Victoria Sau, destaca las siguientes instituciones que lo conforman: a) Paternidad, Familia, Prostitución. b) Estado, Ejército, Iglesia. c) Derecho, Trabajo, Ciencias. Sin embargo, resulta más sistemático presentar la dinámica de esta estructura compleja, a partir de esclarecer sus funciones específicas:

Económica

Como se aludía desde el inicio desde este apartado, una de las funciones más importantes del patriarcado es la apropiación y/o el despojo de las riquezas de los bienes terrenales. Desde una perspectiva marxista, actúa controlando los llamados medios de producción (tierras, recursos naturales diversos, fábricas, comercios, bancos, financieras, telecomunicaciones, etc.) El patriarcado se sustenta en la enajenación y usufructo de la fuerza de trabajo. De acuerdo con la organización económica de la que se trate, ésta puede ser esclava, servil, asalariada, corporativizada. Organiza los ámbitos laborales, a partir de la División sexual y social del trabajo, estableciendo quienes, cómo y durante cuanto tiempo deberán realizar tales o cuales trabajos. Ejemplo de lo anterior es la conquista de América recreada de manera muy libre por Rosario Castellanos en “La muerte del tigre”, entre otros textos de la autora, donde se describe el abusivo proceso de contratación laboral llamado “enganchamiento”⁵, entre los chamulas que necesitaban trabajar en las fincas y plantaciones de la región. Y la referencia al “baldío”, institución económica derivada de la “encomienda”, que establece el trabajo semiesclavo de los indios, que éstos realizan gratuitamente (de balde) para los latifundistas, según menciona Rosario Castellanos en *Balún Canán*.

Política

El establecimiento de esas formas inequitativas de organización social, se hace mediante la violencia y/o el consenso. Y por tanto requiere de una organización *ad hoc* para lograr sus fines. El Estado sirve para legitimar su existencia, pero, para perpetuarse

⁵ El *enganchamiento* consistía en hacer firmar a los indígenas un contrato en el que prácticamente quedaban en calidad de esclavos. Por lo regular se les daba un adelanto en dinero para que sufragaran sus gastos de viaje hacia las fincas y compraran sus instrumentos de trabajo, lo que prácticamente los ataba a la tienda de raya. Este proceso se detalla en el cuento mencionado y en la novela *Oficio de Tinieblas*.

como organización política, es indispensable tanto la formulación de leyes que articulen ese “contrato social”, que deberá negociar con los poderes locales, nacionales e internacionales. Una importante prerrogativa del Estado es la formación de cuerpos policíacos y militares para prevenir, vigilar y castigar las eventuales disidencias e insurrecciones. De ahí que la revuelta indígena descrita en *Oficio de Tinieblas* no haya sido eficaz para enfrentar al Estado y terminara siendo derrotada.

Social

Este esquema económico y político resulta en una sociedad rígidamente jerarquizada en grupos humanos como las castas y las clases sociales. De ahí la necesaria refundación de la llamada célula de la sociedad, ya que al quedar abolida la importancia cultural y simbólica de la Madre, el patriarcado estructura la familia y el parentesco a partir de imponer: a) La línea paterna de descendencia, con objeto de disponer de herederos legítimos, b) El nombre del padre⁶, con la finalidad de crear un linaje y c) La imposición de la virginidad y de la monogamia a las mujeres, ya que sólo restringiendo la actividad sexual femenina, se creía tener la certeza del heredero legítimo, pero sobre todo el control sobre ellas y su capacidad reproductora.

Sexual

Al convertirse su perpetuación en un imperativo, el patriarcado necesita consagrar la heterosexualidad y la poligamia masculinas como comportamientos políticamente correctos. Lo que por supuesto no limita las prácticas homosexuales, entre

⁶ Mabel Burin (2003) se sustenta en Lacan para explicar la importancia del padre en la construcción de la subjetividad masculina: “[...] el Padre es el origen y el representante de la cultura y la ley, y si él proporciona el acceso al lenguaje es porque posee el falo [...] Tanto es así, que la hipótesis se completa señalando que la exclusión del Nombre del Padre daría lugar a la psicosis. El falo es el mayor significante, el que rige a los significantes y permite la entrada del ser humano en el orden de la cultura. Al igual que Lévi Strauss (1979), Lacan considera al patriarcado como un sistema de poder universal”. (97).

ciertos grupos, en determinadas épocas y circunstancias, como bien lo ha documentado Michele Foucault en su *Historia de la sexualidad*.

En consecuencia, establece una doble moral sexual: una privilegiada para ciertos núcleos masculinos dominantes y una restrictiva para algunos grupos de hombres (por ejemplo los otrora llamados sodomitas), y para la mayoría de las mujeres.

Dicotomiza y usufructúa la sexualidad femenina, institucionalizando la prostitución para ciertas mujeres y, preservando la castidad de otro grupo de ellas asignadas a la familia. Asimismo los hombres patriarcales tienden a relacionar la actividad sexual, con la crueldad, el pecado y el poder, como ha señalado Kate Millett (1975).

Simbólica

Para que toda la estructura anteriormente descrita pueda funcionar adecuadamente, es indispensable introyectar en las conciencias de hombres y mujeres su supuesta condición ahistórica. Es decir, hacer creer que el patriarcado es inherente a la naturaleza humana, y por tanto, no tiene principio, ni tendrá final. De ahí, la necesidad de dar significado a su *modus operandi*, a través de la autorreferencialidad y el falogocentrismo en: el lenguaje, el arte, las ciencias, las religiones y las creencias; los mitos y los rituales; los medios de comunicación, la moda y la etiqueta. (Ver cuadro 5).

Cuadro 5

**El patriarcado
Estructura y funcionamiento**

Tipo de función	Características
Económica	Apropiación de la riqueza: Medios de producción: tierras, ganado, fábricas, comercios, bancos, telecomunicaciones, etc. Fuerza de trabajo: esclava, servil, asalariada
Política	Legitima la distribución de poder y las formas de violencia en las que sustenta su funcionamiento, a través de: La formación del Estado Emisión de leyes Organización de la policía y el ejército
Social	Jerarquiza rígidamente la sociedad a través de grupos como las castas y las clases sociales Estructura la familia y el parentesco a partir de imponer: La línea paterna de descendencia El nombre del padre La monogamia para las mujeres
Sexual	Consagra la heterosexualidad y la poligamia masculina como comportamientos políticamente correctos. Lo que no limita las prácticas homosexuales Establece una doble moral sexual: una privilegiada para los hombres y una restrictiva para las mujeres Dicotomiza la sexualidad, institucionalizando la prostitución y preservando la castidad de las mujeres en la familia Tiende a relacionar la actividad sexual, con la crueldad, el pecado y el poder
Simbólica	Da significado y legitimación a su <i>modus operandi</i> , a través de la autorreferencialidad en: El Lenguaje El Arte Las ciencias y la filosofía Las religiones y las creencias Los mitos y los rituales Los medios de comunicación La moda y la etiqueta

Fuente: Elaboración de la autora

Lo anteriormente expresado no implica que, a lo largo de su historia, el patriarcado no haya estado sujeto a crisis y conflictos que modifiquen parcialmente su dinámica. La importancia política del feminismo radica en la claridad con que ha planteado la necesidad de su deconstrucción, como garantía para lograr formas de convivencia más plenas y que implican la sobrevivencia e integridad del planeta. En términos generales, se puede decir, que gran parte de la obra narrativa de Rosario Castellanos reflexiona acerca de los intersticios y contradicciones de este paradigma.

Antes de concluir este apartado, me parece alentador que en años recientes un número significativo de investigadores, se hayan percatado de las graves implicaciones de la permanencia histórica del patriarcado. Tal es el caso Ernst Borneman (1975), quien es contundente en cuanto al futuro: “La atroz *guerra de los sexos* que el patriarcado considera *natural e inmutable* terminará sea por la destrucción de la humanidad, sea por la renuncia a la división de la humanidad en dos categorías determinadas por el sexo”. (Sau, *Diccionario vol II* 59)

Victor Seidler, Mathew C. Gutmann, Michel Kimmel, Robert W. Connell, Michael Kaufman, Claudio Naranjo y muchos otros escritores y pensadores, agrupados en los llamados “estudios de las masculinidades”, han tratado de hacer visibles los efectos que el patriarcado ha causado en los hombres; punto que se expondrá a continuación.

1.3 Feminismo, patriarcado e identidades masculinas

Al cambiar la concepción de la feminidad,

la masculinidad se ha desestabilizado

Cristina Alsina y Laura Borrás

El patriarcado en tanto paradigma organiza contradictoriamente la totalidad de la vida humana y, aunque en términos generales, los varones son los principales beneficiarios de esa organización al establecer la desigualdad económica, política y social, como su fundamento, esto resulta también, en la ausencia de prerrogativas para un número significativo de “otros” hombres. La “otredad” está signada por la diferencia o conjunto de diferencias debidas al color de la piel, la clase social, el lenguaje, la edad, el tipo de creencias, costumbres, vestimentas y alimentación. Bajo el patriarcado, cualquier diferencia, se transforma en asimetría, en motivo para dominar y sojuzgar. De modo que es importante enunciar lo obvio: “no todos los hombres son iguales”. Por lo que no se puede hablar de “la” masculinidad, sino de las diversas formas en las que se expresa “el ser y deber ser de los varones”.

Habrá que reconocer que el desarrollo de los estudios de género de los hombres se explica, en gran medida, por la revolución cultural suscitada por las mujeres del siglo XX. El feminismo no solamente influyó el mundo académico, sino que fue impulsor de profundas “transformaciones interpersonales” que modificaron la organización familiar, las relaciones de pareja, las relaciones entre mujeres y con ellas mismas. También de “transformaciones institucionales” que tuvieron repercusiones en el ámbito del derecho,

tales como la legalización del aborto y el divorcio en algunos países donde estaban prohibidos y mayores penalizaciones para los violadores, entre las más importantes.

De la misma manera influyó en el diseño de políticas públicas encaminadas a mejorar la condición femenina, como campañas sobre educación sexual y salud reproductiva, ampliación de la cobertura de guarderías, campañas de prevención a la violencia familiar, entre otras. Reconocerse en el pasado y reinventarse en el presente, fue la prioridad y el desafío de cientos de mujeres. Como lo han señalado, un importante número de teóricos y escritores, este movimiento radical, incidió en el replanteamiento de las creencias y prácticas sociales sobre lo masculino.

Ante estos cambios, y frente al cuestionamiento sistemático y profundo de un orden que se creía inmutable, algunos hombres, como los homosexuales también pusieron en tela de juicio las formas hegemónicas de las masculinidades patriarcales, y se arriesgaron a “salir del closet”⁷, para reclamar su pleno reconocimiento social y reivindicar con orgullo su opción sexual. De esta manera, junto a la “cuestión gay”, se reconocieron otras formas de ser de las personas. Los bisexuales, los travestis, los transexuales, van a encontrarse cómodos en el llamado mundo *queer*, quienes también desarrollaron sus planteamientos teóricos, y pusieron a temblar los esquemas tradicionales del imaginario social prevaleciente. Héctor Domínguez Ruvalcaba, investigador mexicano sobre estudios queer entrevistado por Antonio Medina en el suplemento *Letra S* del periódico *La Jornada* (2003) explica este proceso:

⁷ Una metáfora muy elocuente para nombrar su condición marginal y oprimida. Para nombrar su cautiverio.

Lo queer nace como oposición política al movimiento gay. Lo queer vendría a ser el cuestionamiento de los binarismos homosexual/heterosexual y *entonces tendería hacia la multiplicación de las sexualidades* [...] Nosotros pensamos muchas veces que el travesti es una categoría sexual y en realidad es una categoría cultural, transformativa; no sé si el travesti haga sexo, pero en todo caso no se le define por tal, se le define por trasvertirse... (4) (Las cursivas son mías)

Paralelamente, se fue configurando una generación de hombres heterosexuales que habían vivido el radicalismo de los movimientos contraculturales de la década de los sesenta tales como: el rock, el hipismo, la psicodelia, el Black power, las movilizaciones contra la guerra de Vietnam⁸, y por supuesto las insurrecciones femenina y homosexual. Este núcleo masculino en crisis encontró en los cuestionamientos a la familia, a la escuela, al manicomio y al hospital, expresados en los libros de David Cooper, R. D. Laing, Ivan Illich, Thomas Szasz, Wilhem Reich y otros, algunas respuestas ante la multitud de transformaciones en la civilización occidental, y que afectaban en particular, sus estilos y formas de ser hombres. Así lo reconoce, Victor Seidler uno de los más importantes teóricos de las masculinidades, en entrevista concedida a Carlos Bonfil (2000):

⁸ Las investigadoras Cristina Alsina y Laura Borrás en su artículo: “Masculinidad y Violencia” (2000) reflexionan acerca de la guerra (norte) americana de Vietnam como un importante factor en la redefinición del modelo masculino patriarcal que enfatiza la violencia y la agresividad, como atributos deseables en los hombres “verdaderos”. La realidad de la intervención en Vietnam, mostraba otra cosa, los soldados supervivientes regresaron a Estados Unidos mutilados y vencidos, utilizaron en ocasiones sus propios cuerpos para demostrar que la guerra no refuerza la virilidad, sino que, por el contrario, evidencia el «carácter violento y deshumanizador de las estructuras políticas» patriarcales. (Segarra, *Nuevas* 11). Asimismo hay una amplia filmografía sobre el tema, de entre la extensa lista de películas realizadas en la época destacan: *Regreso a casa* (Hal Ashby, 1978), *Johny tomó su fusil* (Dalton Trumbo, 1971) *Nacido el cuatro de julio* (Oliver Stone, 1989), *Apocalipsis* (Francis Ford Coppola, 1979), *Forrest Gum* (Robert Zemeckis, 1994).

El grupo al que pertencí en los años setenta –grupo activista–, era un proyecto organizativo y tenía como propósito comprender la importancia de explorar la sexualidad. Había un aspecto terapéutico. Al desarrollarse ese grupo se dio una suerte de división entre hombres y mujeres que formaban parte del mismo: mujeres feministas, y hombres que se sentían profundamente afectados por el feminismo. Al separarse ese grupo, los varones nos quedamos juntos en un cuarto que las mujeres habían abandonado, incapaces de hablar entre nosotros, y fue un momento interesante ver cómo nuestras relaciones como hombres estaban mediadas por las mujeres y ver las dificultades que teníamos para estar entre nosotros como hombres. A partir de esa experiencia decidimos publicar una revista llamada *Achilles Heel* (Talón de Aquiles), que fue una de las primeras publicaciones sobre política sexual. (5)

A partir de asumir tales confrontaciones, y otras relacionadas con la creciente participación femenina en el mercado de trabajo, la enseñanza superior y la Academia, es que se iniciaron los estudios de género sobre los hombres. En artículos y ensayos, algunos de los cuales se publicaron en revistas como *El viejo topo* (España) o *Achilles Heel* (Inglaterra), ocasionalmente en la revista *Fem* (México), los escritores se atrevieron a reconocer, parafraseando a Simone de Beauvoir, que *no se nace hombre, llega uno a serlo*. Reconocer la importancia de la cultura en la conformación de las identidades masculinas, permitió a los varones, asumirse como *actores genéricos*. Es decir, los hombres comenzaron a reconocer toda la gama de sentimientos y sensaciones, que por milenios ocultaron con objeto de que se les considerara “hombres de verdad”.

Michael Kimmel (1992) refiere cuatro mandatos, que según el patriarcado, los hombres auténticamente viriles deben cumplir desde la más temprana edad, en todos los ámbitos de su vida:

1. “Nada de mariconadas”. Un hombre no puede hacer nada que remotamente sugiera la condición femenina, (como mostrar debilidad, sumisión, vulnerabilidad, miedo, ternura). La masculinidad es el repudio implacable de lo femenino.
2. “Sé importante”. La masculinidad se mide por el poder, el éxito, la riqueza y la posición social. Como lo afirma el dicho común “El que al terminar tiene la mayoría de las piezas, gana”.
3. “Sé fuerte como un roble”. Lo que define a un hombre es ser completamente confiable en momentos de crisis, parecer un objeto inanimado, una roca, un árbol, debe ser algo completamente estable que jamás demuestre sus sentimientos, *los muchachos no lloran*.
4. “Mándelos al infierno”. Los verdaderos hombres deben tener siempre un aura de atrevimiento, agresión, tomar riesgos y vivir al borde del abismo. Pueden y deben pasar por encima de los demás. (77-78)

Ante las múltiples dificultades que implicaba para los hombres, llevar al pie de la letra tan rígidas prescripciones, causantes de frustración, ira y dolor entre quienes buscaban su puntual cumplimiento, algunos varones inquietos formaron grupos de autoconciencia como los que habían organizado las feministas; en ellos, por primera vez se discutían, entre otros temas, sus vivencias acerca de la violencia en la familia y fuera de ella, de los obstáculos para expresar las emociones y los caminos para asumir y

disfrutar la paternidad. De esta efervescencia destacan el movimiento contra la violencia masculina denominada “lazo blanco”, fundado por Michael Kaufman en Canadá y la similar experiencia mexicana, que por más de una década emprendieron Francisco Cervantes y Ricardo Garda en el “Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias, A.C.” (CORIAC), y algunos otros experimentos autogestionarios y terapéuticos realizados en Europa, Estados Unidos y América latina.

Sin embargo, no todos los hombres que frente al cuestionamiento de las mujeres decidieron reflexionar acerca de la condición masculina, abrazaron un enfoque antipatriarcal. Como lo plantea Michael Kimmel, en su indispensable trabajo sobre el panorama de estos estudios “La producción teórica sobre la masculinidad: nuevos aportes” (1997), las tendencias investigativas para conocer a los hombres, se dieron como sigue:

1. “Los hombres y la Historia”. Dentro de esta corriente algunos investigadores se dedicaron a trabajar sobre biografías de hombres célebres, pero tratando de ver a personajes como Federico Engels, Teodoro Roosevelt, bajo el prisma de la masculinidad. Algunos otros como Carnes y Griffin en su libro *Meaning for Manhood*, hacen un recorrido por las formas de *ser hombre* en diversos ámbitos de la vida privada y el mundo público de los Estados Unidos del siglo XIX. Kimmel resalta el interés de Griffin y Carnes de no perder de vista la preeminencia del patriarcado en las vidas de los hombres estudiados.
2. “Exploraciones antropológicas”. A través de estudios etnográficos, autores como David Gilmore (*Manhood in Making*) y Barry Hewlett (*Intimate Fathers*)

buscan mostrar, tanto la diversidad cultural (investigando los llamados grupos aborígenes), así como la variabilidad en las formas de ser hombre observadas en esos grupos sociales. De esta manera demuestran la importancia de la cultura en la formación de las identidades masculinas.

3. “Teorizando las masculinidades”. Inicialmente, sociólogos, filósofos de Estados Unidos y Gran Bretaña, se interesaron en discurrir la pertinencia de ciertas fuentes teóricas para el estudio de las masculinidades. Según, Kimmell los involucrados, partieron de dos preguntas: “¿Cómo hacemos para entender la vida de los hombres? y, ¿[Habremos de] Transitar por las teorías tradicionales como el marxismo, el psicoanálisis o el feminismo, [éstas] explica[n] adecuadamente, la relación profundamente ambigua de los hombres hacia con el poder?”. Los títulos de la producción teórica citada a continuación muestran de algún modo la orientación temática de los investigadores, quienes buscan dilucidar en una primera instancia, las relaciones masculinas con el poder. Así tenemos el siguiente listado: Robert W. Connell: *Gender and Power*, Jeff Hearn *The Gender of Oppression*, Arthur Brittan: *Masculinity and Power*, Lynne Segal: *Slow motion*, Victor Seidler: *Rediscovering masculinity*, *Male Order* (Antología), *Men, Masculinities and Social Theory* (Antología), Ken Clatterabugh: *Contemporary Perspectives on Masculinity*.

4. *Los mitopoéticos*. Robert Bly, autor de *Iron John* (1991), un popular libro publicado en los noventa, sentó las bases para el desarrollo de la corriente masculinista, conocida como *Mitopoética*. A través de la interpretación de un cuento de hadas de Grimm, Bly busca explicar el proceso de individuación

masculino, con el afán de que los hombres rescaten a su “guerrero” interior. Lo interesante de la propuesta de Bly es que, paralelamente a su éxito editorial, organizó talleres y campamentos para varones, donde, según el autor, los hombres alejados de las mujeres pudieran curarse de las “heridas” producidas por el feminismo. El libro de Bly fue tan influyente, que bajo ese enfoque se publicaron *Fire in the Belly*, de Sam Keen y *La nueva masculinidad. Rey, Guerrero, Mago y Amante* (1993) de Robert Moore y Douglas Gillette. En este último, sus autores reflexionan sobre los problemas de los hombres contemporáneos, a través de analizar algunos mitos y ciertas películas. Reconocen entre otras situaciones las consecuencias de la ausencia del padre en la crianza de los niños, la falta de rituales para afianzar la masculinidad. Por desgracia su perspectiva homosocial⁹, de alguna manera atiza la confrontación entre hombres y mujeres. (132-134)

Complementario, a la revisión panorámica de Michael Kimmel, se encuentra el cuidadoso trabajo de Robert W. Connell sobre el tema. En su libro *Masculinidades* (2003) el autor australiano contempla una rica genealogía acerca de esta corriente de investigación. De manera muy sintética, cabe señalar que para Connell, el estudio de las masculinidades se ha conformado a partir de tres influencias: 1. La práctica clínica derivada del psicoanálisis. 2. Las ciencias sociales y su interés por develar la importancia de los roles. Y, 3. Los movimientos políticos de liberación sexual. (38-39)

⁹ Entiendo por concepción y/o ambiente homosocial, las perspectivas y los espacios institucionales (harem, internados, cárceles, clubes y prácticas deportivas, jerarquías eclesiásticas, policíacas y militares) y no institucionales (cafés, bares, baños, peluquerías, salones de belleza, etc.) donde se justifica, privilegia o establece la convivencia de un solo género sexual, con fines diversos.

Resulta importante señalar que, de acuerdo a la bibliografía revisada, se observan dos tendencias generales para explicar los aspectos referentes a las diferencias intragénicas y genéricas.

La *corriente* biologista iniciada en el siglo XIX, que hizo de las diferencias entre hombres y mujeres, desventajas para éstas, desarrolló creencias e interpretaciones que difícilmente se han podido sostener a lo largo del tiempo en un contexto de amplias transformaciones económicas y sociales. Por ejemplo, a pesar de la evidente falta de fuerza física, que durante mucho tiempo fue un motivo para excluir a las mujeres de ciertos trabajos, con la generalización del régimen industrial se hizo posible el ingreso de las obreras en las fábricas, aunque ellas recibieron menor salario que los hombres. No obstante el planteamiento, según el cual, las mujeres no tenían gran capacidad intelectual porque su masa cerebral pesaba menos que la masculina, o porque supuestamente el sentimentalismo obnubilaba su capacidad racional, a pesar de lo cual, Madame Curie, ganó en dos ocasiones un premio Nóbel por sus descubrimientos científicos.

Pero no solamente las mujeres fueron objeto de una discriminación en nombre de una posición pseudo científica. Todos los hombres no blancos o no cristianos fueron objeto de una ideologización de sus cuerpos y costumbres para justificar su sometimiento o su exclusión de los juegos de poder. El falocentrismo se ha nutrido de una visión europeo céntrica y racista, para formular una masculinidad sustentada en la violencia y el dominio. La construcción de la supremacía del hombre blanco, fue indispensable en la expansión imperialista que emprendieron las potencias europeas desde el siglo XV. De tal manera que los aborígenes (los no blancos) hombres y

mujeres eran sometidos brutalmente, pretextando una labor civilizadora, lo que también implicaba el surgimiento de masculinidades desiguales. De ese proceso, hay bastante que identificar en las novelas y cuentos de Rosario Castellanos.

El biologismo se complementa con el esencialismo, de larga trayectoria en el patriarcado prevaleciente, ya que desde la época de los griegos, se insiste en interpretar el mundo a través de una concepción dicotómica y jerarquizada. Si “hombre” es sinónimo de espíritu, no es extraño que de sus afanes y trabajos surja la cultura, la civilización; en ese juego de oposiciones antagónicas, la mujer es sensibilidad y cuerpo, sobre todo cuerpo, que al fin natura, debe ser sojuzgado. Pero este desprecio al cuerpo, alcanza también a los hombres que no son blancos; la ideologización del cuerpo de los indios, pero sobre todo de los negros, proporcionó elementos que justificaron su explotación. Al reconocer su gran resistencia física y divulgar la idea de “su” exagerado e incontrolado apetito sexual (atribuido a fuerzas infernales), el colonialista blanco trató de “redimirlos” por medio del trabajo esclavo. A los aborígenes americanos no les fue mejor, ya que tanto su color, como sus creencias religiosas y, sobre todo sus riquezas, dieron a los europeos pretextos suficientes para su sometimiento y su exterminio. El feminismo académico y una importante corriente de teóricos de la masculinidad han trabajado desde las más diversas disciplinas para deconstruir este pensamiento hegemónico. Lamentablemente, todavía algunos pensadores y políticos insisten que ante el hecho incontrovertible de que “biología es destino”, las cosas difícilmente podrán cambiar.

Por otro lado, desde la corriente constructivista, que reconoce el papel preponderante de la cultura en el diseño de las identidades genéricas, se puede formular

la siguiente pregunta: ¿Qué le da contenido al hecho específico de *ser hombre*? Como propone Aralia López (1995) acerca de la conformación de la identidad, en tanto compleja red de “factores psicológicos, sociales y culturales que no tienen nada que ver con la genética y que, no obstante, tiene un papel tan o más determinante que ésta” (López, *Sin* 15). Para desentrañar esa complejidad, Robert W. Connell (2003), desarrolla un modelo que permite explicar las diferentes lógicas que estructuran el género, y por tanto a las masculinidades, como prácticas sociales diversas. Veámoslo con cierto detalle:

- a) Poder. El eje principal del poder en el sistema del género europeo/americano contemporáneo es la subordinación de las mujeres y la dominación de los hombres –estructura que el Movimiento de Liberación de las Mujeres denominó patriarcado–.
- b) Producción. Una economía capitalista que trabaja mediante una división por género del trabajo es, necesariamente, un proceso de acumulación de género. De esta forma, que sean los hombres y no mujeres quienes controlan las principales corporaciones y las grandes fortunas privadas no es un accidente estadístico, sino parte de la construcción social de la masculinidad.
- c) Cathexis. El deseo sexual es visto como natural tan a menudo que normalmente se lo excluye de la teoría social. No obstante, *cuando consideramos el deseo en términos freudianos, como energía emocional ligada a un objeto, su carácter genérico es claro*. Esto es válido tanto para el deseo heterosexual como para el homosexual. *Las prácticas que dan forma y actualizan el deseo son así un aspecto del orden genérico. En este sentido podemos formular interrogantes políticos acerca de las relaciones involucradas: si éstas son consensuales o*

coercitivas, si el placer es igualmente dado y recibido (Connell 38-39) (Las cursivas son mías).

Disponer de un modelo que integra en una perspectiva, la lógica del poder, la lógica de las relaciones de producción, pero sobre todo la del deseo sexual en la estructura y práctica de las relaciones entre los géneros sexuales, cualesquiera que éstos sean (heterosexuales, homosexuales, transexuales, bisexuales, intersexuales, etc.), permite un análisis más rico y completo de la condición varonil, ya sea de aquella proveniente de la realidad misma, o bien de las recreaciones que sobre las masculinidades, ofrece la literatura, el arte y los medios de comunicación.

Complementario al modelo anterior, investigadoras como Marcela Lagarde, Mabel Burin y Aralia López destacan la necesidad de proponer un sistema dinámico a partir del cual se puedan estudiar las particularidades que revisten las identidades y prácticas genéricas dado que hay un mundo de diferencias al abordar el estudio de las mujeres maduras dedicadas a actividades empresariales en Tokio o Nueva York hasta decidirse por indagar la condición masculina de los muchachos y niños adscritos a la “Mara salvatrucha” en las zonas fronterizas. Para explicarnos la diversidad en las identidades genéricas, es indispensable profundizar en los elementos que configuran la subjetividad de las personas y dan sentido a esos rasgos de identidad.

Acerca de las variables que conforman la **identidad**, Aralia López (1995) explica:

[Son] los factores externos y concretos que condicionan aspectos de la subjetividad, y que ordenan y clasifican socialmente a los seres humanos, como son la asignación del género sexual, la etnia o raza, la clase social, el país, la lengua, la religión, la edad, el tipo de educación y de trabajo, los grupos de adscripción, el estado civil, etcétera. Existe confusión en el uso de esos términos que, muchas veces, se manejan como intercambiables sin realmente serlo (14).

Los rasgos de identidad se plasman o encarnan en las personas a través de una serie de procesos que dan forma a su particularidad como seres humanos, a su *subjetividad*. Aralia López expresa:

[...] Entiendo por **subjetividad** las estructuras de conciencia y la actividad deseante de la persona, conformada por las normas, códigos y discursos de la sociedad y la cultura, así como por la posición que ésta ocupa en ellas. Como actividad deseante, me refiero a la concepción psicoanalítica. La subjetividad tiene que ver tanto con los deseos conscientes e inconscientes como con el sexo, el propio cuerpo, las percepciones, la sensibilidad, la inteligencia, la imaginación, la salud, etcétera: de manera esquemática puede hablarse de una especie de *arquitectura interior* que determina las formas de aprehender la realidad” (14).

A partir de establecer la interrelación de estas dos esferas: rasgos de identidad y elementos de subjetividad (ver cuadro 6), es posible entender de una manera dinámica la conformación de las diversas identidades masculinas. Constituye el punto de partida que

permite proponer una tipología que agrupa las formas de “ser y deber ser hombre”, y sus representaciones en el universo narrativo de Rosario Castellanos.

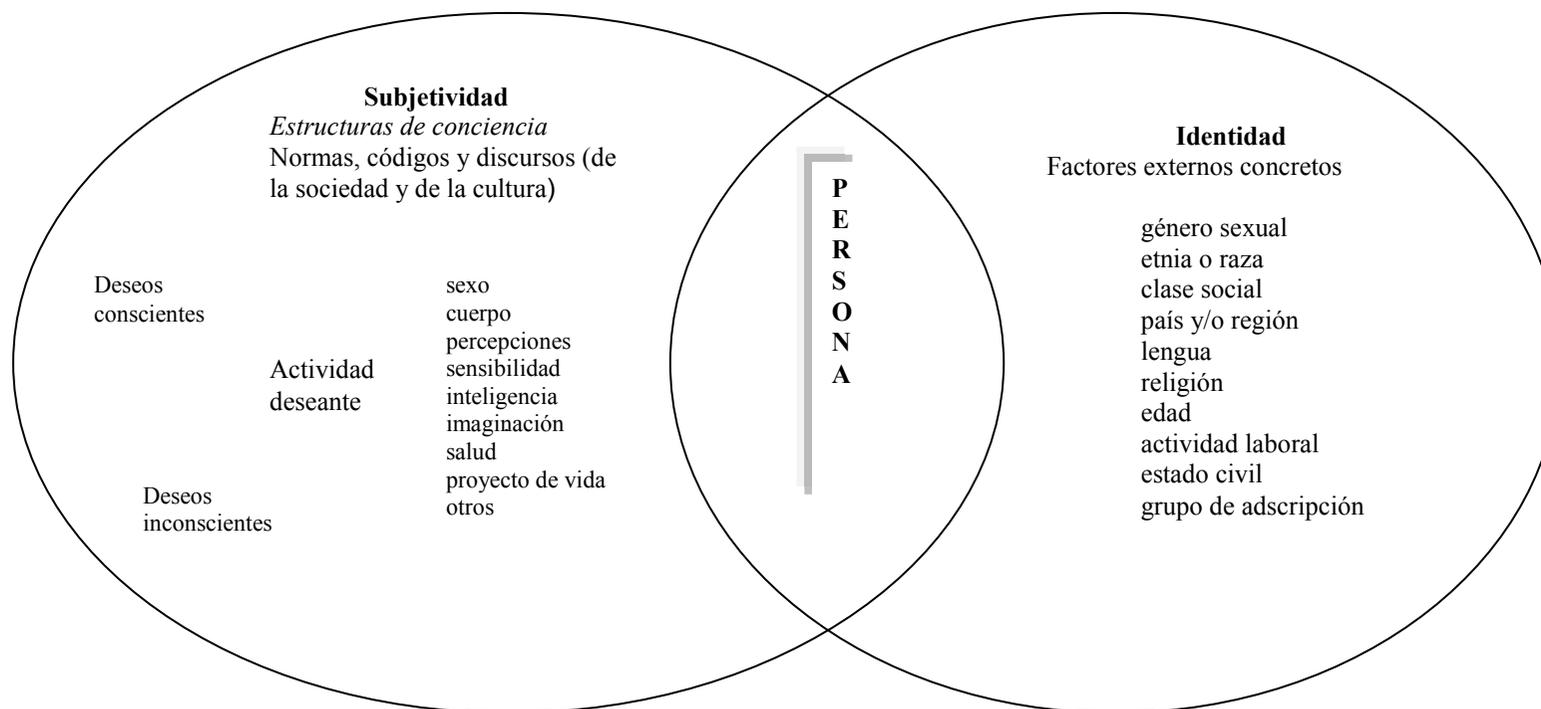
1.4 Hacia una tipología de las masculinidades en la narrativa de Rosario Castellanos.

Lo “masculino”, la “hombría”, no es un hecho dado, sino una ficción cultural.

Judith Butler

La tipología acerca de la diversidad en las formas de ser y deber ser de los hombres que se mostrará a lo largo de esta disertación, surge en primer lugar de los textos narrativos de Rosario Castellanos, en tanto que en *Balún Canán*, *Oficio de Tinieblas*, *Ciudad Real* y *Los convidados de agosto* se recrea la sociedad mexicana rural de la primera mitad del siglo XX, y en segundo término, en *Rito de Iniciación* y *Álbum de Familia*, se da cuenta del proceso de modernización experimentado por la nación. Un proceso contradictorio, que entre otros aspectos, ha cambiado radicalmente las identidades de hombres y mujeres.

Cuadro 6. Subjetividad e Identidad



Fuente: Elaborado a partir de Aralia López González en “Justificación teórica” en *Sin imágenes falsas, sin falsos espejos*. 1995: El Colegio de México/PIEM. México. p. 14

Asimismo, la tipología se construye a partir de la relación de los personajes masculinos con el patriarcado y particularmente con la masculinidad hegemónica o tradicional que prescribe un conjunto de rígidos principios que deben cumplir los aspirantes a convertirse en verdaderos hombres. De acuerdo con lo que veíamos en el apartado anterior, la virilidad está conformada por ciertas normas, comportamientos y/o actitudes que los hombres deben aceptar y practicar escrupulosamente: (Ver cuadro 7)

Cuadro 7	
Mandatos sociales acerca de lo que debe ser un hombre	
➤	Despreciar lo femenino, a las mujeres y a los homosexuales
➤	Ser fuerte
➤	Dominar
➤	Mandar
➤	Tener autoridad
➤	Ser racional, nunca mostrar sus sentimientos (Ternura, compasión, afecto), ni sus emociones (en especial el miedo).
➤	No llorar
➤	Ser heterosexual, polígamo.
➤	Competir
➤	Ser exitoso, evitar la derrota, a toda costa.
➤	Ser arriesgado
➤	Ser agresivo o abiertamente violento
➤	Desarrollarse en el mundo público
➤	Ser inteligente

Fuente: investigación de la autora

Los preceptos y obligaciones que los varones deben cumplir para acceder a su “plena” condición masculina, varían, de acuerdo con la época histórica, la clase social, la edad y el color de piel de que se trate. Por ejemplo, en el contexto de la época Colonial, en la que se forja una sociedad de castas sustentada en la supremacía del hombre blanco, la pigmentocracia¹⁰ adquiere una gran importancia social y política, en tanto las jerarquías fueron determinadas por el color de la piel: a mayor blancura más poder. Primero, en la conquista y luego en la colonia, la masculinidad de los aborígenes, fue *avasallada*, junto con su condición humana. En este proceso no hubo mediación alguna, para que los vencidos pudieran cumplir con los mandatos que sobre la masculinidad prescribía hasta entonces el patriarcado que daba cohesión a las sociedades prehispánicas, porque los extranjeros blancos transgredieron violentamente los derechos naturales y las prerrogativas de los aborígenes sobre su territorio y su cultura, al apoderarse y disponer de todos sus bienes (recursos naturales, fuerza de trabajo y capital simbólico) e imponer ciertas relaciones económicas, la religión católica y la lengua española.

Pero donde, tal vez se hirió más profundamente la masculinidad de los naturales de estas tierras, fue cuando los conquistadores dispusieron de “sus” mujeres, sin que pudieran defenderlas. La violencia reiterada y sistemática dio origen a una nueva raza: los mestizos, centro de ambivalencias entre los indios y los blancos. Este proceso ha sido discutido, entre otros autores por Octavio Paz (1970), quien describe a los mexicanos como “los hijos de la Malinche” (59-80).

¹⁰ Como la etimología de la palabra indica, se trata del poder que da la pigmentación. En este caso el color blanco de los conquistadores, adquirió una supremacía autorreferencial en la colonia. Base de los componentes racistas del imaginario social contemporáneo.

México ingresa al siglo XIX, con una guerra que busca terminar con el orden colonial y los privilegios de los españoles. Sin embargo, al declararse la independencia, en 1821, las promesas de libertad, igualdad y justicia, que animaron a participar en la gesta a miles de indígenas y campesinos pobres fueron incumplidas por los criollos, vencedores en la contienda. Las cruentas pugnas entre liberales y conservadores por definir el proyecto de nación a implementarse en nuestro país, culminaron, en más de una ocasión, en guerras civiles y golpes de estado. Por añadidura, México sufrió varias invasiones extranjeras, una de las cuales, la estadounidense, en 1847, resultó en la pérdida de la mitad del territorio.

Con el triunfo de los liberales, y su afán por modernizar a la incipiente nación, se actualiza la violencia de la conquista, ya que gran parte de las propiedades comunales de los indios son expropiadas bajo el amparo de la ley de las tierras baldías. Al mismo tiempo, la visión centroeuropea de políticos como Benito Juárez y Porfirio Díaz, vio en las costumbres y las cosmovisiones de los grupos indígenas un obstáculo para alcanzar el progreso. De este modo, además del despojo de las tierras comunales, se incurrió en prácticas predatorias contra los pueblos indios, como forzarlos a enrolarse al ejército, enviarlos a campos de trabajos forzados y obligarlos a la migración¹¹. De manera que la “masculinidad avasallada” de los indios, producto de trescientos años de colonización, fue reforzada por este proceso de contradictoria modernización, donde el campo mexicano perpetuaba, entre otros aspectos la herencia colonial, la sociedad de castas y la violencia sexual contra las mujeres. No es casual que la insurrección chamula, recreada por Rosario Castellanos en *Oficio de Tinieblas*, se haya efectuado en 1867.

¹¹ Ver John Kenneth Turner. *México Bárbaro*. Y la película *¡Que viva México!* (Dir. Serguéi Eisenstein, 1930-32)

El credo positivista de “orden y progreso” fue la justificación ideológica para que los criollos y algunos mestizos perpetuaran la dominación y explotación sobre los indios. El despojo a las tierras comunales aseguraba a los latifundistas un ejército de campesinos dispuestos a trabajar en condiciones de semiesclavitud. En este proceso de redistribución de la tierra, o de consolidación de antiguos propietarios efectuado en el siglo XIX, fue indispensable la conformación de una masculinidad dominante, acorde con las necesidades políticas e ideológicas de esos tiempos. El señor feudal, el latifundista solamente puede ejercer y mantener su poder implacable a través de ejercer una masculinidad firme, arrolladora, “arreacha” establece Rosario Castellanos en *Balún Canán*. La “masculinidad arreacha” es un estilo de “ser hombre” donde el ejercicio de la violencia es consustancial a su hegemonía. Es una de las formas paradigmáticas del patriarcado, quizá porque los orígenes de este modo de producción y reproducción social, se remontan al surgimiento de la agricultura.

Así en la narrativa de Castellanos podemos ver de cerca el *modus operandi* de la “masculinidad arreacha”, a partir de detectar los vasos comunicantes entre la implementación de un matrimonio por conveniencia, el establecimiento de una familia y la necesidad de perpetuar la propiedad y el linaje. El sometimiento de las mujeres al matrimonio y la desconexión emocional de los maridos, entre otros temas, se abordaran con más detalle en el capítulo dos.

Por otra parte ¿qué sucede con todos aquellos hombres que aún siendo heterosexuales, blancos o mestizos, no cumplen con un mínimo de requerimientos que los definen como “arrechos”? En palabras de César Argüello, el protagonista de *Balún Canán*, aquel que manifiesta desinterés o rechazo por las labores del campo, el control

de las mujeres, de los indios y de los animales, es un “nagüilón”. Un hombre que por estar cercano a su madre (pegado a las faldas o naguas maternas), no puede o no quiere manifestar plenamente su virilidad. El personaje utiliza esta categorización, para explicarse el comportamiento taimado de su sobrino Ernesto, quien es incapaz de realizar las labores de un vaquero. El latifundista atribuye la personalidad del muchacho a la estrecha convivencia con su madre (soltera y abandonada) y a la herencia genética, ya que según refiere César, así era también el padre.

A partir del propio lenguaje de *Balún Canán*, ha sido posible caracterizar dos formas de masculinidad: la arrecha y la nagüilona. Lo significativo de estos dos tipos o categorías del ser y deber ser masculino es que pueden observarse en otros personajes recreados en textos como *Oficio de Tinieblas*, “El viudo Román”, “Arthur Smith salva su alma”, de la autora en estudio y en otros cuentos y novelas latinoamericanos del mismo período, como *Pedro Páramo* de Juan Rulfo y *La muerte de Artemio Cruz* de Carlos Fuentes entre much@s otr@s autores

De lo anteriormente expuesto, se resumen las formas que adquiere el ser y deber ser masculino en la narrativa seleccionada de RC en la siguiente propuesta:

- La masculinidad arrecha o hegemónica
- La masculinidad nagüilona
- La masculinidad avasallada

Esta tipología se desarrollará en los siguientes capítulos.

Capítulo 2

La masculinidad arrecha

Introducción

La formulación de un tipo de masculinidad que se ha denominado *arrecha* se desprende de la novela de RC, *Balún Canán*. A partir del diseño del personaje César Argüello, es posible derivar *un estilo de ser hombre* que corresponde a la masculinidad hegemónica. Si bien en la primera parte del texto, aparece Argüello, descrito desde la mirada de la narradora personaje, como un hombre alto, poderoso y distante; en la segunda parte de la novela, el narrador le otorga el papel protagónico y, al irlo configurando, frecuentemente utiliza la palabra *arrecho*, para describirlo y darle vida. Con sus variantes, también en *Oficio de Tinieblas*, aparece un personaje autoritario y poderoso, es decir, *arrecho*: Leonardo Cifuentes, y aunque no proviene de una estirpe terrateniente, ni lo ampara ningún linaje; su astucia y ambición lo convierten en un miembro privilegiado de la oligarquía local.

Actualmente se han publicado abundantes estudios de *Balún Canán* desde diversas y originales perspectivas. Artículos, tesis, libros, ensayos destacan por lo general las condiciones de vida de las mujeres y de los indios mostradas en la novela. También los investigadores se han ocupado de la refiguración de los mitos prehispánicos realizada por la escritora chiapaneca¹²

¹² Algunos trabajos relativamente recientes acerca de la escritora son: de María Luisa Gil Iriarte: *Testamento de Hécuba* (1999) y *Debe haber otro modo de ser humano y libre* (1997). Por su parte, Jane O'Connell en su *Prospero's daughter* (1997) se interesa por la condición femenina. Asimismo Laura Guerrero con *Rosario Castellanos. Un largo camino a la ironía* (2005), aporta una interesante reflexión sobre la chiapaneca. Publicado a inicios de 2007, *Rosario Castellanos. De Comitán a Jerusalén* reúne las reflexiones de un grupo de investigadoras pertenecientes al Taller de crítica literaria "Diana Morán".

Sin embargo lo que interesa en este capítulo es el diseño de los personajes masculinos, en tanto que a partir de la diégesis es posible un acercamiento a las formas de *ser y deber ser varoniles*. En la segunda parte de la novela, a través de un narrador omnisciente, la voz de César Argüello, su protagonista masculino principal, estructura discursivamente los imperativos de la masculinidad hegemónica, la de *los hombres arrechos* como él, y de quienes “lamentablemente” no lo son: *los nagüilones* como su hermano Ernesto y su sobrino. Aunque bastardo, el muchacho también se llama Ernesto, como el padre que nunca lo reconoce. César como patriarca de la historia, es quien distribuye las cuotas de poder y emite un discurso autorreferencial que le permite legitimarse. Sin embargo, la rebelión indígena encabezada por Felipe Carranza Pech pone en jaque el androcentrismo colonial del sureste mexicano y se marca claramente el fin de una época. El colapso de la dominación colonial, trastocada por la irrupción de relaciones de producción tipo capitalistas y la modernización del Estado mexicano, será el imperativo bajo el cual se reformule *el ser y deber varoniles* que dan forma y contenido a la masculinidad arreacha.

La trayectoria vital de Leonardo Cifuentes, ejemplifica de manera puntual la reconversión de la masculinidad arreacha, pues Cifuentes a diferencia de Argüello, deshecha algunos de los valores esenciales de la sociedad señorial, como la formación de una familia numerosa, elemento fundamental para la perpetuación de la herencia y el linaje. Cifuentes renuncia a esos mecanismos de poder, porque encuentra más redituable complementar su actividad de cacique con la política institucional. Uno de los rasgos más importantes de la personalidad de los arrechos es su actividad sexual depredadora, que bajo la óptica de la masculinidad hegemónica de la época era considerada una virtud, un atributo deseable de los entonces llamados “hombres verdaderos”, quienes

insertos en la doble moral sexual, se daban tiempo para casarse, formar una familia cristiana y numerosa, al mismo tiempo que tranquila e impunemente abusaban de las indias, frecuentaban el burdel o tenían una amante de planta. Sin embargo, sobre este tópico, hay rasgos diferentes entre Argüello y Cifuentes; los que se estudiarán en el apartado 2.4, denominado *familia cuerpo y sexualidad*.

2.1 El machismo, ¿un rasgo de identidad nacional?

*Yo soy puro mexicano,
y me [sic] echado el compromiso con la tierra en que nací,
de ser macho entre los machos
y por eso muy ufano yo le canto a mi país.*

Citado por Carlos Monsiváis en *Escenas de Pudor y liviandad*.

Durante la primera mitad del siglo XX, una de las prioridades del grupo gobernante fue el diseño de un nuevo pacto nacional, en el cual se pudieran atenuar los desiguales logros de la Revolución Mexicana¹³ De la abundante literatura sobre Revolución Mexicana, me interesa destacar *La Revolución Interrumpida*, obra en la que Adolfo Gilly sostiene que la revolución campesina encabezada por Emiliano Zapata y Francisco Villa, no fue derrotada con el ascenso de Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, sólo fue interrumpida. Para Gilly, la Reforma Agraria efectuada en el Cardenismo, es la continuación de las luchas campesinas. Un planteamiento que en cierto modo comparte Rosario Castellanos en sus novelas *Balún Canán* y *Oficio de Tinieblas*. Aunque

¹³ A este trabajo interesa la propuesta de Adolfo Gilly: *La Revolución Interrumpida* (1976) donde se sostiene que la revolución campesina encabezada por Emiliano Zapata y Francisco Villa, no fue derrotada con el ascenso de Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, sólo fue interrumpida. Para Gilly, la Reforma Agraria efectuada en el Cardenismo, es la continuación de las luchas campesinas iniciadas en 1910. Un planteamiento que en cierto modo comparte Rosario Castellanos en sus novelas *Balún Canán* y *Oficio de Tinieblas*.

derrotados militar y políticamente, los trabajadores y los indios eran plasmados en los murales de Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y José Clemente Orozco, como reconocimiento a su participación en la hazaña que dio vida a la nueva patria. Y a pesar de que constitucionalmente, los artículos 3°, 27 y 123 consagraron ciertos derechos a los campesinos y a los obreros, cuando éstos intentaron ser independientes fueron sometidos por sus líderes en las estructuras sindicales corporativas, enviados a la cárcel o exterminados. Algunos viejos porfiristas se alinearon con el régimen con la finalidad de preservar sus privilegios; y junto a ellos, los generales se fueron transformando en políticos, pero sobre todo en millonarios.

Más allá de esta realidad contradictoria y excluyente, el nuevo pacto social requería de una identidad que tuviera la suficiente convocatoria para erigirse en el gran espejo, en cuya tersa superficie se contemplaran, lo mismo los trabajadores del campo y de la ciudad, que la joven clase media, sin excluir a la élite dirigente. Se necesitaba un recurso simbólico capaz de conjurar los conflictos de clase, en nombre del progreso y una vaga promesa de justicia social; era imperativo dar sentido al orden social emergente, a través de replantear la *identidad nacional*.

Desde la Academia, intelectuales como Samuel Ramos se dieron a la tarea de tratar de explicar “el rechazo” del mexicano para incorporarse al civilizado orden moderno. No exento de cierta visión europeocéntrica, *El perfil del hombre y la cultura* publicado en 1934 concluía que los traumas ocasionados por la conquista en los indios dieron como resultado a un hombre, *el mexicano*, un sujeto incapaz de ver las bondades del progreso industrial y prefería sumirse en el conformismo y la apatía. Su libro invocó las raíces históricas y los argumentos psicológicos para explicar la imposibilidad de

concretar la unidad nacional, de formar la “gran familia mexicana” que acogiera por igual al pelado y al gran señor. Y a las puertas de la ansiada modernidad, fue de los primeros en cuestionar el machismo, como un rasgo indeseable de *la* masculinidad de los mexicanos (Gómez 77).

En las décadas de los cuarenta y cincuenta, la influencia del existencialismo se hizo notar entre algunos jóvenes filósofos de la UNAM. Leopoldo Zea y Emilio Uranga encabezaron el grupo *Hiperión*, con la intención de investigar sobre *lo mexicano* y *el mexicano*. Aunque no pertenecieron a este núcleo intelectual, en 1950, Octavio Paz publicó *El laberinto de la soledad* y José Revueltas: *Posibilidades y limitaciones del mexicano*. Dos años más tarde, Leopoldo Zea da a conocer su libro *Conciencia y posibilidad del mexicano*.

Pero donde la influencia de los teóricos de los laberintos de la identidad se limita a las cultas discusiones de una élite y a la impronta que se despliega en la literatura, en cierta música de concierto y en el muralismo, la configuración de la identidad nacional al alcance de todos, tuvo éxito gracias a la entonces naciente industria cultural. El cine, el cancionero popular y la radio captan un público que no necesita estar instruido, ni siquiera haber aprendido a escribir y leer para recibir con agrado los mensajes difundidos por el celuloide y las ondas hertzianas.

Emilio “El Indio” Fernández, Alejandro Galindo, Ismael Rodríguez, entre otros, fueron los artífices cinematográficos de un nacionalismo que al mismo tiempo propuso una educación sentimental centrada en el amor a la patria, diseñó el *ser y deber ser de hombres y mujeres*. En esta empresa cultural fue indispensable la participación de la

mancuerna formada por Manuel Esperón (músico) y Ernesto Cortázar (letrista), quienes a través de sus composiciones forjaron simultáneamente la identidad nacional y las identidades genéricas de una época. Sirva de muestra la canción “Yo soy mexicano”:

Yo soy mexicano, mi tierra es bravía
palabra de macho que no hay otra tierra más linda
y más brava, que la tierra mía.
Yo soy mexicano y a orgullo lo tengo,
nacé despreciando la vida y la muerte
y si echo bravatas, también las sostengo
Mi orgullo es ser charro, valiente y braga’o,
traer mi sombrero con plata borda’o.
que naiden me diga que soy un raja’o.
Correr mi caballo, en pelo monta’o
pero más que todo ser enamora’o
yo soy mexicano, muy atravesado.

Yo soy mexicano y por suerte mía,
la vida ha querido que por todas partes
se me reconozca por mi valentía (Coro)
Yo soy mexicano, de naiden me fió
y como Cuauhtémoc cuando estoy sufriendo
mejor que rajarme, me aguanto y me río (Coro)
Me gusta el sombrero, echado de la’o
pistola que tenga cache de vena’o

fumar en hojita tabaco pica'o
jugar a los gallos, saberme afama'o
pero más que todo ser enamora'o.
Yo soy mexicano, muy atravesao

De acuerdo con la descripción anterior, *el mexicano* de la primera mitad del siglo XX, era un hombre de campo, un ranchero, un gran macho; por tanto debía ser buen jinete, andar armado, ser desconfiado, usar sombrero, fumar en sus ratos libres y disfrutar de las peleas de gallos. El charro mexicano se caracterizaba por su valentía y determinación, lo que le impedía “rajarse”, “abrirse” (amedrentarse) en momentos difíciles, asimismo este hombre “arrecho” se jactaba de su afición promiscua, bajo el eufemismo de “ser enamorado”. Por lo que se refiere a las implicaciones que suponen el desprecio a la vida y a la muerte, Carlos Monsiváis explica:

¿Cuál es el sentido histórico de esta palabra clave, *machismo*? En México, y *después* de las luchas revolucionarias, el término se prodiga para señalar no a todos los combatientes, sino *a los hombres entre los hombres*, a los que hacen de su autodestrucción un espectáculo, se irritan ante la posposición de la muerte, retan a mentadas y carcajadas a la artillería enemiga. La invención cultural es evidente: de conductas inevitables en una guerra, se extrae el elogio por dejarse matar. (Monsiváis 103)

Una visión del mundo que también supo musicalizar José Alfredo Jiménez en varias de sus composiciones. En resumidas cuentas, un importante número de canciones, películas y programas radiofónicos de la época jugaron un importante papel

en la educación de sentimientos y creencias de varias generaciones, a quienes no se les ocurrió poner en duda aquello de que *ser mexicano* era algo “natural” y simultáneo al ser “muy macho”. Teresa de Lauretis tiene razón cuando afirma que el género se construye en su representación.

El Estado mexicano al fin institución patriarcal establece una serie de vasos comunicantes entre un imaginario que articula las identidades y los tradicionales roles genéricos con sus propias necesidades de legitimación y reproducción. Por tanto el diseño de este mexicano, forjado en la tradición del criollo terrateniente, que se apropia violentamente de la tierra y las mujeres según prescribe el orden feudal, está a punto de trastocarse ante el impulso reformador de un país que busca acceder a la modernidad, al industrialismo y con ello al progreso. Tal vez por eso, los teóricos de la mexicanidad, como Octavio Paz, Samuel Ramos y Santiago Ramírez, entre otros, reconocen este machismo “campirano” reforzado por la industria cultural, como un rasgo indeseable, pero inevitable entre los mexicanos.

Para el «pelado», un hombre que triunfa en cualquier actividad y en cualquier parte, es porque tiene muchos «huevos». Citaremos otra de sus expresiones favoritas: «Yo soy tu padre», cuya intención es claramente afirmar el predominio. Es seguro que en nuestras sociedades patriarcales el padre es para todo hombre el símbolo del poder [...] El falo sugiere al «pelado» la idea de poder. De aquí ha derivado un concepto muy empobrecido del hombre. Como él es, en efecto, un ser sin contenido sustancial, trata de llenar su vacío con el único valor que está a su alcance: el del macho. Este concepto popular del hombre se ha convertido en un prejuicio funesto para todo mexicano. Cuando éste se

compara con el hombre civilizado extranjero y resalta su nulidad, se consuela del siguiente modo: «Un europeo –dice– tiene ciencia, el arte, la técnica, etc., etc.; *aquí no tenemos nada de esto, pero somos muy hombres*». (Ramos 56) (Las cursivas son mías).

Este modelo de masculinidad hegemónica forjado según las necesidades de una estructura agraria con base en el latifundio y la herencia colonial es justamente lo que Rosario Castellanos desarrolla a través de sus personajes arrechos: César Argüello (la figura canónica) y con ciertas variantes también llega a serlo el arribista Leonardo Cifuentes. Aunque de aparición breve en “El viudo Román”, Don Rafael Orantes es un personaje, que asume los mandatos y la solidaridad del patriarcado rural de la época, pero su carácter dominante se viene abajo cuando su único hijo varón muere en circunstancias poco claras. En *Balún Canán* también hay otros personajes secundarios que ostentan un comportamiento bragado, como son Don Jaime Rovelo, amigo de César y en *Oficio de Tinieblas* Adolfo Homel, el alemán terrateniente que se convierte en el protector de Pedro González Winiktón.

Con respecto a la conducta y actitudes machistas de los hombres arrechos, es interesante detenerse en el caso de Adolfo Homel, ya que según lo expuesto por Samuel Ramos, por su origen europeo, “civilizado”, Homel podría estar exento de la ostentación viril, y aunque es el primero en acatar las disposiciones presidenciales que ordenaban la construcción de la escuela para los indios y previamente había construido letrinas y viviendas para los trabajadores, sin embargo según se describe en la novela, Homel, al igual que otros hacendados mantiene una relación afectiva distante con su esposa e hijas. ¿Será que este personaje se mimetiza con el entorno social que escogió para vivir?

O, ¿Su vida familiar refiere pautas de conducta masculinas prescritas por el imaginario patriarcal de la época en diversas partes del mundo?

Aquí y allá la génesis del Estado moderno impulsó el desarrollo de identidades nacionales acordes con sus necesidades de legitimación y reproducción. El Estado y su consustancial androcentrismo se sirvió en EUA de la figura del vaquero o “cowboy” para proponer como ideal masculino, la figura de hombres temerarios, dispuestos a afrontar cualquier riesgo y dificultad con tal de consolidar sus propiedades, y con ellas a la patria¹⁴. En el mismo sentido aparece el gaucho en Argentina, *Martín Fierro* (José Hernández, 1872) y *El gaucho florido* (Carlos Reyles, 1931) son dos novelas que recrean las aventuras del gaucho, hasta convertirlo en un icono de la nacionalidad argentina. Estos vaqueros conosurianos pasan largos momentos de su vida cuidando el ganado en la soledad de la pampa y cuando interactúan con las mujeres, frecuentemente se manifiesta su visión misógina. El desprecio por las mujeres y por lo femenino durante mucho tiempo se consideró algo normal, un ejemplo que debían seguir los hombres, en la construcción de su ser y deber ser masculino. (Ver Millington, 2007).

En coincidencia con lo anterior, en México la figura del charro sirvió al nacionalismo revolucionario para dar forma y contenido a una masculinidad hegemónica que transitaba, en medio de grandes conflictos y contradicciones del mundo rural al urbano.

¹⁴ El cowboy es uno de los estereotipos más antiguos y arraigados de la masculinidad estadounidense, emblema publicitario de cigarrillos, de vehículos motorizados; el estreno de la película *El secreto de la montaña* (Ang Lee, 2005) causó gran conmoción entre el público, ya que el filme plantea la relación amorosa entre dos vaqueros, que deben ocultar sus sentimientos ante el rechazo social. El que abiertamente se muestre un amor apasionado entre estos varoniles hombres del campo, rompe el mito de la masculinidad como sinónimo de heterosexualidad.

Otras particularidades genéricas que dan contenido a la *masculinidad arrecha* de estos personajes, se tratarán seguidamente.

2.2 Propiedad y poder

La fortaleza fálica presenta, en efecto, todos los signos de fortaleza, es decir de debilidad.

Jean Baudrillard. *De la seducción*

De acuerdo con el *Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia*, la palabra “arrecho/a proviene del latín *arrectus*, p. p. *arrigére*, enderezar) Adj. Tieso, erguido || 2. Brioso, arrogante, diligente. || 3. Dícese de la persona excitada por el apetito sexual” (DRAE 196).

En el universo narrativo de Rosario Castellanos, *los hombres arrechos*, así definidos por la escritora en *Balún Canán*, son la variante rural de la *masculinidad hegemónica*, que da forma y sentido a la familia señorial patriarcal. La reciedumbre, el autoritarismo, la prepotencia son algunos de los rasgos que definen a los señores del poder con arraigo a la tierra y gusto por las labores inherentes al campo. Hombres de familia, que la necesitan para procrear herederos legítimos y perpetuar el linaje, sus propiedades y poderío. Pero al mismo tiempo practican una descarada y abusiva poligamia con las “otras” mujeres, como lo manifiestan muy claramente César Argüello (*Balún Canán*) y con sus particularidades, Leonardo Cifuentes (*Oficio de Tinieblas*). Con estas mujeres, los hermanos Argüello tienen hijos de “segunda clase”, hijos

bastardos destinados a trabajar para el amo sin derecho alguno, o en el peor de los casos son condenados al abandono.

Para los fines de este trabajo es pertinente la utilización de la teoría acerca del patriarcado, en tanto da luz acerca de los vínculos orgánicos que se establecen entre las formas de apropiación de la tierra, de los recursos naturales, de las mujeres y los hijos. Con base en esta perspectiva es posible explicarse las variables de los distintos sistemas de parentesco (hijos reconocidos y bastardos) y los diversos tipos de familia (legítima e ilegítima o “casa chica”) recreados en las novelas y cuentos estudiados; y como se ha desarrollado en el capítulo uno, permite una explicación acerca del surgimiento histórico y la construcción de un sistema sexo-género basado en el reiterado uso de la violencia tanto física como simbólica, ya que es su fundamento.

En *Balún Canán*, el latifundista César Argüello no recurre al látigo ni a otros castigos porque la sumisión de los indios para con el patrón fue implantada con brutalidad por sus antepasados y desde tiempo atrás forma parte de la aceptación obediente de los aborígenes, se ha hecho “natural”. Y, otro atenuante es que el agrarismo ha reconocido los derechos de los indios a la recuperación de la tierra y a la educación. Por lo tanto, en el aislamiento de la finca en Chactajal, el patrón no debe confrontarse violentamente con ellos. Al comprender esta situación con claridad, César justifica su comportamiento prudente ante una esposa que no entiende la gravedad de la situación y lo azuza a ser autoritario: “Sólo a una mujer se le ocurre meterse de gato bravo” (130).

Pero aunque el poderío del terrateniente se ponga en entredicho a lo largo de la segunda y tercera parte de la novela, por ejemplo, cuando los indios se niegan a realizar el *baldío*¹⁵ y le exijan la instalación de una escuela para los niños; es claro, que el arrojo de César proviene de mucho tiempo atrás. Precisamente de la genealogía de los Argüello se da testimonio en un cuaderno que la narradora protagonista encuentra en la biblioteca de su padre, en sus hojas se relata la crueldad de la conquista y el encumbramiento de esta familia a lo largo de varios siglos. En la segunda parte de la novela, sabemos por César, que su padre mandó escribir ese relato para “probar la antigüedad de nuestras propiedades y su tamaño” (82). De ahí que ese peculiar título de propiedad, le sea vedado a la niña, por “ser la herencia de Mario. Del varón”, explica la madre.

Como en toda sociedad feudal, el dominio del amo sobre los indios, lo reviste de una autoridad casi divina, en tanto generación tras generación ha dispuesto de sus pertenencias y de sus vidas¹⁶. Su autoridad es incuestionable y por ese motivo la salutación del patrón se convierte en un ritual, donde, la mano que a veces empuña el látigo, ahora los protege con su bendición. Lo cual se aprecia en el siguiente episodio:

Mi padre recibe a los indios, recostado en una hamaca del corredor. Ellos se aproximan, uno por uno, y le ofrecen la frente para que la toque con los tres

¹⁵ Según se explica *Balún Canán*, a través del Tío David, un personaje secundario, el *baldío* es el trabajo que los indios tienen la obligación de hacer y que los patrones no tienen la obligación de pagar (Castellanos 25).

¹⁶ Un rasgo de la feudalidad en Chiapas, que Elena Poniatowska refiere en su prólogo a *Poesía no eres tú*, para describir la vida cotidiana de la infancia de Rosario Castellanos, es el siguiente: “La costumbre dictaba que los patrones regalaran a sus hijos un compañero de juegos, y Rosario se entretuvo de niña con María Escandón que la cargaba de aquí para allá. Sólo se separó de María el día de su boda”. (Poniatowska, Prólogo 15)

dedos mayores de la mano derecha¹⁷. Después vuelven a la distancia que se les ha marcado. Mi padre conversa con ellos de los asuntos de la finca. Sabe su lengua y sus modos. Ellos contestan con monosílabos respetuosos y ríen brevemente cuando es necesario. [...]

Mi padre despide a los indios con un ademán y se queda recostado en la hamaca leyendo. Ahora lo miro por primera vez. *Es el que manda, el que posee*. Y no puedo soportar su rostro y corro a refugiarme a la cocina. (15-16) (Las negritas cursivas son mías)

En la primera parte de la novela, “el que manda, el que posee”, el padre-amo-patrón es presentado por la narradora protagonista de siete años, cuya edad, género y estatura la colocan en una distancia real y cultural que le impiden estar cerca de su papá. Ese distanciamiento impide a la niña ver sus rasgos y expresiones, sólo puede imaginárselo. Por tal motivo para describirlo debe recurrir a una metáfora y decir que él es como “un gran árbol”, en cuya rama más alta se esconde vigilante un “tigre diminuto”, gracias a este recurso se comienza a tener información acerca de César Argüello. En estas imágenes de un delicado lirismo se ponen de manifiesto el carácter fuerte, arrecho del padre.

Soy una niña y tengo siete años. Los cinco dedos de la mano derecha y dos de la izquierda. Y cuando me yergo puedo mirar de frente las rodillas de mi padre. *Más arriba no. Me imagino que sigue creciendo como un gran árbol y que en su rama más alta está agazapado un tigre diminuto.* (9) (Las cursivas son mías)

¹⁷ La costumbre de imponer los dedos sobre la frente de los indios, es un símbolo de autoridad sobre los demás, la que se ejerce más allá de la condición genérica y social. Tal práctica forma parte del ritual realizado por Catalina Díaz Puiljá, cuando ella y otras mujeres indias se reúnen. Como se puede leer en *Oficio de Tinieblas*. Sin embargo, como también se relata en *Balún Canán*, los indios ofrecen su frente al amo, “cuyo poder debía emanar una especie de de bendición” (Castellanos 94)

Aunque desde la primera página de *Balún Canán*, gracias a la niña se tienen algunos datos de César Argüello, el acercamiento definitivo a este personaje se debe al cambio de estrategia narrativa en la segunda parte. En efecto, gracias a un narrador omnisciente que conoce íntimamente a sus personajes y sus acciones, es posible adentrarse al mundo masculino, donde las ideas, preocupaciones y sentimientos de los protagonistas varoniles, César, Ernesto y Felipe interactúan entre sí, se confrontan en el tiempo histórico y político. Pero donde además del comportamiento arrecho de Argüello, a través del sobrino bastardo y en especial, gracias a Felipe Carranza Pech, se ponen de manifiesto las formas particulares del *ser y deber ser* masculino que cuestionan el patriarcado rural prevaleciente en la época descrita en la novela.

En esta segunda parte del texto, a través de las conversaciones de César Argüello con su sobrino Ernesto, se estructura y legitima el discurso del amo, del propietario; pero en los enfrentamientos verbales entre el patrón y Felipe Carranza Pech, se cuestiona la validez histórica del latifundio y sus beneficiarios. Gracias a este indio rebelde, se manifiesta una disputa política por las tierras y la cultura. Controversia en la que Felipe tiene, al menos dos ventajas. La primera, coyuntural, se desprende de los cambios sociopolíticos emprendidos por el gobierno cardenista, heredero de la Revolución de 1910 impulsor del reparto agrario, de la alfabetización y otros derechos sociales. Y, la segunda se relaciona con la transgresión cultural de Felipe, ya que el líder indígena contraviniendo las viejas tradiciones de sometimiento indígena, habla fluidamente el español. Y si la palabra del amo es “lengua altiva... férreo instrumento de señorío, arma de conquista” (Castellanos, *Oficio* 9), al ser empleada por un hombre considerado por los caxlanes inferior y por tanto incapaz de razonar, se cuestiona su

poderío. Lo cual se hace evidente cuando Felipe irrumpe en la casa grande de Chactajal, para exigir la construcción de la escuela: “De pronto la puerta se abre para dar paso a un indio. [...] Pero el indio contesta en español. Y –No vine solo. Mis camaradas están esperándome en el corredor”. (Castellanos, *Balún* 97)

La primera en escandalizarse por el atrevimiento del líder indígena al hablar español, es Zoraida, quien además le incomoda que Felipe utilice una palabra tan cargada de connotaciones políticas como “camarada”, ya que para los elementos de ciertas clases sociales, evocaba los movimientos socialistas y comunistas de la época. El conflicto se perfila irreversible, a partir de esta escena.

El tema del *ser y deber ser* de los hombres arrechos, tiene obvia recurrencia en la narrativa rosariana, cuya espacialidad se ubica en Chiapas, este tópico aparece también en *Oficio de Tinieblas*, donde se describe un interesante repertorio de los rasgos que definen la condición y privilegios del latifundista:

Ser patrón implica una raza, una lengua, una historia que los coletos poseían y que los indios no eran capaces de improvisar ni de adquirir. Patrón: el que sostiene una casa en Ciudad Real, con la esposa legítima y los hijos, los muchos hijos; el que instala una querida en el pueblo y otra en el rancho (aparte de las aventuras ocasionales con muchachitas indias y pequeñas criadas mestizas; aparte, también de las incursiones en el barrio prohibido). Patrón: el que juega con apuesta en las veladas en el Casino; el que, en una parranda, enciende, por ostentación, un puro con un billete grande; el que arriesga la fortuna en una aventura política, en una asonada militar. El que da a sus hijos varones una

carrera liberal y a sus hijas un buen marido. El que viaja, alguna vez, a Guatemala, a México y, en casos extraordinarios, a Europa. El que tiene asegurado, para después del viaje definitivo, la herencia jugosa, el bienestar de los deudos. (Castellanos, *Oficio* 150)

La descripción de los usos y costumbres del hombre arreo como sinónimo de varón promiscuo a la vez que ejemplar jefe de familia; parrandero y jugador, pero apegado a la tierra y a las tradiciones, es detallada en *Oficio de tinieblas* por un narrador omnisciente que da voz a las agudas observaciones socio antropológicas acerca del ser y deber arrechos descritos en la novela. Estos atributos corresponden en más de un sentido con el *modus vivendi* de Argüello, con su sobrino Ernesto rememora su estancia en el extranjero:

Yo estaba en Europa. Muy joven. Me mandaron –como a todos los hijos de familias pudientes en Comitán– a estudiar una carrera. No tengo cerebro para esas cosas y no alcance ningún título. [...] Regresé apenas a tiempo para salvar el rancho. [...]

–Tú no sabes lo que se extraña la tierra cuando uno está lejos. Hasta en el mismo París hacía yo que me mandaran café, chocolate, bolsas de posol agrio. ***No, no cambiaría nunca Chactajal por ninguno de los Parises de Francia.*** (Las negritas cursivas son mías) (Castellanos, *Balún* 76)

Argüello está orgulloso de la tierra donde nació, de haber salido bien librado de la eventual seducción que hubieran podido ejercer sobre él, las costumbres extranjeras y si en Europa no logró culminar sus estudios, eso es lo menos relevante frente a la fuerza

de carácter, a la hombría que se debe demostrar en la hacienda. El desprecio por alcanzar una buena preparación técnica y/o académica en la capital o el extranjero, también es compartido por Leonardo Cifuentes, quien ridiculiza a su benefactor y amigo: “El difunto (siempre que Leonardo aludía al primer marido de Isabel lo llamaba así), el difunto también estuvo en Europa y no unos meses, sino varios años. Y le aseguro que con eso no se volvió más listo”. (Castellanos, *Oficio* 147)

Lo fundamental en un hombre arreo no es desarrollar las capacidades intelectuales, ni el cultivo del espíritu. No, lo verdaderamente importante son su amor y fidelidad al terruño, el gusto y la diligencia con las que supervisa todas las actividades necesarias para el buen funcionamiento del rancho:

En el centro del llano está la casa grande, construcción sólida, de muros gruesos, capaces de resistir el asalto. Las habitaciones están dispuestas en hilera como por un arquitecto no muy hábil. Son oscuras, pues la luz penetra únicamente a través de las estrechas ventanas. Los tejados están ennegrecidos por la lluvia y el tiempo. Los tres corredores tienen barandales de madera. Desde allí César señala a Ernesto los cobertizos que servían de cocina y trojes. Y, al lado contrario de la majada, los corrales. [...] Después del copioso desayuno, en esta hora fresca, nueva de la mañana, cuando todos, cada uno en su puesto, comenzaban a cumplir los quehaceres con precisión perfecta, *César era feliz.* (75-76) (Las negritas cursivas son mías)

La fuente de satisfacción del patrón es que sus propiedades rindan, y sus órdenes se cumplan, por eso alecciona a Ernesto:

–Chactajal es la mejor hacienda de estos contornos. Pregúntale a cualquiera si hay por aquí rebaños con mejor pie de cría que los que has visto. En cuanto a las semillas me las mandan especialmente de los Estados Unidos. Ya te mostraré los catálogos. La tierra es muy agradecida. Siembras y como una bendición te da el ciento por uno. Ni que decir de la casa grande. No hay otra que se le pueda comparar en toda la zona fría. Es construcción de las que cuánto ha, bien hecha.

(87)

Sin embargo, además de las acotaciones que el narrador hace acerca de las limitaciones de las propiedades de Argüello, gracias a las reflexiones del joven Ernesto, sabemos que el estilo de vida que presume don César, no corresponde con las costumbres de los “verdaderos” ricos. Esos, que el muchacho ha visto en ese invento de la modernidad que es el cine:

Qué pueril resultaba César insistiendo en el valor de sus propiedades como si tratara de venderlas. Pero Ernesto no era un comprador. Cuando le hablaban de riquezas pensaba en otra cosa, en aquellas películas que había visto en el cine de Comitán. Los ricos son los que viven en palacios; los que ordenan a lacayos vestidos de librea; los que comen viandas deliciosas en vajillas de oro. Pero aquí no había más que un caserón viejo. En el cuarto de Ernesto había goteras y sobre las vigas del techo corrían, toda la noche, las ratas y los tlacuaches. Más valía no hablar de la servidumbre. Las criadas y los mozos eran indios. Harapientos. Y no había modo de entenderse con ellos. Se apresuraban a cumplir las órdenes. Pero como no las entendían siempre las cumplían mal. Los platos

eran de peltre, estaban descascarados por el uso. La comida no era mejor que la que su madre preparaba en Comitán. Comida de rancho, decían, como enorgulleciéndose en vez de disculparse cuando partían los tasajos de carne salada, cuando servían los plátanos fritos. De modo que esto era ser rico. (87)

Pero, en César no hay una conciencia de las limitaciones que se viven en el rancho, porque él creció en ese ambiente y lo aprecia, por eso no tiene ningún empacho en declarar que prefiere Chactajal a “ninguno de los Parises de Francia”. Es un digno heredero de la estirpe de los Argüello, quien gracias a una inquebrantable voluntad domesticó esas tierras, y a punta de látigo sometió a sus antiguos habitantes. Por eso en este hombre arrecho, hay un cierto sentimiento de superioridad frente a su difunto hermano, cuya falta de responsabilidad y sobre todo, de apego a la tierra llevaron a Ernesto padre a la ruina. Mientras que, hasta ese momento de la diégesis (Segunda parte, capítulo I, de *Balún Canán*), él, César es un triunfador: hombre de familia, hábil en las labores de la hacienda, responsable como marido, padre y patrón.

–Tu padre recibió su herencia en dinero.

–¿Nunca trabajó aquí?

–Es lo que yo he dicho siempre: el dinero no rinde, no puede durar. Lo despilfarró en menos que te lo cuento: malos negocios, parrandas. Cuando murió estaba en quiebra. (82)

A partir de lo expuesto por Argüello, es posible destacar una serie de actitudes y valores positivos de este hombre arrecho: disposición al trabajo, responsabilidad ante las actividades que le corresponde cumplir en la hacienda. Y, en la familia, aunque

distante emocionalmente, es el padre y esposo proveedor, que el patriarcado feudal prescribe. Por eso cuando los indios incendian el trapiche y la crisis estalla en Chactajal, César reitera "...un hombre debe, dar la cara. Y aquí, el que tiene que dar la cara soy yo". En oposición a su hermano, que no supo administrar su herencia, y en lugar de trabajar se dedicó a derrocharla. Llegado cierto momento, atrapado en las deudas, Ernesto padre, un varón **no** arrecho, se suicidó. Pero al fin, miembro de la clase dominante, la autodestrucción es el recurso para preservar el honor de la familia y, en cierto modo, rescatar su disminuida masculinidad.

Sin embargo, la revolución mexicana propició una serie de cambios en las relaciones de producción, que impactaron también la vida de las familias provincianas, como bien da testimonio *Balún Canán*. Aún, con todo lo arrecho que es César, no puede controlar la insurrección de los indios amparados por el agrarismo impulsado por el Estado, ni mucho menos actuar ante la inesperada muerte de su hijo varón, lo que representa *el fin de la dinastía de los Argüello*. Situación que también padece la familia Orantes, cuando enfrenta la muerte o suicidio de Rafael, el único hijo varón, y hermano favorito de Romelia, la prometida del viudo Román. La forma personal en que este padre afligido asume la tragedia se describe en el siguiente párrafo:

Don Rafael padeció la desgracia de otra manera. Siguió atendiendo escrupulosamente sus negocios. No dejó ni de frecuentar a sus amigos ni de presidir la mesa familiar, en la que ahora había dos lugares vacíos: el de Rafael y el de doña Ernestina [...] *A solas se derrumbaba allorar sobre los escombros de una vida cuya raíz había sido arrancada de cuajo y que no tenía el menor interés en conservar.* (Castellanos, *Los convidados* 149) (Las cursivas son mías)

Don Jaime Rovelo es otro terrateniente seriamente afectado frente a los cambios nacionales. De manera similar a su amigo César, este hacendado también “pierde a un hijo”, pero la del joven Rovelo es una muerte simbólica, que reitera el fin de un estilo de dominación colonial. Como muchos de los hijos de los terratenientes, el muchacho es enviado a estudiar a la ciudad de México, quien atraído por el cardenismo, en consecuencia reniega de los privilegios de su clase. En una carta a su padre explica la nueva política social: “Se aprobó una ley según la cual los dueños de fincas, con más de cinco familias de indios a su servicio, tienen la obligación de proporcionarles medios de enseñanza, estableciendo una escuela y pagar de su peculio a un maestro rural”. (Castellanos, *Balún* 45)

El joven Rovelo, cuyo primer nombre nunca se sabe, “opina que la ley es razonable y necesaria; que Cárdenas es un presidente justo”. Con tales comentarios es obvio su desacuerdo con los abusos cometidos contra los indios y, lógica su decisión de ejercer su profesión como abogado desde la ciudad de México, impulsando las causas sociales. En la tercera parte de la novela, coincidiendo con los presagios y llanto de la nana, por ver “como se derrumba la casa porque le falta cimiento de varón” (231), ya que “los brujos se están comiendo a Mario”, Don Jaime Rovelo recibe una carta de su hijo donde dice: “Que él renunciaba a la parte que le correspondía en ese botín de ladrones que son los ranchos. Que nosotros podíamos suponer que eran nuestros, pues siquiera nos había costado el trabajo de robarlos”. (235)

A diferencia de César, quien intenta una audiencia con el gobernador del estado para defender sus derechos como propietario y asegurar la herencia de Mario, Don

Jaime Rovelo admite que no tiene sentido luchar por la restitución de sus prerrogativas señoriales, ya que su propio hijo no está interesado en conservar las propiedades familiares, que según el muchacho, tienen su origen en el despojo y la usurpación. Y con pesar reconoce: “–Perder un hijo es siempre muy doloroso. Y hay tantas maneras de perderlos”. (236)

Conforme se ha expuesto *Balún Canán* marca el final de una época en el campo mexicano y el colapso de un estilo de dominación patriarcal¹⁸.

Leonardo Cifuentes

Con otros matices, pero dentro de esta masculinidad hegemónica rural está Leonardo Cifuentes, uno de los personajes varoniles más importantes de *Oficio de Tinieblas*. Leonardo, a diferencia de César Argüello, carecía del abolengo de un nombre y el derecho a una heredad, pero tuvo la suerte de ser adoptado por los Cifuentes, la acaudalada familia de Isidoro, su mejor amigo. Así lo refiere Isabel Zebadúa, la esposa de Cifuentes: “Isidoro, mi marido [...] era más que tu amigo, era tu hermano. ¿Quién sino él, te recogió y obligó a sus padres a que te dieran asilo en su casa, porque tú no eras más que un huérfano y las monjas te maltrataban y te dejaban sin comer?” (Castellanos, *Oficio* 69-70)

¹⁸ El colapso de este tipo de dominación androcéntrica rural, puede observarse en otra de sus facetas en el cuento de RC: “Tres nudos en la red”, donde la escritora nuevamente recurre a sus obsesiones temáticas y nos ofrece un texto con tintes autobiográficos en el que una joven provinciana se traslada en compañía de sus padres a la ciudad de México a continuar sus estudios. El viaje también es conveniente para Ernesto Sanromán, el padre, ya que este propietario venido a menos a causa de la Reforma Agraria, en la ciudad podrá ocultar su ruina. Para evadir la vida familiar, Sanromán sale todos los días de su modesto apartamento para simular que busca trabajo, pero la edad, y el estilo de vida urbano le impiden encontrarlo, por ello se pasa el día sentado en la Alameda leyendo el periódico y esperando la hora de la comida para regresar a su casa triste y derrotado. (Ver: “Tres nudos en la red” en RC, *Obras I Narrativa*, pp. 964-980)

Gracias a su ambición y astucia, Leonardo obtendrá el poder económico que lo respalda, es un arribista sin escrúpulos, que recurre a toda clase de crímenes y atropellos y al matrimonio por conveniencia para conseguir sus objetivos: mujer prestigio, pero sobre todo poder. Así lo describe el narrador omnisciente de *Oficio de Tinieblas*:

Leonardo, en cambio, no había recibido casi, sobre el brío de su naturaleza, el sello de los prejuicios de una clase a la que sólo ingresó por adopción. Su carácter de advenedizo le dio un punto de vista crítico. Y cada vez que sus deseos entraban en conflicto con las normas que la sociedad proclamaba como intangibles Leonardo pasaba por encima de ellas dando preferencia y satisfacción a sus deseos. Gracias a tal sistema Cifuentes podía considerarse, a los cuarenta y tres años de edad, dichoso. Y mañoso también, agregaba con guiño picaresco. Porque la maña me da lo que la suerte me niega. (67)

A diferencia del emblemático César Argüello quien tiene un patrimonio, un nombre y una estirpe desde tiempos ancestrales, y cuya fuente de felicidad es el cuidado de la hacienda y de su familia. Leonardo es un huérfano, un niño abandonado que gracias a la suerte y a su astucia conquista el poder y la riqueza. Aunque es representante de la oligarquía local, Cifuentes no deja de ser y actuar como “nuevo rico”; las tierras le interesan por las ganancias que pueda obtener de ellas, no tiene un particular apego por ellas, y si no puede tener hijos con su esposa legítima, no importa; su prioridad es convertirse en político y dar rienda suelta a sus apetitos sexuales. En cierto momento de la novela, desafiando a “las buenas conciencias” se hace amante habitual de Julia Acevedo, la mujer de su enemigo político, el Ingeniero Fernando Ulloa. “Los contumaces como Leonardo que aprovechaba la anormalidad de las

circunstancias para consumir sus abominaciones. Visitaba a la Alazana sin tomar ya ninguna precaución, como si se tratara de un desafío”. (335)

Pero aunque los coletos repudien el comportamiento descarado de Leonardo, lo buscan y reconocen como el único capaz de controlar una posible sublevación entre los chamulas. Ellos, saben que:

A veces sus mañas habían llegado, según afirmaciones de los malquerientes, a constituir verdaderos delitos. Pero, otra vez la suerte, nadie se atrevió a acusarlo. Y la sospecha añadió a la personalidad de Cifuentes una equívoca aureola de “hombre arrecho” que amansaba a los otros hombres con los que mantenía trato y rendía a las mujeres a las que rondaba. [...]

[...] *Ningún temor religioso, ninguna idea moral, ninguna reflexión intelectual encauzaba aquel impulso ciegamente despeñado.* Y Cifuentes aún era capaz de suponer, en la basta ingenuidad de su egoísmo, que aquellos a los que pasaba atropellando no iban a volver en contra suya su rencor sino su gratitud. (68)

Probablemente debido a “la historia sucia” que lo hace sospechoso de haber asesinado a su hermanastro y benefactor, Isidoro Cifuentes, pero sobre todo a su ambición desmedida, a Leonardo no le interesa procrear hijos, ni cuidar a su esposa e hijastra. Sabe que ha sido capaz de escalar con éxito en la pirámide social y política a pesar de sus “oscuros orígenes”. Esta variante del varón arrecho, peculiar expresión del “hombre hecho a sí mismo”, es introducido diegéticamente a *Oficio de Tinieblas*, desde

la mirada de un narrador que parece inspirarse en ciertas escenas emblemáticas del cine mexicano¹⁹ para describir a Leonardo:

Un hombre de complexión robusta, de mediana edad, sacaba brillo al cañón de una pistola con un retazo de gamuza. Vestía traje de dril, calzaba botas de campo. Se reclinaba perezosamente en el respaldo de un sillón giratorio. Al entrar las mujeres alzó levemente la cabeza. Un ojo rapaz y certero valuó a la muchacha indígena. Hizo un imperceptible guiño de consentimiento. Entonces doña Mercedes aguijó a Marcela. (20) (Las negritas cursivas son mías)

En esta instantánea donde por primera vez aparece el personaje en la novela, Leonardo está *lustrando el cañón de una pistola*, actividad que enfatiza su ostensible y violenta masculinidad. Baste recordar que la pistola es uno de los más importantes símbolos del poder masculino y contiene una fuerte carga sexual. En el imaginario patriarcal, al hacer una analogía entre el falo y un arma de fuego, se vincula la actividad sexual masculina con la depredación y el daño, algo que se corrobora en el siguiente párrafo de la novela, cuando, la joven indígena Marcela Oso es violada por Cifuentes²⁰.

¹⁹ La masculinidad hegemónica de la primera mitad del siglo XX, fue creada y recreada en la cultura mediática de la época. Vale la pena referir cómo en varias docenas de películas aparece y se legitima esta variante de comportamiento varonil. En filmes populares como *La mujer que yo perdí* (Roberto Rodríguez, 1949) o en *Dos tipos de cuidado* (Ismael Rodríguez, 1952) se plantea junto con la imprescindible historia de amor, el problema de la tenencia de la tierra y/o el abastecimiento del agua. En numerosas películas, aparecían hombres armados cometiendo toda clase de abusos contra otros varones que pretendían defenderse de ellos. Por lo que se refiere a la utilización de las armas por parte de los terratenientes de celuloide, la filmografía mexicana es rica, actores como Carlos López Moctezuma, Pedro Armendáriz, Jorge Negrete, Pedro Infante encarnaron a personajes arrechos, que a punta de balazos, consolidaron la mitología del macho mexicano.

²⁰ El uso de la palabra pistola en el habla popular masculina tiene diversas connotaciones. Puede hacer alusión elogiosa al poder que detenta o a las destrezas y capacidades varias de un hombre, cuando, por ejemplo se dice: "Fulano es una pistola". O bien, su significado se vincula directamente con el órgano sexual masculino: "Tiene un pistolón". Susan Brownmiller, en su tratado acerca de la violación: *Contra nuestra voluntad* (1981) cita el siguiente estribillo: "Esta es mi arma, ésta mi pistola. Una para los negocios, otra para la diversión" (29). En cualquier caso estas simbolizaciones derivan de un falogocentrismo bastante explícito.

La infamia pudo ser consumada gracias a la colaboración de Doña Mercedes, quien reflexiona acerca del comportamiento de su patrón:

Hay cosas que no se creerían sino se palparan. Don Leonardo Cifuentes, una de las varas altas de Ciudad Real, *un señor tan bien visto y tan aseado*, al que le bastaría alzar un dedo par que se le rindieran las adonisas más pretenciosas, *es un codicioso de indias*. Cierto que, como dicen, en la variedad está el gusto. Y que el que diario come faisán bien apetece un plato de frijoles de la olla. Pero una india... es como ir a josear en una batea de puercos. (20)

La alcahueta no se escandaliza por brutalidad de Leonardo contra esta y otras muchachas indias. Lo que le horroriza a esta mujer patriarcal es que “un señor tan bien visto y tan aseado” tenga contacto con mujeres que son consideradas inferiores, peor aún como “animales”. Pero el racismo como ideología, como falsa conciencia que ha intentado sustentar “la natural” inferioridad de todo aquel que no sea blanco, tiene su correlato en el machismo, que por milenios se ha basado en una supuesta superioridad biológica, intelectual y espiritual de los varones sobre las mujeres. Convencidas por el androcentrismo prevaleciente, las personajes femeninas cercanas a Leonardo Cifuentes, como doña Mercedes o su cónyuge, admiran el comportamiento arrecho, violento de este hombre. Así lo recapitula nostálgica Isabel Zebadúa, su esposa, cuando estando casada con Isidoro, se enamora de Leonardo por la fuerza de su carácter, por su determinación: “–Leonardo, ése sí que no se tiente el alma para arrastrar por la crin a la que se le resiste, a la que se muestra indócil o arisca, o caprichosa”. (76)

Desde el capítulo VII de *Oficio de Tinieblas* se dejan ver las intenciones políticas de Leonardo, cuando el hombre conmina a su esposa Isabel a asistir a la fiesta que prepara en honor de Julia Acevedo. Ante la renuencia de la mujer, Cifuentes expresa:

–Ahora, Isabel, vuelvo a rogarte que nos honres con tu asistencia al baile de esta noche. No faltará ninguno de los apellidos más granados de Ciudad Real. No me conviene dar el espectáculo de un hogar deshecho por las rencillas ni el de una mujer que no cumple sus deberes. [...]

–No me conviene para mis aspiraciones políticas. (72)

Las ambiciones políticas de este hombre se tejen diegéticamente en un *tour de force* con su adversario, el ingeniero Fernando Ulloa. A lo largo de la novela este hombre rapaz aprovechará todas las oportunidades que tiene para cercar el proyecto reformador que representa Ulloa y más tarde es el artífice de la estrategia contrainsurgente que liquidará a los indios. Como bien caracteriza Aralia López a este personaje: “Así como llegó a una clase social que no le pertenecía, llega también al poder político. Por eso Cifuentes no defiende valores de raza, ni de casta, ni de honor, sino se sirve de ellos. *Es ya otro tipo de hombre, típicamente individualista y un ‘buscador de poder’*. Su psicología es otra”. (López, *La espiral* 107)

Asimismo, este “buscador de poder” no necesita de los hijos para perpetuarse, porque Cifuentes establece un pacto con el Estado que es una especie de padre político, que reparte beneficios y castigos tanto como el patriarca de las fincas ejerce el poder localmente. La masculinidad arrecha, encarnada por César Argüello es funcional a un

orden feudal moribundo, que requiere adaptarse al nuevo proyecto de nación implementado por el Estado de la Revolución, pero el patriarcado en tanto estructura de largo alcance, reconvierte a los hombres arrechos, a través de nuevas lealtades y prebendas. El abolengo se sustituye por la obtención de cargos políticos, y la familia consanguínea por los vínculos de la llamada “familia revolucionaria”²¹, que no es más que una casta burocrática que busca consolidar su impunidad y privilegios, tal como lo muestra de manera transparente Leonardo Cifuentes en esta cita que refiere su encuentro con el gobernador, luego del aplastamiento de la rebelión indígena:

–En momentos, como los que acabamos de pasar en Ciudad Real, es cuando uno descubre sus verdaderos tamaños. Yo quería defenderme ¿quién no? y defender mis intereses. Pensaba en cada uno de los señores como en mí mismo. Por eso acepté la designación con que me honraron.

–Jefe de las Operaciones.

–Transitoriamente, nada más señor Gobernador. Mientras duraba la situación de emergencia. [...]

–No será por mucho tiempo, Cifuentes. Sus paisanos han decidido, y así me lo han comunicado, lanzar su candidatura como diputado federal. [...]

–¿A cuál partido pertenece, Leonardo?

–La duda ofende, señor Gobernador. *¿A cual partido podría pertenecer? Al oficial.* (353) (Las negritas cursivas son mías)

²¹ Acerca de los orígenes de la llamada “*familia revolucionaria*”, Jorge Carrión señala: “La burguesía hamiltoniana, surgida de los grandes negocios en el manejo venal de la administración pública, la corrupción generalizada de arriba abajo, de las alianzas –incluso matrimoniales– entre las familias de los industriales y financieros con los nuevos ricos “emanados” de la ‘familia revolucionaria’, se consolida progresivamente hasta el grado de disolver sus discrepancias políticas y convertirlas en grotescas querellas de familia y pleitos interclase”. (Carrión 196).

Establecer las redes del poder local con el poder nacional, tal como lo muestra Leonardo Cifuentes, es tal vez la función más importante de esta masculinidad arrecha reconvertida bajo los imperativos de un proyecto de la revolución institucionalizada, totalmente alejado del proyecto social del cardenismo.

Al final de *Oficio de Tinieblas* se muestra como este hombre sin hijos, sin escrúpulos, tiene más afinidades con la arribista clase política que surgió de la Revolución Mexicana, que con los latifundistas de viejo cuño.

2.3 En el nombre del padre

¡Tuya es la tierra y todos sus codiciados frutos

Y lo que más importa ¡serás hombre hijo mío!

Ruyard Kipling

Lo legal es lo único que cuenta

Balún Canán

Nombrar el mundo es ordenarlo, darle sentido y apropiárselo. En la evolución histórica que dio origen al predominio masculino, es fundamental esclarecer que al mismo tiempo que algunos varones se apoderaron de las tierras y sus recursos, también lo hicieron de las mujeres y sus hijos. Con el triunfo del patriarcado, una élite masculina logró simultáneamente, *el control de la producción, y de la reproducción biológica y*

*simbólica*²². Y si uno de los ejes orgánicos del androcentrismo es imponer la línea paterna de descendencia sobre la materna, una fase fundamental de este juego se da con el nacimiento de los hijos varones procreados por la o las mujeres seleccionadas por los hombres con propiedades y poder. Al respecto, Simone de Beauvoir explica:

Cuando (el hombre) se convierte en propietario del suelo, sobre todo, reivindica también la propiedad de la mujer. En otra época estaba poseído por el *maná*, por la Tierra; ahora tiene *un* alma, tiene *muchas* tierras; liberado de *la* Mujer, también reclama una mujer y una posteridad para él. **Quiere que el trabajo familiar que utiliza en provecho de sus campos sea totalmente suyo, y para eso es necesario que los trabajadores le pertenezcan:** sujeta entonces a su mujer y sus hijos. **Necesita herederos en quienes prolongar su vida terrestre por el hecho de legarles sus bienes, y que más allá de la tumba le rendirán los honores necesarios para el reposo de su alma.** [...] Así desde el día en que la agricultura deja de ser una operación esencialmente mágica y se vuelve un trabajo creador, el hombre se descubre como fuerza generadora; reivindica sus hijos al mismo tiempo que sus cosechas. (Beauvoir 105)

Pero el reconocimiento definitivo del hijo consiste en “la imposición del nombre y apellido del *pater familias*”, que lo hará depositario de los privilegios económicos y políticos acumulados por su padre, su abuelo, bisabuelo y demás ancestros. Dentro del patriarcado rural el reconocimiento o legalización de *algunos hijos* es fundamental para el mantenimiento y expansión de las propiedades, ya que si el amo reconociera los

²² Acerca del tema hay una extensa y rica bibliografía, entre la que destacan el clásico de Gayle Rubin “Tráfico de mujeres: notas sobre la ‘economía política’ del sexo” (Ver en *Nueva Antropología*, vol. VIII, núm. 30, México, noviembre de 1986, pp. 95 – 146). Lourdes Benería: “Reproducción, Producción y División sexual del Trabajo” en *Cuadernos Agrarios*, año 4, no. 9, septiembre de 1979, pp. 3-32.

mismos derechos entre todos sus descendientes, su feudo se fragmentaría, y él perdería poder. Esto lo comprende claramente César Argüello, por eso alecciona a su sobrino:

[...] Tengo hijos regados entre ellas.

Les había hecho un favor. Las indias eran más codiciadas después. Podían casarse a su gusto. El indio siempre veía en la mujer la virtud que le había gustado al patrón. Y los hijos eran de los que se apegaban a la casa grande y de los que servían con fidelidad. [...]

—¿Doña Zoraida lo sabe?

Pero su complicidad era innecesaria.

—¿Qué? ¿Lo de mis hijos? Por supuesto.

Habría necesitado ser estúpida para ignorar un hecho tan evidente. Además *toda mujer de rancho se atiene a que su marido es el semental mayor de la finca*. ¿Qué santo tenía cargado Zoraida para ser la única excepción? Por lo demás no había motivo de enojo. **Hijos como éstos, mujeres como éstas no significan nada. Lo legal es lo único que cuenta.** (Castellanos, *Balún* 81)

En la conversación entre César y su sobrino, el primero al fin arrecho, habla con orgullo acerca de sus experiencias sexuales. Para él es “natural” ser “el semental mayor de la finca”. Su poder y abolengo lo amparan en la perpetuación de una sexualidad depredadora entre las indias y de un sistema de parentesco sustentado en una rígida y cruel jerarquía, donde unos hijos, en especial ciertos varones, son escogidos para disfrutar de los bienes acumulados por *el* padre y otros, como las hijas legítimas gozarán de una dote al momento de casarse, pero en este mundo feudal, excepcionalmente se las considerará como capaces de dirigir una finca, su condición secundaria en el sistema

patriarcal, las excluye del poder²³. De manera similar los hijos nacidos fuera del matrimonio son condenados a la pobreza y la servidumbre. Por eso este hombre arrogante, sostiene con la mayor naturalidad, que los hijos procreados con las indias: “... eran de los que se apegaban a la casa grande y de los que servían con fidelidad”.

Bajo este esquema, un hijo vale en tanto sea reconocido por el padre, lo que se expresa en la imposición de su *nombre*. El nombre y apellido son fundamentales en la transmisión de la propiedad y el poder. No ostentar el nombre del padre es carecer de existencia en el mundo campesino. De ahí el poder de Mario, a pesar de su corta edad, sus deseos son órdenes, pues como la niña narradora de la novela relata, si ella desea ir al circo, la madre niega el permiso, pero si el niño insiste en admirar el espectáculo, entonces los hermanos pueden asistir. En este mundo de asimetrías en el futuro de la niña, no se contempla el cuidado y la administración del rancho, por lo que Zoraida, fiel a estas tradiciones, cuando la niña encuentra el cuaderno que narra la genealogía de los Argüello, le ordena no tocarlos: “No juegues con estas cosas (...) Son la herencia de Mario. Del varón” (Castellanos, *Balún* 60). Como puede verse el niño y no la niña, es un elemento indispensable en la transmisión del poder patriarcal de los Argüello, por eso, César anhela que su hijo se convierta en un hombre archo:

César quería hacer de su hijo un hombre y no un nagüilón como Ernesto. A la edad de Mario él, César, ya sabía montar a caballo y salía a campear con los vaqueros y lazaba sus becerritos. Hubiera querido que su hijo lo imitara. Pero

²³ La excepción también está presente en *Balún Canán* a través de un personaje como Francisca Argüello, quien prefirió hacerse cargo de su hacienda “Las tres Marías”, a casarse con Jaime Rovelo. La dureza de su carácter, despertaron por muchos años la estimación y respeto de su primo César. Pero a raíz de la Reforma Agraria cardenista, esta “mujer archo” debe prescindir de sus estrategias de dominación patriarcal (mandar al cepo a los indios, mutilarlos, o latiguarlos) y para conservar sus propiedades, se hace aliada de ellos, en calidad de bruja.

Zoraida ponía el grito en el cielo cada vez que hablaban del asunto. Trataba a su hijo con una delicadeza como si estuviera hecho de alfeñique. Claro. Como ella no había sido ranchera no quería que Mario le saliera ranchero. Hasta estaría haciéndose ilusiones de que iban a mandarlo a estudiar a México. Sí como no. Para que le resultara una alhaja como el famoso hijo de Jaime Rovelo, que nos sale ahora con la novedad de que los patronos somos una rémora para el progreso y que deberían arrebatarnos nuestras fincas. (203-4)

Las reflexiones de Argüello, sobre la educación que debe recibir su hijo y su futuro deseable, se interrumpen para concentrarse en la estrategia que debe seguir ante la rebeldía de los indios. Sin embargo el párrafo anterior, muestra como a pesar del poder que detenta César, Zoraida tiene una influencia decisiva sobre sus hijos, pues como señala Nancy Chodorow (1984): “Ser madre, entonces, no es sólo tener un hijo, es ser una persona que socializa y alimenta. Es ser el progenitor primario, el que se hace cargo” (26). No obstante lo cual, en *Balún Canán* **el rol paterno está claro: procrea, reconoce a sus hijos legítimos, a quienes cuida, provee y defiende.** El cumplimiento de estas funciones paternas se desarrolla ampliamente en la segunda parte de la novela. Un poco antes de concluir la primera parte del texto, hay un episodio en el que rol paterno se manifiesta de manera incuestionable: durante la travesía de Comitán a Chactajal, la familia Argüello debe cruzar un río, cuya creciente a causa de las lluvias, lo hace peligroso, pero a pesar de la eventualidad, Argüello se hace cargo de la situación sin titubeos:

Es preciso que sigamos adelante. Mi padre me abraza y me sienta en la parte delantera de su montura. Ernesto se hace cargo de mi hermano. Ambos espolean

sus caballos y los castigan con el fuste. Los caballos relinchan, espantados, y se resisten a avanzar. Cuando al fin entran al agua salpican todo su alrededor de espuma fría. (67)

Durante la primera mitad del siglo XX, cuando los roles entre hombres y mujeres estaban claramente delimitados, es lógico que el mando de la expedición descansara en el jefe de familia, y por tanto, ante una situación de cierto peligro, el padre con su carácter fuerte y decidido, asumiera naturalmente las decisiones. Es tal vez, el único episodio en *Balún Canán* donde la narradora personaje tiene un acercamiento afectuoso y decisivo con su padre. Tan es así, que la narración destaca el papel heroico del padre.

Hacia la tercera parte de la novela, cuando la violencia ha arrasado con Chactajal, César no se da por vencido y decide partir a la capital del estado con la finalidad de entrevistarse con el gobernador para solicitarle ayuda. En una de las cartas que este hombre en apuros envía a su esposa, se muestra transparente la tenacidad para rescatar sus propiedades para el heredero:

“Hasta ahora no nos ha sido posible conseguir una audiencia con el Gobernador. Jaime y yo hemos ido todos los días a Palacio [...] No nos llaman según el turno que nos corresponde, sino según la importancia de lo que queremos tratar [...] yo todavía creo firmemente que no hay que perder la esperanza. Chactajal volverá a ser nuestro. No en las mismas condiciones de antes, no hay que hacerse ilusiones. Pero podemos regresar y vivir allí. *Para que Mario se críe en*

la propiedad que más tarde será suya, y así aprenda a cuidarla y a quererla”.

(232, 234)

En la crianza de los hijos, también se reproduce un orden social, un orden de dominio que se irá reforzando a través de las costumbres y rituales practicados en la familia, la escuela, la iglesia, la vida cotidiana, donde las jerarquías son rígidamente establecidas y parecen inmutables²⁴. Los hombres de la oligarquía rural del sureste mexicano recreados en *Balún Canán* logran su perpetuación en el tiempo a través de los hijos varones que continuarán bajo su amparo y *en su nombre* imponiendo su dominio sobre las tierras, las mujeres y los indios, pero si estos hijos legítimos mueren, como en el caso de Mario; o renuncian a sus privilegios señoriales, como asume el joven Rovelo, entonces el patriarcado rural comienza a colapsarse. De ahí, el llanto premonitorio de la nana, quien sombría decreta: “Estoy llorando de ver cómo se derrumba esta casa porque le falta cimientito de varón. [...] Hasta aquí, no más allá, llega el apellido de los Argüello. Aquí ante nuestros ojos, se extingue. [...] Mario va a morir”. (229 a 231)

Ernesto Argüello, el hijo bastardo.

¿Es la ley del padre la que se impone todavía en lo social y en lo político? ¿Y si el padre no fuera más que un amo?, ¿un amo que no ama?, ¿amo a mi amo?

Liliana Mizrahi

²⁴ Con respecto a la interconexión de las diversas instituciones sociales para lograr la reproducción biológica, física y simbólica de cierto orden sociocultural, están los siguientes trabajos: Louise Althusser. *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, México: Quinto Sol, 1985; Shulamith Firestone: *La dialéctica del sexo*. Barcelona: Kairós, 1976; Wilhem Reich. *Psicología de masas del fascismo*. México: Grijalvo, 1973.

Si como César Argüello afirmó en su conversación con el joven Ernesto al mostrarle el rancho, “lo legal es lo único que cuenta”, ¿Cuál es el lugar de los hijos bastardos en este mundo rural? Ciertamente el propio Argüello, señalaba con sentido práctico, que el destino de esos hijos era servir en la casa, convertirse en leales criados del patrón. La anécdota recreada en la propia novela, o en textos como *La casa de los espíritus* de Isabel Allende, muestran que los deseos señoriales de tener el control sobre los hijos no deseados, ni reconocidos no siempre tienen éxito. En efecto, en la novela de la escritora chilena, Esteban García, el nieto bastardo del hacendado Esteban Trueba, encuentra la posibilidad de vengarse del desprecio y abandono que sufrieron su padre y él, cuando Alba, la adorada nieta de Trueba, luego del golpe militar, es detenida por la policía política y llevada a las instalaciones del ejército, donde el Coronel García se encargará de violar y torturar a la muchacha (Allende 429).

En *Balún Canán*, cuando se dan los primeros enfrentamientos entre los indios y César, aparece en Chactajal, Gonzalo Utrilla un ahijado de Argüello, a quien en su infancia privó de la mínima atención que le obligaba su condición de padrino. En la conversación que se efectúa entre el patrón y el ahijado, queda de manifiesto el antagonismo entre uno y otro, en tanto el joven Utrilla se ha convertido en inspector agrario que tiene la misión de auxiliar a su comunidad en la medición de los terrenos para implementar la reforma agraria. Don César se da cuenta, que este indio está transformado por los valores de la posrevolución y que no guarda ya ninguna lealtad a su antiguo patrón. Con amargura reconoce:

No hay enemigo pequeño, pensaba César. ¡Si hubiera sido más amable con este Gonzalo cuando no era más que un indizuelo! Llegaba de visita los domingos y se sentaba, horas y horas, en la grada del zaguán, esperando que César se dignara salir. Era por interés, no por afecto naturalmente. Porque la costumbre es que los padrinos den gasto a sus ahijados los días de fiesta. Pero cuántas veces, y ahora se arrepentía, César en vez de ir a saludar personalmente al muchachito y poner en su mano algunas monedas, mandaba a la criada para entregarle un regalo, mal escogido y sin ningún valor. Pero cuando el regalo fue una tapa de panela, Gonzalo se negó a recibirla y no volvió nunca. Hasta ahora. (Castellanos, *Balún* 134)

El reencuentro entre Gonzalo y su padrino ocurre en un momento conflictivo, el muchacho es ahora inspector agrario, empleado del gobierno que repudia César. Si bien en el texto no hay ningún elemento que permita deducir que Gonzalo puede ser uno de los hijos “del semental mayor de la finca”, precisamente por esa “declaración de principios” del latifundista, referida anteriormente, se podría pensar en Utrilla como un hijo bastardo de Argüello, y que bajo el cardenismo, en tanto proyecto modernizador, un hijo ilegítimo tiene la oportunidad de resignificar sus experiencias del pasado y hacer justicia. Con claridad, así lo manifiesta a su ex patrón: “Por fortuna ya no son sus tiempos, don César. Suponiendo que las cosas no hubieran cambiado. El gobierno me da de comer. En cambio, de los ricos nunca he merecido nada”. (134)

Sin embargo, el caso de Ernesto Argüello es diferente, él no pertenecía a ninguna comunidad indígena, que le permitiera tener cierta conciencia con respecto a su condición social. En tanto su madre y él siempre vivieron en Comitán, y a pesar de

todas sus desventuras por ser hijo ilegítimo, el muchacho se siente satisfecho de establecer vínculos con el hermano de su padre, porque el patrón lo necesita. Cuando César hace alarde de tener hijos regados en la hacienda, no se siente aludido, por la blancura de su piel:

Ernesto no se colocaba, para juzgar, del lado de las víctimas. No se incluía en el número de ellas. El caso de su madre era distinto. No era india. Era una mujer humilde, del pueblo. Pero blanca. Y Ernesto se enorgullecía de la sangre de Argüello. Los señores tenían derecho a plantar su raza donde quisieran. El rudimentario, *el oscuro sentido de justicia que Ernesto pudiera tener, quedaba sofocado por la costumbre, por la abundancia de estos ejemplos que ninguna conciencia encontraba reprochables* y, además, por la adoración profesada a este hombre que con tan insolente seguridad en sí mismo, cabalgaba delante de él. (80)

Pero esta percepción de su vida, se manifiesta de manera ambivalente a lo largo de la novela, ya que por un lado, cuando el muchacho se enamora de Matilde, quien ha caído en desgracia por la inesperada transformación de su hermana Francisca en “bruja”, es capaz de reconocer que desde la infancia, el muchacho anhelaba infructuosamente ser aceptado por su padre, ya que ese rechazo y su origen ilegítimo lo colocaron en una situación de marginación económica y social que dejaron honda huella en su vida:

Nací marcado. No tengo delito, pero nací marcado. El señor cura no quería admitirme en su escuela, porque era yo hijo de un mal pensamiento. Mi madre

tuvo que humillarse para que el señor cura consintiera en recibirme. Pero no permitía sentarme con los demás. En un rincón, aparte. Porque las señoras protestaban de que sus hijos estuvieran revueltos con un cualquiera. Yo era más listo que ellos, yo me sacaba las primeras calificaciones, pero a fin de año el premio no era para mí... Porque yo soy un bastardo. (123)

Pero los sinsabores del linchamiento social de que fue víctima se fueron desdibujando a partir del momento en que César Argüello buscó a Ernesto para proponerle un trabajo. El encuentro con el único sobreviviente de la estirpe Argüello, representó para el muchacho un tardío, pero esperanzador reconocimiento de su origen.

[...] creo que somos medio parientes, ¿no es así?

–Soy un hijo bastardo de su hermano Ernesto.

–Algo de eso había yo oído decir. Eres blanco como él, tienes los ojos claros.

¿Conociste a tu padre?

–Hable algunas veces con él.

–Era un buen hombre, un hombre honrado. Y tú que llevas su apellido, debes serlo también. (54)

Sin embargo, la alegría que le produce al joven encontrar en César una figura paterna, frecuentemente se derrumba por las infranqueables diferencias sociales establecidas por una sociedad de castas. Así lo podemos advertir en este episodio cuando César narra a Ernesto, las circunstancias en que murió su padre:

–¿Murió intestado?

–No. ¿Por qué?

–*Porque soy su hijo.*

–*No eres el único. Además nunca te reconoció.* (Las cursivas son mías)

César había pronunciado estas palabras sin ánimo de ofender. Para él era tan natural el comportamiento de su hermano que no se preocupaba siquiera por encontrarle un atenuante, una disculpa. Pero si se hubiera vuelto a ver tras de sí habría encontrado el rostro de Ernesto con una marca purpúrea como si acabaran de abofetearlo. Todo él, temblando de cólera, no podía contradecir la aseveración de César porque lo que había dicho era verdad. *No, no era cierto que perteneciera a la casta de los señores. Ernesto no era más que un bastardo de quien su padre se avergonzaba.* [...] Y a pesar de todo, él había querido a ese hombre que nunca consintió en ser para su hijo más que un extraño. Ernesto se sublevaba contra esa debilidad de su corazón con la que –bastaba un movimiento de hombros– se despojaba de las responsabilidades. (83-84)

En este punto cabe preguntarse, ¿qué hubiera sucedido con la vida del muchacho, a no ser porque César lo necesitaba para habilitarlo como improvisado maestro y así engañar al gobierno? Seguramente Ernesto hubiera seguido de repartidor de periódicos, lamentando su origen espurio, pero sin perder la vida. Sin embargo, para este muchacho de agradable presencia y buena voz, la suerte estaba echada: su falta de preparación para ser maestro de los niños indios, lo sumieron en la frustración y el alcoholismo, y la relación amorosa con Matilde, tampoco prosperó. A pesar de todos sus fracasos, luego de la insurrección indígena, César le hace una nueva encomienda, llevar a Ocosingo, una carta al gobernador exponiéndole lo delicado de la situación en

la finca, y solicitándole apoyo para someter a los indios. Gracias a esta misión, Ernesto se siente estimulado y reconocido por *su* tío, porque como explica Erich Fromm:

... la función del padre es diferente. Representa él la ley y el orden, las reglas y las obligaciones sociales establecidas por el hombre, y es él quien castiga o premia. Su amor es condicional, y puede ganarse haciendo lo que se exige. Por esa razón, la persona vinculada al padre puede esperar ganarse más fácilmente su amor si hace su voluntad. (62-63)

Aunque Ernesto está ansioso por obtener el reconocimiento del gran patriarca de Chactajal, el joven no puede cumplir con su misión, porque de regreso a Comitán, una bala pone fin, a uno de los caxlanes, que engañaron y abusaron de la confianza de los indios.

La muerte del joven, del hijo bastardo de don Ernesto Argüello, sólo es la culminación de un filicidio social y simbólico que sufren los hijos nacidos fuera del matrimonio, y que deben sobrevivir penosamente el abandono o utilización oportunista de sus padres y parientes. Esta es otra de las facetas del patriarcado que, como se ha visto, también es capaz de marginar y humillar a otros hombres, que por su edad y condición social no pueden responder a estas formas de opresión.

2.4 Familia, Cuerpo y sexualidad

*Si la vida es un jardín,
las mujeres son las flores
el hombre es el jardinero que corta
de las mejores
Yo no tengo preferencia por
ninguna de las flores
me gusta cortar de todas
me gusta ser mil amores
El mil amores. Canción popular
mexicana*

¿Se pueden expresar los afectos, los deseos; se puede manifestar la capacidad transformadora y de simbolización que caracterizan a la humanidad sin el cuerpo? ¿El estudio y la definición de la sexualidad²⁵ están restringidos a las actividades genitales, eróticas o deben responder a una concepción más amplia, que reconozca su interrelación con las subjetividades? ¿Las nociones actuales acerca de la sexualidad nos permiten entender las complejas relaciones de los seres humanos para significar sus experiencias con su cuerpo y el de los otros?

²⁵ El médico y sexólogo Juan Luis Álvarez Gayou, propone la siguiente definición de sexualidad: “Cuando hablamos de sexualidad nos referimos a los aspectos biológicos, psicológicos y sociales del sexo, de tal forma, que la sexualidad remite a la fecundación, a la genética, a la herencia, a las hormonas, al coito y a la reproducción; pero, también a la psicología, es decir, a las sensaciones, percepciones y sentimientos; y también, es hablar de sociología, o sea, los comportamientos, trabajos, leyes, derechos, etc. En otras palabras, la sexualidad es todo aquello que los seres humanos somos, sentimos y hacemos en función del sexo al que pertenecemos” (o queremos pertenecer, agrego yo). (Álvarez Gayou 21)

De acuerdo a autores como Thomas Laqueur (1994), Susan Bordo (1999), Aisendon (1981), Julia Tuñón (2008) en años recientes se cierne sobre el cuerpo una nueva mirada filosófica y antropológica, que busca resituarlo en la historia de la cultura occidental, haciendo una crítica sustentada a los paradigmas que por varios miles de años, han visto al cuerpo como un enemigo del alma o, como después ocurrió en la época de la Ilustración, ponerlo en el banquillo de los acusados por distraer el acto de razonar y producir. Por su parte, Michel Foucault ha documentado ampliamente, la evolución de las diversas ideologías sobre el cuerpo en varias de sus obras.

A partir de estos breves antecedentes me propongo realizar una aproximación a la intimidad de los personajes que se han clasificado como arrechos, precisamente a partir de la configuración realizada por RC, de los cuerpos y las experiencias amorosas y sexuales de César Argüello y Leonardo Cifuentes, a quienes se ha estudiado detalladamente en este capítulo.

César, “un hombre muy deveras”

Los hombres arrechos descritos por Rosario Castellanos, son hombres maduros, cuyas edades oscilan entre los 40 y 50 años²⁶. Ellos tienen un patrimonio y “un lugar” en la sociedad chiapaneca, y por tanto en el mundo. Han triunfado porque juegan hábilmente las reglas que dicta la sociedad señorial donde nacieron y crecieron, no son muchachitos que dudan y se cuestionan acerca de su destino. Los arrechos son *hombres verdaderos* que ya han vivido toda clase de experiencias: han viajado, a veces han

²⁶ A lo largo del siglo XX uno de los indicadores del proceso de modernización que experimentó nuestro país, se refiere a los cambios en la estructura demográfica y por tanto en la esperanza de vida. De acuerdo al INEGI, en 1930 los mexicanos vivían en promedio 37 años, en 1950, 47 años. En el inicio del siglo XXI, la esperanza de vida alcanzó en promedio 75 años, con ciertas diferencias si se trata de las mujeres, quienes viven aproximadamente 77.4 años, en comparación con los varones cuyo promedio se estableció en 72.6 años. Ver <http://cuentame.inegi.org.mx/impresion/poblacion/esperanza.asp> (consultada el 23 de julio de 2009).

estudiado en el extranjero, han tenido múltiples aventuras sexuales y parrandas, han impulsado campañas políticas y también como se espera en la mayoría de las sociedades, se han casado y engendrado hijos legítimos. A veces tardíamente como César Argüello, o en su juventud, como lo hicieron Jaime Rovelo y Don Rafael Orantes. Pero han cumplido con esa importante área del *ser y deber ser masculinos* que los arraiga en su clase social y les da poder²⁷.

Como se ha visto a lo largo de este capítulo hay un sistema de relaciones perfectamente estructurado entre la preservación de la propiedad rural, la familia monogámica y la dominación masculina. Si bien la paternidad en el contexto de la sexualidad masculina pone de manifiesto el aspecto reproductivo de la misma; la organización social y simbólica del patriarcado propende o estimula el ejercicio varonil de lo que yo llamo una *sexualidad recreativa*, cuya finalidad es precisamente el esparcimiento o diversión masculina a través de la actividad sexual, y por supuesto es también una forma de obtener poder y reconocimiento. Detengámonos en esta propuesta.

Si una activa vida sexual fuera del matrimonio es una prerrogativa masculina, este paradigma androcéntrico cobra vida en los personajes arrechos analizados. Por ejemplo, en la segunda parte de *Balún Canán*, gracias a las conversaciones entre César Argüello y su sobrino Ernesto, es posible enterarse de que el patrón se considera a sí

²⁷ En los últimos 100 años, las costumbres relacionadas con el matrimonio y la organización y estructura de las familias han cambiado de manera radical. Durante la primera mitad del siglo XX mexicano, período recreado por la mayoría de los cuentos y novelas de Rosario Castellanos, su narrativa muestra cómo el matrimonio era para las mujeres (independientemente de su clase social), casi el único fin de su vida. Mientras que para los hombres representaba *un medio* para lograr los ansiados herederos en el caso de los ricos. Y los indios, a través de la relación conyugal procrearían con los hijos, la fuerza de trabajo necesaria para las labores del campo. En todos los casos, tener muchos hijos era, la inobjetable confirmación de la capacidad viril.

mismo como “el mayor semental de la finca” (Castellanos, *Balún* 81). César Argüello ejemplifica con su propia experiencia vital, los imperativos de la doble moral sexual, entre los cuales destaca la creencia según la cual, los hombres tendrían más necesidades eróticas que las mujeres. Por eso cuando el poderoso tío de Ernesto le ofrece al muchacho a las indias del rancho y éste se ofende, César insiste:

–Ahí están las indias a tu disposición, Ernesto. A ver cuándo una de estas criaturas resulta de tu color. (...)

–Tengo malos ratos pero no malos gustos, tío.

–Eso dices ahora. Espera que pasen unos meses para cambiar de opinión. *La necesidad no te deja escoger*. Te lo digo por experiencia. (80)

Este diálogo ejemplifica con claridad no sólo la muy difundida idea del incontrolable apetito sexual masculino como atributo varonil, sino que la realización de esa incontenible necesidad va en perjuicio de las mujeres indias, quienes son violentadas por el patrón porque las considera de su propiedad y de una raza inferior, por lo tanto, siempre disponibles. Acerca del mito de hipersexualidad masculina, Jeffrey Weeks señala:

...se cree que el “sexo” es una fuerza irresistible, un “imperativo biológico” misteriosamente ubicado en los genitales (sobre todo en los voluntariosos órganos masculinos) que arrasa con todo lo que tiene enfrente (por lo menos si eres hombre) [...] esto produce un modelo piramidal del sexo, una jerarquía sexual que se extiende hacia abajo desde la corrección aparentemente otorgada por la naturaleza al coito genital heterosexual hasta las extrañas manifestaciones

de “lo perverso”, que se espera esté bien enterrado en la base, pero que desafortunadamente siempre brota en lugares dudosos.

Esta visión del mundo del sexo está profundamente inmersa en nuestra cultura, es parte del aire que respiramos. Proporciona una justificación ideológica para la lujuria masculina incontrolable y, por lo tanto, *también para el acto de violación*, para la degradación de la autonomía sexual femenina y para la manera en que tratamos a las minorías sexuales distintas de nosotros, así como para las realidades más aceptables del amor, las relaciones y la seguridad. (Weeks 18)

En *Balún Canán* es claro que César, cuando ronda los cuarenta años, decide “sentar cabeza”, casarse con Zoraida para tener hijos legítimos, y por tanto los goces conyugales con ella pasan a segundo plano, lo cual es una tranquilidad para una esposa que ve en las relaciones maritales un mal necesario²⁸. Sin embargo, la conflictiva situación en que se encontraba la finca de César Argüello, es uno de los puntos focales de la novela, por lo que la vida íntima del patrón, se desvanece en los siguientes capítulos. Pero, gracias a las evocaciones de su esposa Zoraida, es posible tener otro tipo de acercamiento a la trayectoria vital de Don César. En este episodio se informa de los pormenores de la decisión de Argüello para contraer matrimonio:

...cuando César se fijó en mí y habló con mamá porque tenía buenas intenciones vi el cielo abierto. Zoraida de Argüello. El nombre me gusta, me queda bien.

²⁸ Una educación tradicional, sustentada en los valores judeocristianos que sólo permiten la relación conyugal en función de lograr la reproducción, explica las ideas de Zoraida de Argüello acerca del intercambio sexual en el matrimonio: “cuando me casé estaba yo joven y era yo regular. Después me vinieron los achaques. Me sequé de vivir con un señor tan reconcentrado y tan serio que parece un santo entierro. Como es mayor que yo, me impone... *Para que yo deje que se me acerque todavía me tiene que rogar. No sé cómo hay mujeres tan locas que se casan nomás por su necesidad de hombre* (90-1)

Pero me daba miedo casarme con un señor tan alto, tan formal y que se había amañado a vivir solo. Porque no se le conocían queridas. Queridas de planta, pues, formales. *Quebraderos de cabeza nunca le han faltado*. Dejaría de ser hombre. (90)

Estas reflexiones de Zoraida Solís de Argüello son muy importantes porque en pocas líneas se muestran los usos y costumbres de principios de siglo en torno a la vida conyugal. Primero: el matrimonio se concertaba entre el interesado y los padres de la futura esposa, sin consultar con ella su opinión²⁹. Segundo: era habitual que los hombres fueran bastante mayores que la prometida, para tener mayores posibilidades de “moldear” a su mujer de acuerdo a sus gustos y necesidades, y por tanto controlarla; tal como lo ha recreado el *Pigmalión* de George Bernard Shaw. Tercero: había una aquiescencia social a la doble moral sexual, pues mientras se pedía pureza y castidad a la mujer elegida, el hombre debía tener una amplia y reconocida experiencia sexual. “Quebraderos de cabeza” nombra Zoraida a las aventuras de César. Esta frase coloquial muestra cuan arraigada está en el imaginario social, la idea de que el cuerpo es el enemigo de la razón.

En una perspectiva más amplia de la sexualidad humana es pertinente considerar otros aspectos de las experiencias emocionales de los hombres y las mujeres, como su

²⁹ Considerada por varios críticos cinematográficos, una de las 10 mejores películas del cine mexicano, *Una familia de tantas* (Alejandro Galindo, 1948) es un clásico del cine costumbrista, en tanto muestra la transición y conflictos de una familia donde domina inflexible un padre autoritario, Don Rodrigo Cataño (Fernando Soler) quien controla con gritos y golpes a sus hijos. Al cumplir 15 años una de sus hijas menores, Maru (Martha Roth), **el padre hace los arreglos para que la joven inicie un noviazgo con un primo bastante mayor, sin consultarla**. Este episodio recreado en la película es demostrativo de los usos y costumbres matrimoniales en la primera mitad del siglo XX. Pero las cosas en la ciudad y en el país han empezado a cambiar y Maru desafiando valientemente a su padre, se hace novia de Roberto del Hierro (David Silva), un vendedor de aspiradoras quien tiene una idea moderna del matrimonio, que acentúa los conflictos en esa familia de tantas. Para más información ver: <http://cinemexicano.mty.itesm.mx/peliculas/familia.html>, consultada en 22 de Julio de 2009.

capacidad para crear vínculos amistosos con otras personas y para expresar sus afectos. En este sentido César cuenta con la estrecha e incondicional amistad de Jaime Rovelo, quien estuvo a punto de emparentar con la familia Argüello, cuando manifestó intenciones de casarse con Francisca, la prima de César, pero debido a que, la entonces muchacha, asumió el compromiso de cuidar la finca de Palo María al faltar su padre, tuvo que rechazar la propuesta de Jaime. Por fortuna, la férrea decisión de Francisca, no afectó la relación de los amigos y años después en la crisis de Chactajal, Jaime Rovelo acompaña a César por varias semanas a Tuxtla Gutiérrez, en busca de ayuda con las autoridades estatales.

La habilidad de César para comunicar sentimientos y emociones, se manifiesta gracias a la firme convicción que el hombre tiene para cumplir con su deber de padre proveedor, por tanto no teme poner en un papel la nostalgia que le causa el haberse trasladado a Tuxtla y estar alejado de su familia. Con toda la reciedumbre que ha mostrado el hombre a lo largo de la historia recreada en la novela, en la tercera parte de esta, gracias a las cartas que frecuentemente manda a su esposa, es posible conocer esta faceta de Argüello:

“Hasta ahora no nos ha sido posible conseguir una audiencia con el Gobernador (...) *Los niños y tú me hacen mucha falta.* En las noches salimos con Jaime a dar la vuelta, porque no se puede uno quedar encerrado en el cuarto del hotel. Se asfixia uno respirando ese aire caliente y estancado (...) Sólo en el parque corre un poco de brisa. Y hay flamboyanes que florecen siempre. Y se oye música. Pero no, no vayas a creer que estoy contento, no me acostumbro a la manera de vivir de los tuxtlecos. Yo soy de tierra fría. *Y quiero mi casa y estar con ustedes.*”

Sólo por ustedes estoy haciendo este sacrificio. Pero el resultado tendrá que compensarlo todo". (233-234)

Aunque al inició de su relación con César, Zoraida expresaba sus temores acerca de la vida solitaria que el hombre había llevado, en esta carta es clara la importancia que el matrimonio y la familia tienen para César. En la misiva se muestra un optimismo inquebrantable en la recuperación de su patrimonio, pero este hombre entregado a sus deberes familiares no imagina que al regresar a Comitán, su casa "se ha derrumbado", no sólo por la pérdida de sus propiedades, sino sobretodo por la inesperada muerte de Mario, el heredero.

En la tercera parte de *Balún Canán*, la historia se centra en las vivencias de la narradora personaje, *alter ego* de Rosario Castellanos, por lo que en ese texto no es posible conocer la forma en cómo Don César asumió la pérdida de su hijo. Recordando el carácter autobiográfico de esta novela y otros textos de Rosario, la muerte de Mario Benjamín afectó de una manera brutal a la familia Castellanos, a tal grado que esta experiencia traumática fue configurada en varios cuentos y relatos de nuestra autora, según lo estudiado por la crítica de la obra de la autora³⁰.

En un episodio del cuento "El viudo Román", es posible conocer ciertos detalles del duelo por el hijo muerto en la familia de Romelia Orantes, la prometida de Carlos Román, donde también muere el único hijo varón. Ante la trágica pérdida del heredero,

³⁰ Así lo comenta Estela Franco en su libro *Otro modo de ser humano y libre. Semblanza psicoanalítica de Rosario Castellanos* (1982). Y también lo mencionan Priscilla Meléndez en "Genealogía y escritura en *Balún Canán* de Rosario Castellanos" en *MLN* 113.2 (1998) 339-363

el padre, don Rafael Orantes, aparenta resignación y entereza frente a la sociedad y sus hijas, pero en la soledad expresa sinceramente su pesar. Así lo plantea el texto:

Don Rafael... Siguió atendiendo escrupulosamente sus negocios. No dejó de frecuentar a sus amigos ni de presidir la mesa familiar en la que ahora había dos lugares vacíos: el de Rafael y Doña Ernestina. Pero nadie recordaba haberlo visto reír, abandonar su reserva, descuidar ese aire de atención continua sobre sus propios actos como para impedir que se le desmandaran. *A solas se derrumbaba a llorar sobre los escombros de una vida cuya raíz había sido arrancada de cuajo y que no tenía el menor interés en conservar. Así no opuso la menor resistencia a las primeras insinuaciones de la enfermedad y de la decrepitud.* Aunque tampoco estas nuevas circunstancias adversas iban a modificar unos hábitos que, con tan heroico esfuerzo, había logrado mantener intactos. (Castellanos, *Los convidados* 149-150)

César Argüello y/o Rafael Orantes, aún siendo hombres *muy de veras*, al enfrentarse a la muerte del hijo varón, transgreden profundamente el mandato patriarcal que sentencia “los hombres no lloran”, porque pierden una parte de ellos mismos y padecen irremediabilmente la llamada *childlessness*³¹. (Sánchez Pardo 244).

³¹ En contraste a la propuesta inglesa *Childlessness* para signar la pérdida de los hijos en esa lengua, Isabelita la narradora personaje del cuento “Los espejos” de Inés Arredondo expresa: “La negrura lo cubrió todo sin dejar un punto de luz que mirar, un soplo de viento para respirar. Todo pierde sentido, no hay palabras para nombrarnos: ni huérfanos, ni viudas, *no hay palabras para nombrar a los que hemos perdido un hijo porque ya no somos aunque sigamos existiendo*”. (Arredondo, 2002: 208)

Leonardo Cifuentes. El gran macho, el gran chingón

El “macho” hace “chingaderas”, es decir, actos imprevistos y que producen la confusión, el horror, la destrucción. Abre al mundo; al abrirlo, lo desgarrá.

Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*

En *Oficio de Tinieblas* se desvanece la sombra del padre y la escritora puede, con más libertad, ficcionalizar la vida sexual de Leonardo Cifuentes, otro de los personajes arrechos estudiados. Como se recordará, al inicio del subcapítulo 2.3 se transcribió la definición, que de la palabra arrechó/a propone el *Diccionario de la Lengua Española*, una de cuyas acepciones destaca: “Dícese de la persona excitada por el apetito sexual”, rasgo que describe con exactitud a Cifuentes. Sin embargo, tal como lo plantean Jeffrey Weeks (1998), Susan Brownmiller (1981), Rita Laura Segato (2003) entre otros, la sexualidad depredadora, ejercida en su mayoría por hombres, es una práctica más relacionada con el ejercicio de poder y la obtención de prestigio, que con la satisfacción sexual en sí.

Desde su aparición inicial en la novela, Leonardo Cifuentes es presentado como un varón fuerte y violento: “Un hombre de complexión robusta, de mediana edad, *sacaba brillo al cañón de una pistola con un retazo de gamuza*. Vestía traje de dril, calzaba botas de campo. Se reclinaba perezosamente en el respaldo de un sillón giratorio [...]” (Castellanos, *Oficio* 20).

Lustrar “el cañón de la pistola” es un ceremonial cotidiano en una región y en una época donde es común el uso de las armas, y que pone de manifiesto los vínculos entre placer y destrucción. El cañón de la pistola, alude al poder fálico de este hombre, que por ello se regodea en él, este onanismo encubierto es el preámbulo siniestro del abuso a la adolescente indígena Marcela Oso.

La vida sexual de Leonardo responde a los cánones de una *masculinidad hegemónica* funcional a una sociedad de castas en crisis. Aunque Cifuentes marca cierta ruptura con respecto a los *hombres arrechos* canónicos previamente analizados, como César Argüello, encarnación transparente de la doble moral que ostenta el “buen patrón”, quien al mismo tiempo ha formado cristianamente una familia, procreado una descendencia; tiene o tuvo sus “quebraderos de cabeza” y ejerce sin piedad la violación sistemática contra las indias. A diferencia de Argüello, Rovelo (*Balún Canán*) y Don Rafael Orantes (“El viudo Román”), Leonardo Cifuentes no necesita cuidar y consolidar una familia, ni procurarse uno o varios herederos legítimos, porque vislumbra que el periodo posrevolucionario introdujo en Chiapas un proceso de bizarra modernización, en el que las alianzas políticas con el poder central son, antes que una prolífica descendencia, la garantía más segura para perpetuar sus privilegios.

En la configuración literaria de este personaje que no ha procreado hijos con las mujeres más importantes de su vida; ni con Isabel, su esposa, ni tampoco con Julia, su amante; la esterilidad en el marco familiar es un hecho significativo. Libre de obligaciones familiares y de anhelos paternales, la vida sexual de Leonardo obedece a sus deseos y caprichos, haciendo eco de varias composiciones del cancionero mexicano donde se festeja la promiscuidad masculina, independientemente de su estado civil: “Yo

siguendo siendo soltero, la casada es mi mujer”, entona desfachatado Pedro Infante. Lo cual concuerda con la reflexión de Octavio Paz, acerca del comportamiento del macho mexicano, del gran chingón:

[...] el atributo esencial del macho, la fuerza, se manifiesta casi siempre como capacidad de herir, rajar, aniquilar, humillar. Nada más natural, por tanto, que su indiferencia frente a la prole que engendra. No es el fundador de un pueblo; no es el patriarca que ejerce la patria potestas; no es rey, juez, jefe de clan. Es el poder, aislado en su misma potencia, sin relación ni compromiso con el mundo exterior. Es la incomunicación pura, **la soledad que se devora a sí misma y devora lo que toca.** (74)

Como se ha visto en el subcapítulo 2.2, la trayectoria vital de Cifuentes es la de un hombre ambicioso y despiadado, quien debido a su origen y circunstancias, sólo es fiel a sí mismo. Aunque casa con la viuda de su hermano adoptante, quien tiene una hija de su primer matrimonio, nunca establece un vínculo afectivo con su entenada. Por el contrario, la existencia de Idolina, es uno de los factores que incide en el distanciamiento entre la pareja. Asimismo, si desde la moral católica, la procreación en el seno de la familia, es lo que justifica el débito y la unión conyugal, su esterilidad manifiesta, representa para Isabel otra causa de alejamiento de su marido. La agraviada mujer, reflexiona sobre el hecho:

Los hombres no saben estarse encerrados, prendidos de la pretina de su mujer. Y menos cuando en la casa no hay criaturas para reírles sus gracias, para festejarles sus alcances.

Porque Dios había mostrado su inconformidad con este matrimonio no concediéndole hijos. (Castellanos, Oficio 73)

En la época que recrea la novela, por lo general la infertilidad de una pareja se atribuía a alguna deficiencia en la mujer. Jamás se pensaba que los varones pudieran ser estériles, pero en el caso de Isabel y Leonardo, la presencia de Idolina, exculpaba a la esposa, quien atribuía a un castigo divino, el no haber procreado hijos con su segundo marido. Irónicamente, sin saberlo, el cacique embaraza a Marcela Oso, luego de violarla. El hijo de la muchacha indígena: Domingo González, tendrá un papel clave en la novela, ya que al pasar de los años, será crucificado por los chamulas en un intento desesperado por tener su propio Cristo (Capítulo XXXIII). Finalmente, la muerte de un hijo que se desconoce tener, no importa, pues como decía César Argüello (*Balún Canán*), “mujeres como ésas, hijos como esos, no valen”.

En cuanto a la vida afectiva y sexual de Leonardo, probablemente el abandono familiar y el posterior abuso que sufrió en el orfanato donde estuvo internado, expliquen su incapacidad para establecer relaciones amorosas significativas. Así rememora el asunto, su esposa Isabel: “[...] ¿Quién, sino él (Isidoro, su difunto marido), te recogió y obligó a sus padres a que te dieran asilo en su casa, porque tú no eras más que un huérfano y las monjas te maltrataban y te dejaban sin comer [...]?” (69-70)

Desde mi perspectiva, es el imaginario androcéntrico prevaleciente, la fundamental influencia en la configuración emocional de un personaje como Leonardo: arrecho como es, aparenta insensibilidad, e incapacidad de enamorarse “hasta los

tuétanos” como sí lo hace y declara el viudo Román. Para Leonardo Cifuentes, como para muchos hombres, y ahora también para algunas mujeres, “el sexo sin amor, es lo mejor”. Los seguidores de esta “doctrina”, tratan de eludir los compromisos y problemas derivados de las relaciones amorosas, estableciendo esa dicotomía. Al amor, usualmente, se lo relaciona con lo femenino, con lo vulnerable. Enamorarse podría implicar además de instalarse en cierta pasividad, en un peligroso “abrirse”, un “rajarse” donde se puede perder el control, *chingarse* y quedar sometido “como una mujer”.

Arriesgarse a amar, implica también la pérdida de la razón, una especie de caída (*fall in love* indica la expresión inglesa). Una pérdida de control, donde “todo” puede ocurrir, y a pesar de la promesa de lograr la completud, el éxtasis con el ser amado, merodean también amenazas diversas: celos, inseguridad, separación, abandono, rechazo, etc. Tal vez ese amplio e imprevisible espectro, hace del enamoramiento un proceso, a la vez que placentero, algo tremendamente angustioso (Fischer). Frente a esta situación tumultuosa y caótica, el varón arrecho prefiere plegarse al patriarcado mexicano, donde según Octavio Paz solo habría dos opciones: chingar o ser chingado. Un falso dilema, pues al final, una u otra opción conducen a la soledad y al aislamiento.

En efecto, a lo largo de la novela, se sabe que Leonardo a pesar de tener una esposa, a la que con ciertas ambivalencias “enamorado”, abusa de las indias, tiene sus “devaneos” cotidianos, y durante la época en que estalla el problema indígena en la novela, Cifuentes “conquista” una amante de planta. Su relación con todas estas mujeres, ¿tendrá que ver con el deseo y con la obtención de poder y prestigio, más que con el amor?

En una escena notable del capítulo VII de *Oficio de Tinieblas*, donde Leonardo pelea acremente con su mujer, porque ésta no quiere asistir a una fiesta organizada en honor de Julia Acevedo, la inminente “querida” del cacique. En medio de la discusión se rememora el tortuoso origen de su relación:

... Enamoré a la esposa de Isidoro Cifuentes mientras vivía. Y me casé con su viuda antes de que ajustara el plazo de su luto.

En la pregunta de Isabel agonizaba una última esperanza:

—¿por qué lo hiciste, Leonardo?

Cifuentes se encogió de hombros para despojar de su importancia a aquella interrogación, para no dar una respuesta. (70)

Si bien en la primera línea se recupera un monólogo interior donde Leonardo recuerda haber “enamorado” a Isabel, el hombre parece utilizar la palabra en sentido de cortejo, más que como el reconocimiento explícito de sus sentimientos por la mujer de su hermano adoptante. A pesar de esa súbita conciencia, que se desvanece en la indiferencia y en el silencio “para no dar una respuesta”, que pudiera aliviar la ansiedad de una esposa cuyo deseo radica en escuchar de su esposo que alguna vez fue importante, pero los labios del hombre están sellados. Cuando Cifuentes está por terminar su amasiato con Julia Acevedo, por fin revalúa la relación con su mujer: “Porque al hacer un balance resultaba que, a fin de cuentas, Isabel, la legítima había logrado mantenerlo durante un plazo más largo *en un estado de tensión y expectativa* y no esta mujer”. (204)

“Estado de tensión y expectativa” es la frase con la que el narrador describe a la vez que rememora los sentimientos de Leonardo hacia su esposa. La palabra amor, se convierte en una palabra prohibida, en un vocablo impronunciable para el *gran chingón*, quien no puede llegar a enunciarla en una sociedad donde los varones arrechos no tienen permiso, ni posibilidad de “entregarse”, de tener una comunión (común-unión) con una mujer, por que en *la entrega* quedarían “rebajados” a la condición de hembra dominada y sumisa, por tanto es indispensable su recurrencia a las prácticas violentas para legitimar su masculinidad.

El “macho” representa el polo masculino de la vida...El “Macho” es el Gran Chingón. Una palabra resume la agresividad, impasibilidad, invulnerabilidad, uso descarado de la violencia, y demás atributos del “macho”: poder. La fuerza, pero desligada de toda noción de orden: el poder arbitrario, la voluntad sin freno y sin cauce. (Paz)

En esa espiral alienada, la posesión de Julia Acevedo “La Alazana”, representa para Cifuentes un doble triunfo, gozar la conquista de una joven “extranjera”, atractiva por su belleza, y por su comportamiento libre y desafiante, propio de las costumbres urbanas³². Pero sobre todo, Leonardo quiere poseerla, arrebatarla a el Ing. Fernando Ulloa, marido de Julia, decidido emisario de la reforma cardenista, y por tanto su acérrimo enemigo político, como una muestra de su supuesta superioridad como hombre.

³² Según refiere Rosario Castellanos, en el colmo del regionalismo, se llamaban extranjeros/as a todas aquellas personas no nacidas en Ciudad Real o en Chiapas. La presencia de Julia Acevedo en San Cristóbal causa revuelo entre los coletos. Por ejemplo Isabel Zebadúa, expresa así la incomodidad que le causa la muchacha: “¿Qué habría de reprochable en su conducta? Esa libertad de andar sola por las calles bien podía ser inocente. Andaba sola y destrezada como... sí, eso es, como yegua. Por algo le pusieron el apodo”. (Castellanos, 1996: 72)

Como han señalado diversas autoras, entre las que destaca Gayle Rubin (1975), la disputa, el tráfico de las mujeres, es uno de los pilares del patriarcado, como estructura política-económica e imaginario. Desde tiempos inmemoriales, y en vastas regiones del mundo, los hombres pelean entre sí, por tener los cuerpos de las mujeres y con ellos conculcarles su capacidad reproductiva, su fuerza de trabajo, y disponer de las posibilidades de goce que ellas representan. En la noche de los tiempos se confunde la búsqueda del placer masculino con la dominación. Por eso la conquista de Julia Acevedo es tan importante para Cifuentes. Para la consecución de sus propósitos, se sirve de Doña Mercedes Solórzano, una vieja prostituta con quien Leonardo se inició sexualmente. A través de su sirvienta y alcahueta, Cifuentes envía diversos regalos y mensajes a Julia, también gracias a esa relación, sabemos cómo percibe a su enemigo político y rival en amores: “La gente que viene de otras partes, los hombres que han rodado tierras –como ese Fernando Ulloa– *suelen no ser tan puntillosos en cuestiones de honor* como los señores de Ciudad Real”. (64)

Leonardo, quien nunca ha salido de Chiapas, se equivoca en la percepción acerca de las nociones de honor que supuestamente, tienen los fuereños. El hecho de que el ingeniero no asuma los mandatos patriarcales de marido amenazado, en vías de ser burlado, y pelee abiertamente por su mujer, no quiere decir que la mayoría de los hombres de ciudad, preparados o no, actúen como el joven ingeniero, quien se comporta con total indiferencia frente a la infidelidad de su mujer. Esta actitud impensable entre los hombres de Ciudad Real, desconcierta a Cifuentes quien encuentra el camino libre para cortejar y lograr una relación con la “La Alazana”. Lo que Leonardo no sabe es cuan deteriorada estaba la relación entre Fernando y Julia.

Es importante retomar el amorío entre Julia y Cifuentes gracias al cual se tiene la oportunidad de adentrarse en la intimidad de este importante personaje masculino. Obsesionado como está Fernando con hacer cumplir la orden de instrumentar el reparto agrario entre los chamulas, el ingeniero se aleja de su hogar, y Julia queda, convenientemente libre para entregarse a la relación con Cifuentes. En varios pasajes se destacan los momentos apasionados que viven los dos amantes:

...Leonardo se abalanzaba sobre Julia imponiéndole la rotundidad de su carne, haciendo brotar de aquella boca el único lenguaje que compartía: el del placer.

Julia se resistía lo suficiente como para enardecer, hasta el colmo, a su adversario. Después iba cediendo poco a poco, desbaratando los nudos de su instinto hasta entregarse en un impulso total. (199)

Cabe señalar, que fuera de *Oficio de Tinieblas*, en ningún otro texto narrativo de Rosario Castellanos, se pueden leer párrafos donde se recree tan explícitamente una relación erótica. Sin embargo, esa intimidad está de alguna manera contaminada con los afanes de dominación del amante:

Leonardo no reparaba en estos detalles. Iba en busca de su placer y lo solicitaba sin rodeos. *Alardeaba de su potencia*, estaba contento de no experimentar gratitud.

En las conversaciones posteriores Leonardo se pavoneaba ante la hembra. Recuerdos de aventuras anteriores cuidadosamente deformados; exposición de

sus proyectos actuales: negocios, política. Y para dar sabor, una que otra referencia despectiva al marido, a Fernando. (198)

Gozando de Julia, Leonardo quisiera herir a Fernando Ulloa en “lo profundo de su condición masculina”. Pero, tal como se plantea en la novela, la revancha sexual de Leonardo no surte efecto en Ulloa, ya que el ingeniero está más ocupado en lograr la organización de los indios e implementar la reforma agraria, que en su vida conyugal. Esa situación, aunada al estallido del conflicto indígena, hace que la relación entre Julia y Cifuentes un tanto desgastada por la cotidianidad se precipite a la ruptura. He aquí la reflexión de Leonardo al respecto de tales acontecimientos:

Leonardo se aproximó a examinar el rostro de Julia. Habían desaparecido las aristas, disueltas en suaves contornos, lo que le confería una expresión tranquila y mansa, de animal doméstico. Había capturado, pues, al gavilán, veloz, asustadizo y rapaz: lo había cebado pacientemente y ahora pesaba, se movía con dificultad: había adquirido hábitos sedentarios. *¿A esta conquista quedaría reducido su triunfo sobre Ulloa? ¿Nunca se enfrentarían los dos en otro terreno?* (339)

Pero Julia, una mujer hábil y perspicaz, quien conocía las ambiciones políticas de Leonardo, valora las dificultades en las que podría encontrarse en Ciudad Real sin la protección de Cifuentes, es consciente del rechazo de los coletos hacia ella, y antes de que Leonardo la despida, ella se adelanta:

Si la relación de ambos era un obstáculo para el ansia de dominio de Leonardo estaba segura de que no vacilaría en romperla. ¿Con qué títulos podía ella entonces permanecer en Ciudad Real? Todos le eran hostiles y la veían con sospecha. Súbitamente tomó una decisión y se puso de pie:

–Voy a irme.

–¿A dónde? ¿Estás loca? ¿De qué estás hablando?

–Se puede uno ir todavía ¿verdad? Muchas familias han emigrado.

Leonardo no vio, en las facciones de Julia, ningún signo de alteración ni de extravío. Su calma lo irritó. Yo no voy a ser quien le ruegue, se dijo.

[...]

La última frase sonaba a despedida. Antes de separarse los dos se miraron ofendidos, cada uno por la ceguera y el desamor del otro. Y se prometieron que el adiós final dejaría, por lo menos, intacto su orgullo. (342)

Como se observa, a pesar de todas sus correrías sexuales y amoríos, queda claro que para Leonardo Cifuentes, *el gran macho*, no hay mayor afrodisíaco que el poder.

Capítulo 3

La masculinidad nagüilona

[...] *Y los machos de Jalisco
afamados por entrones,
por eso traen pantalones.*

Manuel Esperón, *Cocula*

Introducción

La conceptualización de lo que se llama en esta investigación “masculinidad nagüilona”, parte del universo narrativo de Rosario Castellanos. El término nagüilón, frecuentemente utilizado por César Argüello, sirve para dar forma y contenido a una faceta del *ser y deber ser varoniles*, configurada y nombrada así, desde la perspectiva de la masculinidad hegemónica (arreacha) del México de la primera mitad del siglo XX.

César Argüello, uno de los protagonistas masculinos de *Balún Canán*, califica de “nagüilón” el comportamiento “no arreacho” de su sobrino Ernesto y del padre de éste. Tal denominación describe un tipo de hombre cuyos rasgos y personalidad no corresponden con el ideal masculino introyectado por el propio latifundista y desplegado en la vida cotidiana, aspectos ampliamente discutidos en el capítulo anterior. Los atributos de la masculinidad hegemónica, en su versión rural fueron muy difundidos e idealizados por los medios de comunicación de la época: cine, cancionero popular, radio, logrando su “naturalización”³³, y por tanto su legitimación en la sociedad

³³ Entiendo por *naturalización* el proceso histórico cultural por medio del cual un comportamiento aparece ante la sociedad como una característica inherente, esencial a las personas, como algo “natural”, definido por la biología y por tanto inmutable, ejemplo de este posicionamiento conceptual es la idea

mexicana. Los terratenientes chiapanecos descritos por RC, eran hombres arrechos forjados en los duros trabajos con el ganado, el cañaver, las plantaciones, el dominio de otros hombres de menor edad o jerarquía, el abuso y desprecio a la mayoría de las mujeres con quienes convivían, y a todos los indios. Por tanto, para estos varones poderosos y terribles, todos aquellos que no tuvieran su temple y decisión eran “poco hombres”, eran “nagüilonos”. Laura Borràs Castanyer (2000), explica el poder del lenguaje y de la palabra como articuladores de sentido en el mundo:

Después de todo, modelamos nuestras identidades y nuestros mundos a través de representaciones, la principal y primigenia de las cuales es el lenguaje. La empresa de encerrar todo discurso posible en el frágil espesor de la palabra no es vana ni banal. En la minúscula y material línea negra trazada por la tinta sobre el papel se resuelve toda la fuerza de saber que quien ostenta la palabra, quien elabora y posee el discurso reúne todo el lenguaje: ordena el mundo. (16)

El origen de tan singular denominación, “nagüilon” surge en el contexto específico de Chiapas, o en la amplitud de las numerosas zonas rurales de las décadas de los años treinta y cuarenta, es un término utilizado para designar a los hombres, supuestamente influenciados o “contaminados” por lo femenino, con frecuencia apegados a la tutela de sus madres y/o de las mujeres con las que conviven cotidianamente. Fueran esposas, hermanas, jefas o patronas, las mujeres de la primera mitad del siglo XX, por lo general usaban faldas o *naguas*, como anteriormente se denominaba a esa prenda femenina³⁴. Por oposición, los machos, “los hombres

freudiana: *Anatomía es destino*. Una de las aportaciones del pensamiento feminista ha sido demostrar la importancia de la cultura en la construcción de las identidades genéricas diversas.

³⁴ Dentro de la revolución cultural propiciada por las mujeres en el siglo XX, destacan las propuestas de Gabrielle “Cocó” Chanel, la diseñadora francesa, quien sugirió la eliminación del corsé, el acortamiento

verdaderos” eran los que usaban y *llevaban* los pantalones, como parte performática de sus atributos masculinos y como demostración de poder. De ahí que Manuel Esperón en su popular canción “Cocula”, señale que la fama de los machos de Jalisco era visible e incuestionable por su arrojo y prepotencia; “entrones” se les dice coloquialmente y, para que no hubiera duda de su virilidad, la frase del estribillo remata diciendo “por eso traen pantalones”. La relación entre el valor simbólico de ciertas prendas y la asignación estereotípica y jerarquizada entre los géneros es muy clara.

Aunque la masculinidad hegemónica se modernice y adapte a otros contextos, épocas y relaciones económicas, en tanto mantenga sus rasgos misóginos, descalificará a cierto grupo de hombre por no ostentar una virilidad violenta y machista. Por eso en las sociedades urbanas a los *nagüilones* se les denominará “falderos”, “gutierritos”. En los años 50, cuando inició la era de las telenovelas, el entonces Telesistema Mexicano, antecedente de Televisa, transmitió un melodrama debido a la pluma de Estela Rivas (1958) intitulado *Gutierritos* que narra las desventuras de un buen esposo Ángel Gutiérrez (Rafael Banquels) tiranizado además de por su jefe, por una esposa dominante y controladora, Rosa (María Teresa Rivas), que para denostar su comportamiento lo llamaba “Gutierritos”. La “didáctica” moralizante de la telenovela fue un éxito: alertar a los hombres de los peligros que puede representar ser bueno con las mujeres, en un momento en que ellas comenzaban a “liberarse” y a gozar de cierto poder, pues en octubre de 1953 habían obtenido el derecho al voto. Además la telenovela³⁵ mostraba las penalidades de la vida laboral de los empleados de oficina. Fue tan efectiva la

de las faldas y *el uso del pantalón* entre las damas. Una moda más acorde con los requerimientos de los tiempos modernos y con la creciente incorporación de las mujeres a las actividades económicas remuneradas.

³⁵ Información consultada el 12 de Junio de 2010 en:

[http://www.network54.com/Forum/223031/message/1035124542/*%26quot%3BGutierritos%26quot%3B*\(M%E9xico,+1958\)*](http://www.network54.com/Forum/223031/message/1035124542/*%26quot%3BGutierritos%26quot%3B*(M%E9xico,+1958)*).

simbolización del hombre sometido, que el término “gutierritos”, permanece como referente de una masculinidad indeseable, de un hombre victimizado por la burocracia, pero sobretudo por la esposa. Los estereotipos son elocuentes en una época donde ciertamente las mujeres comenzaban a transgredir los roles tradicionales. En esta misma línea discursiva surge la palabra “mandilón” o “regañado”; tales designaciones probablemente aparecen en los años 70, como respuesta de los machos arrechos debidamente adaptados a la vida urbana, que cuestionaban los cambios ocasionados por un proceso de modernización que incorporaba a las mujeres al mundo del trabajo asalariado, a la educación superior, a diferentes áreas de la política y de la cultura en general; y por la presión de las feministas aquí y allá. Tales avances en la condición de amplios núcleos de mujeres generaron inquietantes transformaciones en la vida familiar y de pareja. Los hombres machistas difundieron los términos “mandilón” y “regañado”, para estigmatizar a los hombres que, por convencimiento o necesidad comenzaron a compartir el trabajo doméstico, “se pusieron el mandil” y participaron en el cuidado de l@s niñ@s con sus parejas. También son así des/calificados aquellos varones que deciden evitar las borracheras, parrandas y demás rituales masculinos.

Estas variables lingüísticas que designan el comportamiento varonil influido por lo femenino, o decididamente sometido a las mujeres, ya en su rol de madres, esposas, o de jefas en las estructuras laborales³⁶. Todas estas modalidades contemporáneas de esta

³⁶ Relacionado con la tendencia irreversible de incorporación femenina al trabajo remunerado, en los últimos años, las representaciones fílmicas de jefas autoritarias y tiránicas abundan. Aunque como se muestra en *Secretaria ejecutiva* (Dir. Michael Nicols, EUA: 1988), *Si tuviera 30* (Dir. Gary Winick, EUA: 2004) o *El diablo viste a la moda* (Dir. David Frankel, EUA: 2006), los abusos de las jefas son ejercidos, principalmente sobre otras mujeres. Sin embargo estas “depredadoras” también controlan y someten a los varones. Desde la lejanía de los años cuarenta, la mítica *Doña Bárbara* (Fernando de Fuentes, México: 1943) es temida por los varones venezolanos, y recientemente la interpretación de Sandra Bullock en *La proposición* (Dir. Anne Fletcher, EUA: 2009), muestra el autoritarismo femenino. Esta actriz da vida a una ejecutiva cuya personalidad despótica debe doblegarse para poder contraer matrimonio por conveniencia, con un joven subordinado, ante la amenaza de ser deportada a Canadá, su

masculinidad no hegemónica, merecen un estudio específico, que rebasa los objetivos de la presente disertación y que se emprenderá en otro momento.

¿Quiénes y cómo son los personajes *nagüilonos* configurados por RC? ¿Qué situaciones o aspectos les impiden llegar a ser arrechos? ¿Cuáles son las consecuencias a las que se enfrentan estos transgresores involuntarios de la masculinidad hegemónica? En las obras estudiadas se encontraron nueve personajes dentro de esta variable de masculinidad: Ernesto Argüello padre, Ernesto Argüello hijo, el niño Mario Argüello en *Balún Canán*. Isidoro Cifuentes y Límbano Santiago en *Oficio de Tinieblas*. Carlos Román y Rafael Orantes en “El viudo Román”; Arthur Smith (“Arthur Smith salva su alma”) y Luisito (“Cabecita Blanca”). Se considera que este repertorio de personajes pueden pertenecer a la categoría de *nagüilonos* porque no cumplen exactamente con los requerimientos asumidos por los arrechos, quienes desde su ginofobia, los descalifican como falderos, atribuyendo a la “nefasta” influencia de lo femenino o de las mujeres, el origen de su “disminuida” masculinidad, y por tanto de sus fracasos diversos³⁷. Lo aterrador de este *modus operandi* es que la masculinidad hegemónica pone contra la pared a todos aquellos que no pueden, o no quieren cumplir al pie de la letra con esas prescripciones, orillándolos a la marginación e incluso a la muerte, como se mostrará a lo largo de este capítulo.

país de origen. Como se ve el cine se ha interesado en mostrar diversas lecturas en torno al poder de las mujeres en los ámbitos laborales.

³⁷ En su artículo “Feminismo y Masculinidad” (2000) Àngels Carabí reflexiona acerca de las respuestas masculinas a los avances sociales de las mujeres. La autora selecciona la literatura y cultura estadounidense de la primera mitad del siglo XX, para ilustrar sus planteamientos, entre los cuales destaca el origen de la popular agrupación llamada Boy Scouts. Al respecto, la autora precisa: “Ante la «alarmante» pérdida de poder y de autoafirmación que afectaba a los hombres norteamericanos en la década de los años veinte, el país creó la agrupación de los «Boy Scouts», entidad destinada a formar futuros varones que, para convertirse en hombres plenamente masculinos, debían estar alejados de las mujeres. A cambio, la nación ofreció a la población femenina una forma alternativa de afirmación: el concurso Miss América”. (177)

3.1 Los nagüilones y el fracaso

*La mayoría de los hombres viven en una
desesperación callada.*

Henry David Thoreau

De acuerdo con lo planteado en el capítulo uno de este trabajo, dentro de los mandatos del “ser y deber ser masculino” relacionados con los rasgos de los nagüilones, caben destacar dos: el desprecio a lo femenino, a las mujeres y a los homosexuales, y la obtención del éxito económico, político, social, sexual. Cumplir escrupulosamente con estas condicionantes será la muestra palpable de su capacidad y poder como hombres “verdaderos”. Cuando un varón consciente o inconscientemente manifiesta en su proceder algún rasgo considerado femenino, como renunciar a sus deberes como terrateniente, ser sensible, tener afinidad por cuestiones intelectuales, ser paciente, enamorarse o simplemente ser tímido, son comportamientos y experiencias registradas con desconfianza por los arrechos, y a partir de las cuales, comienza un proceso de estigmatización³⁸ y, su consecuente marginación. De igual manera, si un varón es incapaz de lograr triunfos y reconocimientos en lo económico, social y político, entonces sus atributos masculinos quedan disminuidos y cuestionados.

Los hombres arrechos como César Argüello, se permiten descalificar a los varones que no son como ellos recurriendo a una arraigada misoginia: un hombre que no es “muy macho”, que no es “entrón”, entonces es cómo “una vieja”, y por tanto es un

³⁸ En su libro *Estigma*, Erving Goffman (1970) describe los diferentes mecanismos a los que han recurrido las sociedades humanas en diferentes épocas para segregar y discriminar a todos aquellos que exhiban pérdidas corporales o no asuman por razones diversas, los mandatos ordenados por las élites dirigentes. Acerca del estigma como concepto, el especialista plantea: es “**la situación del individuo inhabilitado para una plena aceptación social**”. (7) (Las negritas son mías)

“rajado”, un nagüilón. En esta rígida asignación de los roles entre los mismos hombres, se manifiesta, como diría Humbelyna Loyden Sosa (2001), el inquietante fantasma de lo femenino. Para la psicoanalista y crítica literaria, la construcción de las identidades genéricas en una cultura patriarcal es un proceso dialéctico y paradójico, donde las mujeres y lo femenino, son por lo general denostados o fallidamente invisibilizados por el falogocentrismo³⁹. A pesar de lo cual, el deseado a la vez que temido principio femenino, aparece a cada momento para cuestionar una experiencia varonil siempre vulnerable.

Ernesto Argüello, la ruina y la muerte

Convocado a recordar por su sobrino, César Argüello reflexiona acerca de los aspectos en la vida de su hermano Ernesto que lo llevaron al fracaso y al suicidio. Si para el patriarca de *Balún Canán*, lo que define a los “hombres verdaderos” es su amor y devoción por la tierra, el carecer de esas afinidades es una auténtica y peligrosa desviación que trae nefastas consecuencias. Cuando el joven Ernesto, pregunta al tío acerca de las propiedades de su padre, Don César detalla:

–Tu padre recibió su herencia en dinero.

–¿Nunca trabajó aquí?

–Es lo que yo he dicho siempre: el dinero no rinde, no puede durar. Lo despilfarró en menos que te lo cuento: malos negocios, parrandas. Cuando murió estaba en quiebra.

³⁹ En *La risa de medusa* (2001), libro clásico para la crítica literaria y la escritura femenina, Hélène Cixous, entre otros planteamientos, hace suyo el concepto de falogocentrismo propuesto por Derrida, para explicar las dificultades de las mujeres para decirse y escribirse a sí mismas, en un contexto donde las féminas han sido dichas, imaginadas, y por tanto subjetivadas desde el poder fálico del lenguaje masculino. Y el que es útil para explicar a los nagüilones.

–Si hubiera tenido tiempo –dicen que era un hombre muy listo– habría podido rehacerse. De no ser por ese desdichado accidente...

–No fue un accidente. **Fue un suicidio.**

Ernesto sofrenó su caballo. Había oído ese rumor pero nunca le pareció digno de crédito. Y ahora la brutalidad de la afirmación lo aturdió.

–¿Matarse? ¿Por qué?

–Estaba hasta el cuello de compromisos y sin manera de solventarlos.

–Pero acababa de casarse con una muy rica, esa Grajales de Chiapa.

–Ella no quiso soltar ni un centavo para ayudarlo.

–¡Maldita!

–Descubrió que Ernesto sólo se había casado con ella por interés. Las tierracalientanas no son tan mansas como nuestras mujeres. No se lo pudo perdonar. Pero después, ya viuda, ella misma fue a buscar a los acreedores para pagarles. (82-3) (Las negritas son mías).

A pesar de ser un hombre perteneciente a una familia de renombre y de tener una importante herencia en dinero, Ernesto fracasa, no sólo por su ánimo parrandero y jugador, sino tal vez por carecer del valor y la astucia suficiente, de “los tamaños” habrían dicho los arrechos, para salir de sus problemas. En *Oficio de Tinieblas*, por ejemplo se alude a la conducta similar de otros latifundistas que ostentan su fortuna y, refiere el despilfarro en el que incurren, pero se las ingenian para sobrellevar la crisis. El narrador omnisciente de la novela reflexiona acerca de la importancia del dinero para los coletos: “Dinero. Porque el señor emprende negocios arriesgados y la ganancia es a largo plazo. Dinero. Porque el señor apuesta en el palenque de gallos, en la mesa de

juego del casino. [...] Porque la vida cuesta cada vez más y es necesario mantener las apariencias [...]” (288)

Para el patriarcado rural, el signo ominoso en el comportamiento de Ernesto es su nulo interés y compromiso con las labores del campo, falta imperdonable en una cultura donde la tierra y sus cuidados es lo que dan sentido a la vida del hombre, sea amo o labrador. A esa “carencia” en sus atributos masculinos, se añade el hecho de que el estilo de vida de Ernesto lo lleva a la quiebra, y ante la demanda de sus acreedores este hombre, a diferencia de César, “no puede dar la cara”, es decir no puede enfrentarlos, porque no hay propiedades que lo respalden, de ahí que Don César afirme: “Es lo que yo he dicho siempre: el dinero no rinde, no puede durar”.

Para la élite varonil hegemónica, la tierra, las propiedades son lo verdaderamente valioso. Este jugador arruinado, al fin nagüilón, tampoco tiene esposa e hijas con las cuales traficar y pagar sus deudas, práctica recurrente de algunos hombres: “[...] señores ricos que, en plena borrachera, [...] apostaban a una carta, a un dado, a la mujer o a la hija, cuando habían perdido todo lo demás” (106), como relata el narrador omnisciente de “El viudo Román” (2001). Como hacen la mayoría de las mujeres de la época para solucionar su *modus vivendi*, Ernesto no tiene más remedio que concertar un matrimonio por interés, en un intento por recuperar la solvencia perdida. Sin embargo, al ser descubierto por su acaudalada esposa, esta se niega a apoyarlo, y Ernesto se quita la vida, entre otras cosas porque probablemente no puede soportar la inversión de roles, pues la esposa actúa conforme a su estatus y poder económico, y él como “una débil y sometida mujer”, tiene que acatar la voluntad de su cónyuge. Probablemente si el hombre hubiera tenido un poco del cinismo de Leonardo Cifuentes habría manipulado

exitosamente a su mujer, salvándose de la ruina, pero no puede o no quiere hacerlo. En la tragedia de este suicida, hay algo claro para los varones: en el sureste mexicano de la primera mitad del siglo XX, o eres, como diría Octavio Paz, el “gran chingón” que todo hombre arrecho es, o te mueres.

El joven Ernesto

La aparición y al comportamiento del joven Ernesto Argüello en *Balún Canán* permiten la configuración de la masculinidad nagüilona. En el contexto del encuentro entre el patrón y el hijo bastardo de su hermano, actitudes y gestos, del muchacho generan su descalificación como nagüilón. La introducción del joven personaje a la historia relatada en la primera parte de *Balún Canán* se remite al momento en que Don César, como propietario debe cumplir el ordenamiento del gobierno reformador, tal como lo explica Jaime Roveló hijo en una carta enviada a su padre (amigo de la familia Argüello), desde la capital donde realiza sus estudios de abogacía: “Se aprobó una ley según la cual los dueños de fincas, con más de cinco familias de indios a su servicio, tienen la obligación de proporcionarles medios de enseñanza, estableciendo una escuela y pagar de su peculio a un maestro rural.” (45)

Al igual que otros latifundistas, César Argüello considera absurda tal disposición, por lo que se le ocurre burlar al gobierno y a los indios, contratando como maestro a Ernesto, un hijo bastardo de su hermano que sobrevive como repartidor de periódicos. He aquí la descripción del primer encuentro entre tío y sobrino:

[...] creo que somos medio parientes, ¿no es así?

–Soy un hijo bastardo de su hermano Ernesto.

–Algo de eso había yo oído decir. Eres blanco como él, tienes los ojos claros.

¿Conociste a tu padre?

–Hable algunas veces con él.

–Era un buen hombre, un hombre honrado. Y tú, que llevas su apellido, debes serlo también.

Ernesto desvió los ojos para ocultar su emoción. [...] procurando ocultar las suelas rotas de sus zapatos. (54)

El joven es contratado por ese “lagarto mañoso” que es su tío, como en otras páginas se describe el propio César; y el inesperado giro en su vida humilde, lo llena de orgullo, pues además de sentir que por fin es reconocido como parte integrante de Los Argüello, ganará más dinero. Días más tarde, la familia y el improvisado maestro dejan Comitán rumbo a la finca ubicada en Chactajal.

En el rancho, los indios están ansiosos de que sus niños aprendan a leer y a escribir, pero como no tienen una escuela, se tardan algunos días en construirla. Lo cual representa un alivio para Ernesto, quien solamente estudió hasta cuarto año de primaria y no habla la lengua de sus futuros estudiantes, esta circunstancia le permite un acercamiento con su tío. En esos momentos de convivencia ocurre cierta confrontación entre ellos, ya que mientras César es ostentoso, con su estilo de vida y lo que él considera son sus valiosas propiedades, el muchacho advierte las limitaciones de la casa y la austeridad en la alimentación. Por su parte, César observa la repulsión que le causan a Ernesto las actividades relacionadas con el cuidado del ganado: la ruda curación de los animales agusanados, así como la castración de algunos ejemplares. Así se registra el episodio en *Balún Canán*:

...Ernesto no pudo resistir más y volvió la cara a otro lado para no verlo. Su movimiento no escapó a la observación de César que dijo con sorna:

–Eres tan mal ranchero como tu padre. Vámonos. Porque en cuanto empiece la capazón de los toros te vas a desmayar.

En la frente de Ernesto brotaba un sudor frío. Sus mejillas estaban sin color [...] Su paladar estaba todavía reseco de asco por lo que había presenciado en los corrales. El olor, en que se mezclan el estiércol y la creolina, no había cesado de atormentar su nariz. El polvo le escocía en los párpados. *Y, ¡Dios mío!, la vergüenza de haber parecido despreciable, ridículo, débil, según la opinión de César.* (85-86) (Las negritas cursivas son mías)

Como se planteaba párrafos más arriba, Ernesto se sentía muy satisfecho con el encuentro con César, y sobre todo con la invitación para trabajar con él, pero la rudeza de la vida en el rancho, es una inesperada y desagradable sorpresa para el muchacho, y lo peor de todo es que su reacción deteriora inmediatamente el vínculo que por primera vez experimenta Ernesto con una figura paterna, y de la cual anhelaba obtener aprobación y seguridad, y sin embargo, lo inesperado de la situación lo hace parecer **débil, ridículo** y por tanto **despreciable**. El pobre muchacho no se equivoca en la percepción de su tío acerca de él, pues en otro párrafo, se describen las labores que Argüello le asigna:

César lo desechó desde el primer día como inepto para las tareas del campo. Entonces permanecía en la casa grande a merced de los caprichos imprevisibles e inútiles de Zoraida. Porque era inútil que sacudiera los muebles una y otra vez,

que los barnizara. Jamás lograrían adquirir un aspecto menos deslucido. Y esto es todavía tolerable. *Lo que no soporta es que lo pongan a cuidar a los niños.* Ernesto siente una desconfianza instintiva de ellos. Los imagina solapados, astutos, sabedores de muchas más cosas de las que sus semblantes limpios dejan transparentar. [...] Y Ernesto experimenta una desazón extraña al sentirse observado, sujeto a examen. En cuanto alguien le dirige una mirada crítica echa a temblar inconteniblemente y se apodera de él una violencia irracional que sólo se saciaría destruyendo al que se erige en su juez. Aún ignora como pudo reprimirse el primer día en que estos dos niños, señalando a Ernesto como si fuera un juguete mal hecho y divertido, se habían puesto a gritar: “bastardo”, “bastardo”. (93) (Las cursivas son mías)

En el mundo rural, donde los roles están rígidamente establecidos, si los varones no son capaces de realizar las tareas relacionadas con el manejo del rancho, “los trabajos de hombre”; entonces, por nagüilones serán remitidos al mundo femenino de la casa. Aquí inicia la degradación de Ernesto en Chactajal y en la narración, pues al no haberse ganado la aprobación patriarcal, queda a merced de las órdenes de Zoraida. Esta situación lo paraliza, por eso repudia cuidar a los niños; nunca se le ocurre enseñarles a tocar la guitarra, habilidad que en otra escena de la novela, el narrador destaca junto con su buena voz. Ciertamente recurrir a estos atributos, le hubiera permitido resignificar su estancia en Chactajal, y por tanto su relación con los Argüello, pero no puede hacerlo, por varias razones, primero porque el cuidado y atención de los niños, en aquella época y región, se consideraba una actividad de exclusiva realización femenina, por ello cuando a Ernesto se le asignan tales labores siente ofendido, fuera de lugar. Y lo que

acentúa su condición de humillado es que los niños *de la casa*, “los patroncitos” se burlan de él, por ser un hijo nacido fuera de la institución matrimonial.

La situación de Ernesto empeorará cuando los indios informen que la escuela está terminada y el maestro debe empezar sus clases. Ante el reconocimiento de sus limitaciones y la posibilidad de que la farsa se descubra, el muchacho intenta negarse a cumplir con lo pactado, pero César se impone: “Aquí no eres tú quien va a disponer nada, sino yo. Y si yo mando que desquites tu comida dando clases, las darás”. (100)

Su impotencia frente al patrón y su familia, la conciencia de ser un fraude como maestro, y las vivencias de un incestuoso y fallido amor surgido entre su tía Matilde y él, lo precipitan al alcoholismo y al enfrentamiento con los indios. En estado de ebriedad, Ernesto golpea a los niños, lo cual desata la crisis en el rancho. Analizando la difícil situación en que se debate, César reflexiona:

[...] este dichoso Ernesto me fue resultando una alhajita. Y para colmo de los colmos, borracho. Bueno, *el pobre no lo robó, lo heredó*. Si mi hermano se mató fue en una borrachera. Y siquiera fueran borrachos garbosos, de los que rayan el caballo y echan vivas y alegran las fiestas. Pero no, el alcohol no les sirve más que para volverse más apulismados de lo que son. Y ahí andan bien bolos escondiéndose en los rincones y sin querer comer, porque están tristes. *El muchacho salió igualito a su padre*, palabra. Sólo porque Ernesto era mi hermano y con los muertos más vale no meterse, pero, dicho sea sin ofender, *era un nagüilón*. Eso de no querer vivir en el rancho sólo porque el rancho es triste. Triste. Claro. Porque no son capaces de amansar un potro brioso, ni de salir a

campear, ni atravesar el río a nado. Se encierran en la casa todo el día y naturalmente que es triste ver cómo va pardeando la tarde. Pero después del trabajo sí es bonito ver que se pone el sol. Ni modo. *Hay gente que no lleva en la sangre estas cosas.* (184) (Las cursivas son mías)

Ante la dificultad para reconocer la existencia de otros modos de ser hombre, César descalifica e inferioriza a su hermano. Sin embargo en el caso del sobrino, “su falta” con la ortodoxia masculina de la época se atenúa, atribuyendo a un inexorable destino biológico, a una terrible herencia, su hombría fallida. Su incapacidad para ser arrecho, se explica, como dice César porque “no lo lleva en la sangre”, “no es su naturaleza”.

Ernesto resulta nagüilón, no por ser portador de los genes de un padre parrandero y jugador, que rechazaba las labores del campo, si no también, y fundamentalmente porque el muchacho era pobre y descastado. ¿Qué sentido tiene amar la tierra y sus cuidados si se carece de ella? En la visión hegemónica de los arrechos, la falta de responsabilidad del padre, es cómodamente revertida a sus víctimas. Ernesto es un nagüilón, porque creció sin un referente paterno, siempre al amparo de una madre sola y sin recursos, como si esa situación hubiera sido elegida por Nati y su hijo. Inconforme por el desempeño del falso maestro, Don César expresa: “Como debió haberse quedado Ernesto, *amarrado a las faldas de su madre*, para no salir a hacer perjuicios en casa ajena. (185) (Las negritas cursivas son mías)”

El tío se olvida que el joven no buscó un puesto de maestro, y no le agrada la vida campesina porque siempre vivió en el pueblo, en el cual a través de varios factores

y experiencias, probablemente atisbó otras formas de vivir y de pensar. Ernesto gustaba de asistir al cine y probablemente leía alguna vez los impresos que vendía, lo cual podría explicar su alejamiento del modelo de masculinidad arrecha encarnada por el tío. ¿Por qué este muchacho pueblerino, debería gustar de montar a caballo, de domar y cuidar al ganado, si vivía precariamente de una actividad tan diferente como vender periódicos?

La experiencia de Ernesto en Chactajal termina trágicamente, su muerte física culmina la muerte social que siempre padeció por su condición de hijo ilegítimo. Cuando en el capítulo uno, se presentó y analizó la estructura y dinámica del patriarcado, al hablar de la violencia con que funciona esta milenaria institución, se señaló cómo algunos padres poderosos y privilegiados son agresivos y, a menudo mortíferos con sus hijos ante el temor de que éstos al crecer los eliminen para apropiarse de sus prerrogativas y gozar de sus mujeres⁴⁰. Pero lo que autoras como Victoria Sau (2000) han develado es que la instrumentación de la línea paterna de descendencia, donde unos hijos son reconocidos y otros no, implica para los llamados ilegítimos, naturales o bastardos, un descuido, un olvido que es otra forma de violencia patriarcal.

Aunque la de Ernesto Argüello hijo, no es una historia donde el padre vea en su hijo a un rival que desate su furia filicida⁴¹, el abandono al que su padre lo condena,

⁴⁰ Como se recordará en *Tótem y tabú*, Sigmund Freud desarrolla la polémica idea acerca del parricidio originario, un acto ritual donde los hijos cansados de los abusos de su padre, y sobre todo del acaparamiento del patriarca de las mejores mujeres, se deshacen de él. La especialista Silvia Tubert, en su artículo "El nombre del padre" cuestiona este planteamiento canónico del padre del psicoanálisis. Ver Silvia Tubert, *Figuras del padre*, Madrid: Ediciones Cátedra/Feminismos, 1997

⁴¹ Una mirada detenida acerca de las "historias familiares" que se relatan en la mitología griega y de otras latitudes, nos permitirá reconocer la recurrencia de prácticas filicidas por parte de poderosos dioses como Saturno quien devoraba a sus hijos, o el mismo Zeus. La India no es la excepción, entre sus relatos míticos encontramos la historia de Ganesh o Ganesha, sobreviviente de la furia de su padre Shiva, quien le corta la cabeza por desobedecerlo. Gracias a los ruegos de su madre, la divina Parvati, el agresor lo resucita, pero con la cabeza de un elefante. La psicoanalista Jean Shinoda, explica que el éxito de la serie

representa en los hechos una muerte social y simbólica del hijo, por las consecuencias que trae para el muchacho nacer fuera del matrimonio en una sociedad de castas, y aunque el joven, no se sabe por qué, lleva el apellido del padre, carece totalmente de su respaldo económico y afectivo. En los pasajes de *Balún Canán*, donde el narrador describe la situación de Ernesto o le da voz al personaje, éste denuncia cómo a lo largo de su vida ha sufrido una gran cantidad de humillaciones y desprecios por el hecho de ser un hijo bastardo.

Nací marcado. No tengo delito, pero nací marcado. El señor cura no quería admitirme en su escuela, porque era yo hijo de un mal pensamiento. Mi madre tuvo que humillarse para que el señor cura consintiera en recibirme. Pero no permitía sentarme con los demás. En un rincón, aparte. Porque las señoras protestaban de que sus hijos estuvieran revueltos con un cualquiera. Yo era más listo que ellos, yo me sacaba las primeras calificaciones, pero a fin de año el premio no era para mí... Porque yo soy un bastardo. (123)

La tragedia de Ernesto muestra la crueldad del patriarcado y sus ejecutores, privilegiados señores que deciden a quiénes reconocer como sus hijos y a quienes no. Cuando en las comunidades rurales o suburbanas una muchacha se embaraza fuera del matrimonio, se dice que “fracasa”. Doña Nati, la madre de Ernesto, lo reconoce:

Cuando *fracasé*, mi nombre estaba en todas las bocas: era el tzite de la población. Se burlaban de mí, me tenían lástima, me insultaban, Pero cuando al fin se supo que *había yo fracasado* con el difunto de Don Ernesto, había que ver

de películas iniciadas a finales de los setenta, con *La guerra de las galaxias*, de debe entre otros factores a la actualización del padre terrible encarnada en la seductora figura de Darth Vader (Ver Jean Shinoda *Dioses para cada hombre*, Barcelona: Kairós, 2004)

la envidia que les amarilleaba la cara. No de balde era un Argüello. (225) (Las cursivas son mías)

En tales circunstancias, no es de extrañar que los hijos nacidos fuera del matrimonio, sean un fracaso: por lo general abandonados a su suerte, vivirán en la pobreza y la marginación; y como en el caso de Ernesto, agregaran a su condición marginal e ilegítima, la marca de una masculinidad disminuida, nagüilona.

El niño Mario Argüello. Una masculinidad en disputa

“Infancia es destino” ha dicho con base a su experiencia clínica, el psicoanalista Santiago Ramírez. Pero la muerte temprana del heredero de Don César Argüello impide saber con certeza su desempeño varonil futuro. A pesar de su corta edad, Mario es el centro emocional de la familia Argüello, lo cual explica su poder frente a su hermana mayor. En varias escenas o episodios de *Balún Canán* se manifiesta la predilección de la madre por el varón, de ahí la amargura y resentimiento de la narradora protagonista de la primera y tercera parte de la novela. Cuando César se siente decepcionado del comportamiento y actitudes de su sobrino Ernesto manifiesta su preocupación porque la influencia materna pudiera convertir a su heredero en un “nagüilón”:

César quería hacer de su hijo un hombre y no un nagüilón como Ernesto. A la edad de Mario él, César, ya sabía montar a caballo y salía a campear con los vaqueros y lazaba sus becerritos. Hubiera querido que su hijo lo imitara. Pero Zoraida ponía el grito en el cielo cada vez que hablaban del asunto. Trataba a su hijo con una delicadeza como si estuviera hecho de alfeñique. Claro. Como ella no había sido ranchera no quería que Mario le saliera ranchero. Hasta estaría

haciéndose ilusiones de que iban a mandarlo a estudiar a México. Sí como no. Para que le resultara una alhaja como el famoso hijo de Jaime Rovelo, que nos sale ahora con la novedad de que los patronos somos una rémora para el progreso y que deberían arrebatarnos nuestras fincas. (203-4) (Las negritas cursivas son mías)

Si César hubiera cedido a las presiones de su mujer para alejarlo de la vida campirana, o se hubiera “fajado los pantalones” para hacer de Mario un buen ranchero, no lo sabemos, ya que como se relata en la tercera parte de la novela, el niño muere a los cinco años de una inesperada enfermedad, imposibilitando con su ausencia, la perpetuación del linaje, del nombre del padre, y los probables enfrentamientos entre madre y padre por dirigir su formación. Paradojas de la masculinidad arrecha.

Isidoro Cifuentes, ¿un temperamento melancólico?

De breve presencia, no por eso de menor importancia para este trabajo, Isidoro Cifuentes posee matices que vale la pena analizar. Los pocos trazos acerca de este personaje, se deben a las evocaciones de su viuda en los momentos críticos de su relación con Leonardo Cifuentes, su segundo marido. Isabel Zebadúa rememora su vida conyugal con Isidoro Cifuentes, un rico heredero de Ciudad Real. La de Isidoro, es la historia de un joven de la aristocracia chiapaneca que realiza sus estudios en el extranjero, como correspondía a las costumbres de la época entre la clase terrateniente. A juzgar por algunos comentarios del narrador, el viaje de estudios a París, si bien no le procura la preparación profesional por la que fue enviado, sí deja en el muchacho ciertos gustos y aficiones.

[...] a Isidoro, le dieron una carrera liberal. No pudo terminarla, no tenía la cabeza muy firme. Y regresó sin ningún diploma que avalara sus años de estudiante en París.

Trajo, eso sí, un frac con la pechera fruncida de alforzas y la botonadura de brillantes. Lo llevaba puesto la noche de su declaración a Isabel. Ella aceptó mirando aquellas minúsculas piedras. (Castellanos, *Oficio 75*)

Luego de la boda, el joven matrimonio se instala en su nuevo hogar, pero sus obligaciones recién adquiridas se convierten en una tortura para Isidoro, quien busca cualquier excusa para huir de su esposa y de la convivencia conyugal.

Luego todo fue tan extraño... A los quince días de la boda, establecido ya en una de las fincas de su padre, ***Isidoro se encerró en su habitación, negándose a hablar con la recién casada.*** Con los ojos turbios de llanto, Isabel, reclinada en el barandal del corredor, miraba a Leonardo galopar por los potreros. Y ella hubiera querido correr hacia aquel hombre y suplicarle que la salvara de un destino tan aciago. (75) (Las negritas cursivas son mías)

La inesperada reacción de Isidoro, es atribuida a su temperamento “melancólico”. El narrador maneja todo el asunto de una manera cuidadosa, pero el rechazo manifiesto de Isidoro a su mujer, probablemente pueda atribuirse a una oculta preferencia sexual⁴², peculiaridad que nunca se plantea claramente en el texto, lo cual se

⁴² Al leer acerca de la amarga experiencia conyugal de Isabel Zebadúa, podría encontrarse cierto paralelo con el desencanto que experimentó Carmen Mondragón, mejor conocida como *Nahui Ollin*, quien al descubrir o reconocer la homosexualidad de su marido, el pintor Manuel Rodríguez Lozano, cuando la pareja vivía en París, decidió divorciarse inmediatamente de él. Ver: de Adriana Malvido, *Nahui Ollin: La mujer del sol*, (2002). También de Elena Poniatowska, “Nahui Ollin, la que hizo olas” en *Las siete cabritas*, (2001).

comprende pues *Oficio de tinieblas*, se publicó por primera vez en 1962, y centralmente la novela recrea el conflicto entre indios y caxlanes por la tierra, en una época y lugar en la que la homosexualidad era un comportamiento, una inclinación impensable entre cualquier varón, y menos entre un miembro de una familia pudiente. Preferible ser nagüilón, a ser un “desviado”, un maricón⁴³. A pesar de sus depresiones y distanciamientos, el atribulado marido embaraza a su esposa, lo cual es un buen pretexto para alejarse de ella.

Allí, en la hacienda, nació Idolina. Para entonces Isidoro fingió la urgencia inaplazable de un viaje a Ciudad Real. Negocios, dijo. Pero Isabel, que ya había descifrado su carácter, supo que era un pretexto. Lo que Isidoro quería era huir del dolor que su mujer iba a soportar. *Con la misma repugnancia se alejaba de los corrales cada vez que un becerro iba a ser marcado o que la gusanera de una res se curaba con creolina*. Isabel lo miró partir con una sonrisa de desprecio. Hasta las consideraciones con que a veces la trataba Isidoro no era posible atribuirles ni al esmero de su urbanidad ni a la hondura de cariño. *Era un hombre débil y eso lo explicaba todo*. Y mujeres como Isabel no perdonan la debilidad. Aprecian como signo de hombría el fuste con que el macho doblega a la hembra y guardan el recuerdo de las humillaciones entre las reliquias de su amor. (76)

La cita anterior es rica en mostrar las dificultades de Isidoro para cumplir con los deberes de hombre y marido arrecho, con “los signos de la hombría”, codificados por

⁴³ Jeffrey Weeks (1998) ha investigado diversos tópicos sobre la sexualidad humana, y señala que la utilización del término “homosexual”, es una invención de la sociedad moderna, crecientemente medicalizada y organizada discursivamente con base en la llamada *scientia sexualis*, como ha analizado Michel Foucault.

los varones y mujeres de la época, dice el narrador. De acuerdo a los fragmentos citados, el lector puede imaginar las dificultades de este muchacho para adaptarse a la vida de los rancheros, luego de haber aprendido el *plaisir de vivre* en París, antes que una carrera. El tipo de vestimenta usada en la declaración a Isabel, es un dato revelador en cuanto a los gustos de Isidoro. Después de que probablemente, se la pasó de fiesta en fiesta en la Ciudad luz, pues nunca concluyó sus estudios, ¿cómo adaptarse a los rudos trabajos de un vaquero? ¿Cómo vivir con una esposa, que nunca ha salido del terruño y desconoce “el buen vivir”? Atinadamente explica César Argüello, el rechazo de algunos hombres por las actividades del rancho:

Eso de no querer vivir en el rancho sólo porque el rancho es triste. Triste. Claro. Porque no son capaces de amansar un potro brioso, ni de salir a camppear, ni atravesar el río a nado. *Se encierran en la casa todo el día y naturalmente que es triste ver cómo va pardeando la tarde.* Pero después del trabajo sí es bonito ver que se pone el sol. Ni modo. *Hay gente que no lleva en la sangre estas cosas.* (Castellanos, *Balún* 184) (Las cursivas son mías)

Cuando ya no puede con la situación, Isidoro tiene un enfrentamiento con Leonardo, un viejo amigo de la infancia, a quien sus padres habían adoptado, y muere en dudosas circunstancias.

De la existencia rotunda, insultante casi, de otros seres (de Leonardo por ejemplo) no disfrutó jamás Isidoro. Neurasténico, taciturno, atormentado, ansioso. Tal vez no murió de un accidente; tal vez se suicidó en uno de aquellos

accesos de melancolía, que siempre más prologados e intensos, lo torturaban.
(Castellanos, *Oficio* 75)

Se habla de un *suicidio*, pero también se ciernen algunas sospechas en Leonardo, quien pudo haberlo asesinado. Accidente o suicidio, el hombre muere, y el hecho muestra los riesgos letales que corren, varones como Isidoro, quienes no han podido jugar bajo las reglas de *un* esquema de identidad masculina tan rígido. Aquí en el mundo rural chiapaneco no hay término medio para los hombres: se es un gran macho o un bueno para nada que más le vale morir.

Carlos Román. La traición y el fracaso

*Si observo con fidelidad mi
juramento, séame concedido gozar
felizmente mi vida y mi profesión,
honrado siempre entre los hombres;
si lo quebranto y soy perjuro, caiga
sobre mí, la suerte adversa.*

Juramento de Hipócrates

El protagonista de “El viudo Román”, es un hombre que gracias a su posición social, realizó sus estudios de medicina en el extranjero. A decir, de Cástula, su nana: “...para que se volviera usted gente fina, lo mandaron a rodar tierras” (Castellanos, *Convidados* 98). Según se ha mostrado en esta investigación, permanecer varios años fuera de Chiapas, transforma a los varones de distintas maneras, por ejemplo César Argüello, se cierra a los encantos de Paris, reforzando su nostalgia por el terruño, tal

como se analizó en el capítulo dos. En el otro extremo, se encuentra Isidoro Cifuentes, quien en sus años en la capital francesa, se dedica al disfrute y al buen vivir, antes que cumplir con el compromiso de estudiar y graduarse, volviéndose un *naüilón*. En cambio, Carlos Román, logra su propósito, y trae de tierras lejanas, un título, un documento que agregará a su linaje, el valor de haber obtenido una profesión liberal. A lo largo de sus años en el extranjero, Román seguramente tiene contacto con otras formas de pensar y de vivir. Al parecer, este rico heredero, además de adiestrarse en cirugía y farmacopea, se entusiasma con los ideales del amor romántico, como se verá en el subcapítulo 3.3. Y, a diferencia de César Argüello quien casa a los cuarenta años, porque a esa edad es impostergable la formación de una familia donde procrea herederos legítimos, el romántico Román apuesta por un matrimonio basado en la pasión amorosa.

Según se narra en este cuento largo, al regresar del extranjero (nunca se precisa dónde estudió), el médico se enamora de Estela, una hermosa joven del lugar. Ilusionado, Carlos comienza a cortejarla, sin poner demasiada atención a su carrera, y concreta la boda con Doña Clara, la madre de la muchacha, ignorando que ella sostiene una intensa y secreta relación con Rafael Orantes. La tragedia sobreviene cuando la noche de bodas, un emisario anónimo entrega al recién casado, una colección de cartas pertenecientes a Estela y a su misterioso amante. La muchacha al saberse descubierta por su marido y traicionada por su pareja, ayuna hasta morir, sin denunciar a su ofensor. Cuando Carlos queda viudo se encierra largos años en su casa, tanto para procesar los brutales acontecimientos, como, para urdir una venganza contra la familia del también fallecido amante de su esposa, según sabremos después

En esta historia de traiciones, tal vez la más letal y definitiva es la que Carlos realiza contra sí mismo. Durante muchos años, se acostumbraba, que al concluir su formación, los jóvenes galenos debían comprometerse a ejercer la actividad médica de acuerdo a los cánones expuestos en el Juramento de Hipócrates (<http://www.anestesia.com.mx/jurhipoc.html>). Probablemente, como tantos egresados Carlos Román leyó el antiguo documento, sin meditar mucho en su contenido, pues al perder a su esposa, Román se olvida totalmente de su responsabilidad profesional, y reduce al mínimo sus vínculos con el exterior, sin perder de vista el cuidado de su hacienda:

Vigilaba la administración de sus ranchos mejor que muchos otros patrones. [...] No les permitía a sus mayordomos que se desmandaran con la representación que tenían de su persona ni que le rindieran malas cuentas. También era dueño en Comitán de sitios y de casas y allí no necesitaba de intermediarios para tratar con los inquilinos. Tenía fama de equitativo porque no abusaba en la cuestión de las rentas. Pero tampoco perdonaba jamás una deuda. (103)

Su eficiencia como terrateniente, contrasta con su fracaso en la adopción de los valores modernos como el amor y el ejercicio de una profesión liberal, pues cuando el hombre pierde a su amada, la práctica de la medicina queda suprimida. Acorde con el *Juramento de Hipócrates*, de haber ejercido su profesión, seguramente Carlos hubiera obtenido múltiples satisfacciones, y su luto hubiese sido sobrellevado creativamente pero prefiere renunciar al humanismo de la medicina, que entre otros aspectos prescribe: “Fijaré el régimen de los enfermos del modo que le sea más conveniente, según mis

facultades y mi conocimiento, *evitando todo mal e injusticia*". (Las negritas cursivas son mías)

Al ignorar esta promesa con su profesión y consigo mismo, se aleja más y más de la posibilidad de alcanzar la felicidad a través del servicio a los demás, tal como se habría consagrado al recibir su título, y se repliega en la rutina, un tanto parasitaria, derivada de su condición de amo y señor, lo que lo llevará a su ruina personal. No es de extrañar por tanto, que Román opte por la venganza como elemento resignificador de su vida provinciana.

Carlos Román es médico fallido, esposo fracasado, que no pudo consumir el anhelado himeneo con la novia. Ni el profesionalista liberal, ni el marido burlado tienen cabida en un medio de hombres arrechos, de machos ignorantes para quienes la ciencia es prescindible. Y, el amor romántico, más que un absurdo, es un asunto de novelas y de mujeres. Por eso este personaje que fervorosamente había abrazado las exaltadas promesas de la pasión romántica, al descubrir la traición de su amada, se aísla del mundo y queda prácticamente muerto en vida. “[Tengo] treinta y nueve [años]. Y una excelente salud. Pero no se trata de eso sino de los estragos que he padecido por dentro. Desde ese punto de vista soy un hombre acabado”. (132).

A pesar de la máscara ostentada por Carlos como hombre fuerte, sano y distinguido, es un hombre traspasado por el dolor, que no cuenta con los recursos ni técnicos, ni humanos para sanar sus heridas; desde su óptica particular, solo le queda la revancha; de este modo aparecen dos elementos que refuerzan su comportamiento nagüilón, esa masculinidad tan “contaminada” por lo femenino: paciencia y cobardía.

En la literatura universal es memorable la resignación con que Penélope espera el retorno de Ulises, su nombre aparece cuando se evocan la fidelidad y la paciencia. En cierto modo, Román fue fiel al recuerdo de Estela, pero de una manera perversa, pues durante muchos años urdió pacientemente una venganza implacable contra la familia de su ofensor.

Para lograr sus propósitos, Carlos recurre a la simulación y a una cobarde acusación contra su segunda esposa, finge volver a interesarse en la medicina, y a querer casarse nuevamente, pero sólo es una mascarada que oculta el deseo de castigar y humillar a los Orantes. Después de la primera noche de bodas, Romelia es regresada a sus padres, acusándola de haber llegado “impura” al matrimonio. La escena donde Carlos y Don Rafael discuten el penoso incidente, constituye una antología del pensamiento sexista y la dominación masculina, de la cual destaco las siguientes afirmaciones: “Ellas, lo ha visto usted [Don Carlos], ruegan, juran que son inocentes, son capaces de recurrir a cualquier medio con tal de no arrostrar las consecuencias de sus actos. *¿Qué otra cosa puede esperarse de las mujeres cuya naturaleza es débil, hipócrita y cobarde?*” (183) (Las negritas cursivas son mías)

El padre de Romelia, a pesar de los ruegos de la sorprendida y calumniada muchacha para ser escuchada, nunca pone en duda el dicho de Román, quien de acuerdo a la misógina expresión de Don Rafael Orantes, más bien es el médico, al fin nagüilón el que como “una mujer”, ha actuado de manera hipócrita y cobarde. A diferencia de César Argüello, quien en los momentos de dificultad “da la cara”, y su masculinidad arrecha le permite ser “derecho” y con frecuencia cínico, Román “teje” una intriga, desde una hombría sombría y autodestructiva.

Este personaje atormentado y siniestro, es posible también desmitificar la creencia en que ciertas cualidades y atributos son prerrogativa exclusiva, ya de las mujeres, ya de los hombres.

Los “otros” nagüilones

Rafael Orantes hijo, el rival en amores de Carlos Román ha sido incluido en este capítulo, debido a su proceder ambivalente frente a la relación con Estela. El muchacho trata de ser “mil amores” como el mejor de los arrechos, pero sin darse cuenta se enamora de Estela. Lamentablemente no se dispone de suficiente información para poder evaluar su experiencia y desempeño de vida en los ámbitos económicos y sociales para mostrar sus éxitos o fracasos. En la novela breve o cuento largo, su actuación se reduce al mundo de las relaciones personales, por lo que su caso será tratado con más detalle en el subcapítulo 3.3.

El contrapunto al carácter fracasado de los personajes nagüilones analizados lo constituyen: Arthur Smith (“Arthur Smith salva su alma”) y Luisito (“Cabecita Blanca”), quienes son los mejor librados de los rígidos mandatos de la masculinidad arrecha. En el cuento “Arthur Smith salva su alma”, Rosario Castellanos presenta una interesante crítica al carácter intervencionista del Instituto Lingüístico de Verano⁴⁴, a

⁴⁴ La presencia del Instituto Lingüístico de Verano (ILV) en Chiapas es un episodio más en las recurrentes historias del intervencionismo en México. El organismo “científico”, fue invitado en 1936, por el gobierno de Lázaro Cárdenas, ya que se suponía habría de investigar y preservar las lenguas indígenas, una tarea parcialmente cumplida. Sin embargo, como bien lo denuncia Rosario Castellanos en su cuento “Arthur Smith salva su alma”, el método del ILV para estudiar y preservar nuestro patrimonio lingüístico consistía en traducir los textos bíblicos a esas lenguas “nativas”, con lo cual realizó una penetración cultural muy importante. En efecto, su fundador William Townsend, contó con el entusiasta apoyo del gobierno mexicano para introducir el protestantismo, causando importantes problemas entre las comunidades indígenas. Asimismo, las actividades de este instituto han sido denunciadas por diversos organismos, ya que se les vincula con el espionaje de nuestros recursos naturales (Ver: *Los misioneros de la CIA: Instituto Lingüístico de Verano*. En

través de la construcción de un personaje (Arthur Smith) ingenuo, pero bien intencionado quien decide trabajar en la difusión del evangelio, ayudando a traducirlo a la lengua de los indios tzeltales. Su auténtico compromiso cristiano, permite a Smith tomar conciencia de la manipulación y abusos de la misión; y tras una crisis, logra desprenderse del control de los pseudo misioneros, y redefinir “exitosamente” su ser y estar en el mundo.

De manera similar, en un ámbito urbano de principios de los años setenta, Luisito, el hijo consentido de la señora Justina, la madre devoradora de “Cabecita Blanca”, es capaz de tener cierta independencia del control materno, lograr aceptación de su preferencia sexual en su familia, y convertirse en un exitoso diseñador de interiores. Situaciones inimaginables, si Luis hubiera vivido en Chiapas.

3.2 A la sombra de la madre

*Si la maternidad se esencializa aunque sea
por las mejores razones, el hijo se convierte
en fetiche.*

Silvia Tubert

En 1959, Rosario Castellanos escribió en el poema dramático *Salomé*: “Mi madre en lugar de leche, me dio sometimiento” y con este verso perturbador, se adelantó a la crítica feminista al poner en el banquillo de los acusados el papel de las madres en el patriarcado. Con su agudeza característica, Rosario mostró en esta obra en

<http://www.herenciacristiana.com/ultimacruzada/misioneroscia.html>).

Aspectos desenmascarados por Rosario Castellanos en el referido cuento, y que contrasta con la visión de antropólogos como Gonzalo Aguirre Beltrán. Cfr.

<http://www.sil.org/mexico/ilv/iAguirre.html>

particular, cómo las madres tienen un papel fundamental en la enseñanza de la sumisión y la obediencia que las mujeres debían a los hombres de la familia, estén presentes o ausentes; vivos o muertos. Este pacto con el androcentrismo conlleva una traición a sí mismas y a sus congéneres, de ahí la queja dolorida de Salomé. Y aunque gran parte de la crítica feminista y del feminismo⁴⁵ se ha centrado en develar los entretelones de la relación madre e hija, esos mismos andamiajes pueden ayudar a explicar las vicisitudes de la importancia de la madre en los procesos de subjetivación masculina de ciertos personajes, aquí conceptualizados como nagüilonos.

La madre devoradora

Madre, quiero vivir y el amor tuyo

no me deja.

Tu cariño me envuelve

tan sutil y tenaz como la niebla.

¡Yo quiero ver el sol!

Salomé, 326

Cuando el Ing. Fernando Ulloa, uno de los personajes protagónicos de *Oficio de Tinieblas*, inicia el proceso de acercamiento a las comunidades indígenas, aparece César Santiago, un joven que por la discriminación que sufre en Comitán emigra a Ciudad Real para poder estudiar e intentar cambiar con ello su oscuro origen social. Después de su inscripción en el Instituto conoce en un curso a Fernando; semanas más tarde, César

⁴⁵ Ver el clásico de Nancy Chodorow. *El ejercicio de la maternidad. Psicoanálisis y sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos*. 1984: Gedisa, Barcelona. Así como los sugerentes trabajos reunidos por Silvia Tubert *Figuras de la madre*. (2000). Y en particular el trabajo: "El mito de los orígenes. De la madre a las madres, un camino de la identidad femenina" por Silvia Vegetti-Finzi, incluido en el libro citado

decide responder al anuncio publicado por el ingeniero en un periódico local para solicitar el puesto de ayudante que requería Ulloa. En la larga entrevista, previa a su contratación, César refiere brevemente junto a su historia personal, la de su hermano Límbano, que como se verá, es un joven atrapado en las redes de una madre absorbente y controladora.

Límbano es el hijo menor de Timoteo, un carnicero que se ha apropiado de los bienes de un poderoso cura, quien huyendo de la persecución religiosa durante el Callismo, entrega al tablajero, hombre de sus confianzas, los documentos que amparan sus propiedades. El cura muere y, Timoteo se queda con todas las riquezas, incluso despoja a dos hermanas solteras y desvalidas, quienes eran las herederas legítimas del sacerdote. Pero, la inesperada abundancia no trajo la felicidad a esta familia de origen humilde. En la guerra conyugal que años más tarde se desata entre los esposos, Límbano, el hijo menor de Doña Serafina y su favorito, queda atrapado fatalmente en el conflicto. He aquí, las breves líneas que explican el origen del estrecho vínculo entre madre e hijo:

Enfermizo, durante la niñez acaparó los escasos mimos que podía concederle una madre excesivamente absorta en procurar sus medios de subsistencia y asegurar su porvenir. *Pero esos mimos eran tan satisfactorios que Límbano prolongó la lactancia hasta un límite que no había sido alcanzado nunca antes en los anales comitecos.* A una edad de la que ya se empieza a guardar memoria Límbano tuvo que abandonar esta costumbre, ay, tan agradable, obligado *por los brutales castigos de don Timoteo y por las implacables burlas de César.* Pero

esta separación de la madre fue únicamente exterior. (169) (Las negritas cursivas son mías)

A lo largo de la historia de la humanidad, y acorde a las diferentes épocas y grupos culturales, las diversas actitudes e ideas acerca del tiempo adecuado de lactancia y, de quien o cómo se debe cumplir la función nutricia han cambiado⁴⁶, lo cierto es que para la sociedad mestiza de Comitán, y especialmente para el padre de Límbano, era bastante reprobable que un niño “que ya empieza a guardar memoria”, de tres o cuatro años, continuara siendo amamantado por su madre. Acerca de la lactancia, la investigadora Ivonne Kniebihler (1996), reflexiona: “La leche humana no es solamente una secreción biológica: también «segrega» representaciones imaginarias y relaciones sociales que determinan, aproximadamente, la condición maternal en cada sociedad”. (95)

Pero, ¿cuáles son los temores de Don Timoteo, que trata con extrema severidad a su pequeño hijo? En probable coincidencia con César Argüello, el padre, se preocupa porque como resultado del apego de Límbano con su madre, el futuro muchacho se volviera un inútil, un nagüilón. Y ante esa amenazante posibilidad, a Timoteo sólo se le ocurre imponer al pequeño, la crueldad y el desprecio. Esta angustia masculina frente al

⁴⁶ En el interesante trabajo de Ivonne Knibehler, “Madres y nodrizas” (95-121), incluido en el libro de Silvia Tubert, *Figuras de la madre* (2000), la historiadora hace un recuento sobre la importancia de las nodrizas en diferentes momentos de la cultura occidental. Sin embargo, en el siglo XX, las modas e ideologías acerca de la lactancia han estado muy polarizadas, pues con el auge de la industrialización, las empresas multinacionales dedicadas a la producción lechera, como la Nestlé, promovieron la sustitución de la lactancia materna, por la utilización de fórmulas de leche en polvo. La “moda”, sin duda favorecía a sus intereses y a ciertos núcleos de trabajadoras urbanas, pero perjudicó gravemente la salud materna infantil, especialmente en los países y regiones pobres. Por otro lado, en el auge del feminismo de los 60 y 70, algunas mujeres se organizaron en la llamada *Liga de la Leche*, este organismo no gubernamental denunció la estrategia de las transnacionales y sus peligrosos efectos, al mismo tiempo que promovió con entusiasmo, el regreso a la alimentación al seno materno.

poder femenino, en este caso, expresada por la cercana relación entre madre e hijo propiciada por la lactancia⁴⁷, es una regularidad cultural a lo largo de la historia, ya que:

La institución de la nodriza, (...) transfiere a un tercero una función que resulta conflictiva en la relación entre los sexos, en razón de la ambivalencia masculina ante la lactancia materna. Ya en la antigüedad clásica los cuidados maternos se distribuían entre la madre (que, en Grecia, sólo amamantaba) y una esclava (que se ocupaba del resto de los cuidados, en Grecia y, en Roma, también de la lactancia). Esta separación del hijo y la madre podía tener la finalidad de facilitar nuevos embarazos cuando se deseaba descendencia; **impedir que el hijo, sobre todo el varón, «se debilitara» a causa de la ternura materna**; de proteger a la madre del dolor de la pérdida en una época de gran mortalidad infantil; de evitar que la función de madre nutricia impidiera a la mujer cumplir con sus deberes de esposa; de aplacar la envidia masculina, en la medida en que la colocación del hijo con una nodriza restablece una suerte de igualdad entre los sexos reduciendo, al mismo tiempo, la lactancia al rango de una función subalterna. (Tubert, *Figuras de la madre* 20) (Las negritas son mías)

El vínculo entre Serafina y su hijo se teje suavemente, en parte por la condición enfermiza del infante, en parte por las carencias económicas de la familia; el caso es que la madre, da a Límbano, sólo aquello que puede, pese a las convenciones sociales. De ahí, que resultaran inútiles tanto “los brutales castigos” propinados por su padre, como

⁴⁷ El temor de los hombres a las mujeres y a lo femenino es un tema estudiado desde interesantes perspectivas interdisciplinarias por investigadores como: José Ricardo Chaves. *Los hijos de Cibele. Cultura y sexualidad en la literatura de fin del siglo XIX*. (1997); Humbelina Loyden Sosa. *Los hombres y su fantasma de lo femenino* (2001); Silvia Tubert, compiladora. *Figuras de la madre* (2000). Tal como lo refieren estos autores, el miedo masculino al cuerpo de las mujeres y sus capacidades como la del placer, la reproductiva, entre muchas otras, es una fuente de ambivalencia. Cuyo temor y deseo, envidia y reverencia, el patriarcado ha resuelto, por vía de la negación y la represión, mecanismos que, por lo general resultan, en la aparición de un fantasma, que muestra poderoso, lo que se pretende ocultar.

las burlas del hermano mayor, pues aunque separado del regazo materno, la prolongada lactancia, fue el inicio de una larga y férrea dependencia con la madre⁴⁸. Como expresa el narrador: “El cordón umbilical que lo ataba a doña Serafina permanecía intacto y seguía alimentándose, al [sic] través de él, de las palabras, sentimientos y convicciones de su madre”. (169)

Mientras los hijos de Timoteo y Serafina iban creciendo, entre el matrimonio se estableció un gran distanciamiento, pues al volverse nueva rica, Doña Serafina abrazó fanáticamente la fe católica, e influenciada por su confesor, la atribulada mujer comenzó a sustraer de las arcas familiares algo del dinero mal habido, para entregarlo a la iglesia, su original depositaria. La tragedia sobrevino cuando Serafina convenció a Límbano de su causa y este se enfrentó, sin éxito a su padre, exigiéndole devolver las riquezas que no les pertenecían:

Desesperado de no ser a los ojos de los mayores más que un niño cuando ya se había impuesto las responsabilidades de un hombre; nostálgico de la infancia perdida, de la tibia oscuridad del seno materno, Límbano asumió la postura fetal de los cadáveres, se ovilló en el regazo de la tumba. En otras palabras, se suicidó disparándose un balazo en la cabeza, antes de cumplir los dieciséis años de edad.

(170)

⁴⁸ En las comunidades indígenas, con frecuencia se prolonga la lactancia hasta edades que rebasan el año de nacido del hijo, ya que la pobreza obliga a las madres a dar la “chichi” a sus niños, por no tener otro alimento que ofrecerles. Por lo general estas madres ignoran que el valor nutricional de su leche se va perdiendo con los meses, lo cual se agudiza, cuando las mujeres tienen serias carencias alimentarias. Serafina, el personaje comentado en este segmento, aunque mestiza, recurre como las indias a esta prologada práctica, por sus limitaciones económicas.

El suicidio del muchacho, muestra la respuesta desesperada del joven ante la imposibilidad de cumplir con las contradictorias demandas familiares, pues el padre, seguramente hubiera deseado que el muchacho fuera más seguro e independiente, coincidente con sus valores y creencias acerca de lo que debe ser un hombre, aunque nunca se los transmitiera. Y la madre, además de ejercer una fuerte influencia sobre sus ideas y sentimientos, le impide establecer los mínimos vasos comunicantes con los hombres de la casa, que le hubieran permitido afirmar su condición masculina. Por eso Límbaro, al contrario de la Salomé dibujada por Castellanos, no quiere ver el sol, sino volver a la tierra, a la oscura humedad de la madre originaria y arquetípica.

Este caso es muy interesante, y tiene ciertas coincidencias con la experiencia de Luisito con su madre, el único hijo varón procreado por el matrimonio entre Juan Carlos y la señora Justina, protagonistas del cuento “Cabecita Blanca” (1971). En ambos relatos la influencia de una madre controladora/devoradora está relacionada con la formación de hijos que ostentan una masculinidad fallida, en tanto los “falderos” no tienen, según la masculinidad hegemónica, la suficiente capacidad para alejarse de la influencia femenina e interactuar con los arrechos, y en competencia con ellos, lograr y mostrar ser poderosos, y por tanto exitosos. A tal grado es infranqueable esa barrera en los años treinta de la sociedad chiapaneca descrita, que el adolescente se quita la vida. Con respecto a los afanes controladores de ciertas madres, la psicoanalista Silvia Vegetti-Finzi (1996), explica:

La madre representa la seguridad de la protección, del calor, de la ternura, de la alimentación, pero también el riesgo de la prisión y de la opresión, el peligro del sofocamiento; por la madre se vive pero por la madre también se puede morir.

En el exceso de la función de alimentación, de protección, de cuidado, la madre se convierte en la que devora a su hijo, en la generosidad que captura y mata.
(145)

A diferencia de Límbano, Luisito el protagonista masculino del cuento “Cabecita blanca” (1971), puede sobrevivir a los afanes controladores de su madre, porque vive en la ciudad de México, en un momento donde el proceso de modernización, aunque contradictorio, ha permitido la expresión política, social y simbólica de las emergentes clases medias urbanas, donde otras identidades de hombres y mujeres se gestan y transfiguran gracias a los grandes movimientos contraculturales planetarios, aspectos a los que se hizo referencia en el capítulo uno. Y los machos arrechos, mientras se mimetizan de acuerdo con las necesidades de la modernidad citadina, permanecen en la mitología de la cultura popular mexicana, entre otros espacios simbólicos, y contra su voluntad, permiten una más libre expresión de los homosexuales⁴⁹.

En efecto, desde su nacimiento, Luisito, está llamado a convertirse en el objeto de deseo/suplantación fálica de una madrepasa que aunque cristianamente casada, está abandonada, por un marido que tiene en su secretaria, una amante de planta. Así se describe la infancia del primogénito:

⁴⁹ Después del movimiento del 68, y en paralelo con el activismo feminista, surgieron los primeros grupos mexicanos del llamado orgullo homosexual, dentro de los que caben destacar: “el *FHAR* (Frente Homosexual de Acción Revolucionaria), *Lambda* de Liberación Homosexual, *Lesbos* y *Oikabeth*, cuyos integrantes intentaron, con más desgaste que efectividad, llegar a trabajar coordinados, defendiendo las autonomías. Desde el principio se asumió la pluralidad, que genera necesidades y estrategias diferentes, aunque todos se inscribieran dentro de la izquierda socialista”
(Ver: <http://haciendohistoriamdsuamx.blogspot.com/2006/06/movimiento-de-diversidad-sexo-genrica.html>, consultado el 27 de julio de 2010). Hacia finales de los años 70, sus integrantes impulsaron una serie de actividades, para desestigmatizar las preferencias homoeróticas.

[...] era tan lindo que lo alquilaban como niño Dios en la época de los nacimientos.

Se veía hecho un cromo con su ropón de encaje y con sus caireles rubios que no cortaron hasta los doce años. Era muy seriecito y muy formal. No andaba, como todos los otros muchachos de su edad, buscando los charcos para chapotear en ellos ni trepándose a los árboles ni revolcándose en la tierra. No, él no.
(Castellanos, *Cabecita* 54)

Ante el reiterado alejamiento del marido, la señora Justina afianza sus vínculos físico-emocionales con su hijo, por lo que la conducta de Luisito, tan diferente a la mayoría de los niños, en lugar de preocuparla, se convierte en una fuente de aprecio:

La señora Justina no hubiera pedido más pero Dios le hizo el favor de que, aparte de todo, Luisito fuera muy cariñoso con ella. En vez de andar de parranda (como lo hacían sus compañeros de colegio, y de colegio de sacerdotes ¡qué horror!) *se quedaba en la casa platicando con ella, deteniéndole la madeja de estambre mientras la señora Justina la enrollaba, preguntándole cuál era su secreto para que la sopa de arroz le saliera siempre tan rica.* Y a la hora de dormirse Luisito le pedía, todas las noches, que fuera a arrojarlo como cuando era niño y que le diera la bendición. Y aprovechaba el momento en que la mano de la señora Justina quedaba cerca de su boca para robarle un beso. ¡Robárselo! Cuando ella hubiera querido darle mil y mil y mil y *comérselo de puro cariño* [...] (55) (Las negritas cursivas son mías)

Cuando la maternal protagonista confiesa el deseo de “comerse a su hijo de puro cariño”, sin mostrar inquietud por el inusual comportamiento de un joven que prefiere prescindir de las diversiones de los muchachos de su edad, por estar pegado a las faldas de su madre: entretenido en labores de tejido y comentando recetas de cocina, estos rituales cotidianos, muestran el rasgo de la *madre devoradora*, que en nombre del cariño a su hijo, prefiere anularlo, antes que verlo realizado como un ser independiente y autónomo.

Luis, a diferencia de Límbano, puede escapar de la telaraña materna; los tiempos han cambiado y la sociedad mexicana, en especial en las ciudades, es más abierta en el reconocimiento de otras formas de “ser y deber ser masculinos”. En medio de estos reacomodos culturales, Luis a pesar de dedicarse a la decoración de interiores, una actividad relacionada con lo femenino, es un “triunfador”, ya que tiene los recursos y habilidades para vivir bien en un bonito apartamento y vive con un muchacho agradable y educado, al que prodiga costosos regalos y puede invitar de vacaciones a EUA. Aunque después la pareja se separa, Luis mantiene su nivel de vida, pues, según todos los indicios, él era el proveedor. Esa capacidad económica es, lo que también permite a este personaje, mantenerse alejado de su mamá, a pesar de la insistencia de ella para que vivieran juntos

La existencia de un homosexual con importantes y diversos éxitos, que se las ingenia para sobrellevar a una madre siempre demandante e incestuosa es algo que ni en las peores pesadillas de los arrechos del sureste mexicano hubiera podido ocurrir.

Los nagüilones y sus madres

Las historias de Límbano y Luisito están ubicadas en contextos narrativos que contienen suficientes elementos textuales que han permitido cierta reflexión acerca de la influencia materna en el desarrollo personal. Sin embargo, en nuestra lista de los otros personajes catalogados como falderos, se dispone apenas de algunas pistas o comentarios a partir de los cuales se puede apenas rastrear la presencia e influencia de madres o figuras maternas a lo largo de su vida recreada en las narraciones.

Por ejemplo, como se analizó en el apartado anterior, tal como aparece en *Balún Canán*, el inmenso amor de Zoraya por su hijo Mario, despertaba los celos en su hermana y la preocupación de su padre, quien pensaba que de seguir con esa devoción materna, Mario se volvería inevitablemente, un nagüilón.

En el caso de Mario Argüello es innegable la pertinencia del cuidado materno prodigado a un niño de cinco años. Pero la dependencia a esa atención esmerada en un hombre de cuarenta años, como Carlos Román, merece cierta reflexión. Tal como se relata en “El viudo Román” cuando el joven médico queda viudo, su soledad es atenuada gracias a los cuidados y compañía de Cástula, su vieja “cargadora”⁵⁰.

En las primeras páginas de “El viudo Román”, se dibuja la vida de este hombre solitario, quien gracias a Cástula tiene, al menos, un cotidiano interlocutor. Llama la atención que esta fiel sirvienta, se dirija al cuarentón, como “niño”, quizá porque la atención familiar se concentró, en el que presumiblemente era hijo único, y porque lo

⁵⁰ Recuérdese que en la sociedad estamental chiapaneca, la clase terrateniente se apropiaba de los niños de los indios, para proporcionarles a sus hijos compañía y distracción. A estos “juguetes vivientes”, por lo general niñas, por ser más sumisas y obedientes que los varones se les llamaba *cargadoras*.

conoce desde la infancia. También por las conversaciones entre el ama de llaves y su patrón, logramos saber algunos datos de la madre de Carlos, una mujer de carácter firme y decidida. Cástula nunca habla del padre del médico, quizá porque nunca interactúa con él, diegéticamente no queda claro. Pero, sobre lo que no tenemos duda es que a sus cuarenta años, es totalmente dependiente de una mujer, con la que ha vivido desde la infancia, y quien, primero como una hermana y luego como una madre, lo ha cuidado devotamente.

En el mundo feudal, los roles entre hombres y mujeres, estaban claramente establecidos; un varón, cualquiera que fuera su edad “siempre” tendría que ser objeto de los cuidados y atenciones domésticos de las mujeres con las que convivía. Y, ellas tenían como único destino, servirlos y obedecerlos.

Ilustrativo de lo anterior es el caso del viudo Román, quien una vez que ha consumado su venganza contra la familia del amante de su difunta esposa, el médico decide prescindir de todo contacto humano, de manera similar a Límbaro, “se ovilla en el regazo”, no de una tumba, sino de la antigua casona familiar donde siempre ha vivido. Esa vida aislada y casi vegetal es posible porque finalmente sigue intacto el cordón umbilical que lo une a Cástula, su nana nutricia, quien incondicionalmente da la protección, cuidados y el necesario soporte emocional que requiere “el niño” de la casa, el viejo Carlos Román.

En el mismo texto, aparece Rafael Orantes, el rival en amores de Román, también es el hijo consentido de Doña Ernestina, por eso a la muerte del muchacho, la desesperación y el abandono ensombrecen la vida de esta madre. Su inmenso dolor pone

de manifiesto el profundo vínculo con su hijo, la mujer es presa de una severa depresión, a la cual se entrega, sin considerar el abandono y el descuido de sus hijas y marido que su dolor ocasiona. Ernestina procede, de la misma manera en que actuó Zoraida ante la pérdida de Mario:

Doña Ernestina, su madre, vagaba por la casa, desgredada, sucia, delirante. Ni la autoridad del esposo, ni los ruegos de las hijas, eran bastantes para hacerla volver en sus sentidos. Cuando accedía a quedarse en su cuarto era para invocar, a oscuras, a gritos, la presencia del hijo ausente. Y aprovechaba el menor descuido de sus vigilantes para hacer llegar hasta ella a mujeres sospechosas de brujería, a echadoras de cartas, a adivinas. Tuvo la osadía de desafiar la cólera de don Rafael y la opinión del pueblo, con tal de asistir a una sesión espiritista de la que la expulsaron porque intentó, violentamente, obligar a la medium a que, al través suyo, se materializara su hijo muerto. (149)

Textualmente, no se tiene forma de corroborar la influencia de la madre en el comportamiento irresponsable y cobarde de Rafael, pero es claro que este hombre, no ha tenido el valor de defender su verdad y, al traicionar a la mujer que ama, se traicionó a sí mismo; es un hombre atrapado por la culpa y los remordimientos. Al igual que Ernesto Argüello, Límbaro Santiago y probablemente Isidoro Cifuentes, se “retira”, dándose un balazo, de un mundo donde no tiene cabida.

Arthur Smith, también se salva de su madre

Antes de concluir el presente apartado sobre la influencia de las madres en la formación y control de hombres nagüilonos, es importante referir la experiencia del

misionero Arthur Smith, estadounidense de nacimiento, “americano” dice el narrador, un hombre cuyo buen corazón da contenido a la profesión sincera del cristianismo. El cuento “Arthur Smith salva su alma”, muestra cómo independientemente de la nacionalidad, el arquetipo de la madre devoradora, puede encarnar en las mujeres de cualquier época y lugar. A lo largo del relato, la omnipresencia materna es fundamental para entender la personalidad y motivaciones de Smith, un ex vendedor ambulante, quien después del deceso de su progenitora, con el propósito de resolver su vida espiritual y terrena, Arthur se enrola en una “misión” cristiana, que supuestamente ayudaría a evangelizar, a “civilizar” a los indios u otros aborígenes, y por tanto acercarlos al Dios “verdadero”.

La trama del cuento describe los pormenores del conflicto que representa para este gringo puritano y simplón confrontar sus buenos deseos de redención con las actividades de espionaje y expansionismo, fines verdaderos de la “misión”; es posible, también, reconocer la importancia maternal en la formación religiosa y moral de Smith, así como el apoyo económico que le proporcionaba: “Mamá y su pequeña pensión de viuda lo ayudaron en años difíciles en los que ser vendedor ambulante significaba exponerse a embestidas de perros bravos, travesuras de chicos irrespetuosos y portazos de señoras desgreadas”. (Castellanos, *Ciudad* 327)

Con base en la cita anterior, podemos registrar la muerte del padre. Lamentablemente la narración no proporciona datos más precisos acerca de la desaparición del señor Smith. No se logra saber si la pérdida ocurrió en la infancia, la adolescencia o la juventud de Arthur, el caso es que la influencia materna en su sistema

de valores y creencias, es definitiva, aún después de fallecida; se lee en el cuento que el misionero la recuerda con frecuencia y en situaciones relevantes de su vida.

Son varios los momentos claves en el conflicto religioso moral de este personaje; el primero tiene que ver con la muerte del hijo de Mariano Santíz Nich, el indígena que colabora con Smith en la traducción de la Biblia al tzeltal, este penoso acontecimiento va a develar la falta de un “auténtico” compromiso cristiano, de los blancos y “civilizados” para con los indios. Pues según descubre Arthur, el niño se habría salvado, si se hubiera curado del catarro y, sobre todo, hubiese estado bien alimentado, algo relativamente fácil de resolver si los líderes religiosos hubieran actuado con auténtico espíritu cristiano. Sin embargo, el encargado de la misión, no tiene la menor intención de proporcionar las medicinas y los alimentos que podrían salvar a los niños de las comunidades conversas, de la muerte y la enfermedad. El segundo momento de desengaño del traductor, son los rumores de los miembros de la colonia protestante acerca de la vida promiscua del pastor Williams; esta situación irrita, a la vez que pone de manifiesto el puritanismo de Smith. El tema se abordará con más detenimiento en el apartado 3.3 Cuerpo, familia y sexualidad.

El detonante en la crisis del misionero, es descubrir el carácter intervencionista y neocolonial de la misión; así como las componendas entre su dirigente religioso y la jerarquía católica, para mejor controlar a los indios. Por tanto, armándose de valor, decide abandonar el proyecto por el cual pensaba salvar su alma, y declara: “–Bueno, Arthur –se dijo al fin–. Es hora de hacer cuentas. Aquí estás, a la intemperie. De la noche a la mañana perdiste todos los puntales que te sostenían. *Ya no hay más religión, ni patria, ni dinero...* (327) (Las cursivas son mías)

La transgresión en los valores de Arthur, quien adopta los del pensamiento racional y la conciencia crítica, no habría sido posible si el hombre no se hubiera decidido a cortar, previamente con el invisible cordón umbilical que lo ataba y limitaba; de este modo se presenta la ruptura simbólica con la madre:

Tomó un ejemplar del Evangelio, maltratado por el uso. *Era un regalo de su madre* y había sido su predilecto desde la niñez. Lo amaba. Pero ahora los demás se lo habían envilecido. *Lo soltó.*

–No quiero que me confundan con los otros. (354) (Las negritas cursivas son mías)

Arthur Smith, deja atrás el texto bíblico y con él la sombra de sus madres: la biológica, la religiosa y la política (la patria). Este hombre, desde la libertad plena que implica renunciar a los valores capitalistas: “Dios, patria, familia y dinero”, puede entonces afirmar su identidad: “No quiero que me confundan con los otros”, insiste. Pero, ¿Quiénes son los “otros”? los *white-anglo-saxon-protestant*, que simulan, espían, someten, saquean y por tanto envilecen la esencia humanitaria del cristianismo. Por eso Smith se aleja de la misión y decide pedir asilo a los indios, porque según dice: “Por lo menos estos hombres y yo hablamos el mismo idioma” (355).

En la etapa de su vida a punto de iniciar, a este hombre “nuevo”, expresión analogaza con la de Antonio Machado: “hombre bueno”, no le interesa ya hacer proselitismo religioso y, sin embargo Arthur Smith logra “salvar su alma”, no sólo porque es la

persona buena, anunciada en el epígrafe del cuento⁵¹, sino sobre todo, porque es el espíritu laico e ilustrado, el que habla por ella.

3.3 Cuerpo, familia y sexualidad

[...] *la sexualidad es el lugar de todas las dificultades, de todas las vacilaciones, de los peligros y las situaciones sin salida, del fracaso y la alegría.*

Paul Ricoeur

Uno de los ejes paradigmáticos de la masculinidad arreacha en tanto masculinidad hegemónica es la potencia sexual que los hombres recios manifiestan dentro y, particularmente fuera del matrimonio. El desempeño conyugal de los arrechos es importante porque deben procrear con “la legítima”, los necesarios hijos que refrenden su poder y linaje. Pero lo sustancial de su actividad sexual se desplaza a otras mujeres, a quienes por lo general, toman a través de la fuerza o consiguen mediante ciertos pagos, regalos y/o prebendas, como se discutió en el subcapítulo 2.4.

Analizando la intimidad del repertorio de los llamados en este estudio, nagüilones, se encontró que en la mayoría de los casos, se apartan de los dicotómicos cánones sexuales establecidos por los arrechos. Los personajes agrupados en esta categorización, son solteros, no “solterones”, y lo más interesante, a excepción de Don Ernesto Argüello, quien tenía fama de parrandero y jugador, y de Rafael Orantes hijo, casi todos los personajes nagüilones detectados en la obra seleccionada, tienen una

⁵¹ Tomado de Antonio Machado, Rosario Castellanos transcribió: “un hombre, en el mejor sentido de la palabra, bueno”.

esporádica vida sexual, pues por necesidad o convencimiento asumen una castidad, inconcebible para los machos arrechos, reconocidos por ostentar su “excitación por el apetito sexual”. Incluso el joven Límbano, probablemente murió siendo virgen.

Varios de estos personajes, al estar cercanos con “lo femenino”, en cierto momento, se permiten abrir sus corazones, enamorarse, tal como lo experimentan Ernesto Argüello hijo, Carlos Román y Rafael Orantes hijo, pero atrapados por las leyes del patriarcado rural prevaleciente, que ordena a los varones renunciar a sus sentimientos a riesgo de actuar como “viejas”, y así perder el control de las situaciones, algunos de los personajes nagüilonos, sucumben trágicamente en el proceso de aceptación o rechazo de los mandatos androcéntricos.

Ernesto Argüello padre. Ni amor, ni familia, ni nada.

Los hermanos Ernesto y César son dos ricos herederos, cuyas personalidades son diversas y antagónicas. Como se trató en el apartado anterior, Ernesto, al descuidar sus propiedades y romper el pacto feudal, asegura su fracaso. Acerca de su vida personal, sabemos algunos detalles por César, quien reconoce la vida “promiscua” que llevaba su hermano, pues se sabe de la existencia de varios hijos bastardos, y de uno, que lleva su nombre y apellido. Don Ernesto es parrandero y jugador, pero cuando ya no puede sostener su estilo de vida, al borde de la ruina decide casarse por interés con una mujer rica, algo que un hombre arrechó nunca haría, pues de alguna manera Ernesto se “vende” (como suelen hacer algunas mujeres, por esa división sexual del trabajo derivada del patriarcado) y con él, su apellido. La agraviada novia descubre el engaño, y se niega a darle dinero. Ante tal situación, Ernesto se suicida.

Ernesto, un amor incestuoso.

Que no somos iguales, dice la gente.

Que tu vida y mi vida se van a perder.

Que yo soy un canalla, y que tú eres decente.

Que dos seres distintos, no se pueden querer.

José Alfredo Jiménez. *Vámonos*

El retrato inicial proporcionado por un narrador omnisciente, describe a Ernesto como agradable y trabajador: “El repartidor de periódicos era un joven de rostro alerta y simpático” (53). En la segunda parte de *Balún Canán*, se ofrecen otros detalles acerca de Ernesto: “[...] sabía tocar la guitarra y tenía buena voz”, (121), se habla también de “su juventud y hermosura” (154). En otras líneas que recrean el primer encuentro entre Don César y el muchacho, el tío resalta los rasgos físicos de su sobrino y enuncia alguna cualidad moral: “Eres blanco como él, tienes los ojos claros [...] (Tu padre) Era un buen hombre, un hombre honrado. Y tú que llevas su apellido, debes serlo también” (54). Esta entrevista es fundamental en el destino de Ernesto, quien es invitado por su tío a trabajar como maestro en su rancho de Chactajal con objeto de evitar conflictos con el gobierno, que ha dispuesto la alfabetización de los indios.

El joven Ernesto acepta la propuesta, quizá entusiasmado por el inesperado acercamiento con una de las familias más importantes de Comitán: los Argüello. Como hijo bastardo, Ernesto estaba resignado al rechazo y a la marginalidad, por lo que, el trabajo ofrecido por Don César, implicaba el reconocimiento a su existencia, y tal vez la oportunidad de mejorar sus condiciones de vida. También es importante considerar la importancia psicológica del encuentro de Ernesto con una figura paterna como Don

César, pues de acuerdo con las teorías del desarrollo psicosocial, para los adolescentes es muy importante, ser “rescatados” de la influencia materna por el padre, quien deberá afianzar sus vínculos con los hijos, con la finalidad de lograr una mejor integración de sus identidades genéricas⁵². Durante los primeros días en Chactajal, se efectúa ese encuentro entre el joven y su paternal tío:

Ernesto estaba *entrando*, por primera vez, *en la intimidad* de uno de estos hombres a quienes tanto había envidiado y admirado desde lejos. *Bebía ávidamente cada gesto, cada palabra*. El apego a las costumbres, la ignorancia tan impermeable a la acción de los acontecimientos exteriores le parecieron un signo más de fuerza, de invulnerabilidad. (77) (Las cursivas son mías).

La admiración de Ernesto hacia su tío es muy importante en el proceso por medio del cual afianzará el sistema de valores y creencias, relacionados con su “ser y deber ser masculinos”. Cuando, su tío le ofrece a las indias, como parte de sus prerrogativas en tanto hombre, Ernesto se sorprende, por la franqueza del patrón y rechaza el ofrecimiento de “usar a las indias”, por el racismo prevaleciente en la sociedad chiapaneca, del cual este muchacho “blanco, de ojos claros”, no se sustrae.

–Ahí están las indias a tu disposición, Ernesto. A ver cuando una de estas criaturas resulta de tu color.

A Ernesto le molestó la broma porque se consideraba rebajado al nivel de los inferiores. Respondió secamente:

⁵² Entre la bibliografía que habla de la socialización genérica de l@s niñ@ y adolescentes se encuentran de Nancy Chodorow *El ejercicio de la maternidad. Psicoanálisis y Sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los niños*. 1984: Gedisa, Barcelona. También: Santiago Ramírez. *Infancia es destino*. 1986: Siglo veintiuno editores, México, D. F.

–Tengo malos ratos pero no malos gustos, tío.

–Eso dices ahora. Espera que pasen unos meses para cambiar de opinión. *La necesidad no te deja escoger. Te lo digo por experiencia.* (80) (Las cursivas son mías)

Hasta este punto, Ernesto se siente contento por los vínculos que comienza a entablar con su tío, y además porque los temas de esta conversación de “hombre a hombre”, no los hubiera podido abordar con su madre.

En la segunda parte de *Balún Canán*, Ernesto y su tía Matilde inician una relación llena de conflictos. El primer encuentro entre Matilde y Ernesto es violento, en su diálogo se despliega el filo de sus carencias:

[...] Usted no vino huyendo de nadie. Usted vino buscándome a mí. [...]

–¿Con qué derecho viene usted a insultarme? Yo no le he dado ninguna confianza, yo...

–¡No me hables en ese tono Matilde!

–Ah, además me está tuteando

–No somos iguales.

–¿Cuál es la diferencia? Tú estás aquí de arrimada lo mismo que yo. (122)

La rígida sociedad señorial, sólo acepta aquellas relaciones que permitan reproducir un orden social funcional a sus intereses, discrimina a los pobres, mujeres, indios y descastados; esta respuesta explicaría el gran resentimiento que padecen un

hombre y una mujer que se atraen pero que, atrapados en los convencionalismos y la culpa⁵³ no pueden ser libres de disfrutar del amor que ha surgido entre ellos.

Matilde mayor que él, es huérfana y, como consecuencia de la crisis ocasionada por la Reforma Agraria cardenista, es una señorita rica venida a menos; además por su edad, Matilde es considerada “solterona”. La mujer se martiriza lamentando ser vieja. Como Ernesto, la tía ha crecido sin la figura paterna, los antecedentes familiares de ambos, según la perspectiva psicoanalítica, aseguran el enganche neurótico/amoroso.

Al pasar los días, esa relación incestuosa complica la situación familiar de ambos, pues Matilde se embaraza. La afligida mujer intenta, sin lograrlo, suicidarse. Luego de ser rescatada, Ernesto intenta acercarse a ella, pero Matilde lo rechaza violentamente y explica: “[...] Porque no quiero que nazca este hijo tuyo. Porque no quiero tener un bastardo.” (159)

En la narrativa estudiada, la condición subordinada de los hombres (des)calificados como nagüilones es también un factor importante en su desempeño sexual. Mientras el tío César hace alarde de sus necesidades y potencia sexual, Matilde queda embarazada del único contacto íntimo que tuvo con Ernesto (162). En la cultura patriarcal, preñar a una mujer pone de manifiesto la potencia sexual del hombre, pero si ésta rechaza la gestación, el varón no tiene más remedio que aceptar la decisión femenina e, independientemente de sus afectos hacia la mujer, su masculinidad queda vulnerada. He aquí la reflexión de Ernesto acerca del tema:

⁵³ De acuerdo a Casilda Rodríguez, el sentimiento de culpabilidad “se origina cuando la imperativa necesidad de ser amada hace a la criatura **aceptar** el ‘amor’ de quien le hace daño; y le hace aceptar que el malestar que la falta de armonía produce en los padres (o la ausencia de alguno de ellos o de los dos, agregaría yo), es por su culpa”. En *El asalto al Hades. La rebelión de Edipo. 1era. Parte*. Alicante: Hurpograf, 2004. p. 245.

[Matilde] Va saliendo con su domingo siete de que va tener una criatura. Y como es muy lista no se le ocurre nada más que ir a tirarse al río para que se la lleve la corriente. Cuando *lo derecho es avisarle al hombre. Yo no me iba a hacer para atrás, no la iba yo a dejar sentada en su deshonra. Eso llevando las cosas por derecho.* Pero después de lo que hizo que ni sueñe que le voy a rogar. (163) (Las negritas y cursivas son mías)

Pero una mujer atrapada por la culpa y los prejuicios, quien en la lejanía de su finca, nunca ha interactuado con los hombres, salvo en sus fantasías, no puede concebir la posibilidad de consolidar una relación con un hombre pobre y descastado. A pesar de las precarias condiciones del rancho, Matilde logra abortar. Ante la doble pérdida, la de la relación y la del hijo, Ernesto sigue la recomendación de su tío, y tiene un encuentro incidental con una india de Chactajal, la cual lo llena de asco y repulsión, sin que esto pueda curar su “mal de amores”.

El caso de Ernesto es interesante porque, a diferencia de algunos hombres arrechos, se arriesga a enamorarse e intenta tener una relación con Matilde. Sin embargo, en la prejuiciosa sociedad señorial, todo opera en contra de los amantes: Matilde es mayor que Ernesto, es una pobre “señorita” que ha perdido su estatus y riquezas. Ernesto es pobre y aunque joven, bastardo y para colmo son parientes. Por todos estos agravantes, lastimada la pareja se separa.

Otro punto relevante con respecto a los sentimientos del joven Ernesto, son su incomodidad y rebeldía acerca de sus orígenes espurios, a lo largo de *Balún Canán* ése

es el principal rasgo identitario del muchacho. A diferencia de Balzac, quien conforme a su personal experiencia, hubiera preferido ser hijo del “pecado” y no del débito conyugal. El autor francés, obsesionado por las preferencias de su madre entre sus hijos, clasifica a la descendencia familiar en “hijos del deber” (matrimonial) y los favorecidos hijos del amor (adúltero), pero esta nomenclatura no opera en un contexto donde los hijos nacen dentro del matrimonio o en la ilegitimidad. Así, Ernesto sobrelleva su condición de bastardo como una fatalidad, hasta que finalmente muere. Lo que implica “otro” fracaso en la vida del joven Ernesto.

Carlos Román. ¿Monstruo o héroe romántico?

*Que bonita es la venganza,
cuando Dios nos la concede
yo sabia que en la revancha,
te tenía que hacer perder.
Ahí te dejo mi desprecio.
yo que tanto te adoraba,
pa' que veas cual es el precio
de las leyes del querer.*

José Alfredo Jiménez. *Cuando el destino*

Estudiado en un cierto número de tesis y artículos⁵⁴, la historia de Carlos Román, sirve para ilustrar los frecuentes horrores y devastación ocasionados por el patriarcado y sus ejecutores en la vida de las mujeres. Sin embargo, “el viudo” es

⁵⁴ Ver: Maité Saavedra Ordorika, *El Viudo Román y el secreto de Romelia: dos interpretaciones de un mismo tema*. Universidad Iberoamericana, Tesis, 1992. Y, de Maricruz Castro Ricalde: “De la literatura al cine: de ‘El viudo Román’ a ‘El secreto de Romelia’” en Margarita Tapia y Luz Elena Zamudio editoras. *Rosario Castellanos. De Comitán a Jerusalén*, 2006.

también un personaje complejo que permite reflexionar acerca de las contradicciones y ambivalencias en la intimidad de un hombre que, a diferencia de los arrechos, se arriesga a amar, pero al amar a la persona equivocada, en un contexto social donde los matrimonios por amor son inusuales, fracasa dolorosamente.

Como se relata en la novela corta o cuento largo, a su retorno del extranjero, luego de haber concluido sus estudios, Carlos Román empieza a cortejar a Estela, con la anuencia de su familia: “[...] a su regreso don Carlos no tuvo ojos más que para Estela ni tiempo más que *para enamorarla* y para apresurar los preparativos para la boda. Y luego [...]” (Castellanos, *Convidados* 107) (El énfasis y las cursivas son mías)

La expresión: “Y luego...” es un inteligente recurso del narrador para propiciar ciertas preguntas e interés en el lector, quien al deslizarse por el texto, podría encontrarlo como una crónica costumbrista. Pero si quiere desentrañar el peculiar comportamiento de Carlos Román, debe continuar su lectura del relato hasta la última página del mismo. Ciertamente, desde el título, se anuncia la viudez del personaje, como eje temático del texto. Y tal como se presenta a Don Carlos, desde las primeras páginas, como un hombre maduro, que ha preferido la viudez y el aislamiento por largos años, podría pensarse en él, como en un héroe romántico, siempre fiel a la memoria y al recuerdo de “la amada inmóvil”. Porque, la pérdida de su esposa, era un asunto muy doloroso:

[...] desde el principio, y tácitamente, ambos (Carlos y Cástula) se pusieron de acuerdo en no mencionar nunca nada que se refiriera al pasado. ¡Era tan doloroso para don Carlos! *¿Con qué palabras describir la belleza de Estela, el*

amor del novio, el fausto y la alegría de la boda? ¿Cómo transitar a esa desgracia súbita, cuyo nombre no conoció nadie y, que como un rayo, los abatió la misma noche en que por primera vez los dos quedaron juntos y solos? Y luego los meses de la agonía de Estela, sin consuelo y sin esperanza. Y el desenlace para el que no habría jamás resignación. (105) (Las negritas y las cursivas son mías)

En esta cita, se alude a una “desgracia súbita”, como el factor que impidió la felicidad de los recién casados, y probablemente desencadenó una enfermedad mortal en la joven esposa. Los años pasan, y Carlos persiste en cuerpo y alma en su duelo, en vivir aislado de toda vida social. Algo que en un principio desconcertaba a los arrechos, aficionados a las mujeres, las parrandas y a ostentar públicamente sus hazañas sexuales. Sin embargo, para Carlos:

El encierro había sido su respuesta a *situaciones que le eran intolerables*. [...] *Le asqueaba* ese guiño cómplice con que los hombres querían hacerle saber que estaban en *el secreto de las mañas que se daba para sobrellevar su condición de solitario. Porque no era concebible que alguien, como don Carlos en la plenitud de la edad y de la fuerza viril, guardase una continencia a la que ni los sacerdotes, tascando el freno de una religión de que él carecía, eran siempre fieles*. (110) (las negritas cursivas son mías)

Llama la atención, el puritanismo que pone de manifiesto la recatada conducta de Carlos Román, en un entorno social pueblerino, donde sin grandes esfuerzos, se puede saber lo que las personas hacen y piensan. Los varones de Comitán, seguramente

sabían que Román, “[...] no era hombre de cantina ni de burdel como los otros” (106). Se deduce de la cita anterior que, a pesar de ser médico, a Román le molestaban las conversaciones masculinas sobre aspectos sexuales, ya que si no era afecto a la compañía comprada, sus paisanos sugerían su recurrencia a la masturbación para “sobrellevar su condición de solitario”. Sin embargo, las reflexiones del narrador, muestran que Carlos Román no sólo era reacio a cualquier desahogo sexual, sino a su simple mención. Este comportamiento y actitud retraída, frente a uno de los rasgos más importantes en la definición de la masculinidad hegemónica: el goce y la actividad sexual, como forma de autoafirmación genérica, hacen de Román todo un caso, ya que:

[...] las fronteras entre misticismo y sensualidad nunca han estado muy claras. Libidinalmente, la castidad puede ser una opción tan perversa como el desenfreno. Si a ella se le añade el martirio, *se tiene una situación propicia a la orgía mental*. Una castidad física no supone una sexualidad sosegada, muchas veces ocurre lo contrario: la exagera. Algunos eclesiásticos conocían muy bien el vínculo entre voluptuosidad y dolor [...] (Chaves 120) (Las negritas cursivas son mías)

De sus insomnios, ayunos y silencios, sólo Cástula es discreta testigo. Para fortuna de Román, en el mundo de los arrechos, las propiedades y riqueza, el título y *tener apellido* son recursos determinantes para evitar la estigmatización y el rechazo social; antes de arriesgarse a sufrir el acoso y señalamiento de los ricos del pueblo, Carlos Román se encierra en su casa. La firmeza de su carácter, pero sobre todo la capacidad que Román tiene para mantener su patrimonio, aleja tanto a sus sorprendidos

congéneres, como a algunas matronas interesadas en regresar a la circulación del mercado matrimonial, a “un buen partido” como Román.

Hasta esta parte de la historia, Carlos Román se muestra como un inusitado héroe romántico en tierras chiapanecas. Retirado de toda vida social, Román abandona también la medicina para dedicarse devotamente a cultivar el recuerdo de la mujer muerta, según corrobora el riguroso luto de su vestimenta. Para el investigador José Ricardo Chaves, la necrofilia tan popularizada en los relatos románticos decimonónicos encubre el sadismo masculino contra las “nuevas” mujeres surgidas de los cambios implementados por la revolución industrial, y el nuevo imaginario emergente:

Hay un vínculo estrecho entre la idea de autosacrificio femenino y la necrofilia. Un gusto sádico anida en el ojo masculino que se complace en mirar el sufrimiento de la mujer, gozo compensatorio de una virilidad en crisis de identidad ante el creciente trastocamiento de roles. (52)

La reflexión de Chaves concuerda con el develamiento de los orígenes de la crisis y la ruptura entre Carlos y Estela, ya que según se sabrá después, cuando Don Evaristo, el cura que casó a Román en segundas nupcias, acuda a reclamar al médico la deshonor de Romelia. El impasible Román, le entrega al sacerdote un paquete de gastadas cartas donde se da cuenta del amasiato sostenido entre Estela y un misterioso amante, en las que además de los inicios y afianzamiento de la relación entre los enamorados, se relata con lujo de detalle el impacto que causa en la muchacha el arreglo matrimonial a que, su familia la comprometió con el acaudalado Román.

Pero de pronto surgía un nombre: el del doctor don Carlos Román. Al principio se le mencionaba con cierto dejo de petulancia. ¿A qué mujer no le halaga ser amada y no le sirve mostrar el amor que suscita en otro al amante que comienza a hastiarse de ella? Don Carlos era útil como estímulo, como rival. Pero poco a poco iba adquiriendo otro perfil, una consistencia más sólida que le confería la familia al convenir, de un modo unánime, que era el mejor partido al que la muchacha podía aspirar y que si sus intenciones eran serias, como todo parecía indicarlo, no debía, por ningún motivo desaprovecharse la ocasión. *La muchacha se atrevió quizá alguna vez, a discrepar de las opiniones de los otros. Pero fue tan duramente reprendida y castigada que no le quedó otro recurso que fingir conformidad.* Su condena, salvo que el destinatario de las cartas lo evitara, era el matrimonio con el doctor Carlos Román.

Ah, qué desmelenamientos de desesperación, qué sarcasmos para calificar a este hombre cuya fuerza (su dinero, su título, su apellido) la aplastaba. Que ensañamiento para sus defectos, que clarividencia para sus manías, que ceguera ante sus cualidades, que burla tan cruel para sus sentimientos, [...] Todo su odio y su impotencia cristalizaron en una definición: *el bruto*. Nunca volvió a referirse a don Carlos más que bajo ese nombre. (Castellanos, *Convidados* 192-193) (Las negritas cursivas son mías).

En este párrafo, se ponen de manifiesto, los conflictos que suscitan la familia autoritaria y su doble moral sexual, en las relaciones de pareja. En una sociedad patrimonialista y feudal, donde el matrimonio por conveniencia era una práctica frecuente, podría esperarse que alguno o los dos contrayentes prescindiera del sentimiento amoroso en su pacto de conyugalidad, sin ningún problema, como fue el

caso de César Argüello y Zoraida (personajes de *Balún Canán*). Pero, Román que había “ido a rodar mundo para volverse gente fina”, probablemente en el extranjero “se contagió” de las ideas románticas⁵⁵, y por eso rompiendo con “los usos y costumbres” matrimoniales de la región, decide apostar por un matrimonio basado en la pasión amorosa. Más tarde, cuando Román decide “confesarse” con Don Evaristo, le describe pormenorizadamente sus sentimientos:

–No, usted no se imagina, ¿cómo va imaginárselo si no se ha enamorado nunca, lo que se dice *enamorarse hasta los tuétanos? el ansia* con que se espera el momento en que el ser que amamos va a entregársenos y, a pertenecernos para siempre. *Le juro que cuando abrí la puerta de la casa para dejar que entrara la que ya era mi mujer, estaba temblando. De alegría, de miedo. Porque estar a solas por primera vez con el ser que se ama, no es fácil.* Hay, al mismo tiempo, *un deseo de posesión y una necesidad de venerar* que empuja y que paraliza [...] (190)

Embebido en su “fantasía narcisista de fusión”, dirían los psicoanalistas de Carlos, seguro de sus atributos y poder, cegado por el amor y el deseo, el doctor Román es incapaz de advertir la ausencia de “la mirada del amor” en los ojos de su novia, probablemente por eso Estela se siente “aplastada” por él y lo llama **bruto**. Asimismo,

⁵⁵ Acerca de la influencia del Romanticismo en Rosario Castellanos, se sabe que: “A los 15 años, Rosario Castellanos empieza a publicar poemas en un periódico de Tuxtla Gutiérrez. El libro que ella reconoce luego como primera influencia literaria es un volumen de poemas que sus padres le regalaron al cumplir trece años: *Serenidad*, de Amado Nervo. [...] Por otra parte, el hecho de que 23 años después, en su ensayo autobiográfico, la escritora recuerde este dato y los sentimientos que le nacieron de la lectura del libro, nos descubre la afinidad que ella mostraba, en sus inicio literario, con ese tipo de poesía romántica que habla de amores desdichados”. Ver: María Estela Franco, *Otro modo de ser humano y libre. Semblanza psicoanalítica de Rosario Castellanos*, 1989, (102).

estas confesiones vertidas en las cartas, muestran a Estela en cuerpo y alma, quien de ser una hija obediente, novia virginal, se convierte en una “mujer fatal”.

Quizá el rasgo por antonomasia de la mujer fatal sea su carácter sexual. A diferencia de su complementaria frágil, en la que cualquier elemento de voluptuosidad se elimina, *la mujer fatal hace gala de una sexualidad poderosa con la que doblega al héroe masculino, que ve caer así sus sueños de trascendencia*. En una sociedad en donde a la mujer se le niega cualquier forma de autoridad fuera del estrecho campo del hogar, la mundana busca resarcirse haciendo de su cuerpo el medio de conquistar una parcela de poder y de abrirse un precario espacio en este mundo exterior que los hombres una y otra vez le niegan. (Chaves, 87) (Las negritas cursivas son mías)

La lectura de las cartas proporciona a Román un retrato de su novia que nunca hubiera sospechado. ¿Cómo imaginar a su amada, en la entrega total pero con otro hombre? ¿Cómo pudo ocultar Estela sus verdaderos sentimientos?, ¿cómo no los pudo ver él? Sin duda, la denuncia del amante de Estela ante su marido, mediante la entrega de la correspondencia entre ellos pone de manifiesto las consecuencias devastadoras del poder de la familia patriarcal en la imposición no sólo de formas de pensar y sentir; sino de estar en el mundo.

Por el androcentrismo imperante, todos pierden: Estela no debió entablar relaciones sexuales fuera del matrimonio, porque al entregar su virginidad a un amante, perdía su máspreciado valor de cambio socio-conyugal. Como hija soltera debía obediencia a sus padres, quienes supuestamente sabían lo que más le convenía: casarse

con Román. Pero, ella transgrediendo las enseñanzas familiares y la moral judeocristiana, trata de ser fiel a sus sueños y deseos, se involucra con Rafael, hasta las últimas consecuencias. Más tarde, cuando el matrimonio entre el doctor Román y Estela es inminente, el amante despechado, la traiciona, denunciándola con su marido. En este perverso juego de celos, delaciones, imposiciones familiares y matrimonio por interés, Estela queda atrapada, e inconforme con tan aciago destino, se deja morir. Este acto de autosacrificio femenino, es como se refería líneas atrás, un rasgo del sadismo ginofóbico, tematizado abundantemente entre las diversas obras artísticas de los románticos.

Rafael, no puede o no quiere asumir sus verdaderos sentimientos para con Estela, y va de la indiferencia al enamoramiento, de la traición a la culpa. Orantes, es incapaz de enfrentar el rechazo de la familia de Estela a sus relaciones, y prefiere simular la ruptura y seguir gozando de la relación con la muchacha. Finalmente, cuando la joven muere, puede reconocer lo que siente por ella, y opta por el suicidio también.

La pérdida de Carlos es también devastadora, ¿cómo un hombre de su inteligencia, riqueza y buenos sentimientos pudo ser rechazado tan brutalmente? La tentativa de responder esa pregunta explica, en parte, los años de desolación y aislamiento del viudo. Y si en el imaginario de la época, el discurso patriarcal enunciado por José Alfredo Jiménez sanciona que en “las leyes del querer”, la venganza, el desprecio y la soledad, son el precio que una mujer debe pagar por abandonar a un hombre enamorado, ¿cómo aplicar tan peculiar código en una esposa que con su autosacrificio ya “pagó” por su atrevimiento? La posibilidad de la venganza queda anulada, si el principal ofensor, está muerto también.

En este escenario, la desaparición de Estela y su amante es absurda para un esposo burlado quien, a pesar de insistir que la habría perdonado, seguramente, al transcurrir el tiempo y aquietada la pasión amorosa, la hubiera hecho pagar sus faltas, pues en Román estaba arraigado, como en muchos otros hombres, un pensamiento misógino que, aflora espontáneamente, aún en los momentos de gran expectación amorosa, como es el inicio de la noche de bodas:

Y –Bien. Cuando entramos (a la alcoba nupcial), ella me pidió que la disculpara un momento. Debía cambiarse de ropa, peinarse, hacer alguna de esas cosas con que las mujeres gustan recordarnos que lo sublime no es su tesitura y que, *para amarlas, tal como son y como quieren ser amadas, no nos queda más remedio que rebajarnos a su nivel.* (190) (El énfasis y las cursivas son mías)

Disminuido “al nivel de las mujeres”, Carlos Román, quien siempre se jacta de su capacidad racional, de ser “un hombre que se rige estrictamente por la lógica” (126), prepara pacientemente, a lo largo de muchos años, una venganza contra la familia de su ofensor, y esa revancha se concentra en la persona de la joven Romelia. En este proceso infame, el médico de víctima se trasmuta en victimario.

Como se ha comentado a lo largo del capítulo, Carlos Román ha captado la reflexión de la crítica de las feministas, porque haciendo alarde de violencia sexista, prepara fría y calculadamente un matrimonio con Romelia, la hija menor de los Orantes, con la única finalidad de castigarlos por ser los familiares de Rafael, el amante de su mujer. Cuando Don Evaristo cuestiona a Román por haber incriminado a Romelia,

Carlos reconoce sus habilidades intelectuales: “Yo calculo, yo pienso”, y en esa frase queda implícito el poder controlador del conocimiento:

Cuando se habla del cerebro como órgano distintivo del hombre no se trata sólo de apelar a una Razón abstracta sino de vincular saber y poder: el cerebro es el instrumento de transformación y dominación de la naturaleza (incluida la mujer), en una época de descubrimientos científicos, técnicos y sexuales. Es el cerebro el que funda el carácter demiúrgico del varón, su capacidad de modelar y transformar en su beneficio la materia bruta que lo rodea. En estos sentidos el cerebro no deja de revestirse de caracteres fálicos, tanto si se le ve por el lado de la fertilidad, de la creación de formas e instituciones, como si se le ve por el lado del dominio, del poder: sobre la naturaleza, sobre los animales, sobre las mujeres. (Chaves 124-125)

A partir de esta reflexión es claro que haciendo uso de su cerebro, Román maquina largamente una venganza contra la familia de su ofensor, y la cobra en la persona de Romelia, una bella e ingenua muchacha y por tanto vulnerable, que sólo desea casarse y ser feliz. Esta farsa preparada por el viudo, permite mostrar la otra cara del héroe romántico: su lado depredador y siniestro. De manera similar a Gabriel Montero, protagonista de la novela de Efrén Rebollo: *El enemigo* publicada en 1908, Carlos Román:

... canaliza su agresión no contra la mujer fuerte sino contra la mujer frágil, de manera sádica y destructora, y en este sentido está más cerca del criminal, del

transgresor, pues su furia va dirigida al modelo social, a la mujer que la sociedad respeta y propone como ejemplo a las demás. (Chaves 67)

Inmediatamente después de la noche de bodas, Romelia es devuelta por Don Carlos, a sus padres bajo la falsa acusación de no haber llegado virgen al matrimonio. Desde la contundencia del falogocentrismo, Carlos afirma: “–La verdad está aquí. Ahora. Y *la dice un hombre para que nadie desconfíe de su testimonio*”. (181) (Las negritas cursivas son mías)

Sin otorgarle el beneficio de la duda a su hija, Don Rafael Orantes, fiel a los pactos y lealtades patriarcales, cree las calumnias de Román, antes que escuchar y defender a su hija. El anciano padre acepta resignado el deshonor que ha caído sobre su Casa:

Y –No tema usted, don Carlos. No voy a pedirle nada que vaya contra su dignidad puesto que yo estimo demasiado la mía y quiero ponerla por encima de todo este desastre. *Ellas, ya lo ha visto usted, ruegan, juran que son inocentes, son capaces de recurrir a cualquier medio con tal de no arrostrar las consecuencias de sus actos. ¿Qué otra cosa puede esperarse de las mujeres cuya naturaleza es débil, hipócrita y cobarde? Pero mientras en esta casa hay un hombre ese hombre dará la cara por ellas para pagar lo que sea necesario. Yo personalmente, asumo la entera responsabilidad de los hechos.* Sin consentimiento mío y, mucho menos con mi anuencia, eso sí puedo asegurárselo, ha sido sorprendida su buena fe y se le ha causado un daño moral irreparable. Sin embargo estoy dispuesto a hacer lo que usted considere preciso

para darle la satisfacción pública que usted exija. (183) (Las negritas cursivas son mías)

Luego de la consumación de su calculada venganza, Carlos Román recurre al secreto de confesión, en el que no cree, pero que en sus acertados cálculos, lo sabe recurso útil para inmovilizar a Don Evaristo, el cura que atónito escucha los pormenores de la revancha. El viudo Román es a un tiempo héroe y monstruo, criatura engendrada por un romanticismo teñido de misoginia. Su historia muestra como el patriarcado, a pesar de prometer ciertas compensaciones al ego masculino, a condición de poner en juego el odio y la violencia, no favorece a nadie. Al sacrificar a Romelia y despreñar su amor, un amor que lo hubiera reconciliado con la vida, Carlos Román firma su sentencia, porque al final, la fidelidad al androcentrismo, hace que los hombres queden atrapados en la soledad, el desamor, la locura y el vacío⁵⁶.

Rafael Orantes hijo. El cinismo trágico

Pero, cómo le explico a mi corazón

Mi vergüenza por verte con otro amor

Que te dio, lo que no te diera yo

Te fallé como amante.

Roberto Cantoral. *Yo lo comprendo*

⁵⁶ En su artículo “Masculinidad y violencia”, Cristina Alsina y Laura Borràs Castanyer reflexionan acerca de la devastación que trae la guerra a los hombres. Esta destrucción en las almas masculinas ha sido recientemente recreada en varias películas, sobre todo después de la derrota estadounidense en Vietnam. Recientemente se proyectó el filme *Entre hermanos (Brothers)*, Dir. Jim Sheridan, EUA, 2010) donde se relata el inútil sufrimiento de los soldados y sus familias, que participan en la guerra, ahora la de Afganistán. Ver: Marta Segarra y Àngels Carabí (eds.) *Nuevas masculinidades*. 2000: Icaria/Mujeres y culturas, Barcelona

El joven Rafael Orantes, amante y amado de Estela, es también un héroe romántico cuyo amor contrariado, finalmente lo conduce a la muerte. Único varón, entre tres hijas de Los Orantes, Rafael entabla una apasionada relación con Estela, una muchacha que por conveniencia económica y social es comprometida en matrimonio por su familia con el joven doctor Carlos Román. Como se comentó páginas más arriba, la noche de bodas, un anónimo mensajero le entrega la anteriormente referida colección de cartas de los amantes a Carlos, quien las lee y reclama violentamente a su esposa. Al saberse traicionada por su amante, Estela se deja morir. Días después de la muerte de Estela, se comenta el suicidio y, o muerte “accidental” del joven Orantes: “[...] un accidente de cacería. Se le disparó el rifle y le destrozó la cabeza” (144). Lo cierto es que el amante arrepentido pierde la vida.

No obstante la fuerte carga culpígena que el suicidio tiene en la tradición católica, este amenazante referente religioso moral de los personajes analizados, no es un obstáculo para que busquen la muerte. El suicidio de Rafael muestra las dificultades que tiene el muchacho para organizar su vida; por ejemplo, tener el valor, la decisión y la capacidad de permanecer con la mujer que ama y desea, superar los prejuicios acerca del honor y la virginidad, pues contraviniendo las reglas, Estela y Rafael tienen relaciones fuera del matrimonio. Cuando Estela anuncia su boda con Carlos, a pesar de no querer perderla, tampoco le pide que se casen, porque seguramente como muchos hombres, piensa que Estela “ya no vale”; y sin embargo, como buen oportunista le propone a la muchacha que aunque se case, mantengan sus vínculos. Rafael ignora que “cada latigazo que cae [en la víctima], graba su cicatriz en la espalda del verdugo”. (Castellanos, *Balún* 63). En sus ambivalencias, Rafael manda las cartas a Román y traiciona a Estela, pero cuando ésta muere, el amante celoso se da cuenta de la fidelidad

de su amada, y probablemente abrumado por la culpa y reconociendo la cobardía de sus actos, también busca la muerte.

En la tragedia de estos amores contrariados, son claras las consecuencias de una rígida doble moral sexual, donde los involucrados quedan atrapados en un callejón sin salida: Rafael porque no reconoce la importancia de Estela en su vida emocional y sexual, seguramente se lamenta de haberse involucrado intensamente, con alguien que pretendía ser tan sólo una aventura. Estela se resigna a perder a Rafael, ya que ha logrado concertar un matrimonio “sin amor”, pero que la salva de la deshonra de haber entregado su virginidad a un hombre que, a pesar de amarla, no quiere desposarla.

En la rigidez y cerrazón de la sociedad estamental chiapaneca, es difícil cuando no absurdo pensar en entablar un matrimonio, cuyo preámbulo ha sido la intimidad amorosa y sexual, porque el vínculo conyugal en este contexto tiene una finalidad económica y política, que poco tiene que ver con el amor. Como bien expresa José Emilio Pacheco: “El amor es una enfermedad, en un mundo donde lo único normal es el odio”.

Isidoro Cifuentes, ¿un hombre fatal?

En su libro *Los hijos de Cibeles* (1997), el investigador José Ricardo Chaves, hace una interesante reflexión acerca de las construcciones culturales de la sexualidad en la literatura decimonónica y puntualiza la genealogía del héroe romántico, entre cuyos antecedentes estaría “el hombre fatal”, cuya lánguida palidez era un tributo a los ambientes góticos y sombríos. Así se lo describe: “Entre las características del hombre fatal de los románticos están su origen misterioso (que muchos suponen de alta

alcurnia), las huellas de anteriores pasiones, la sospecha de una culpa horrible y oculta, la melancolía, el rostro pálido y los ojos atrayentes”. (119)

Junto a este *hombre fatal*, inspiración de Bram Stoker para dibujar su arquetípico *Drácula*, aparece el “héroe melancólico”, que en cierto momento de su evolución literaria: “se transforma en un hombre abúlico, neurótico e individualista, de extrema sensibilidad; a veces místico, a veces lujurioso, a veces ambas cosas” (120)

Las pocas referencias acerca de Isidoro Cifuentes descritas en *Oficio de tinieblas*, apenas nos permiten hacer algunas aproximaciones a las peculiares experiencias de vida del personaje recreado brevemente en la novela. Por ejemplo aunque es transparente su origen: pertenece a la aristocracia terrateniente de Ciudad Real, y como rico heredero fue enviado a estudiar a París, infructuosamente. Es probable que ese viaje lo transformara, pues como se analizó en el subcapítulo 3.1, Isidoro repudiaba las actividades del campo, tanto como la vida conyugal. A qué podría atribuirse tan extravagante comportamiento, si no tal vez a alguna “culpa horrible y oculta”, que también explicaría su fracaso escolar. El muchacho no es feliz cuando se casa. Todo parece indicar que realizó el ritual, como un deber familiar y social, pues apenas tuvo oportunidad se “encerró en su habitación, negándose a hablar con la recién casada” (Castellanos, *Oficio* 75)

La riqueza y posición social de Isidoro, no le impiden ser depresivo y esquivo con su esposa y con toda actividad del rancho. Probablemente la gran presión familiar y social sobre él, hace que Isidoro ejerza, más que por gusto, por obligación, el llamado

“débito conyugal”. Por fortuna para el muchacho, meses después, su esposa Isabel da a luz una hija, muy similar a él en su carácter:

Idolina, pronosticaron sus abuelos, será igual a Isidoro. Pronto dio señales de que la profecía iba a resultar verdadera. [...] Medrosa, insegura, a niña no se soltaba de la mano de Isidoro. Y cuando Isidoro tenía que ausentarse de la casa Idolina se enroscaba en el lugar donde una prenda de ropa, un libro abierto, un papel a medio escribir le hablaban del ausente. Se enroscaba allí, a llorar como un perrito abandonado. (76)

Sin embargo, la afinidad entre padre e hija, no fue un vínculo lo suficientemente fuerte para arraigar a Isidoro en ese mundo rural al que, no se sabe cuando dejó de pertenecer, y que repudia. Por eso no es de extrañar, que al igual que Límbano, Don Ernesto y Rafael Orantes, se suicide.

Arthur Smith, ¿un alma sin cuerpo?

Arthur Smith es “un sano muchacho americano”, quien gracias a un espíritu cristiano llevado hasta sus últimas consecuencias, puede desenmascarar la doble moral de los integrantes de la misión en la que se compromete para “salvar su alma”. Desde los inicios del cuento, es posible enterarse del puritanismo que impregna a este personaje, quien se molesta al descubrir el intercambio que realiza el piloto y un colono, de “ciertas” postales:

Se ruborizó hasta la raíz e los cabellos, apretó los puños. ¿Cómo era posible que estos hijos de perra...? Pero un *largo entrenamiento de dominio sobre sus*

impulsos hizo desaparecer los síntomas de la ira. Después de todo, reflexionó, ese par de hombres que iban delante de él formaban parte del rebaño de perdición. (Castellanos, *Ciudad* 322) (Las cursivas son mías)

El largo entrenamiento para dominar los impulsos es uno de los atributos de los hombres, supuestamente civilizados. Como lo ha tratado detalladamente Victor Seidler (2000), entre otros autores, el triunfo de la razón sobre los instintos, de la mente sobre el cuerpo, es además de una de las características de la masculinidad hegemónica, base del falogocentrismo. Por lo que no es de extrañar que desde diversos aparatos ideológicos de estado, como define Louis Althusser (1978) a ciertas instituciones, como las iglesias y la familia, Arthur Smith haya aprendido eficazmente a “controlarse”.

Haciendo caso omiso de este “desagradable” incidente, Smith piensa que al internarse en la selva chiapaneca, le será más sencillo rescatar su alma, junto con la de algún “buen salvaje” de ese paraíso perdido. Pero este bien intencionado misionero no había considerado la posibilidad de que las “debilidades humanas” fueran hacer mella en los líderes de su congregación. Arthur Smith se siente profundamente agraviado cuando comienza a escuchar diversos rumores acerca del comportamiento promiscuo del pastor Williams:

La manera en que tenía el Pastor de aprovechar la ausencia de su familia no era conocida, a ciencia cierta, por ninguno, pero era reprobada con energía por todos. Unos supusieron que frecuentaba los burdeles de Tuxtla o de Ciudad Real; otros que mantenía una querida de planta en Oxchuc, una mestiza

descuidada y vejancona; los últimos, que hacía visitas pastorales en las horas en que los hombres estaban en la milpa. (339)

El inesperado comportamiento de su dirigente religioso, es el elemento inicial de una serie de cuestionamientos a la misión, en que Smith creía sinceramente. Arthur no exige a los otros, lo que no es base de su comportamiento. Este “sano muchacho americano”, practica, como Carlos Román, una rigurosa castidad. Los únicos arrebatos sensuales que se permite, los provoca su nostalgia por el pay de manzana.

Arthur Smith es un puritano ejemplar, a pesar de lo cual, ya por sus continuas desilusiones en la misión ya porque la exhuberancia de la selva “lo afecta” sin que se de cuenta, tiene que recurrir a los tranquilizantes. Sin embargo, dado que su auténtico espíritu cristiano lo guía, es capaz de desenmascarar los verdaderos fines de la misión: intervencionismo, espionaje y manipulación de los indios. Por lo que no duda en romper con la secta a la que había apostado.

Este personaje logra salvar su alma, y con ella a su cuerpo de la doble moral y de las diversas hipocresías de la política sexual hegemónica. Pero narrativamente su puritanismo, lo hace verse como un hombre incorpóreo.

Capítulo 4

Masculinidad avasallada

*He aquí el patrimonio del desheredado:
sus hijos, y la tarea diaria,
y el pedazo de cama en que se acuestan
con los ojos abiertos los sueños.
¿Es posible? ¿Es posible vivir
al margen del río sonoro de la vida?*

Jaime Sabines

Introducción

El objetivo del presente capítulo es mostrar cómo el proceso de conquista y colonización, tuvieron efectos devastadores en los aborígenes de las tierras americanas, no sólo en lo que se refiere al despojo de sus bienes económicos (recursos naturales, fuerza de trabajo) y simbólicos, como sus sistemas de creencias, formas de vida, lenguas y de su cultura en general; sino que la invasión europea propició cambios muy importantes en la formulación y consecución de su “ser y deber ser” masculinos.

La violencia de la conquista y la pervivencia de un sistema colonialista, igualmente depredador, han determinado que los diversos grupos indígenas de México vivan en condiciones de explotación y miseria extremas, situación que fue hábilmente

recreada por Rosario Castellanos, en sus novelas *Balún Canán* y *Oficio de Tinieblas*, y en su volumen de cuentos *Ciudad Real*.

El estudio de los personajes indígenas arrojó algunas diferencias sustanciales entre los indios que ejercían un liderazgo en sus comunidades, hablaban y leían español, como Pedro González Winiktón y Felipe Carranza Pech, personajes importantes en *Oficio de Tinieblas* y *Balún Canán*; otros personajes indios como Daniel Castellanos (“Aceite guapo”), Xaw Ramírez Paciencia (*Oficio de tinieblas*), Los Bolometric (“La muerte del tigre”), Teodoro Méndez Acubal (“La suerte de Teodoro Méndez Acubal”), viven agobiados por la pobreza, el alcoholismo, el miedo y la superstición. Las ventajas culturales y políticas de Pedro González y de Felipe Carranza se atribuyen a su contacto con los valores de la modernidad tales como las ideas de igualdad, justicia y libertad, el sentido de la historia, el valor de la educación; aspectos que les permitieron ser conscientes de su situación y, romper o intentar romper con el sometimiento colonial.

Para precisar sobre la denominada “masculinidad avasallada” se analizarán las experiencias de los siguientes personajes: Lorenzo Díaz Puiljá “el inocente”, Rosendo Gómez Oso (Martoma), Domingo Díaz, Xaw Ramírez Paciencia, de *Oficio de tinieblas*, Los Bolometric, Daniel Castellanos, Teodoro Méndez Acubal y algunos otros personajes indígenas cuya marginalidad también se expresa en la ausencia de sus nombres, y que aparecen en algunos de los cuentos que integran el libro *Ciudad Real*. El acercamiento a la vida y experiencias de estos personajes, el rescate de sus rasgos permiten la configuración de la masculinidad avasallada.

El apartado 4.1 Violencia y colonización: Pedazos de hombre, inicia con una recapitulación histórica del imperio azteca y de su importancia en la conformación de los roles de género de los niños y las niñas, de acuerdo a las necesidades de una sociedad militarista, como la azteca. Proceso socializador⁵⁷ fundamental para el adecuado desempeño de hombres y mujeres a lo largo de toda su vida, por lo que “el ser y deber ser” de unos y otras, se prefiguraba desde el momento del nacimiento, mediante complejas ceremonias y rituales.

Se mostrará el papel de la violencia colonial y su interconexión orgánica con el patriarcado en la destrucción y deshumanización de los aborígenes, y se discutirá cómo el androcentrismo blanco sustentado en la supremacía masculina, al eliminar o evitar prácticamente, casi toda forma de defensa o resistencia de los naturales a los invasores, **nulificó lo esencial de una identidad masculina basada en su capacidad guerrera y dominadora.**

Además, a partir de formular “la invención del indio” en el subcapítulo 4.2, se propone utilizarlo como un recurso cognoscitivo que permite explicar la invención del “otro”. La invención del indio es, entonces un recurso útil para los europeos, porque pone de manifiesto las estrategias de dominación colonial hacia los aborígenes, entre las que destacan el calificativo de “natural”, la imposición del idioma español, el debate acerca de su capacidad racional e integridad espiritual, y sus implicaciones políticas, económicas y culturales.

⁵⁷ Se entiende por *socialización*, el proceso por medio del cual las sociedades a través de instituciones como la familia, la escuela, los medios de comunicación, las leyes, la religión emiten un conjunto de normas y valores con la finalidad de adaptar a los individuos o integrantes de una comunidad a los propósitos del organismo social en su conjunto.

También a partir de los textos seleccionados se estudia el impacto derivado de la generalización en el consumo de alcohol, ya que desde la época colonial se vinculó el consumo de bebidas embriagantes con todas las actividades sociales, políticas y religiosas de las comunidades chiapanecas; el alcoholismo ha sido eficaz instrumento de control por parte de los caxlanes⁵⁸. El “trago” ha propiciado el embrutecimiento y mantenido la esclavitud de los indios. Así se muestra, en algunos episodios de *Balún Canán*, *Oficio de Tinieblas*, y los cuentos “La tregua”, “Aceite guapo”, “El don rechazado”, entre otros.

En lo que se refiere a la vida familiar, al cuerpo, a las expresiones de sexualidad y afectividad de los personajes seleccionados, se abordan en el subcapítulo 4.3. Como han documentado diferentes autores: Noemí Quezada (1996), Jacques Soustelle (1984) y Miguel León Portilla (1991), la vida de pareja y de familia estaban signadas por el carácter sagrado de la relación entre el hombre y la mujer. A pesar de su patriarcalismo militarista, el imaginario indígena reconocía la importancia de la unión de los principios masculino y femenino en el mantenimiento del equilibrio cósmico, base del matrimonio entre los mexicas. La unidad sagrada masculino-femenina, se traducía en el reconocimiento de la dignidad de hombres y mujeres en todos los ámbitos de la vida social. Asimismo en la vida matrimonial se reconocía la importancia del goce sexual de ambos cónyuges; sin embargo con la imposición del catolicismo; la misoginia y la represión sexual modificaron los usos y costumbres de los pueblos originarios, lo cual también se aborda a través de los personajes seleccionados. Se pone especial énfasis en el efecto que la violación a las mujeres indígenas tiene en el deterioro de una identidad masculina, de por sí avasallada.

⁵⁸ Luzma Becerra (2006) explica: “Los indígenas de Chiapas llaman *caxlan* al extraño y también al que los engaña, al que los explota. Seguramente la palabra proviene de la deformación de *caxtilan*, para referirse al castellano (persona venida de Castilla)”. (77)

4.1 Violencia y colonialismo. Pedazos de hombre

Esta voz, dijo él, que todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre aquestos [sic] indios? ¿Con que autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas, donde tan infinitas dellas [sic], con muertes, y estragos nunca oídos habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin dalles de comer ni curallos [sic] en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dais incurren y se os mueren, y por mejor decir los matáis, por sacar y adquirir oro cada día?

Sermón de Fray Antonio de
Montesinos (1511), recuperado por Fray
Bartolomé de las Casas.

Como ha expuesto esta investigación, la obra de Rosario Castellanos ha sido ampliamente estudiada en los temas de la condición de los indios y de las mujeres. Sin embargo, los aspectos relacionados con “el ser y deber ser masculinos” de los

personajes indígenas que aparecen en sus textos, no se han abordado en los estudios literarios.

La tesis sustento de este capítulo es que con la Conquista primero, y luego con las diversas etapas del colonialismo se han devastado, **avasallado** los elementos primordiales que definían y cohesionaban la masculinidad de los aborígenes del área mesoamericana. Para mostrar cómo se va gestando históricamente la masculinidad avasallada, es importante remitir ciertos aspectos de la vida y cultura de las civilizaciones prehispánicas.

Tal como puede leerse en la abundante literatura sobre el tema de la conquista a la llegada de los europeos al “nuevo mundo”, el grado de desarrollo civilizatorio de sus habitantes era desigual, pues en el vasto territorio convivían grupos nómadas como los chichimecas, con sociedades como la azteca y la maya, cuya organización económica y política, tecnología, compleja religión y exquisito refinamiento despertaron la admiración de los españoles. Después del asombro y estupor, se enseñorearon en los hispanos la codicia y la depredación y, en una de las hazañas más extraordinarias y contradictorias de la historia humana, la gran Tenochtitlan cayó en manos del invasor, en agosto de 1521.

La derrota de un imperio que controlaba trescientos mil kilómetros cuadrados, con una alta densidad demográfica, cuya principal ciudad Mexico-Tenochtitlan albergaba entre doscientos y quinientos mil habitantes⁵⁹, fue rendido por un grupo beligerante

⁵⁹ El número de habitantes de la Gran Tenochtitlan varía de acuerdo a un autor a otro, por ejemplo George Baudot (57) consigna quinientos mil, frente a los doscientos mil referidos por Inga Clendinnen. La investigadora, con base en una exhaustiva revisión bibliográfica precisa: “Los autores estiman que la población de todo el valle se había incrementado de cerca de 160,000 a un millón de personas

compuesto por “500 soldados, un centenar de marineros, más de 15 cañones y 16 caballos” (Baudot 56), a las órdenes de Hernán Cortés. Dentro de los diversos factores que influyeron en el éxito de la conquista destacan:

- El odio que los numerosos y diversos pueblos tributarios de los aztecas, les tenían, y que –como los tlaxcaltecas– se volvieron valiosos aliados de los extranjeros.
- La superioridad de la tecnología bélica de los españoles.
- Las epidemias de enfermedades como la viruela, desconocidas entre los habitantes del Altiplano mexicano diezmaron considerablemente a los pobladores. Y,
- Los presagios que en torno al regreso de Quetzalcoatl y el fin de una época circulaban en el valle de la Anahuac, influyeron en Moctezuma de manera definitiva en el recibimiento inicial a los extranjeros.

Acerca de la importancia de los mitos en el imaginario prehispánico, Rosario Castellanos escribe:

Los mitos norman la vida de los pueblos. Intervienen en la conformación de su realidad y sirven de clave para interpretar los acontecimientos históricos. El mito no sólo recoge elementos de la experiencia del pasado y los ordena de acuerdo con ciertas categorías mentales, sino que prefigura el porvenir y lo provoca. El profeta, al hablar de lo que vendrá, está tratando de determinar los hechos, de

aproximadamente en los últimos dos siglos antes de la conquista española. Fijaron la población del conglomerado urbano que llamaron Tenochtitlan la Mayor, y que incluía las ciudades contiguas que rodeaban la orilla del lago, en medio millón de habitantes –la población urbana más grande lograda en el valle hasta esa fecha” (37).

moldearlos adaptándolos a los más secretos y constantes anhelos y modos de ser de su raza.

Los indios al recordar tan vívidamente las catástrofes pasadas estaban preparando las futuras. Fue esa expectación la que atrajo a los conquistadores hasta el corazón del país donde, con tanta intensidad, latían los presagios”.

(Castellanos, *Declaración* 40) (Las negritas cursivas son mías)

La victoria hispana, constituyó un auténtico “fin de mundo” para los antiguos habitantes de las tierras después llamadas americanas o Indias Occidentales. Considérese que a finales del siglo XVI, los registros de la demografía histórica, establecen la muerte de cuarenta millones de “naturales” en todo el continente. Los sobrevivientes a esta debacle tuvieron que renunciar a un mundo, aunque sustentado en rígidas diferencias sociales, les proporcionaba seguridad y armonía con su entorno. Si bien la mayoría de las sociedades, con mayor o menor desarrollo están a merced de las fuerzas de la naturaleza; a menos que imprevistas calamidades como las inundaciones, los terremotos y las sequías ocurrieran, en el altiplano mexicano, según Clendinnen: “no existían el hambre y la tristeza” (46).

La mayoría de los expertos en las culturas prehispánicas coinciden en describir la vida de los antiguos mexicanos sujetos a un estricto orden y rígida jerarquía, gracias a lo cual, los mexicas o aztecas desarrollaron, en menos de doscientos años, una ciudad-Estado próspera y floreciente, superando gran cantidad de obstáculos y dificultades. El éxito de la empresa se logró gracias a un engranaje eficaz: los estrechos vínculos de una religión compleja y sofisticada con una ideología militarista fueron la base de una estructura social, aunque poderosa y desigual, sólidamente cohesionada.

El mesianismo consustancial a su cosmovisión religiosa, hizo de los mexicas un pueblo guerrero, que impuso en los territorios dominados el pago de tributos en productos diversos y una cuota de esclavos, cuyo destino podría ser el trabajo o el sacrificio ritual.

El pueblo que asumió la tarea de resguardar el equilibrio cósmico y asegurar el renacimiento cotidiano del sol gracias a la ofrenda de sangre (*chalchihuatl*) y corazones humanos se involucró en una actividad guerrera permanente. Los mexicas transmitían eficazmente sus ideas y creencias a través de la familia, la escuela y la religión. Gracias a estas instituciones, llamadas por Louis Althusser, “Aparatos Ideológicos de Estado”⁶⁰, se aseguraba una eficaz reproducción del sistema en su conjunto.

El militarismo de la sociedad azteca, al fin patriarcal, confirió a los varones desde la más temprana edad un rol dominante y belicoso. De acuerdo a los estudios de Jacques Soustelle (1984) y de Isabel Morgan (1983) sobre la vida cotidiana de los aztecas, basados en los testimonios recogidos por Bernardino de Sahagún, es posible advertir el poder socializador de instituciones como la familia y la escuela. Las investigaciones muestran el tratamiento diferencial en los rituales preparados para celebrar el nacimiento de una niña o de un varón. Apenas se identificaba el sexo del recién nacido, la comadrona, tratándose de un niño pronunciaba un discurso para ponderar la valentía y dignidad, del que al crecer, se necesitaba fuera un buen guerrero. Sus palabras eran elocuentes:

⁶⁰ Para Louis Althusser los *Aparatos Ideológicos de Estado* (1972) tienen como función primordial: “la reproducción de su sumisión a las reglas del orden establecido, es decir una reproducción de su sumisión a la ideología dominante por parte de los obreros y una reproducción de la capacidad de buen manejo de la ideología dominante por parte de los agentes de la explotación y la represión, a fin de que aseguren también ‘por la palabra’ el predominio de la clase dominante” (14).

“Hijo mío muy amado... sábetete y entiéndete que no es aquí tu casa donde has nacido porque *eres soldado y criado*; eres ave que llaman quecholli; eres pájaro que llaman Tzacuan y también *eres ave y soldado del que está en todas partes*, ... tu propia tierra, otra es, para otra parte *estás prometido* que es el *campo donde se hacen las guerras, donde se traban las batallas; tu oficio y facultad es la guerra*, tu oficio es dar de beber al Sol con sangre de los enemigos, y dar de comer a la Tierra, que llaman Tlaltecutli, con los cuerpos de los enemigos” (Morgan 78) (Las negritas cursivas son mías)

Si esta era la bienvenida para el pequeño varón, apenas había nacido, se puede imaginar toda la presión social posterior a que era sometido, a fin de asegurar el cumplimiento cabal de su papel como combatiente. El siguiente ritual relacionado con el nacimiento, es demostrativo de las tempranas expectativas de que era objeto el niño: su cordón umbilical era enterrado en el campo de batalla, para afirmar la temeridad futura del crío, e igualmente se pronunciaba un discurso, donde se insistía en el cumplimiento de su rol como guerrero: “es la señal que haces profesión de hacer este oficio de guerra y tu nombre estará escrito en el campo de batalla” (78)

Al cuarto día del nacimiento, se efectuaba un ceremonial de incorporación social del pequeño a su comunidad. Ahí se le “entregaban” un pequeño escudo y cuatro flechas que simbolizaban los puntos cardinales, al tiempo que se le mojaba la boca (razón por la cual los misioneros identificaban el ritual con el bautizo cristiano), y se le imponía un nombre. La importancia de la partera era fundamental en este festejo, ya que pronunciaba largos discursos donde enfatizaba las características varoniles que el recién

nacido iría consolidando a lo largo de la vida. Por ejemplo decretaba: “¡Oh águila, Oh tigre, Oh *valiente hombre*, nieto mío! (Soustelle 170). (Las negritas cursivas son mías).

El niño mexica estaba al cuidado de su madre, desde su nacimiento hasta los tres años, cuando pasaba a la potestad del padre. Desde tan temprana edad, se incorporaba al pequeño a la realización de actividades como acarrear agua, recoger leña, y demás tareas encomendadas por su padre para beneficio del núcleo familiar, luego lo acompañaría a la cacería o la pesca. Entre los ocho y diez años el niño, fuera noble o campesino, ingresaba como interno a la escuela.

De acuerdo con su clase social y el día de su nacimiento, el destino de hombres y mujeres estaba predeterminado. Sin embargo, a la edad señalada, los hijos de los nobles o *pillis*, al ingresar al *Calmecac*, tenían la opción de escoger, entre las actividades que los preparaban para desempeñar cargos religiosos, políticos o bien para la vida militar. Mientras que los *macehuales*, eran adiestrados en el *Telpochcalli* para la guerra, aunque después se dedicaran a la agricultura. Noemí Quezada explica las conexiones cósmicas, según el imaginario prehispánico, entre estos dos grupos sociales:

[En] la estructura social mexica, [...] se mantuvieron relaciones de dominio de los pillis, o nobles detentadores del poder, sobre los macehuales hombres del pueblo. El papel socialmente asignado a los pillis fue de gobernantes, sacerdotes, guerreros de alto rango y artesanos, como pertenecientes al ámbito masculino, explicando así el origen celeste de este grupo. En tanto que los macehuales tuvieron como destino social ser agricultores, ligados a la tierra y, en consecuencia, al ámbito de lo femenino. (Quezada, *Sexualidad* 35)

Del nacimiento a la tumba, hombres y mujeres, *pillis* (nobles) o *macehuales* (campesinos) tenían un destino y un sitio asignado en la sociedad a la que pertenecían. En esta sociedad que aspiraba a reflejar y mantener el frágil equilibrio cósmico, la conquista significó una debacle que destruyó los fundamentos de ése orden jerárquico pero armónico, e hirió en lo más profundo la identidad cultural y genérica de sus habitantes.

Aunque la mayoría de los estudios y ensayos acerca del *mexicano* realizados durante la primera mitad del siglo XX⁶¹, discurren o tratan de dilucidar los orígenes del carácter nacional partiendo del trauma de la conquista, los escritores no se detienen, porque en la época era impensable hablar de subjetividad masculina, en la forma en cómo la conquista y la colonización afectaron la identidad de aquellos hombres, que habían sido educados y preparados para ser fieros guerreros en una batalla cósmica y, sobre todo en la expansión de su imperio. No es difícil imaginar cómo la invasión europea y su despliegue violento, fractura una identidad varonil sustentada igualmente en la intimidación y la agresividad. En su estudio acerca de la masculinidad y la violencia, Cristina Alsina y Laura Borrás Castanier (2000) señalan:

Uno de los signos constitutivos de la masculinidad es, sin duda, la violencia, la fuerza, el control, el dominio, la agresividad, la agresión. Todos estos parámetros se han configurado como exigencias de la virilidad. ***La violencia, la doctrina viril de la consecución, la lógica del dominio*** (de la cual hemos

⁶¹ En el capítulo dos dedicado a la formulación de la masculinidad arrecha, se hizo un breve balance acerca de las diversas corrientes que en torno al mexicano y la mexicanidad, realizaron autores como Samuel Ramos, Octavio Paz y el grupo Hiperión, ver 2.1.

hallado múltiples muestras en la filosofía occidental de Platón a Nietzsche, pasando por Hegel) *es un discurso de poder que constituye al hombre como sujeto y se comporta como la base de la masculinidad desde tiempos inmemoriales*. (85) (Las negritas cursivas son mías)

¿Cómo doblegar a una nación altiva con una acendrada tradición belicosa y transformarla en un rebaño aterrado y obediente? ¿Cómo convertir a los fieros guerreros en esclavos sumisos? ¿De qué manera una cultura, una cosmovisión fueron reducidas a meros registros míticos? Esta devastación absoluta en la población aborígen, se explica por el uso intensivo y sistemático de la violencia en sus múltiples expresiones, lo que se expone en el cuadro 4.1.

El horror de 1521, no es sólo un episodio, otra anécdota de los tratados históricos; más que un evento, es una fecha de la que se derivan una serie de mecanismos que perpetúan el saqueo y la explotación de los indios y sus tierras, aún hoy que inicia el nuevo milenio, como lo han documentado Miguel León Portilla, Carlos Montemayor, Jaime Avilés, Luis Hernández Navarro, entre otros especialistas en el tema.

La narrativa de Rosario Castellanos ha sido prodiga en mostrar la pervivencia de los efectos devastadores de la conquista y la colonización entre los indios de Chiapas, de ahí que la fallida rebelión chamula de 1867, sea el elemento inspirador que Castellanos reconfigura en *Oficio de tinieblas* (1996) Así lo explica la escritora, en el preámbulo de la novela:

Cuadro 4.1

Tipología de la violencia.	
Mecanismos de control sobre los indios	
<i>Tipos de violencia</i>	<i>Modalidades</i>
Física	Muerte Tortura (Cepo, colgamiento, etc.) Perrear (persecución con perros) Mutilación
Psicológica	Terror Amenazas inferiorización
Sexual	Violación a las mujeres de sus comunidades, sin que los varones puedan defenderlas (por su edad, por estar imposibilitados físicamente). Compra de mujeres por medio de la dote u otra forma de pago
Económica	Despojo de sus tierras y riquezas Explotación: Baldío, trabajo impago. Enganchamiento, otra forma de apropiarse de su trabajo. Tienda de raya Pobreza
Social	Desprecio Sometimiento Alcoholización Enajenación Racismo
Simbólica	Denostación de su cosmovisión y cultura. Imposición del idioma español Imposición de la religión católica Amnesia histórica

Fuente: Investigación de la autora.

Oficio de tinieblas está basada en un hecho histórico: el levantamiento de los indios chamulas en San Cristóbal, en 1867. Este hecho culminó con la crucifixión de uno de estos indios al que proclamaron los amotinados como el Cristo Indígena. Por un momento, y por ese hecho, los chamulas se sintieron iguales a los blancos. Acerca de esta sublevación casi no existen documentos. Los testimonios que pude recoger se resienten, como es lógico, de partidismo más o menos ingenuo. Intenté penetrar en las circunstancias, entender los móviles y captar la psicología de los personajes que intervinieron en estos acontecimientos. A medida que avanzaba, me di cuenta que la lógica histórica es absolutamente distinta de la lógica literaria; abandoné poco a poco el suceso real. Lo trasladé de tiempo, a un tiempo que conocía mejor, la época de Cárdenas, momento en el que, según todas las apariencias, va a efectuarse la reforma agraria en Chiapas. Este hecho probable produce malestar entre los que poseen la tierra y los que aspiran a poseerla –entre los blancos y los indios. El malestar culmina con la sublevación indígena y con el aplastamiento brutal del motín por parte de los blancos. (s/p)

En esta aclaración está implícito el balance histórico de la vida nacional que realiza Castellanos en gran parte de su narrativa, ensayos y obra periodística. La escritora denuncia que a pesar de las luchas independentistas, de la revolución mexicana, los indios no han alcanzado la justicia prometida por estas gestas. En alguno de sus varios artículos periodísticos, Rosario es más explícita:

Estos núcleos (los indios y los blancos) han constituido siempre un problema. El de los blancos por los excesivos privilegios de que gozan; por el orgulloso

concepto de casa en que se aíslan; por la tenacidad con que se oponen a los cambios sociales, al desarrollo económico, a la difusión de ideas nuevas. *Contra ellos han luchado incesantemente nuestras revoluciones populares*. Y en la medida en que los han vencido puede decirse que una revolución ha sido estéril o fructífera. (Castellanos, *El uso* 132)

A continuación y con base en los textos seleccionados de Castellanos se mostrará cómo la masculinidad de los aborígenes mesoamericanos fue trasgredida con tal brutalidad y eficacia que hasta el día de hoy, algún integrante de la comunidad mazahua, se define como “pedazo de hombre”. En la investigación realizada por Liliana Bellato Gil (2006) en los inicios del siglo XXI, acerca de las “Representaciones de hombres mazahuas sobre su sexualidad”, la especialista reunió una serie de testimonios que hablan por sí mismos, acerca de la autopercepción de los hombres pertenecientes a esta etnia:

El modelo de ser hombre para los entrevistados se conectó con el de ser hombre de la ciudad, percibiéndose así imágenes masculinas hegemónicas y subordinadas en las que ellos entran en la última categoría, ya que además de no cumplir con el estereotipo, sufren las consecuencias y la marginación: sin embargo no lo cuestionan abiertamente porque aspiran a alcanzarlo en algún momento. Un **“hombre completo”** es quien tiene educación, prestigio, dinero, es fuerte para trabajar el campo, no tan moreno como ellos, **no habla mazahua**, y no es un **“pedazo de hombre”** como ellos se califican. Prevalece un sentimiento de inferioridad y han asumido incluso ciertos adjetivos con los

cuales los califican los de la ciudad: ignorantes, indios, sucios. (193) (Las negritas son mías)

El indio mexicano, como *pedazo de hombre* es el doloroso resultado de una estrategia de dominación colonial y neocolonial⁶² que ha combinado con eficacia el ejercicio de la violencia en todas las variables descritas en el cuadro 4.1, con la emisión de un discurso patriarcal, racista y por lo mismo autorreferencial, como se lee en la cita anterior, el hombre completo, “es quien tiene educación, prestigio, dinero, es fuerte para trabajar el campo, no tan moreno como ellos, **no habla mazahua**”. Llegar a esa conclusión, supone un largo y violento proceso de avasallamiento de las culturas indígenas. Al mismo tiempo, habrá que recordar que antes de 1492, de 1521, el aborígen, el indio como *otredad*, no existía, por lo que a continuación se hablará sobre el tema.

4.2 La invención del indio, la invención del otro

Y no sostengo que sea imposible convertir a un hombre en bestia. Sólo afirmo que no se logra sin debilitarlo considerablemente; no bastan los golpes, hay presionar con la desnutrición.

Jean Paul Sartre

⁶² El glosario de conceptos políticos usuales da la siguiente definición acerca del neocolonialismo: “Hay cuatro formas básicas de dependencia de un pueblo respecto de una potencia extranjera: colonial, neocolonial, satelital y provincial, y tienden a darse sucesivamente en ese orden. El neocolonialismo implica el paso de la dependencia formal (con administración político-militar a cargo de la metrópoli) a una dependencia informal (no institucionalizada) con un desplazamiento del acento desde el área legal-institucional al área económico-tecnológica. El neocolonialismo significa que todos los gastos y responsabilidades administrativas recaen sobre la ex-colonia, pero manteniendo el sistema de intercambio desigual, con el agregado de una fugaz ilusión de autonomía. El neocolonialismo es también una forma de dependencia transitoria, porque el intercambio desigual termina provocando en el país dependiente una total incapacidad de importación, que agota las posibilidades del sistema. Aparece allí una posibilidad de desarrollo autónomo (la industrialización sustitutiva de importaciones) que si no es bien aprovechada, se convierte en el pasaje de la dependencia neocolonial a la satelital”. (Ver: <http://www.eumed.net/dices/definicion.php?dic=3&def=397>. Consultada el 5 de octubre de 2010).

En su libro *La invención de América*, Edmundo O’Gorman (1992) plantea que el encuentro con una enorme y desconocida porción terrestre en la búsqueda de nuevas rutas para llegar a la India y al lejano Oriente, permitió a los europeos del 1492 dar cauce a muchas de sus fantasías y terrores medievales, a la vez que configurar diversas ideologías que justificaran el saqueo y la depredación perpetrada en el “Nuevo Mundo”. En ese contexto se “inventa” América.

Análogamente, se efectúa la “invención del indio”, como la representación de ese “otro”, salvaje, primitivo, idólatra quien para, presuntamente salvarse de la barbarie y la herejía, debe estar en todo momento bajo la implacable dominación del blanco, cristiano y “civilizado”. Tal presupuesto es un importante recurso político-ideológico del colonialismo, pues invocar la condición subhumana del “otro”, establece un punto de confort, que permite al invasor actuar impunemente, evitando, además cualquier conflicto de conciencia.

Desde esta perspectiva, no es casual que a los aborígenes se les hubiera llamado también “naturales”. Cuando se designa al indio como “natural”, el patriarcado degrada su condición varonil, pues al situarla en el ámbito de la naturaleza, la feminiza, y por tanto es susceptible de ser sometida, como ocurre con las mujeres. Cristina Molina en *Dialéctica feminista de la Ilustración* (1994) explica: “Lo femenino se sitúa en el reino de la naturaleza a dominar, frente al espacio emancipatorio de la Razón” (33). En el mismo sentido, Victor Seidler (2000), cuando hace un balance sobre la apuesta patriarcal en la razón como expresión de la supremacía masculina, reflexiona: “[Dentro de la tradición ilustrada moderna] La denigración de la naturaleza va a la par con la denigración de la mujer a quien se supone más cercana a la naturaleza. También se

conecta con la denigración de nuestra vida emocional íntima, que no se trata propiamente como fuente de conocimiento [...]” (37)

Cuando los cronistas y los frailes enfatizan la condición “natural” de los aborígenes, se efectúa un proceso de feminización-inferiorización. El antiguo guerrero, reconvertido en indio sufre entonces, una denigración a instancia del eurocentrismo patriarcal, cuyo posicionamiento hegemónico, ha visto a las mujeres como inferiores y objeto de dominación. El símil es exacto, porque a través del terror y la violencia, se logra que, los otrora fieros combatientes, se vuelvan débiles y sumisos, como *una mujer*. Tal es lo que narra “La muerte del tigre”:

Cuando la llegada de los caxlanes, el ardor belicoso de los Bolometric se lanzó a la batalla con un ímpetu que *–al estrellarse contra el hierro invasor–* vino a caer desmoronado. Peor que vencidos, *estupefactos, los Bolometric resintieron en su propia carne el rigor de la derrota que antes jamás habían padecido*. Fueron despojados, *sujetos a esclavitud*. [...] Los Bolometric vieron que se aproximaba la amenaza y no corrieron, como antes, a aprestar una arma que no tenían el coraje de esgrimir. Se agruparon, *temblorosos de miedo*, a examinar su conducta, como si estuvieran en un tribunal exigente y sin apelación. *No iban a defenderse, ¿cómo?, si habían olvidado el arte de guerrear y no habían aprendido el de argüir. Iban a humillarse*. (Castellanos, *Ciudad* 15-16-17)

(Las negritas cursivas son mías).

A diferencia de la cosmovisión prehispánica que a través de sus mitos y rituales reconocía la importancia de la integración de los principios femenino y masculino en la

búsqueda del orden y la armonía, **el patriarcado en su versión occidental, inferioriza a las mujeres, “feminiza” al indio, y a través del sexismo y el racismo⁶³, somete a ambos.**

Si desde la época de los griegos hasta la consolidación de la modernidad, la Razón es privilegio de los hombres de las clases dominantes, expresión del espíritu masculino, y supuestamente prerrogativa de los blancos, a partir de los juegos epistemológicos de las oposiciones binarias, a los indios, como a las mujeres también se les cuestiona su capacidad de raciocinio. Pero, frente a la portentosa metrópoli mexicana construida sobre un lago, entre muchos otros “prodigios”, como decían los mismos cronistas, justificar la ausencia de la capacidad racional entre “los naturales” era todo un desafío para el invasor. Y por absurdo que parezca fue el lenguaje, “el castilla”, el recurso que les permitió a los conquistadores mostrar por medio de la autorreferencialidad, una pretendida supremacía intelectual y política, pues si los indios no entendían el español, era porque su cortedad y “limitado entendimiento” se los impedía.

Desde 1521, la imposición de la lengua española, además de una distancia cultural y política entre los blancos e indios, ha representado un instrumento de dominio y discriminación para estos últimos. Acerca de los efectos devastadores del uso o no, del español entre las comunidades indias, Rosario Castellanos transcribe su preocupación al respecto, en varios textos. En “La muerte del tigre”, el narrador

⁶³ Tzvetan Todorov en su libro *Nosotros y los otros* (2005) explica: “La palabra “racismo”, en su acepción común, designa dos dominios muy distintos de la realidad: se trata, por un lado, de un *comportamiento*, que la mayoría de las veces está constituido por odio y menosprecio con respecto a personas que poseen características físicas bien definidas y distintas a las nuestras; y, por el otro, de una *ideología*, de una doctrina concerniente a las razas humanas (115). Páginas adelante abunda: Si las diferencias sociales se superponen durante un tiempo lo suficientemente largo a las físicas, surgen entonces esas actitudes que descansan en el sincretismo de lo social y de lo físico, el racismo y el sexismo (120).

atribuye el sometimiento, también los problemas de comunicación: ¿Cómo defenderse del conquistador?, si los indios, “no habían aprendido (la habilidad) de argüir”. Sobre el mismo tema, destaca la belleza lírica de la primera página de *Oficio de Tinieblas*:

[...] más tarde vinieran (vinieron) otros hombres. Y esos hombres vinieron como de otro mundo. Llevaban el sol en la cara y hablaban *lengua altiva, lengua que sobrecoge el corazón de quien escucha*. Idioma, no como tzotzil que se dice también en sueños, sino *férreo instrumento de señorío, arma de conquista, punta de látigo de la ley*. Porque ¿cómo sino en castilla, se pronuncia la orden y se declara la sentencia? ¿Y cómo amonestar y cómo premiar sino en castilla? (Castellanos, *Oficio* 9) (Las negritas cursivas son mías)

También en *Balún Canán* (1982) hay algunas escenas donde el discurso racista del blanco o del mestizo pone en duda la capacidad intelectual del indio, porque no habla español. Cuando los Argüello reciben la noticia acerca de la disposición presidencial para que los indios aprendan a leer y a escribir, Zoraida exclama indignada: “¿Dónde se ha visto semejante cosa? Enseñarles a leer cuando ni siquiera son capaces de aprender a hablar español” (45). Y después, cuando en Chactajal, Felipe Carranza visita la casa de César para exigirle al patrón construya la escuela donde los niños aprenderán a leer y escribir español, nuevamente el racismo se hace presente en la voz de la esposa, quien sentencia: “Ellos son tan rudos que no son capaces de hablar español. La primera vez que vine a Chactajal quise enseñarle a hablar a la cargadora de la niña. Y ni atrás ni adelante. Nunca pudo pronunciar la *f*. Y todavía hay quienes digan que son iguales a nosotros”. (96)

La habilidad en el manejo de la lengua del conquistador, del amo, opera hacia el indio como un recurso de poder, un punto de quiebra en los tradicionales mecanismos de dominación de los blancos, por eso en *Balún Canán* se plasman los regateos de “los señores” para cumplir la orden presidencial y el indio acceda a la educación. También tal resquemor se transcribe en *Oficio de Tinieblas* (1996), pues ante la insistencia del germano Adolfo Homel ante los otros terratenientes, para implementar las escuelas para los indios, los señores exclaman alarmados: “Cuando los indios sepan lo que sabemos nosotros nos arrebatarán lo nuestro” (57).

Hablar español se convierte en un instrumento de negociación frente los caxlanes, de ahí la fuerza y liderazgo de Felipe Carranza Pech (*Balún Canán*) y de Pedro González Winiktón (*Oficio de tinieblas*), quienes hablan, leen y escriben en español, el “férreo instrumento de dominio”, que así comienza a socavarse. Pero no todos los indios tienen acceso al aprendizaje del “castilla”, como se pueden leer en las novelas referidas, Felipe y Pedro aprenden español en una coyuntura específica, el proyecto reformador del cardenismo. De igual manera, Juan Pérez Jolote, el personaje protagónico de la novela homónima aprende español, porque sale de Chiapas a trabajar y luego participa en la Revolución Mexicana. Sin embargo, para la mayoría de los indígenas, son las condiciones de explotación, la pobreza, el hambre y el alcoholismo, en las que se viven, el principal impedimento para que puedan aprender español. Lo anterior se puede rastrear en el siguiente episodio de *Oficio de tinieblas*:

Las clases eran nocturnas. Después de que los indios entregaban completa la faena y cuando de todo el rumbo llegaban ecos de marimbas y estampidos de cohetes con que los peones de otras fincas entretenían su descanso.

Los indios no se opusieron de manera descarada a la orden de Don Adolfo de asistir a clase. Bajaron sumisamente los párpados y murmuraron frases de agradecimiento, aunque en el fondo de su corazón se sintiesen víctimas de un nuevo abuso. Por eso, en cuanto el capataz se descuidaba, desaparecían de su vista. Se les hallaba, horas más tarde, debajo de cualquier árbol, durmiendo un sueño pesado de borrachera. (57)

Las dificultades de los indios para comunicarse con los blancos y mestizos son recreadas por Rosario Castellanos en el cuento “Aceite guapo” que narra las vicisitudes de Daniel Castellanos Lampoy, quien a causa de su avanzada edad y abandono familiar es sospechoso de tener contacto con “las potencias oscuras”, por lo que para evitar el repudio y la agresión violenta de una comunidad ignorante y supersticiosa, decide volverse “martoma”. Dentro de los usos y costumbres de los tzotziles, el sistema de cargos religiosos otorga cierto prestigio social a quien los desempeña, dentro del cual el “martoma” o mayordomo, es una autoridad socio-religiosa transitoria que se dedica a cuidar algún santo de los que alberga la iglesia de San Juan Chamula. De ahí el interés de Daniel por integrarse a ese núcleo. El viejo Daniel, logra solventar grandes dificultades y obtener cierta cantidad de dinero para acceder al puesto, por tanto, Xaw Ramírez Paciencia, sacristán del templo, le asigna el cuidado de Santa Margarita, “Doncella de breve pie”, se acota en *Oficio de tinieblas*. Durante cierto tiempo, los temores de Daniel se disipan, hasta que lo asalta la angustia acerca de su futuro, cuando concluya su cargo. El conflicto se precipita cuando el sacristán advierte la forma peculiar, en la que rezaba Daniel. El narrador describe:

Las palabras de Daniel no eran una oración. Era algo más sencillo: delante de su patrona “le subía la plática”. Nada más que asuntos indiferentes, comentarios casuales. Que si las lluvias se han retrasado; que si un coyote anda rondando por los gallineros de San Juan y anoche dio buena cuenta de los pollos de la señora Xmel; que si el segundo alcalde está enfermo y los pulseadores no atinan con la causa del daño. (Castellanos, *Ciudad* 59)

En este diálogo imaginario con la santa, Castellanos Lampoy conjuraba su soledad y desazón, pero ante la zozobra de que el cargo va a terminar, Daniel empieza a gritarle su desesperación. Al ser descubierto por Xaw Ramírez Paciencia, el sacristán confronta al viejo, y le muestra lo inútil de su devoción:

–*¿Para qué gritas tatik? Ninguno te oye.*

Daniel escuchó esta aseveración con el mismo escándalo con que se escucha una herejía. El sacristán, el hombre que rezaba la misa de los santos en el tiempo de su festividad ¿se atrevía a sostener que los santos no eran más que trozos inertes de madera, sordos, sin luz de inteligencia ni de bondad? Pero Xaw, ansioso de exhibir sus conocimientos, agregó:

–Fíjate en la cara de Santa Margarita. *Es blanca, es ladina, lo mismo que Santo Tomás, que todos ellos. Ella habla castilla.* ¿Cómo vas a querer que entienda el tzotzil? (62) (Las negritas cursivas son mías)

La explicación del sacristán pone de manifiesto nuevamente el drama de la incomunicación: ¿Cómo podría atender la santa, las peticiones y reclamos de Daniel, si hablan lenguas diferentes, y son de razas distintas? Pero, ante el desconcierto e

indefensión del anciano, la saña del sacristán va más allá de mostrar la falla de origen en la relación entre el mayordomo y su patrona. Para, supuestamente, remediar la situación, Xaw sugiere a Daniel recurrir a un remedio: “-¿Quieres hablar castilla, martoma? Hay un bebedizo que sirve para eso, yo lo tomo cuando tengo precisión. Se llama aceite guapo. Lo venden en las boticas de Jobel. Pero hay que llevar la paga, bastante paga. Porque es bien caro”. (62)

Apropiándose de las limosnas de la señora de su devoción, Daniel reúne cierta cantidad para adquirir la milagrosa bebida sugerida pues confía en que, como se lo ha dicho el sacristán, a través de su ingestión resolverá sus problemas. Sin embargo, ocurre todo lo contrario, como se verá enseguida:

Aguardó a hincarse a los pies de su patrona para destaparla (la botella que contenía el aceite); *el sabor era desagradable y fuerte, los efectos muy parecidos a los del alcohol*. Bajo el influjo de la droga Daniel comenzó a sentir que todo giraba a su alrededor. Un humor festivo iba apoderándose de él. Reía desatinadamente considerando ahora falsos, remotos, y sin consistencia, los peligros que lo amenazaban. Se burlaba de todos porque *se sentía más fuerte que ninguno y joven y libre y feliz*. Allá en la nebulosa que rodeaba a Santa Margarita creía adivinar un guiño cómplice que lo enloquecía aún más.

Xaw reía también, desde lejos. Pero no todos hallaron el espectáculo igualmente divertido. *Los martomas censuraban que uno de ellos violara las costumbres y se entregase a una embriaguez solitaria y sin motivo*, mancillando así la dignidad de su cargo y el respeto debido a la iglesia. (63) (Las negritas cursivas son mías).

Como puede leerse en el pasaje anterior, la ingestión reiterada del “aceite guapo”, lejos de proporcionarle a Daniel Castellanos Lampoy, la habilidad de hablar español, precipita su ruina, pues el elíxir que prometía volverlo parlante del “castilla”, era en realidad un bebedizo impregnado de alcohol, lo que provocó la actuación impropia de Daniel en la iglesia, propició que fuera expulsado del templo y, probablemente también de su comunidad. En la tragedia de este indio viejo, llaman la atención varios elementos que resaltan los efectos del colonialismo en la desaparición de antiguas costumbres prehispánicas con respecto a los ancianos. Acerca de lo cual, la investigadora Inga Clendinnen (1998) escribe:

Los ancianos han sido ha menudo representados como la categoría más respetada en la sociedad mexicana, ya que a ellos y a ellos solamente les era permitido tomar en público y seguido, “porque (ellos) han tenido hijos y nietos”. Mientras que a los hombres y mujeres maduros se les honraba como habiendo llegado a la realización de su destino individual, la concesión a los ancianos señala menos un estatus aumentado que su graduación, sobre esta cuestión lo impropio, ya que su vigor físico y fuerza sexual, avenidas de lo sagrado, habían sido agotados por los años. (Desde luego se les honraba todavía como custodios de la sabiduría tradicional y los asuntos locales.) Ellos no dañaban a nadie con su borrachera, tambaleándose camino de su casa llorando o bailando y jactándose “como un valiente guerrero” o sencillamente “gritando a la gente”. (78).

En “Aceite guapo”, si bien el tema principal de la narración es el problema de la comunicación y la hegemonía del español, el relato de Rosario Castellanos va más allá, pues pone de manifiesto varias problemáticas derivadas de la transculturación, por ejemplo, los fuertes lazos comunales y familiares se fracturan ante la pobreza que padecen los indios. Posiblemente la precariedad en la que transcurren las vidas de los hijos de Daniel Castellanos Lampoy, y no un sentimiento mezquino, sea la verdadera razón que los obliga a desatenderlo. Esta miseria en la vida de todos, hace más vulnerables a los viejos, a quienes se les desconoce su sabia autoridad y se los abandona a su suerte.

El segundo elemento a destacar, se relaciona con el rostro humano de los indios, ese que fue desfigurado por la literatura indigenista tradicional, que los presenta ya como “buenos salvajes” ya como elementos del folclor. Rosario Castellanos rompe con esa corriente literaria y opta por desarrollar personajes indígenas complejos, como es toda existencia humana. Por ejemplo, en los párrafos iniciales del cuento comentado, se relata cómo Daniel acude a vender la fuerza de trabajo de sus hijos, sin su consentimiento:

Don Juvencio, el enganchador, tenía a Daniel Castellanos en buen predicamento porque nunca le había quedado mal. Dinero había sudado para él en las fincas, antes, cuando no era viejo; recomendaciones favorables había traído de los patrones. Don Juvencio daría crédito a sus palabras, lo engañaría con la promesa de que el enganchado no era él sino uno sus hijos [...] o quizá los dos. Pediría anticipo y se fugaría. (54-55)

Es esta acción no hay rastros de culpa o remordimiento en el protagonista; más bien lo conforta la sensación de haber realizado un peculiar acto de justicia, cruel respuesta al abandono filial. Gracias a este abuso, el protagonista puede conseguir el dinero necesario para acceder al cargo de mayordomo en la iglesia de San Juan Chamula, y muestra la dialéctica implacable de la víctima-victimario.

En el mismo contexto puede leerse la “travesura” del sacristán a Daniel, cuando le sugiere consumir aceite guapo. Tras la recomendación, en realidad se encubre un engaño y un acto de poder. Porque Xaw Ramírez Paciencia, lo mismo que los mestizos y caxlanes, vendedores del brebaje, sabía perfectamente que no servía para los propósitos anunciados, y sin embargo lo incita a probarlo, causando su ruina. A través de estos dos episodios, la autora muestra de manera transparente, al indígena en pleno ejercicio de su contradictoria condición humana.

En “Aceite guapo”, como en otros textos de la autora chiapaneca, también se muestra la utilización política de las bebidas alcohólicas. La invención del brebaje, motivo de recreación referencial en el cuento, ejemplifica el accionar del ladino, que siempre busca la oportunidad de abusar de los indios. La ingenuidad e ignorancia, así como la pervivencia del pensamiento mágico religioso en el imaginario de tzotziles y tzeltales, pudo hacer del “aceite guapo”, una bebida popular y promisorio entre ellos, la cual también se menciona en la novela de Ricardo Pozas, *Juan Pérez Jolote* (2004):

Para enseñar a hablar *castilla*, el Gobierno nombró doce maestros para los parajes de mi pueblo; yo tuve treinta alumnos en Cuchulumtic y les enseñaba algunas palabras de castilla y algunas letras para que aprendieran a leer. A los

tres años se acabó la campaña, y nos quitaron a todos el cargo; ahora, la gente que quiere aprender castilla compra “aceite guapo” en las boticas de San Cristóbal, porque dicen que es bueno para aprender a hablar”. (112)

Alcoholismo y masculinidad

Tal vez, la aceptación y renombre del aceite guapo, se debió a los mismos efectos que produce *el trago*, ya que después de su ingestión, el consumidor perdía la conciencia de su terrible realidad. Los episodios narrativos en los que se muestran los estragos causados por el consumo habitual de alcohol entre los indios se tratan con más detalle a continuación. *La intoxicación alcohólica ha sido un factor clave en la dominación de los indígenas y ha incidido de manera muy efectiva en el avasallamiento de su masculinidad, específicamente en su capacidad de ejercer plenamente, actividades laborales, que les permitan ser fuertes, ser buenos proveedores.* Papeles socialmente asignados a los hombres. El siguiente monólogo interior de una esposa resentida, en el marco de una conversación entre su marido Rosendo, y Pedro González Winiktón acerca de las cosechas, donde el mayordomo se queja de su merma, ilustra lo arriba planteado:

¡Mentira! pensó apasionadamente Felipa. *No es la tierra la que ya no es joven; eres tú.* Y si esta tierra no rinde ¿por qué vender la que teníamos en nuestro paraje de Majomut? Era buena. Pero estás comiendo el cargo de mayordomo. *Emborrachándote el día entero*, sin salir de la iglesia, junto con los otros mayordomos [...] (Castellanos, *Oficio* 37) (las negritas cursivas son mías)

Al filo de la conquista, las regulaciones en el consumo de embriagantes de los pueblos variaban de una región a otra. Por ejemplo, mientras que entre los mexicas había severas restricciones y castigos para quienes abusaran del pulque, pues la sociedad azteca vivía en alerta permanente y era indispensable resguardar su ímpetu guerrero; entre los mayas, las costumbres eran más laxas, según refiere Fernando Benítez (1993) en su crónica acerca de los pueblos tzeltales y tzotziles:

Es vieja la inclinación que el indio ha manifestado por la embriaguez. Gaspar Antonio Xiu –descendiente de los príncipes Xiu de Uxmal–, escribía: “Disminuyeron, porque antes que entrasen los españoles vivían de su placer y gran contento; siempre andaban de fiestas, en bailes y en bodas y en casamientos, bebiendo”. Xiu se refería a una época de absoluta decadencia, cuando los imperios mayas yacían en ruinas y sólo quedaban tribus aisladas que luchaban entre sí y se desintegraban, perdida su cohesión y su cultura.

La llegada de los españoles no hizo más que acelerar esta decadencia. Reducidos a la ignorancia, tratados peor que a bestias de carga, respirando una atmósfera grosera y sofocante, los indios, en aquel naufragio donde desaparecían todas las razones fundamentales de su existencia, se aferraron desesperadamente a la embriaguez. (252).

Desde hace casi quinientos años o un poco antes, como en el caso de ciertos pueblos mayas, el alcohol se convirtió en un destructivo cohesionador de las comunidades indígenas, así lo recrea y denuncia Rosario Castellanos en varios textos. El consumo de aguardiente ha estado presente en, prácticamente, todos los momentos de la vida de los indios. El “trago”, por ejemplo, forma parte sustancial del conjunto de

regalos que se entregan a los padres de la futura esposa, y se debe ofrecer abundantemente a los invitados, cuando se realiza la boda. La primera parte del ceremonial se menciona en un episodio de *Oficio de tinieblas*, cuando Pedro González Winiktón y Catalina Díaz Puiljá, visitan a Rosendo y Felipe, los padres de Marcela Gómez Oso, con objeto de pedirla como esposa, para el hermano de Catalina:

–Van a perdonar que les hayamos traído este regalo. Pero no reciban lo que es, sino el cariño.

Pedro hizo entrega del garrafón de aguardiente al martoma. Rosendo lo recibió con un gesto de gratitud. La cortesía lo forzaba a hacer partícipes de su contenido a los huéspedes. Puso el garrafón en manos de Felipa y le ordenó que lo abriera para convidar a todos. (36)

En *Balún Canán*, cuando Felipe Carranza Pech decide casarse con Juana, debe comprar “un garrafón de aguardiente para la fiesta de la boda” (107). De manera similar, en “El don rechazado”, cuando José Antonio Romero, un antropólogo de la misión del Instituto Nacional Indigenista, quiere inscribir en la escuela a Marta, una niña indígena refugiada en el albergue del INI, su madre Manuela, no entiende las intenciones del profesional, pero sí expone sus reglas a su intérprete: “–Dice que si le quiere usted comprar a su hija, para que sea su querida, va a pedir un garrafón de trago y dos almudes de maíz. Que en menos no se la da”. (Castellanos *Ciudad*: 194)

El abundante consumo de alcohol, también es parte sustancial de los peculiares ceremoniales religiosos indígenas, como el que se describe en “Aceite guapo”:

A la ceremonia del cambio de ropa de la santa, Daniel invitó a los otros mayordomos. Asistieron y se sentaron enfrente del altar, en un espacio bien barrido y regado de juncia y con el garrafón de trago al alcance de su mano.

Con un respeto tembloroso Daniel desabrochó los alfileres que sujetaban la tela y empezó a desenrollarla. Cuidadosamente dobló el primer lienzo. Entonces los mayordomos llenaron de alcohol una jícara y bebieron. Cuando el segundo lienzo estuvo doblado repitieron su libación y lo mismo sucedió con los lienzos siguientes. Al fin la santa resplandeció de desnudez, pero ninguno fue capaz de contemplarla porque habían sido cegados por la borrachera. [...]

La borrachera era parte del ritual y todos se entregaban a ella sin remordimientos, con la satisfacción de quien cumple un deber. (57- 58) (Las negritas cursivas son mías)

El “trago” es indispensable como tributo a los funcionarios que imparten la justicia entre los pueblos y parajes, porque se piensa que el licor aligera las diligencias, tal se plantea en varios momentos de *Oficio de tinieblas*.

Las audiencias tenían lugar en la sala de Cabildos. Hasta ellas llegaban únicamente los conflictos no resueltos por la deliberación de familia ni la intervención del brujo. El acusado y el acusador se presentaban llevando regalos para excitar la benevolencia, la parcialidad de las autoridades. Todos tomaban asiento, destapaban los garrafones de aguardiente, ofrecían la bebida de acuerdo con el rango de los que estaban allí. Y entre un trago y otro, acusadores, acusados, jueces, merodeaban largamente alrededor del asunto que los había

reunido, complaciéndose en reticencias sin fin. Cuando ya el licor había obrado sus efectos y la lógica era insegura, se planteaba la cuestión. (30-31)

El alcohol se consume, también y sobre todo, porque permite a los indios, la cotidiana evasión a su vida precaria. De ahí la ambición de mestizos y caxlanes por controlar su producción y distribución. Ricardo Pozas lo describe así:

Hay dos fábricas de trago en San Cristóbal y los dueños se han repartido los pueblos para vender el aguardiente; uno vende a los chamulas y zinacantecos; el otro vende a todos los demás pueblos, que son muchos, tantos, que el dueño es el hombre más rico de San Cristóbal y paga vigilantes que andan por los pueblos. Con máuser y pistolas, o pistolas, entran a las casas, las esculcan y se llevan a la cárcel o matan, a los que hacen aguardiente de contrabando o venden trago de otras fábricas. Sólo ellos pueden hacerlo, y sólo ellos pueden venderlo, porque el Gobierno ha rematado (acordado) con ellos la venta. (Pozas 112)

En “La tregua”, otro de los relatos que integran *Ciudad Real*, Rosario Castellanos recrea los intentos de resistencia de los indios al abuso de los blancos y la espiral de violencia que desata el proceso antes descrito. En la estrategia narrativa del relato se entreteje la condición miserable del indio que, para sobrevivir destila aguardiente clandestinamente y se expone a la furia de los caxlanes; con la atemporalidad de los mitos encarnada en la inquietante presencia del *pukuj*. Este espíritu poderoso y depredador, es un elemento simbólico, que explica la mentalidad supersticiosa de los indios, y su sometimiento ancestral. Esta larga cita da cuenta de la temida presencia:

El dueño –nadie sabría cómo invocarlo si los brujos no hubiesen compartido sus revelaciones–, el *pukuj*, es un espíritu. Invisible, va y viene escuchando los deseos en el corazón del hombre. *Y cuando quiere hacer daño vuelve el corazón de unos contra otros, tuerce las amistades, enciende la guerra.* [...]

Antes, cuentan los ancianos memoriosos, *unos hombres malcontentos con la sujeción a que el pukuj los sometía, idearon el modo de arrebatarse su fuerza.*

En una red juntaron los tributos: posol, semillas, huevos. Los depositaron a la entrada de la cueva donde el *pukuj* duerme. Y cerca de los bastimentos quedó un garrafón de posh, de aguardiente.

Cuando el *pukuj* cayó dormido, con los miembros flojos por la borrachera, los hombres se abalanzaron sobre él y lo ataron de pies y manos con gruesas sogas. Los alaridos del prisionero hacían temblar la raíz de los montes. Amenazas, promesas, nada le consiguió la libertad. *Hasta que uno de los guardianes (por temor, por respeto ¿quién sabe?) cortó las ligaduras.* Desde entonces *el pukuj anda suelto* y, ya en figura de animal, *ya en vestido de ladino, se aparece.* Ay de quien lo encuentra. Queda marcado ante la faz de la tribu y para siempre. [...]

Es inútil. A la vista de todos, el señalado vuelve la espalda a la cordura, a la vida. (Castellanos, *Ciudad* 36-37-38) (Las negritas cursivas son mías)

Cuando Aralia López analiza las implicaciones de la fundación mítica de San Cristóbal, expuesta por Castellanos en la primera página de *Oficio de tinieblas*, López desentraña los significados políticos de las metáforas que articulan el relato acerca del evento fundacional:

San Juan Fiador es el patrono católico del paraje de San Juan, donde habitan los personajes indígenas. El santo quiso que su iglesia fuera *blanca* –no del moreno autóctono –y para ello petrifica (deshumaniza) a las ovejas blancas (metáfora de la subordinación indígena). En la fundación del pueblo ya están presentes el indio y el blanco conquistador en relación conflictiva. (López, *Una nación* 90)

De manera semejante, la introducción del *pukuj* como mito y personaje, estructura y da sentido a la trama de “La tregua”, además es un importante elemento simbólico, que permite a los indios, explicarse y aceptar la dominación del conquistador y tratar eventualmente de resistirla. Según declaran “los ancianos memoriosos”, se sabe que *pukuj* es el poderoso **dueño** de lo visible y lo invisible, el que tiene la habilidad de poner “el corazón de unos contra otros, y encender la guerra”, tal como hicieron los conquistadores con los pueblos que aborrecían a los aztecas. Luego los blancos, al igual que el *pukuj*, avasallaron a los hombres y se hicieron los dueños de todo. Un día los hombres de la tribu trataron de evadir la cruel sujeción⁶⁴ utilizando el aguardiente, le tendieron una trampa, habrían tenido éxito si no hubiera sido por la flaqueza de uno de los guardianes, quien liberó al ser maligno “por temor, por respeto, ¿quien sabe?”. En esta frase se ponen de manifiesto las ambivalencias de algunos indios ante el poder de los blancos, lo que lleva al fracaso de la rebelión contra *el dueño*.

Las consecuencias de la fallida tentativa de insumisión son aleccionadoras y terribles: si te enfrentas al *pukuj* o despiertas su ira, puedes perder la vida o la razón.

⁶⁴ Según documenta D. Miguel León Portilla en *El reverso de la conquista*, los anales históricos registran los reiterados intentos de varios grupos de indios, a rebelarse contra los abusos de los españoles. Por ejemplo, en *Oficio de tinieblas*, los ancianos rememoran trabajosamente los momentos de la resistencia indígena, cuando recién llegados los españoles, los indios prefirieron arrojar al Cañón del Sumidero, antes que rendirse a los blancos (309)

Desde otra perspectiva, Franz Fanon (1973) explica la situación del colonizado como una alienación extrema, proceso que no es, sino otra forma de perder la conciencia, el sentido de la realidad. Este efecto pernicioso opera en la mayoría de los indios, quienes pueden ver que a través del alcohol se puede dominar a los otros, por eso logran una primera sujeción del *pukuj*, pero no son capaces de advertir los efectos devastadores del “*posh*”, en ellos; y si llegan a vislumbrar esa autodestrucción, no pueden salir de ella.

En este sugerente entrelazamiento entre lo mítico-simbólico y la violenta realidad, “La tregua” continúa mostrando la lucha entre indios, blancos y ladinos por la producción de aguardiente. Debido al desgaste de las tierras y el consecuente empobrecimiento de sus labradores, un grupo de indios se decide, transgrediendo las normas, a producir la codiciada bebida:

Agotado de dar todo lo que su pobre entraña tenía, ahora entregaba sólo mazorcas despreciables, granos sin sustancia. Por eso muchos indios empezaron a buscar por otro lado su sustento. Contraviniendo las costumbres propias y las leyes de los ladinos, los varones del paraje de Mukenjá destilaban clandestinamente alcohol. (Castellanos, *Ciudad* 40)

La producción y distribución del *posh*, era privilegio de los ladinos y caxlanes, por eso cuando los llamados custitaleros, vendedores ambulantes, se percatan de la baja en sus ventas por los pueblos y parajes denuncian la situación ante la autoridad local, quien toma cartas en el asunto:

Con su doble celo de autoridad que no tolera burlas y de expendedor de aguardiente que no admite perjuicios, el Secretario Municipal de Chamula, Rodolfo López, ordenó que se iniciaran las pesquisas. Las encabezaba él mismo. Imponer multas, como la ley prescribía, le pareció una medida ineficaz. *Se estaba tratando con indios, no con gente de razón, y el escarmiento debía ser riguroso.* Para que aprendan dijo. (41) (Las negritas cursivas son mías)

Nuevamente, al invocar el discurso racista, según el cual, los indios no son “gente de razón”, se justifica el tratamiento violento de que son objeto, como puede advertirse en la siguiente escena:

Tal vez lo que mandó [la autoridad municipal y productor de trago] no fue incendiar los jacales. Pero cuando la paja comenzó a arder y las paredes crujieron y quienes estaban adentro quisieron huir, Rodolfo López los obligó a regresar a culatazos. Y respiró, con el ansia del que ha estado a punto de asfixiarse, el humo de la carne achicharrada.

El suceso tuvo lugar a la vista de todos. Todos oyeron los alaridos, el crepitar de la materia al ceder a un electo más ávido, más poderoso. El Secretario Municipal se retiró de aquel paraje seguro de que el ejemplo trabajaría las conciencias. Y de que cada vez que la necesidad les presentara una tentación de clandestinaje, la rechazarían con horror. (42)

El contrapunto de este relato, donde los indios parecen estar amenazados desde siempre, por la ambición depredadora del colono y por sus presencias míticas y espectrales, se da por la aparición azarosa de un caxlán en desgracia en un paraje

indígena. El encuentro de este hombre blanco agonizante y la indígena Rominka despierta en ella toda clase de angustias y temores. Con dificultad, la mujer llega a su poblado, seguida del “extranjero”, todos los habitantes se alarman, temiendo la intervención del *pujuk*, luego se reúnen en espera de ser atacados, pero en el momento en que descubren al extraño solo e inerme, viene su particular ajuste de cuentas. El linchamiento, de que es víctima el desconocido, es la muestra del odio ancestral de los indios hacia los caxlanes. Pero la efímera y cruel catarsis de estos indios, embrutecidos por la miseria y el alcohol, fue del todo inútil pues, a pesar de la crueldad ejercida contra su víctima propiciatoria, sus condiciones de vida no mejoraron y pervivió el resentimiento en lo profundo de su ser:

Nuevos espíritus malignos infestaron el aire. Y las cosechas de Mukenjá fueron ese año tan escasas como antes. Los brujos, comedores de bestias, comedores de hombres, exigían su alimento. Las enfermedades también los diezaban. Era preciso volver a matar. (45)

Antes de concluir este apartado que ha mostrado algunos de los perniciosos efectos derivados del uso consuetudinario de las bebidas alcohólicas en el avasallamiento de la masculinidad de los indios, parece importante referir los motivos varios por los cuales los mexicas eran tan restrictivos en el uso del pulque:

[...] el beber hasta la embriaguez total fuera de sanciones rituales, parece haber despertado anhelos que no se limitaban a quienes oficialmente tenían que ver con el control social. Aquí se confunden fácilmente la transgresión social y la sagrada, y nuestra propia y obstinada asociación del alcohol como

principalmente nocivo al tejido social o a la fibra moral individual deber ser resistida. Los mexicas conocían la capacidad del pulque para desmoralizar al individuo y romper al individuo y romper las relaciones sociales, y lo deploraban. Pero *su importancia y peligro más profundo consistían en su capacidad de mostrar a los humanos lo sagrado*. El hombre o mujer que bebiera hasta la embriaguez fuera del marco ritual, ofendía de manera muy diferente, porque aquellos que se embriagaban totalmente podían volverse canales abiertos a peligrosas fuerzas sagradas. *Esa capacidad podía ser activada de forma deliberada cuando el marco ritual se hallaba en su lugar. Casualmente invocada fuera del control de las salvaguardas rituales, constituía un riesgo no sólo para el individuo delincuente, sino para la sociedad humana misma.* (Clendinnen 77)

El reconocimiento del poder del alcohol, como un vehículo eficaz en la invocación de las fuerzas sagradas es un punto fundamental para ahondar en los interesantes análisis acerca de la crucifixión de Domingo en *Oficio de tinieblas*. Como se recordará en el capítulo XXXIII se va perfilando el trágico desenlace de una novela, que a lo largo de sus páginas ha planteado centralmente las estrategias de resistencia de los indios y las mujeres al patriarcado feudal chiapaneco, en una coyuntura favorable a estos núcleos oprimidos: las modernizantes reformas cardenistas. Lo que acentúa la tensión entre los núcleos en pugna.

El *Viernes Santo*⁶⁵ recreado en la novela, reviste entonces un carácter particular, los indios ansiosos de recuperar sus tierras, resentidos por la represión sufrida en su

⁶⁵ Aralia López (1991) y María Luisa Gil Iriarte (1999), expertas en la obra de Rosario Castellanos, coinciden en develar la rica simbología de la novela, empezando por la frase: “Oficio de tinieblas”, que

contra por sus prácticas idólatras, en su paradójico sincretismo, se disponen a elevar sus plegarias a un Cristo, que como ellos, fue torturado y muerto por los blancos. No imaginan que Catalina, la poderosa “ilol”, ofrendará a su amado sobrino Domingo. Y tal como sucedía en tiempos de los aztecas, cuando a la víctima se le proveía de algún bebedizo con alcohol, o alucinógenos⁶⁶ para atenuar su dolor y hacerlo vehículo de lo sagrado, el niño es apurado:

Ávido. Cuando los mayordomos le alargan las botellas de trago no busca los ojos de Catalina para consultarle si es bueno que acepte el convite. Bebe. La garganta le arde. Tose. Pero después un calor agradable se le difunde por el cuerpo y se siente libre y anhela estar en el campo abierto, correteando como los cachorros, como los recentales. (319)

Los resultados de la intoxicación con este propósito particular, se registran en la novela:

Con las mejillas arreboladas por el alcohol, Domingo se abandona a la solicitud de las mujeres. No tiene frío, no tiene miedo. ¡Con que suavidad manejan el algodón empapado en aceite y se lo untan en la espalda, en los brazos, en los muslos.

Una salmodia grave (¿De dónde surge si todas las bocas están cerradas?) lo invita a la inconsciencia. Domingo deja que se abatan sus párpados y un paisaje

remite a las ceremonias de duelo por la muerte de Cristo efectuadas el Viernes Santo. Asimismo, la llegada de Hernán Cortés y sus hombres a Veracruz, ocurrió un Viernes Santo, del 22 de abril de 1519. Por tanto, tampoco es casual que la escritora decida ubicar la crucifixión de Domingo, en el capítulo XXXIII, como treinta y tres fue la edad en la que, Jesucristo fue sacrificado.

⁶⁶ Como ha documentado entre otros, Eduardo Matos Moctezuma en *Muerte al filo de obsidiana*.

de colinas defendidas por árboles, de llanuras lamidas de niebla, de charcos en que se duplica el azoro del ciervo, lo deslumbra. (320)

Momentos después cuando los clavos hieren el cuerpo de Domingo, entre el estupor y los efectos del trago, el muchacho no opone resistencia a sus devotos ejecutores, pues como bien ilustra la cita anterior, la víctima es dúctil vehículo de las necesarias “fuerzas sagradas” invocadas el Viernes Santo. La fecha, la iglesia de San Juan Chamula, son el marco ritual preciso para que los indios accedan a su propio Cristo.

En este ceremonial se entretajan la cosmovisión sincrética de los tzotziles con la insurrección política y cultural de los indios contra los blancos, quienes buscan la restitución de sus tierras. Catalina la sacerdotisa explica a su pueblo, luego de consumado el sacrificio:

–Aquí llegamos todos al final de la cuenta con el ladino. Hemos padecido injusticia y persecuciones y adversidades. Quizás alguno de nuestros antepasados pecó y por eso nos fue exigido este tributo. Dimos lo que teníamos y saldamos nuestra deuda. Pero el ladino quería más, siempre más. Nos ha secado los tuétanos en el trabajo; nos ha arrebatado nuestras posesiones; nos ha hecho adivinar las órdenes y los castigos en una lengua extranjera. Y nosotros soportábamos, sin protestas, el sufrimiento, porque ninguna señal nos indicaba que era suficiente.

Pero de pronto los dioses se manifiestan, las potencias oscuras se declaran. Y su voluntad es que nos igualemos con el ladino que se ensoberbecía con la posesión de su Cristo.

Ahora nosotros también tenemos un Cristo. No ha nacido en vano ni ha agonizado ni ha muerto en vano. Su nacimiento, su agonía y su muerte sirven para nivelar el tzotzil, al chamula, al indio, con el ladino. Por eso, si el ladino nos amenaza tenemos que hacerle frente y no huir. Si nos persigue hay que darle la cara. [...]

Somos iguales, ahora que nuestro Cristo hace contrapeso a su Cristo. (324-325).

La desorganización de los indios y su percepción mágica del mundo inciden en su derrota, tanto en la rebelión de 1867, como en la recreación presentada por Rosario Castellanos en *Oficio de tinieblas*. Y el alcohol, hoy como hace quinientos años ha contribuido no sólo a perpetuar el sometimiento indígena, si no que ha destruido sus cuerpos y sus almas.

Los indios, ¿desalmados?

Dentro de las estrategias discursivas para *inventar al indio*, se encuentra el debate ocurrido en el siglo XVI, acerca de si los aborígenes tenían o no alma, como lo refiere Todorov (2007). Algo similar había sucedido con respecto al estatuto de las mujeres, cuando en el siglo IV en el Concilio de Macôn⁶⁷, los varones de la iglesia católica se interrogaron acerca de, si las hijas de Eva poseían ese atributo divino, eran meros instrumentos del mal o seres humanos incompletos. En largas y absurdas

⁶⁷ Tal es lo que plantea August Bebel en su libro: *La mujer. En el pasado, en el presente, en el porvenir* (33). Parte de esta discusión suscitada en el seno de la iglesia católica, se recrea en la película *Ágora* (Dir. Alejandro Amenábar, 2009), donde a través de la biografía de Hipatia, la célebre científica y filósofa de Alejandría, se muestra el carácter intolerante y misógino de la milenaria institución.

discusiones se entretuvieron, con tal de justificar la dominación y la violencia contra las mujeres.

Cientos de años después, ante el encuentro de los mundos, el conquistador se pregunta: ¿el indio tiene alma? El militar que se va transformando en hacendado responde no, mientras graba con hierro candente la espalda de sus esclavos indios, como lo hace con su ganado. Esta brutalidad es otra forma de domesticar a los “naturales”, pues el amo necesita una fuerza de trabajo esclava, obediente y sumisa.

Por ello, no es de extrañar que en “Cuarta vigilia”, la “niña Nides”, la anciana protagonista del cuento, mate a un indio sin remordimiento alguno, y luego lo entierre en el hoyo del patio trasero que el mismo chamula cavó, luego de que el narrador omnisciente, da los elementos para que el lector se entere de la existencia inútil y parasitaria de una señorita “bien” de Ciudad Real, quien puede sobrevivir a su condición de joven poco agraciada porque es la consentida y heredera de su abuela, una mujer mezquina que impotente se traga su rabia, después de haber sido despojada de su cuantiosa fortuna por los carrancistas, quienes le “cambiarón” sus centenarios por billetes sin valor. A pesar de lo cual, Leonídes se aferra a su cofre lleno de basura y para ocultarlo de posibles amenazas, contrata a un indio para realizar el trabajo, quien a punto de culminar la tarea es asesinado y enterrado por la anciana. El tiempo pasa y la precaria salud de la reumática se deteriora, hasta el punto que sus allegados piensan que morirá, sin embargo:

Pese a las predicciones de los médicos y al fácil pesimismo de sus parientes, la niña Nides vivió. ¿Cómo iba a morir dejando desamparo el cofre?

En cambio ahora ya estaba en paz. En el fondo de un agujero, bajo el cadáver desnucado de un chamula, reposaba su tesoro.

–Dicen que donde hay un cuerpo aparece un espanto, dijo la niña Nides y un escalofrío de terror estuvo a punto de nacer en su espinazo. Involuntariamente volvió la cara hacia fuera y, al través de la ventana y de la oscuridad, trató de distinguir la mata de malva.[...]

–*¿Pero cómo va a aparecer un espanto si el cuerpo era de un indio, no de una gente de razón?*

Tranquilizada, la niña Nides apagó la vela y se acostó. Iba a dormir un rato más. (Castellanos, 2000: 131) (Las negritas cursivas son mías)

Si el espanto o espectro es la manifestación de un ánima en pena, que trata de denunciar e inquietar a los vivos, entonces la vieja criminal debía preocuparse seriamente. Pero, según la visión racista de los caxlanes, cuando se trata de un tzotzil, junto con la negación de su carácter racional, se desconoce la esencia de su condición humana-divina como prescribe el cristianismo. Y al declarar al indio carente de alma y de razón, se justifican y exculpan toda clase de crueldades perpetradas por los blancos y mestizos.

Pero, volviendo a este inquietante debate del siglo XVI acerca de si los indios poseen o no alma, el sacerdote delibera, duda, se conmueve ante la portentosa cultura que se desintegra entre sus manos. Y, por la fuerza arrolladora de la Reforma protestante, que pone en jaque la hegemonía del Vaticano, se tiene el elemento decisivo, que favorece el veredicto final: los indios son seres humanos, que aunque idólatras, tienen una alma que debe ser salvada. En la articulación de ese discurso legitimador, la

llegada de los hispanos a estas tierras, es la prueba contundente de la voluntad del Dios blanco y su iglesia católica, quien en este momento necesita extender su palabra y poder en las vastas tierras encontradas. Entre tantas deliberaciones de los rubios y barbados, encuentra la fórmula perfecta, para hacer converger la conquista militar con la espiritual: la encomienda.

Encomienda, despojo y explotación de la fuerza de trabajo

¡Obedece al ladino, que es el que manda! Porque es el hijo de Dios, el hijo del cielo, el de la cara blanca, el de camisa y pantalón”

Ricardo Pozas, *Juan Pérez Jolote*, 84

En *Balún Canán*, Rosario Castellanos muestra los ancestrales procesos de sometimiento de los indios. Por ejemplo, antes que a la familia Argüello lleguen las noticias del proyecto reformador del Cardenismo, entra en escena el “Tío David”, un hombre pobre y vagabundo que visita regularmente la casa de los Argüello en busca de una limosna. Tío David se incomoda al no encontrar a los dueños de la casa, de quienes recibiría pequeños favores o algún alimento, y alerta a los niños por haber dejado la puerta abierta: “Ya no estamos en las épocas en que se amarraba a los perros con longaniza. Ahora la situación ha cambiado. Y para las costumbres nuevas ya vinieron las canciones nuevas” (24), y el inesperado visitante entona:

Ya se acabó el baldillito

De los rancheros acá

–¿Qué es el baldillito, tío David?

–Es la palabra chiquita para decir baldío. ***El trabajo que los indios tienen la obligación de hacer y que los patrones no tienen la obligación de pagar.*** (25)

(Las negritas cursivas son mías).

La encomienda, fue una institución que desde 1536, permitió al colonizador apropiarse del trabajo de los indios e instruirlos en la religión católica. Pues como dice George Baudot (1983): “En la América española [...] propiedad de la tierra y trabajo de los indios, son inseparables, porque la propiedad de la tierra no es nada, en los virreinos de México y Perú, sin la explotación del trabajo de los campesinos indígenas”. (156)

A lo largo de trescientos años de dominación española, los indígenas fueron sometidos a una gran cantidad de trabajos forzados, no solo a través de la encomienda, sino del llamado *repartimiento de indios*, por medio del cual también se obligaba a “los naturales” que se encontraran en el rango de los 12 a los 60 años, a realizar una serie de labores impago, tres días a la semana, a favor del español, a lo que se agregaba el pago de ciertos tributos. Y aunque en 1810, el proyecto social de Hidalgo y Morelos, trató infructuosamente de mejorar la condición de los indios, el triunfo de los criollos, perpetuó la herencia colonial en los siglos XIX y XX. De ahí que, en *Balún Canán* se recree un episodio, donde “la indiada” que recibió César Argüello, junto con Chactajal como herencia (78), le rinda cuentas al patrón:

Es una fiesta cada vez que vienen a casa los indios de Chactajal. Traen costales de maíz y de frijol. Atados de cecina y marquetas de panela. [...] Mi padre recibe a los indios, recostado en la hamaca del corredor. Ellos se aproximan, uno por uno, y le ofrecen la frente para que la toque con los tres dedos mayores de la mano derecha. Después vuelven a la distancia que se les ha marcado. [...] Mi padre despide a los indios con un ademán y se queda recostado en la hamaca, leyendo. (15-16)

Para cumplir con estas obligaciones, frecuentemente, los indios no cultivaban adecuadamente sus tierras y no obtenían lo suficiente para su mantenimiento y el de sus familias. Ante tantas carencias, los hombres debían buscar otros trabajos en fincas y plantaciones cercanas, por lo que tenían que “engancharse”, para tratar de aliviar su miseria. El “enganchamiento”, era una forma ventajosa de los hacendados para reclutar mano de obra casi gratuita, para sus fincas. Aprovechando las carencias y necesidades de los indios, por pérdida de sus cosechas como se narra en “La muerte del tigre”, por la enfermedad de un familiar como ocurre en *La rebelión de los colgados* (Traven, 1987), para pagar los gastos de una boda (*Juan Pérez Jolote*) o para solventar la manutención de una familia que ha crecido, los indios caen en manos de los traficantes de personas, quienes sacan de los desposeídos todo el provecho posible. En *Oficio de Tinieblas*, Pedro González Winiktón se arregla con el enganchador:

–Oíme bien, chamula, que vamos a hacer cuentas. El salario mínimo es de setenta y cinco centavos diarios, seis reales. Esto hace veintidós pesos con un tostón al mes. De aquí yo descuento el porcentaje de mi comisión, el anticipo que hacemos para los gastos del viaje; el alquiler del alojamiento en la finca; el

precio del machete y de otras cositas que pidás en la tienda del patrón... Total, que el primer mes vas a salir perdiendo. Más tarde si sos ordenado y no despilfarrás en trago; si no se te antoja el calzón y el caite nuevo; si no tenés necesidad de medicina para el paludismo, entonces puede ser que te emparejés un poco. (52-53)

En *Balún Canán*, César Argüello, hace un rápido recuento de la trayectoria de Felipe Carranza Pech, cuyo manejo del español, sorprende a un patrón que, no se explica la actitud desafiante del líder: “–Estuviste en las fincas de Tapachula, ¿verdad? Y por poco no contás el cuento. Estás flaco, acabado de paludismo. Creí que no ibas a regresar, aunque vivieras, porque como te fuiste sin pagar la deuda de tu tata, sin pagar tu propia deuda...” (98)

De manera similar, Pedro González Winiktón, el líder indígena de *Oficio de tinieblas*, no sólo sobrevive a la experiencia del enganchamiento, regresa *otro* porque ha podido, no sólo aprender español, sino también a escribirlo; y su encuentro con el presidente Cárdenas, culmina su experiencia transformadora.

Pero en “La muerte del tigre”, los resultados son trágicos, como enuncia el nombre del cuento. Un grupo de indígenas agobiados por la miseria, cuyo tótem o *waigel*, era el tigre, deciden engancharse a las legendarias fincas de Tapachula, pero a diferencia de Felipe, Los Bolometric no pueden sobrevivir, ni al radical cambio de clima, ni a las enfermedades, ni a las condiciones de trabajo. He aquí el episodio:

Con el anticipo que recibieron, los Bolometric iniciaron la caminata. Conforme iban dejando atrás la fiereza de la serranía, un aire tibio, moroso, los envolvió, quebrando la rigidez de su ascetismo. Venteaban, en este aire endulzado de confusos aromas, la delicia. Y se sobresaltaban, como el sabueso cuando le dan a perseguir una presa desconocida.

La altura, al desampararlos tan bruscamente, les reventó los tímpanos. Dolían, supuraban. Cuando los Bolometric llegaron al mar creyeron que aquel gran furor era mudo. La única presencia que no se apartó fue la del frío. No abandonaba este reducto del que siempre había sido dueño. A diario, a la misma hora, aunque el sol de los trópicos derritiera las piedras, el frío se desenroscaba en forma de culebra repugnante y recorría el cuerpo de los Bolometric, traban sus quijadas, sus miembros, en un terrible temblor. Después de su visita, el cuerpo de los Bolometric quedaba como amortecido, se iba encogiendo, poco a poco, para caber en la tumba.

Los sobrevivientes de aquel largo verano no pudieron regresar. Las deudas añadían un eslabón a otro, los encadenaban. *En la cicatriz del tímpano resonaba, cada vez más débilmente, la voz de sus mujeres, llamándolos, la voz de sus hijos extinguiéndose.*

Del tigre en el monte nada se volvió a saber. (Castellanos, *Ciudad* 30-31)

En el contexto semifeudal de Chiapas, son inútiles las tentativas de Los Bolometric, por resolver las necesidades de sus familias. Por más que se esfuercen, no pueden cumplir con su rol de padres y esposos, pues estos condenados de la tierra, al cabo de quinientos años de violencia y explotación se han convertido en varones avasallados, en *pedazos de hombre*.

4.3 Familia, cuerpo y sexualidad

*Lloramos la tierra cautivada;
lloramos a las doncellas envilecidas.*

Balún Canán, p. 58

La potencia sexual es uno de los atributos más importantes en la construcción/configuración de la identidad masculina dentro del patriarcado, en tanto orden simbólico falocrático. Como se estudió en el capítulo dos, una vida sexual muy activa, y frecuentemente violenta es el rasgo distintivo de los hombres arrechos. En el contexto semifeudal de Chiapas recreado por la narrativa de Rosario Castellanos, los hombres con ciertas prerrogativas económicas que no podían, o no querían sujetarse a los esquemas de los arrechos, eran denostados y marginados, como “nagüilonos”, aún los pobres y desclasados como el joven Ernesto Argüello y Límbaro Santiago eran igualmente descalificados. Pero, ¿qué ocurre con los cuerpos y la sexualidad de los indios en tanto señas de identidad varonil?

Para abordar el punto, es indispensable referir, brevemente los usos y costumbres prehispánicos al respecto, ya que como se ha visto en el subcapítulo 4.1, la sociedad mexicana, a través de sus mitos, rituales y prácticas, determinaba tanto el lugar social de cada persona, así como su rol genérico. En este cuidadoso proceso de entrenamiento, a los varones se les enseñaba a ser fuertes y valientes para cumplir con sus deberes como guerreros y desempeñarse como esforzados trabajadores, buenos esposos y padres. Por lo que se refiere a la vida marital, la obtención de placer como parte de la conyugalidad era un deber sagrado, tal refiere Noemí Quezada:

El mito anuncia que de *Uxumuco* y *Cipactonal*, primera pareja humana, nacerían los macehuales, lo que a nivel simbólico origina la unión de hombre y mujer ligados en matrimonio, institución que reglamentó la sexualidad entre los mexicas, en la cual era necesario no sólo la expresión de los sentimientos, sino el amor, el respeto, la fidelidad y, de manera especial, la satisfacción erótica de ambos cónyuges, para quienes era obligación y responsabilidad construir la felicidad; el placer fue siempre considerado un regalo de los dioses. De no existir satisfacción amorosa y erótica, tanto el hombre como la mujer podían pedir el divorcio. (Quezada, *Amor* 31)

Acerca de la pervivencia de estos usos y costumbres en las comunidades indígenas contemporáneas, la propia Rosario Castellanos refiere un episodio acerca de las causales de divorcio entre los chamulas. En efecto, con motivo de realizar los arreglos para casar en segundas nupcias a Lorenzo, llamado “el inocente”, hermano de la protagonista de *Oficio de tinieblas*, un narrador omnisciente, da cuenta del caso:

[Se] Sabía que Lorenzo Díaz Puiljá era un idiota y que Catalina, para despreocuparse de él cuando sus padres murieron, arregló su casamiento. No le importó pagar una dote excesiva. Lo había casado. Pero a las pocas semanas la desposada huyó a refugiarse con los suyos y la familia tuvo que devolver los regalos. Catalina no quedó conforme y promovió pleito. La muchacha tuvo que comparecer ante los jueces. Allí declaró que Lorenzo “no sabía hacer uso de ella por la noche”. Los jueces estuvieron acordes en anular el matrimonio. (39-40).

La cita es muy clara en mostrar la pervivencia de ciertos derechos sexuales de las mujeres en las comunidades indígenas, prerrogativas que desafían la restrictiva política sexual del cristianismo, que formula el vínculo matrimonial para “toda la vida” y donde la actividad sexual se encamina prioritariamente a la reproducción. Pero, volviendo al “ser y deber masculinos” establecidos desde la época prehispánica, el varón tenía la obligación de proveer lo necesario a su mujer e hijos, además de cuidarlos y protegerlos. No cumplir con ese compromiso sancionado por los *Huehuetlatolli*, era también, motivo de separación legal entre los esposos y de cierto rechazo social. Tal vez por la continuidad de esos mandatos entre las comunidades indígenas del siglo XX, el personaje Rosendo Gómez Oso, padre de la que será la segunda esposa de Lorenzo, cae en la cuenta de su desatención como proveedor, y gracias a la embriaguez, da rienda suelta a sus sentimientos de pérdida con respecto a su hija:

El martoma escuchó este nombre (el de Marcela, su hija) entre la niebla alcohólica que lo envolvía, que le amortiguaba el choque con los elementos exteriores a su ensueño. Dio un respingo como si lo hubiera pinchado la punta de un alfiler. El globo de su grandeza se desinfló. Porque, vamos a ver *¿es correcto que la hija del mayordomo de Santa Rosa esté ajendada, en poder de extraños como una huérfana, como una muchacha pobre a quien su familia no puede sostener? Evidentemente no es correcto.* Es una anomalía que sólo la flaqueza de ánimo de Felipa fue capaz de admitir. Pero esa anomalía iba a cesar hoy mismo. Carraspeó para que el vigor de su requisitoria saliera intacto. Pero *quien habló no fue él, fue la ebriedad.*

—¡Mi hijita, mi Xmel, desde que se fue cayó sangre en mi corazón!

Hipaba, gimoteaba. *Lentas lágrimas gruesas, innobles, le empapaban las mejillas*, se perdían entre la lacidad de sus bigotes. (Castellanos, *Oficio* 38)
(Las negritas cursivas son mías)

Los efectos del alcohol impiden a Rosendo, atender cabalmente los arreglos del casamiento de su hija, y tampoco se entera que los beneficios de la dote reglamentaria les serán negados, porque como dice Catalina, Marcela “no los vale” pues “en Jovel un caxlán abusó de ella”.

A partir de esta escena, se presenta de lleno uno de los ejes paradigmáticos de la masculinidad avasallada: la violación de las mujeres, como una estrategia de conquista y dominación bélica-fálica; y como una brutal forma de sometimiento de doble vía: especialmente dolorosa para las mujeres, pero trituradora de la potencia viril de los hombres, así también subyugados por los invasores y/o agresores. La precursora en el estudio sistemático acerca de la violación, Susan Brownmiller (1981) lo explica:

Tradicionalmente, los hombres de una nación conquistada consideran la violación de «sus mujeres» como la mayor humillación, un *coup de grace* sexual. El pueblo de una nación derrotada considera a la violación como parte de un esfuerzo consciente del enemigo por destruirlos. De hecho, por tradición los hombres consideran la violación de «sus mujeres» como parte de su angustia masculina por la derrota. Este punto de vista egocéntrico tiene una validez parcial. Aparte de una preocupación genuina por las esposas e hijas queridas y cercanas, *la violación perpetrada por un conquistador es prueba evidente de la impotencia masculina del conquistado*. La defensa de las mujeres ha sido desde

hace mucho tiempo señal de orgullo masculino, de la misma manera que la posesión de las mujeres lo ha sido de éxito masculino. La violación perpetrada por un soldado conquistador destruye todas las ilusiones de poder y propiedad en los hombres del bando derrotado. (35-36) (Las negritas cursivas son mías)

El abuso de Leonardo Cifuentes perpetrado contra la joven Marcela Gómez Oso y del cual nacerá Domingo, la víctima ofrendada de *Oficio de Tinieblas*, es una de las líneas discursivas a partir de las cuales Rosario Castellanos expone y denuncia los efectos de la permanencia del colonialismo en Chiapas. Pero ese proceso histórico de dominación se sostiene en gran medida por el trastocamiento de todo el sistema de valores y creencias encarnados en las personas, a partir del cual, adquieren su sentido real y operativo. La supremacía del blanco y del mestizo; y la sumisión del indio, son *tecnologías del poder*, ancladas en los cuerpos. Dice Foucault (1992):

Lo que busco es intentar mostrar cómo las relaciones de poder pueden penetrar materialmente en el espesor mismo de los cuerpos sin tener incluso que ser sustituidos por la representación de los sujetos. Si el poder hace blanco en el cuerpo no es porque haya sido con anterioridad interiorizado en la conciencia de las gentes. Existe una red de bio-poder, de somato-poder que es al mismo tiempo una red a partir de la cual nace la sexualidad como fenómeno histórico y cultural en el interior de la cual nos reconocemos y nos perdemos a la vez. (Foucault, *Microfísica* 156)

Cuando Catalina comunica a su marido, que Marcela se queda a vivir con ellos porque fue violada por un caxlán, Pedro pierde el apetito y el sueño, él con su cuerpo

todo, recuerda perturbado el momento en que, él siendo casi un niño, su hermana fue también victimizada:

Como si los años no hubiesen transcurrido y él adolescente aún y desde la impotencia de su edad, estuviera contemplando una imagen atroz: su hermana más pequeña, con el pie traspasado por un clavo con que un caxlán la sujetó al suelo para consumir su abuso. Pedro al mirar la sangre que manaba (lenta, espesa, negra) gritó con un alarido salvaje y golpeó furiosamente la tierra. (Castellanos, *Oficio* 29-30).

Resulta incuestionable el conflicto masculino frente a la violación, ya sea por la edad o porque el aborigen está subyugado, aunque quiera, no puede defender a las mujeres de su familia y su comunidad⁶⁸, por lo que su integridad como hombre, su masculinidad, es avasallada por el invasor o por el representante de la clase o grupo dominante. Primero como estrategia de conquista, y luego como recurso cotidiano de sometimiento de doble vía, la violación de las mujeres es un punto de quiebra en la subjetividad varonil. Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* (1993) sostiene que los numerosos y frecuentes abusos a las mujeres frente a la impotencia de los hombres durante la conquista, marcaron tan profundamente la identidad de los mexicanos, que la palabra “chingada” está revestida de una gran carga simbólica: “La Chingada es la Madre abierta, violada o burlada por la fuerza. El ‘hijo de la Chingada’ es el engendro de la violación, del rapto o de la burla”. (87-88)

⁶⁸ "A los 14 años, (Stieg Larsson) estando de camping, fue testigo de la violación de una chica por parte de sus amigos. Días más tarde se la cruzó por la calle y se acercó a pedirle perdón por no haberlo evitado, pero ella le rechazó. Siempre se sintió culpable. [El hecho] Le marcó y quizá por eso..." El célebre escritor sueco autor de las novelas policíacas que integran la popular trilogía *Millenium*, se propuso denunciar en sus libros, la violencia contra las mujeres y la corrupción de una sociedad, como la sueca que se la veía como modelo de desarrollo y civilidad". "Stieg presencié una violación y siempre se sintió culpable" Por Carmen Pérez-Lanzac. *El País* 22/09/2009.

Paz refiere en su ensayo clásico escrito en 1950, que tal vez el único pueblo del mundo que tuvo la posibilidad de nombrar ese horror perpetrado contra los dominados, fue el mexicano. Y para el escritor, el proferir hasta el cansancio “la palabra sagrada”, no era otra cosa sino la reiteración del trauma de la conquista y su banalización. En la actualidad, se puede agregar, que gracias a las investigaciones de las feministas, se ha develado que la violación es una práctica depredadora de los hombres⁶⁹. Su ejecución, en solitario, en grupo, como venganza contra las mujeres, o como estrategia militar, antes que expresión de una sexualidad incontenible, es un execrable acto de poder, presente a lo largo de la historia de la humanidad.

Por eso resulta relevante la escritura de Rosario Castellanos, pues al traer a cuenta el tema de la violación contra las indias en el Chiapas de la posrevolución, la autora logra una resignificación de la violencia sexual que aún se padece en esa región, y en el país todo. Si bien el abuso a Marcela Oso, es resuelto de manera inteligente por Catalina Díaz Puiljá en *Oficio de Tinieblas*, el discurso que permea el proceso de solución a la victimización de la joven, resignifica las experiencias masculinas frente a la violación. El crimen contra Marcela, reactiva la adolorida memoria de Pedro González Winiktón por el abuso impune de su hermanita, cuya rabia refiere el narrador, será el detonante para que Pedro busque afanosamente un cambio en su situación de sometimiento:

⁶⁹En ocasiones también las mujeres participan en actos de violencia sexual, perpetrados contra hombres, mujeres, contra niño@s [Al respecto se puede ver la película *Sybil* (Dir. Daniel Petrie. EUA, 1976) que describe los abusos sexuales a los que su madre, somete a Sybil]. En otras ocasiones estos atentados femeninos, se dan por lo regular bajo el amparo de instituciones policíaco-militares, como en la época del nazismo, situación que se recrea en la película *Pascualino siete bellezas* de la cineasta Lina Wetmuller (Italia, 1978), o en el contexto de la guerra de Irak. Recuérdese la colección de fotografías que se tomaron en una prisión iraquí, donde los presos eran torturados sexualmente por los invasores, sesiones en las que participaron mujeres pertenecientes al ejército de los EUA. Al respecto se puede leer: Sabrina Harman: la cara sonriente de la pornotortura (<http://noticiasar.terra.com.ar/tecnologia/interna/0,,OI2768240-EI9845,00.html>).

A espaldas suyas, entre los murmullos desaprobatorios, se desenvainó un relámpago: la palabra justicia. ¿Quién la pronunció? Su fuego no había sollamado ninguna de las bocas impasibles. Pedro interrogaba, uno por uno, a los varones de consejo, a los ancianos de mucha edad. Nadie respondía. Si los antiguos poseyeron esta noción no la legaron a sus descendientes. Winiktón no pudo entonces sopesar el valor del término. Sin embargo, cada vez que su raza padecía bajo la arbitrariedad de los ladinos, las sílabas de la palabra justicia resonaban en su interior, como el cencerro de la oveja madrina. (Al pasar el tiempo, Pedro sabe) que la justicia es el oficio de los jueces. Y Pedro ya no quiso más que ser mayor para tener entre sus manos la balanza que pesa las acciones de los hombres. Logró lo que se propuso. Fue designado juez. (32)

La vejación contra Marcela, determina el curso de la diégesis de *Oficio de tinieblas*, porque esa desconocida que ahora está bajo la potestad de Pedro y de la de Catalina, confronta al joven juez con los pobres logros obtenidos en sus funciones. Atrapado por los usos y costumbres tzotziles y el alcoholismo, este hombre se da cuenta plenamente de sus limitaciones para impartir justicia:

¿Cómo luchar? ¿Contra quiénes? La conciencia de Pedro ardió en una llamarada vengativa. Vio el caxlán asaeteado; vio el incendio corriendo por las calles de Jobel: vio la muchedumbre ladina humillándose bajo el látigo de la esclavitud. Winiktón se abalanzó sobre estas imágenes como la fiera hambrienta sobre el trozo de carne. Pero antes que la saciedad lo apartó la decepción. No, no era tan

fácil engañarlo. Ya lo sabía, lo había visto demasiadas veces: la injusticia engorda con la venganza.

–Es imposible hacer nada, dijo con desaliento.

Y su vida se le escapó, como el agua, cuando para recogerla no se tiene entre las manos más que un cedazo. (33)

Vale la pena detenerse en las tribulaciones de este indio insumiso, frente a la violación. Ya que sus amargas reflexiones reiteran lo previamente expuesto: la violencia sexual contra las mujeres de una familia o una comunidad, afecta de manera profunda *el ser y deber ser masculinos*, quienes ante la imposibilidad de defenderlas, se percatan de su vulnerabilidad e impotencia ante otros varones.

Sin embargo, la presencia de Lorenzo Díaz Puiljá, matiza el tema acerca de los hombres y la culpa ante la violación. En la medida en que Lorenzo no está consciente de la significación de su primer fracaso conyugal, no pesa sobre él ninguna preocupación, este hombre que padece algún tipo de retraso mental, tampoco se siente en modo alguno agraviado, por las condiciones padecidas por su nueva esposa. De hecho, el narrador acierta en la designación de su sobrenombre: “el inocente”, porque expresa de manera transparente, que sin conciencia, no hay sentimiento de culpa, ni las tribulaciones que atormentan a Pedro. Por eso, las maniobras de Catalina Díaz Puiljá que dan como resultado el matrimonio entre Marcela Oso (ultrajada por Leonardo Cifuentes) y su hermano, resultan afortunadas, pues la unión reconforta a los dos muchachos marginados:

La pareja se daba la mano para ir a cortar leña; para ir a pastorear el rebaño; para ir a Jobel. No el amor, no la piedad, fue colmando el corazón de Marcela de una agua profunda y reposada. De ella bebía cuando, con delicado ademán, se aproximaba a su marido para llevarle el bocado a la boca, o cuando lo arropaba, a la hora de dormir, para que no tuviese frío. (45)

La experiencia de vida de Lorenzo, también podría ser una sigilosa analogía de la masculinidad avasallada de los indios en la conquista y los siguientes quinientos años: los hombres no pueden, son impotentes para defender a las mujeres de los abusos de los caxlanes, en la medida en que también ellos estaban (están) sometidos por los blancos violentamente, y de cualquier modo las siguen desposando. En el colmo del cinismo, César Argüello interpreta sus vejaciones a las indias, como una acción que proporciona a las víctimas un “valor agregado” en el intercambio matrimonial entre la comunidad indígena:

Les había hecho un favor [violándolas]. Las indias eran más codiciadas después. Podían casarse a su gusto. El indio siempre veía en la mujer la virtud que le había gustado al patrón. Y los hijos eran de los que se apegaban a la casa grande y de los que servían con fidelidad. (Castellanos, *Balún* 80)

Pero en este proceso de subyugación continúa y sistemática, a los cautivos no se les debe culpar por no poder defender a sus mujeres; en cierto modo, son inocentes, como Lorenzo, quien perdió su alma, su *chulel* por las malas artes del *pukuj*:

–Dicen... dicen que Lorenzo está como ido.

–Fue una desgracia. Un gran pukuj lo arrastró cuando era niño. Estaba en la milpa. El gran pukuj lo llevó lejos, volando a otro paraje. Muchos lo vieron volar. Muchos de nuestros mayores en cuya boca no cabe la mentira. A Lorenzo lo encontraron tirado en el monte. *Nunca recuperó su espíritu, nunca volvió a acordarse de hablar.*

Fueron vanos los esfuerzos de los brujos para curarlo. El niño creció como los árboles cuando una torcedura los afea. (Castellanos, *Oficio* 40)

Rosario Castellanos es hábil para recrear la cosmovisión de los tzotziles en varios de sus textos. La autora chiapaneca hace una recuperación cuidadosa a la vez que lírica, de los seres sobrenaturales que pueblan el imaginario chamula y, que a pesar de su distancia cultural, inciden en el de los caxlanes. Por ejemplo en *Balún Canán*, aparece el *Dzulum*, un animal mítico, tan poderoso, que en dos momentos importantes de la novela se hace referencia a los daños que causa a las mujeres de la familia Argüello. Aquí la presencia fantástica, afecta a los miembros de la élite terrateniente porque en la novela se perfila triunfadora la rebelión de los indios de Chactajal, en pos de la justicia social.

Tanto en el cuento “La tregua” como en la novela *Oficio de tinieblas*, la aparición del *Pujuk*, como “potencia oscura, dominadora” plantea la importancia de la simbolización en la tradición oral de los chamulas, como un elemento indispensable en los reacomodos socioculturales derivados de la conquista. Los indios recurren a esta

presencia sobrenatural y siniestra para explicarse, para dar sentido⁷⁰ a su opresión y terror cotidiano frente a los blancos, o frente a las adversidades que presenta la vida.

El caso de Lorenzo es un buen ejemplo. Cuando Catalina y Pedro formalizan la unión entre su hermano y Marcela, Catalina exculpa a Lorenzo de su discapacidad, relata la ilol que, siendo un niño, su hermano fue raptado por el *pujuk* y, a través del vuelo sobrenatural se apoderó de su espíritu. Como recurso de verosimilitud refiere que los viejos, “en cuya boca no cabe la mentira”, han atestiguado la subyugación. En ese acto vampírico, el *pujuk* priva a Lorenzo de conciencia y voluntad, igual que les ha ocurrido a los indios con los caxlanes. La pérdida de la conciencia y de la voluntad, además de implicar una deshumanización de los chamulas, incide violentamente sobre su virilidad, para disminuirla. No es casual que los mazahuas se autodefinan como “pedazos de hombre”. De esta manera, los indios, como seres mutilados, disminuidos, aunque quieran, no pueden hacer nada frente a los abusos de los caxlanes hacia sus mujeres.

Sexualidad y trabajo

Me matan si no trabajo, y si trabajo me matan.

Siempre me matan, me matan, ¡Ay! Siempre me matan.

Nicolás Guillén

De acuerdo con la cultura dominante, los cuerpos de los indios, como los de los negros, como los de los no blancos y de los obreros, son cuerpos para el trabajo y

⁷⁰ Acerca del mito, el psicoanalista Rollo May señala que el mito es lo que le da sentido a lo que no lo tiene.

reproductores de fuerza de trabajo. No sorprende que los indios como personajes literarios en la obra de RC, aparezcan siempre abrumados por su carga laboral, o embrutecidos por alcohol y tengan una práctica sexual precaria, que por lo general se encamina a la reproducción. Si ésta no fructifica en los anhelados hijos, parece prescindible en las relaciones conyugales descritas particularmente en *Balún Canán* y *Oficio de Tinieblas*, como les ocurre a los matrimonios formados por Felipe Carranza y Juana; y a Catalina Díaz y Pedro González. Lo que por otro lado tiene serias implicaciones en la forma en que hombres y mujeres asumen sus identidades genéricas, ya que para unas y otros, tener hijos es la evidencia de su potencia vital.

Además de sus limitaciones económicas, los personajes indígenas propuestos por Rosario Castellanos parecen deambular en la más resuelta castidad. Lo que contrasta con la información recolectada en trabajo de campo por los investigadores Cristina Pérez Martínez y José Antonio Recino Reyes (2000), quienes refieren acerca del tema:

La relación sexual entre los chamulas es muy activa, siendo el hombre el que exige se efectúe diariamente, por lo general, la mujer permanece pasiva, sin embargo, hay mujeres que tienen el temperamento muy alto [sic] y son ellas las que buscan al hombre, y si éste no les cumple sus deseos, inmediatamente lo sustituyen. (70)

Así queda registrado, también, en el relato de Ricardo Pozas, quien a través de la vida de Juan Pérez Jolote, hace una recuperación del sistema de creencias, organización política y religiosa, así como de las costumbres y la vida cotidiana de la comunidad chamula. La biografía novelada de Juan Pérez Jolote lo muestra con una activa vida

sexual. En las páginas del libro hay registros frecuentes de esta importante área en la vida de las personas. He aquí la crónica intimista de su vida conyugal:

Nosotros fuimos a acostarnos. Nos quitamos los vestidos; hora sí dormiríamos encuerados. Ella se desnudó completamente, sin que yo le dijera. Nos tapamos. Ella me acariciaba y yo también la acariciaba. [...]

Yo no dije nada a Dominga, ella se dejó, se entregó sin decirme nada; lo hicimos despacio... para no hacer ruido, para que no despertaran los viejos. Esa noche le subí tres veces, una vez cada hora. (Pozas 75)

En los textos de Rosario Castellanos se deja entrever que las relaciones sexuales entre los indios protagonistas parecen tener única y exclusivamente una función reproductora, y al ser infructuosa se prescinde de ella, ya por el cansancio del trabajo extenuante, ya por la migración forzada a las fincas de tierra caliente. Así se percibe en algunos episodios en las vidas de los dos matrimonios indígenas protagónicos de *Balún Canan* y *Oficio de tinieblas*. Como se relata en la segunda parte de *Balún Canan*, una vez que Juana no ha podido darle hijos a Felipe Carranza Pech, él no se acerca más a su mujer, ocupado como está en la organización política de su comunidad. Lo mismo ocurre en *Oficio de tinieblas* entre Catalina Díaz Puiljá y Pedro González Winiktón, quienes tampoco tienen hijos. Sin embargo en ambas historias podemos enterarnos de la soledad y el resentimiento que sufren estas mujeres por el distanciamiento de sus maridos, quienes a pesar de ello, no las repudian ante la comunidad por su infertilidad y permanecen con ellas. Probablemente el fervor utópico que anima a estos dirigentes indígenas es suficiente para compensarlos de los ausentes placeres de los cuerpos.

Viudez masculina y religiosidad

Cala la soledad y abandono de Daniel Castellanos, el protagonista de “Aceite guapo”. Viudo, pobre y olvidado por sus hijos, el anciano trata de sobrellevar tan adverso destino volviéndose mayordomo de Santa Margarita. Su devoción remite al más elemental sentido de la religión: reunir, *re – ligare*, librar al ser humano de su orfandad cósmica. La historia de Daniel como se planteó en el subcapítulo 4.2 es la de un hombre cansado y solitario, que para romper su aislamiento busca el amparo de Santa Margarita, una virgen, con la que inicia una relación de afecto y cuidado:

El miedo que lo había empujado violentamente a los pies de la santa, cedió poco a poco, su lugar al amor. Daniel se enamoró de la que sería su última patrona.

Se extasiaba durante horas ante esa figura casi invisible entre el amontonamiento de trapos que la envolvían. Hizo un viaje a Jobel para comprarle piezas de chillonas telas floreadas, espejitos con marco de celuloide, velas de cera fina, puñados de incienso. Y del monte le traía sartales de flores frescas. (Castellanos, *Ciudad 57*)

Este peculiar romance del anciano es breve, pues su intención de consolidarse como mayordomo de la Santa fracasa cuando el sacristán le devela su ingenuidad ante la ancestral disparidad e imposibilidad de comunicación entre caxlanes y chamulas. Un día que Ramírez Paciencia descubre el carácter íntimo y cotidiano de “las pláticas” que Daniel sostenía con su patrona, Xaw le recuerda a Daniel Castellanos que la virgen “es blanca y habla español”, y él, indio y hablante del tzotzil. Esta diferencia, abismo cultural, pone al descubierto la indefensión de este anciano que ha perdido todo en la vida: esposa, familia, núcleo social, fuerza y juventud. La ausencia de vínculos o redes

sociales que pudieran hacer más llevadera la convivencia entre las personas, muestra la vulnerabilidad del viejo Daniel, lo que agudiza su precaria condición masculina, de por sí avasallada.

Viudo también, Xaw Ramírez Paciencia, tiene sobre Daniel Castellanos una ventaja social y política: es el sacristán de la iglesia de San Juan Chamula, es el intermediario entre el mundo de los blancos, su religión y su Cristo crucificado, y las prácticas sincréticas de los chamulas, donde no dejan de latir las deidades milenarias de estos pueblos con rostros de santos católicos. Ramírez Paciencia, tiene por tanto el reconocimiento de su comunidad y asegurada su sobrevivencia. De este personaje también presente en *Oficio de tinieblas*, se refieren sus antecedentes.

Desde años atrás Xaw había desempeñado en San Juan la función del sacerdote ausente. Su fama no era ambigua como la de los brujos. Se le respetaba por ser el más próximo al altar, por ser el único que conocía el nombre de cada uno de los santos.

Del ascendiente ejercido sobre los demás Xaw no pensó nunca sacar provecho. El sacristán había traspuesto la edad de las pasiones y para sus necesidades (hombre viudo y solo) sobraba lo que tenía y no ambicionaba más. ¡Pero con qué fruición disfrutaba de su prestigio y del acatamiento de la tribu! (Castellanos, *Oficio* 215)

Aunque el narrador señala que “el sacristán había traspuesto la edad de las pasiones”, en otro momento se relata como Xaw Ramírez recurre a ciertas prácticas que sin duda le proporcionaban algún placer:

... el sacristán de la parroquia de Chamula. Un hombre solo, que vivía en la torre del campanario, que chupaba a hurtadillas la punta de sus dedos impregnados del sabor de pabilo, de aceite, de barniz. Se impuso, caricaturizándola con su torpeza, la gesticulación de los sacerdotes. Mascullaba rezos en un idioma aún más impenetrable que el español, el latín, y de pronto se derrumbaba fulminado por una embriaguez sin exaltaciones, sin ensueños. (30)

Con base en los usos y costumbres de la comunidad tzotzil, el consumo de alcohol en los diversos rituales religiosos, era otra de las prerrogativas de Xaw que, como en tiempos prehispánicos le era, totalmente tolerado al sacristán por su edad. Pero si en los textos estudiados se pone de manifiesto la austeridad sexual de los personajes indios más jóvenes como Felipe Carranza Pech y Pedro González Winiktón, una vida sexual activa en la vejez es prácticamente imposible en esta propuesta narrativa, tal vez por eso Ramírez Paciencia se conforma con chuparse los dedos.

En el universo literario de Rosario Castellanos, la devoción masculina a deidades femeninas, también es compartida por Teodoro Méndez Acubal. Según se relata en el cuento “La suerte de Teodoro Méndez Acubal”, el destino de este hombre va a dar un giro, a raíz de encontrar una moneda en Jobel⁷¹. El hallazgo lo perturba, por su habitual falta de merecimiento, pero también lo hace sentir poderoso:

...Teodoro la desenvolvió, la humedeció con saliva y vaho, la frotó contra la tela de su ropa. Sobre el metal (plata debía ser, a juzgar por su blancura) aparecieron

⁷¹ Rosario Castellanos explica que Jobel en lengua de los indios es Ciudad Real (Castellanos, *Oficio* 15), cuya denominación corresponde con el anclaje colonial del lugar. Sintomáticamente, después de la Revolución, se la renombra como: San Cristóbal de Las Casas.

las líneas de un perfil. Soberbio. Y alrededor letras, números, signos. Soposándola, mordiéndola, haciéndola que tintinease, Teodoro pudo –al fin– calcular su valor.

De modo que ahora, por un golpe de suerte, se había vuelto rico. Más que si fuera dueño de un rebaño de ovejas, más que si poseyese una enorme extensión de milpas. Era tan rico como un caxlán. Y Teodoro se asombro de que el color de su piel siguiera siendo el mismo. (Castellanos, *Ciudad* 68)

La excitación que le causa a Teodoro encontrar la moneda, lo sume en la más desproporcionada fantasía, como puede observarse en la cita anterior. Y el hallazgo también le da la oportunidad, aunque breve, de relacionarse con él mismo, de una manera que nunca hubiera sospechado. Al sentirse rico y poderoso, por primera vez en su vida experimenta nuevas necesidades:

[...] jamás hasta ahora, había deseado tener cosas. Estaba tan convencido de que no le pertenecían que pasaba junto a ellas sin curiosidad, si avidez. Y ahora no iba a antojársele pensar en lo necesario, manta, machetes, sombreros. No. Eso se compra con lo que se gana. Pero ***Méndez Acubal no había ganado esta moneda. Era su suerte, era un regalo.*** Se la dieron para que jugara con ella, para que la perdiera, ***para que se proporcionara algo inútil y hermoso.*** (70) (Las negritas y cursivas son mías)

La moneda, como inesperado regalo, transforma la vida de Teodoro que, acostumbrado a su vida de campesino pobre, no tiene mucha idea de las relaciones

económicas en la ciudad, de ahí sus fantasías desatadas. Después de muchas deliberaciones, el indígena por fin se decide:

Pasaron meses antes de que Méndez Acubal hubiese hecho *su elección irrevocable. Era una figura de pasta, la estatuilla de una virgen*. Fue también un hallazgo, porque la figura yacía entre el hacinamiento de objetos que decoraban el escaparate de una tienda. Desde esa ocasión *Teodoro la rondaba como un enamorado*. Pasaban horas y horas. Y siempre él, como un centinela, allí, junto a los vidrios. (70)

En el ambiente racista de Ciudad Real, donde se piensa/pensaba que “los indios son una raza de ladrones”, la suerte de Teodoro Méndez Acubal estaba echada, pues cuando el dueño de la joyería donde se exhibía la Virgen advierte la reiterada presencia de Teodoro, alerta a la policía y al vecindario de un posible robó. Y como le ocurre a Quino (Pedro Armendáriz) el protagonista de la película *La perla* (Dir. Emilio Fernández, 1945), el hallazgo de la perla en el film, de una moneda en el cuento, les ocasionará la ruina personal.

Por un brevísimo tiempo, Teodoro y Daniel, con su amorosa devoción a la Virgen, se permiten sentir y soñar, transgrediendo así su soledad y desamparo. Sin proponérselo conscientemente, subvierten una masculinidad siempre sometida, sojuzgada. Pero el patriarcado colonialista es implacable, encarnando contradictoriamente en los propios indios, que con seguridad expulsaran a Daniel de la iglesia de San Juan Chamula, por haberse embriagado con el “aceite guapo” fuera de las normas rituales para beber. En el caso de Teodoro, porque Agustín Velasco, dueño

de la tienda que solía frecuentar, lo acusará falsamente de robo, e irá a la cárcel. Imposibilitado para defenderse Méndez Acubal, indio y monolingüe, sufrirá una condena injusta, que reitera la condición siempre vulnerable, de la masculinidad avasallada.

Conclusiones

Releer la obra de Rosario Castellanos, con la intención de descubrir las formas y modalidades en que fueron recreados los personajes masculinos, fue una travesía intensa y sorprendente. Bajo la mirada de los estudios de género y la crítica literaria feminista fue posible develar “el ser y deber ser” de tales entidades ficticias.

De la recurrencia lectora de los textos rosarianos, gracias a *Balún Canán*, se retomaron las denominaciones “arrecho” y “nagüilón”, lo cual permitió proponer una tipología, un agrupamiento de personajes que compartían cierto tipo de formas específicas y diferenciadas de “ser hombre”. Estas formas de virilidad hegemónica excluían las particularidades genéricas de los personajes indígenas, por lo cual se articuló, la “masculinidad avasallada”.

En este trabajo se ha mostrado que la mayoría de los hombres pueden tener ventajas materiales y simbólicas dentro del androcentrismo dada su condición masculina, pero variables como la edad, la raza, la preparación, la fuerza física, la religión, la preferencia sexual, pueden cambiar considerablemente su situación de privilegios

La guía de algunas teóricas que desde hace varias décadas se interesaron en develar las relaciones entre textualidad y sexualidad (como se lo propuso Kate Millet), cuerpo y lenguaje, texto y contexto, identidad y poder, género y cultura constituyó una valiosa herramienta para realizar esta investigación.

A través de *Balún Canán*, fue posible formular, la aquí llamada “masculinidad arrecha”, un estilo del ser y deber ser varoniles que corresponde a las condiciones de vida rural, recreados en una novela que da testimonio de los usos y costumbres de la clase terrateniente chiapaneca de la primera mitad del siglo XX.

César Argüello y Leonardo Cifuentes, son los dos personajes diseñados por la pluma de Rosario Castellanos, que encarnan el tipo de hombres arrechos: autoritarios, dominantes, violentos, cuyos rasgos acentuadamente patriarcales, fueron legitimados en la década de los años treinta, gracias a la naciente industria cultural. El cine, la radio, el cancionero popular, y también la literatura, jugaron un papel decisivo en la configuración de esta subjetividad masculina. Ser mujeriego, agresivo, alcohólico, eran atributos deseables propuestos e impulsados por películas y canciones, o recreados por cuentos y novelas. Valores y conductas que los varones deberían imitar, con el fin de convertirse en hombres “verdaderos”. Y no sólo eso, sino que el machismo adquirió relevancia en la configuración de la identidad nacional.

En el capítulo dos se establecieron los vasos comunicantes entre el poder y la gran propiedad rural, de ahí el colapso que padece la familia Argüello, tras los conflictos indígenas propiciados por la Reforma Agraria Cardenista. Relacionado con lo anterior, se encuentran las formas señoriales de transmisión del poder y la tierra, me refiero a la importancia de los herederos legítimos y, al fin patriarcal, al valor de engendrar varones, que den la posibilidad de la reproducción del sistema en su conjunto, y de la familia y su apellido en lo particular. Cabe destacar el contraste que ofrece el estudio de los dos personajes arrechos analizados en ese capítulo, pues, mientras que la dinastía Argüello se fractura por el desastre ocasionado por la insurrección indígena en

Chactajal, y por la muerte del heredero. Y, a través del diseño de Leonardo Cifuentes, Rosario Castellanos, da cuenta de los exitosos reacomodos, que algunos terratenientes logran, para obtener importantes beneficios en la modernización del Estado mexicano. Dos facetas de los machos arrechos.

El capítulo dos también estudió la vida familiar y la sexualidad de los personajes seleccionados, donde vale la pena destacar la formulación que desde estas páginas se ha hecho, con respecto a denominar como “recreativa”, a aquella práctica sexual, fundamentalmente varonil, encaminada a, la obtención de poder y entretenimiento que los hombres practican, a veces de forma violenta, fuera del matrimonio. Al mismo tiempo se hizo énfasis en la capacidad de Rosario Castellanos, para adentrarse en la intimidad de los personajes masculinos, ya en la expresión de sus sentimientos y preocupaciones familiares, en el caso de César Argüello ya en la peculiar manifestación erótica de Leonardo Cifuentes.

Igualmente este trabajo ha mostrado cómo al fracturarse la masculinidad hegemónica feudal a causa del proceso de modernización derivado de la Revolución Mexicana, los modelos acerca de lo que debe ser un hombre se trastocan también, porque el imaginario urbano moderno, sustentado en la cultura de masas y los medios de comunicación, “contamina” los sueños y deseos de los hombres y mujeres. Por ejemplo, a través de un invento como el cine, ciertos elementos de la modernidad llegan a Comitán, como Rosario Castellanos testimonia en *Balún Canán* y en alguna de sus cartas a Ricardo Guerra; a través del celuloide se muestra cómo viven los ricos y poderosos, pero también cómo se viven las relaciones de pareja. Baste recordar cómo la película *Cinema paradiso* (Dir. Giuseppe Tornatore, 1992) recrea el impacto del cine

sobre una comunidad italiana, particularmente atenta a los modelos amorosos y eróticos presentados en las películas. Más allá del mundo chiapaneco, el cine le proporciona al joven Ernesto elementos para cuestionar la percepción, que de riqueza y bienestar tiene su tío César, y probablemente también sus ideas acerca del amor.

En lo que se refiere a los jóvenes hijos de la oligarquía terrateniente, enviados a la capital o al extranjero, algunos se deslindan claramente del orden estamental en que nacieron. A diferencia de César Argüello quien nunca se acostumbró a la vida europea, Isidoro Cifuentes al regresar del extranjero, vestía elegantemente, cambió sus gustos y modales, lo cual lo hacía estar fuera de lugar en la lejanía de su hacienda; el personaje nunca se adapta a los requerimientos de la vida campesina, y quizá por eso se suicida. Carlos Román, es otro de los personajes que también se transforma durante sus años de formación como médico en el extranjero, pues tal vez se convenció de lo apasionante que podría resultar vivir un amor romántico, y se arriesga a intentar un matrimonio por amor, en una sociedad donde los casamientos eran meros convenios de intereses económicos y familiares.

Carlos Román, Isidoro Cifuentes fueron hombres “tocados” de manera contradictoria por el espíritu de la modernidad, pero no tienen cabida en el rígido mundo feudal y, aunque históricamente se está a punto de transitar a otras formas de dominación económica y política, el moribundo sistema no les da oportunidad a estos muchachos de reformular su masculinidad lejos del machismo depredador de los arrechos. Permanecer en el sureste implica pagar la cuota a un patriarcado que se refuncionaliza a costa de la integridad física y emocional de hombres que ni pueden, ni

quieren ser arrechos, pero tampoco puede ser ciudadanos y modernos. De ahí que el capítulo tres esté poblado de suicidas, misántropos y muertes trágicas.

El patriarcado es implacable con sus propios hijos, así lo muestra la historia de un personaje como Ernesto Argüello hijo, quien sufre el abandono de su padre y las fatales consecuencias por haber nacido fuera del matrimonio. Pobreza, marginación son algunos de los condicionantes de la vida de Ernesto. Aunque el patriarcado feudal está colapsando, el asesinato del muchacho ejemplifica cómo su condición marginal lo hace víctima del conflicto central entre los indios que buscan rescatar sus tierras al amparo de la Reforma Agraria y los terratenientes que tratan de defender sus intereses a toda costa.

Los mejores librados de las presiones de la masculinidad arrecha, son Arthur Smith (“Arthur Smith salva su alma”) y Luisito (“Cabecita Blanca”), quizá sus logros y oportunidades se deban a sus vínculos con otros contextos culturales.

Para configurar la masculinidad avasallada como el concepto que diera forma y contenido al ser y deber ser de los indios se recurrió, además de los estudios de género, a investigaciones históricas y antropológicas con el objeto de profundizar en la especificidad de su condición masculina. Tal fue el punto de partida del capítulo cuatro.

Luego de entretener tales perspectivas con los personajes varoniles seleccionados en la narrativa estudiada, se llegó a la conclusión de que el patriarcado en su versión occidental, al designar a los indios como naturales, “feminiza” al indio, ya que para el patriarcado prevaleciente naturaleza es sinónimo de “lo femenino”, y discursivamente es una estrategia que justifica la dominación e interiorización de las mujeres. Por tanto,

designar a los indios, como naturales pone de manifiesto la discriminación racial que también es consustancial al fallogentrismo.

Otro de los rasgos importantes a considerar en los mecanismos de dominación de los indios por los blancos, es la imposición de la lengua española. Este aspecto se estudió mediante varios fragmentos de cuentos y novelas, donde los personajes varoniles, experimentaban una disminución de su condición sociocultural, pero también genérica. La importancia del uso del español, como estrategia de dominación cultural, es al mismo tiempo un elemento de disputa cultural entre los propios indígenas, porque quienes desarrollan tal habilidad lingüística tienen una ventaja, no sólo sobre las mujeres, sino sobre los varones que son monolingües.

La intoxicación alcohólica ha sido otro factor clave en el sojuzgamiento de los indígenas y ha incidido de manera muy efectiva en el avasallamiento de su masculinidad, específicamente en su capacidad de ejercer plenamente, actividades laborales que les permitan estar en las condiciones adecuadas para ser buenos proveedores, como fue posible observar en algunos fragmentos de cuentos y novelas de la autora chiapaneca.

Pero, los ejes que articulan y dan sentido a la masculinidad avasallada son dos: por un lado la violencia física, económica y simbólica ejercida sistemáticamente contra los indios, que ha triturado su integridad varonil, y los ha convertido a lo largo de varios siglos en “pedazos de hombre”. Difícilmente pueden salir del círculo explotación y opresión, y por lo mismo, desde su masculinidad disminuida tampoco pueden enfrentar

exitosamente a sus opresores. Todo este proceso de denostación fue configurado en el capítulo como “la invención del indio”.

El otro elemento sustantivo de esa masculinidad sojuzgada ha sido la violación a las mujeres de sus grupos étnicos por parte de los blancos y de los mestizos. Este atropello, además de constituir un hecho fundacional en la Historia mexicana, Rosario Castellanos lo ha configurado en algunos de sus textos como una regularidad cultural que padecen las indias, pero cuyos efectos devastadores no se limitan a ellas, sino también y dolorosamente repercuten en sus hombres, quienes por lo general no pueden defenderlas.

Asimismo se estudiaron algunos aspectos concernientes a la vida sexual, afectiva y familiar de los personajes varoniles seleccionados, encontrándose que desde la perspectiva narrativa de Rosario Castellanos los indios están más preocupados por trabajar para mantener una familia, alcoholizarse, que por tener una vida sexual activa. El tema no se recrea por la pluma de la escritora.

En cuanto a la subjetividad de algunos personajes analizados en este capítulo, un interesante hallazgo fueron las experiencias místico-amorosas de Daniel Castellanos Lampoy (“Aceite guapo”) y Teodoro Méndez Acubal, quienes a través de su devoción a una Virgen, sublimaban sus necesidades afectivas y espirituales. Cabe señalar que los personajes indígenas protagónicos de *Balún Canán*, Felipe Carranza Pech y Pedro González Winiktón de *Oficio de Tinieblas*, al convertirse en líderes de sus comunidades, y haber logrado hablar, leer y escribir en español rompen con la

masculinidad avasallada, por lo que sus logros y experiencias no se estudiaron en este capítulo y serán tratados en otro momento.

Personajes masculinos y masculinidades en la narrativa de Rosario Castellanos aporta una lectura diversa de la obra de la autora chiapaneca, y es también un esfuerzo por refrendar la apuesta, la búsqueda por encontrar “otro modo, [...] otro modo de ser humano y libre”.

Bibliografía

Aisenson Kogan, Aída. *Cuerpo y persona. Filosofía y psicología del cuerpo vivido*. México: Fondo de Cultura Económica, 1981.

Allende, Isabel. *La casa de los espíritus*. Barcelona: Random House Mondadori, 2002.

Althusser, Louis. *Ideología y Aparatos ideológicos de Estado*. México: Ediciones Quinto Sol, 1972.

Alsina Cristina y Laura Borràs Castanyer. “Masculinidad y violencia” en Marta Segarra y Àngels Carabí (eds.) *Nuevas masculinidades*. Barcelona: Icaria/Mujeres y culturas, 2000.

Álvarez Gayou, Juan Luis. *La condición sexual del mexicano*. México: Grijalvo, 1984.

Arredondo, Inés. “Los espejos” en Arredondo. *Obras Completas*. México: Siglo Veintiuno editores, 2002, pp.189-211.

Baudot, George. *La vida cotidiana en la América española en tiempos de Felipe II*. Trad. Stella Mastrángelo. México: Fondo de Cultura Económica, 1983.

Beauvoir, Simone de. *El segundo Sexo, tomo 1 y 2*. Trad. Pablo Palant. Buenos Aires: Siglo veinte editores, 1972.

Bebel, August. *La mujer. En el pasado, en el presente, en el porvenir*. Barcelona: Fontamara, 1980.

Becerra, Luzma. “*Ciudad Real: entre la ficción y la realidad*” en Luz Elena Zamudio y Margarita Tapia. *Rosario Castellanos. De Comitán a Jerusalén*. Toluca: Tecnológico de Monterrey/CONACULTA/FONCA, 2006

Bellato Gil, Liliana. “Representaciones de hombres mazahuas sobre su sexualidad. ‘Si tuviera relaciones diario, bigotes por todos lados’”. En: Juan Guillermo Figueroa, Lucero Jiménez y Olivia Tena. *Ser padres, esposos e hijos: prácticas y valoraciones de varones mexicanos*. México: El Colegio de México, 2006.

Benítez, Fernando. *Los indios de México*. México: ERA, 1993.

Beristáin, Helena. *Diccionario de Retórica y Poética*. México: Editorial Porrúa, 2003.

Bonfil Batalla, Guillermo. *México profundo. Una civilización negada*. México: CONACULTA/Grijalvo, 1989.

Bonfil, Carlos y Manuel Zozaya, “Reconocer la diversidad de identidades masculinas”. Entrevista con Victor Seidler en *Letra S*, suplemento cultural de *La jornada*, 6 de abril de 2000. En: <http://www.jornada.unam.mx/2000/04/06/ls-seidler.html> (Consultada el 6 de julio de 2006)

Borràs Castanyer, Laura. “Introducción a la crítica literaria feminista” en Marta Segarra y Àngels Carabí editoras. *Feminismo y crítica literaria*. Barcelona: Icaria/Mujeres y Culturas. 2000.

Brownmiller, Susan. *Contra nuestra voluntad*. Trad. Susana Constante. Barcelona: Planeta, 1975

Burin, Mabel. “La construcción de la subjetividad masculina” en *¿Todos los hombres son iguales?*, Barcelona: Paidós, 2003.

--- y Meler, Irene. *Varones: género y subjetividad masculina*. Buenos Aires: Paidós, 2004.

Bustamante, Gerardo. “Rasgos autobiográficos en *Rito de iniciación* de Rosario Castellanos”. En: <http://132.248.101.214/html-docs/lit-mex/18-1/bustamante2.pdf>. Consultado el 8 de febrero de 2010.

Carabí, Àngels. “Feminismo y masculinidad” en Marta Segarra y Àngels Carabí editoras. *Feminismo y crítica literaria*. Barcelona: Icaria/Mujeres y Culturas. 2000.

Carballo, Emmanuel. *Protagonistas de la Literatura mexicana*. México: Lecturas Mexicanas/Segunda serie, no. 58, 1986.

Carrión, Jorge. “Retablo de la política ‘a la mexicana’” en *El milagro mexicano*, México: Nuestro Tiempo, 1971.

Castellanos, Rosario. *Álbum de familia*, México: Joaquín Mortiz, 2001.

---. *Balún Canán*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.

---. *Cartas a Ricardo*, México: CONACULTA, 1996.

---. *Ciudad Real*, México: Punto de Lectura, 2003.

---. *Declaración de fe*. México: Alfaguara, 1997.

---. *El mar y sus pescaditos*, México: SEP/Asociación Nacional de la Industria del libro/Asociación Nacional del libro, 1997.

---. *El uso de la palabra*. México, Excélsior/Crónicas, 1974

---. *Juicios Sumarios I y II*. México: Fondo de Cultura Económica/Biblioteca Joven, 1984.

---. *Los convidados de agosto*, México: ERA, 2001.

---. *Meditación en el umbral. Antología poética*. México: Fondo de Cultura Económica, 2006

---. *Obras I, Narrativa*, México: Fondo de Cultura Económica/Lecturas mexicanas, 1998.

---. *Obras II, poesía, teatro y ensayo*. México: Fondo de Cultura Económica/Lecturas mexicanas, 2005.

---. *Oficio de tinieblas*, México: Joaquín Mortiz, 1996.

---. *Rito de iniciación*, México: Alfaguara, 1996.

---. *Sobre cultura femenina*, México: Fondo de Cultura Económica, 2005.

Castoriadis, Cornelius. *Figuras de lo pensable*. Trad. Jaques Algasi. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.

Chaves, José Ricardo. *Los hijos de Cibeles. Cultura y sexualidad en la literatura de fin del siglo XIX*. México: UNAM, 1997.

Chodorow, Nancy. *El ejercicio de la maternidad*. Trad. Oscar L. Molina Sierralta. Barcelona: Gedisa, 1984.

Chouciño Fernández, Ana G. *La imagen masculina en la novela de sensibilidad hispanoamericana*. Xalapa, Universidad Veracruzana, 2003.

Cixous, Hélène, *La risa de la medusa*. Prólogo y Trad. Ana María Moix. Barcelona: Anthropos, 2001.

Clendinnen, Inga. *Los aztecas. Una interpretación*. Trad. Alejandro Usigli. México: Nueva Imagen, 1998.

Connell, Robert W., *Masculinidades*. Trad. Irene Ma. Artigas. México: UNAM/PUEG, 2003.

Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia de la Lengua Española, tomo a/g, Madrid: Espasa, 1992.

Engels, Federico, *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, Moscú: Editorial Progreso, 1972.

Fanon, Franz. *Los condenados de la tierra*. Trad. Julieta Campos. México: Fondo de Cultura Económica, 1972.

Fe, Marina, compiladora, *Otramente: lectura y escritura feminista*. México: FCE/UNAM/Lengua y Estudios Literarios, 1999.

Fischer, Helen. *Por qué amamos. Naturaleza y química del amor romántico*. España: Santillana/Punto de Lectura, 248/2, 2005.

Flores Gómez, Javier “La reproducción simbólica de la violencia. Estudio de la ultramasculinidad en un contexto multicultural” En *Masculinidades. El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres*. México: Plaza y Valdés, S. A, 2008.

Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad*. Trad. Ulises Guñazú. México: Siglo XXI editores, 1988.

---. *Microfísica del poder*. Edición y traducción de Julia Varela y Fernando Alvarez-Uría. Madrid: Las Ediciones de La Piqueta, 1992.

---. *Vigilar y castigar*. Trad. Aurelio Garzón del Camino. México: Siglo XXI editores, S. A. 1976.

Franco, María Estela. *Otro modo de ser humano y libre. Semblanza psicoanalítica de Rosario Castellanos*. México: Plaza y Valdés, editores. 1989.

Freud, Sigmund. *Tótem y tabú*. Trad. Luis López-Ballesteros y de Torres. Madrid: Alianza Editorial, 1992.

Fromm, Erich. *El arte de amar*. Barcelona: Mondadori, 1985.

--- y Mac Coby, Michael. *Sociopsicoanálisis del campesino mexicano*. Trad. Claudia Dunning de Gago. México: Fondo de Cultura Económica, 1985.

Gil Iriarte, María Luisa, *Otro modo de ser humano y libre*, Huelva: Universidad de Huelva/Publicaciones, 1997.

---. *Testamento de Hécuba. Mujeres e indígenas en la obra de Rosario Castellanos*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1999.

Gilly, Adolfo, *La Revolución Interrumpida*, México: Ed. El Caballito, 1976.

Gómez Campos, Rubí de María. *El sentido de sí. Un ensayo sobre el feminismo y la cultura en México*. México: Siglo veintiuno editores/Instituto Michoacano de la Mujer, 2004.

Guerrero Guadarrama, Laura. *La ironía en la obra temprana de Rosario Castellanos*. México: Universidad Iberoamericana/Eón, 2005

Gutiérrez Castañeda, Griselda, *Feminismo en México. Revisión histórica-crítica del siglo que termina*, México: UNAM/Programa Universitario de Estudios de Género, 2002.

Goffman Erving, *Estigma*. Trad. Leonor Guinsberg. Buenos Aires: Amorrutu, 1970.

Khun, Thomas, *La estructura de las revoluciones científicas*, México: FCE. 1986.

Kimmel, Michael, “Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina” en *Masculinidad/ES*, Santiago de Chile: ISIS Internacional, Ediciones de las mujeres no. 24, 1997, pp. 49-62.

---. “La producción teórica sobre la masculinidad nuevos aportes” en *Fin de siglo. Género y cambio civilizatorio*. Santiago de Chile: Isis Internacional/Ediciones de las mujeres, no 17, 1992, pp. 129-138.

Lagarde, Marcela, *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México, D.F: UNAM/Col. Posgrado, 1993.

Laqueur, Thomas. *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Trad. Eugenio Portela. Madrid: Ediciones Cátedra/Crítica [Feminismos], 1994.

León-Portilla, Miguel. *El reverso de la conquista*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. 1983.

---. “Mesoamérica antes de 1519” en Bethell, Leslie ed. *Historia de América Latina. 1. América Latina colonial: La América precolombina y la conquista*. Barcelona: Editorial Crítica, 1990

---. *La Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. 1997.

--- y Librado Silva Galeana. *Huehuehlatolli. Testimonios de la antigua palabra*. México: Secretaría de Educación Pública y Fondo de Cultura Económica, 1991.

López González, Aralia. “Justificación teórica” en *Sin imágenes falsas, sin falsos espejos*, México: El Colegio de México/PIEM, 1995.

---. *La espiral parece un círculo*. México: Universidad Autónoma Metropolitana/Unidad Iztapalapa. 1991.

---. “Una nación a la humana medida” en Luz Elena Zamudio y Margarita Tapia. *Rosario Castellanos. De Comitán a Jerusalén*. Toluca: Tecnológico de Monterrey/CONACULTA/FONCA, 2006.

López Hernández Miriam y Jaime Echeverría García. “Transgresiones sexuales en el México antiguo” en *Arqueología Mexicana. La sexualidad en Mesoamérica*. Vol. XVIII – núm. 104, pp. 65 – 69.

Los misioneros de la CIA: Instituto Lingüístico de Verano. En <http://www.herenciacristiana.com/ultimacruzada/misioneroscia.html>. Consultada el 23 agosto de 2009.

Loyden Sosa, Humbelina. *Los hombres y su fantasma de lo femenino*. México: Universidad Autónoma Metropolitana/Unidad Xochimilco, 2001.

Luna Martínez, América. “De leonas y de cachorros” en *La Colmena*, no. 54, abril-junio 2007, pp. 98-101

---. "Personajes femeninos, ciudad y modernización en dos textos de Rosario Castellanos" en Cardoso y González comps. *Pensamiento Social Latinoamericano. Perspectivas para el siglo XXI*, Tomo 1. México: Universidad de Cuenca/UAEM/UNAM/CONESUP, Ecuador, 2010, pp. 289-303.

---. "Soledad en llamas. Aproximaciones al pensamiento filosófico y político de Rosario Castellanos" en Saladino y Chen comps. *La nueva Nao: de Formosa a América Latina. Intercambios culturales, económicos y políticos entre vecinos distantes*. Taipei: Universidad de Tamkang, 2008, pp. 305-318.

Malvido, Adriana. *Nahui Ollin: La mujer del sol*, Madrid: Circe, 2002.

McKee Irwin, Robert. *Bandits, captives, heroines and saints: cultural icons of Mexico's northwest borderlands*. University of Minnesota Press, 2007.

---. *Mexican Masculinities*, Minneapolis/London: University of Minnesota Press, 2003.

---, Mc Caughan, Nasser. *The famous 41: sexuality and social control in Mexico, c.1901*. New York: Palgrave Macmillan, 2003.

Marx, Carlos. *La Ideología Alemana*, México: Fondo de Cultura Popular, 1976.

Matos Moctezuma, Eduardo. *Muerte al filo de la obsidiana*. México: SEP/Lecturas Mexicanas no. 50, 1986.

Medina, Antonio. "Queer: la seducción de la diferencia", Entrevista a Héctor Domínguez Ruvalcaba" en *Letra S*, suplemento de *La Jornada*, México. En: <http://www.jornada.unam.mx/2003/10/02/ls-cara.html>. (Consultado el 4 de agosto de 2008)

Meléndez, Priscilla. "Genealogía y escritura en *Balún Canán* de Rosario Castellanos" en *MLN* 113.2 (1998) 339-363. En: <http://muse.jhu.edu/login?uri=/journals/mln/v113/113.2melendez.html> (Consultada el 20 de abril de 2009)

Millán de Benavides, Carmen y Ángela María Estrada Mesa Editoras. *Pensar (en) género. Teoría y prácticas para nuevas cartografías del cuerpo*, Bogotá: Universidad Javeriana/Ed. Pontificia, 2004.

Millett, Kate. *Política sexual*. Trad. Ana Ma. Bravo García. México: Aguilar, 1975.

Millington, Mark. *Hombres in/visibles. La representación de la masculinidad en la ficción latinoamericana, 1920-1980*. Trad. Sonia Jaramillo. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2007.

Milmoun Sylvain y Lucien Chaby. *La sexualidad masculina*. México: Siglo XXI editores, 2001.

Mills, C. Wright. *Imaginación sociológica*. Trad. Florentino M. Torner. México: Fondo de Cultura Económica, 1970.

- Moi, Toril. *Teoría Literaria Feminista*. Trad. Amaia Bárcena. Madrid: Cátedra/Crítica y estudios literarios, 1995.
- Monsiváis, Carlos. *Escenas de pudor y liviandad*. México, D. F: Grijalvo, 1988.
- Morgan, María Isabel. *Sexualidad y sociedad en los aztecas*. Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México, 1983.
- O'Gorman, Edmundo *La invención de América*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Olivares, Cecilia, *Glosario de términos de crítica literaria feminista*, México: El Colegio de México, 1997.
- Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica, 1972.
- Pérez Martínez, Cristina y Recino Reyes, José Antonio. *Sacamch'en (San Andrés Larrainzar): Historia y transformación de las relaciones de género al interior de una comunidad tsotsil [sic]*. Tesis para obtener el grado de Ingeniero Agrónomo especialista en Sociología Rural. Universidad Autónoma Chapingo, Diciembre de 2000.
- Pimentel, Luz Aurora. *El relato en perspectiva*. México: Siglo XXI editores, 2005.
- Poniatowska, Elena. *¡Ay vida no me mereces! Carlos Fuente, Rosario Castellanos, Juan Rulfo, la literatura de la Onda*. México: Joaquín Mortiz/Contrapuntos. 1985.
- . *Las siete cabritas*. México: Ediciones ERA/40, 2001.
- . "Prólogo" en Rosario Castellanos. *Meditación en el umbral. Antología poética*. México: Fondo de Cultura Económica. 1985.
- Pozas Arciniégas, Ricardo. *Juan Pérez Jolote*. México: Fondo de Cultura Económica, 1972.
- Prado, Gloria. *Creación, Recepción y efecto*. México: Diana, 1992.
- Quezada, Noemí. *Amor y magia amorosa entre los aztecas. Supervivencia en el México Colonial*. México: UNAM, 1996.
- . *Sexualidad, amor y erotismo. México Prehispánico y México Colonial*. México: UNAM/Plaza y Valdés, editores, 1996.
- Ramírez, Santiago. *El mexicano. Psicología de sus motivaciones*. México: Ed. Pax-México, 1966.
- Ramos, Samuel. *El perfil del hombre y la cultura*, México: Espasa Calpe, 1968.
- Rodrigáñez, Casilda. *El asalto al Hades. La rebelión de Edipo. Iera. Parte*. Alicante: Hurpograf, 2004.

Romano, Ruggiero. *Los conquistadores. Los mecanismos de la conquista colonial*. Buenos Aires: Editorial Huemul S.A. 1978.

Rubin, Gayle. "Tráfico de mujeres. Notas sobre la 'economía política' del sexo" en Marta Lamas (compiladora). México: PUEG/Miguel Ángel Porrúa, 2003.

Sabrina Harman: la cara sonriente de la pornotortura. (<http://noticiasar.terra.com.ar/tecnologia/interna/0,,OI2768240-EI9845,00.html>). Consultada el 14 de octubre de 2010.

Sánchez Pardo, Esther. "Estilos (modernistas) del incesto: *el Familienroman de Djuna Barnes*" en Tubert, Silvia (editora) *Figuras del padre*. Madrid: Crítica [Feminismos], 1997, pp. 219-254.

Sau, Victoria, *Diccionario Ideológico Feminista, vol. I*, Barcelona: Icaria, editorial, S. A., 2000.

Segarra, Marta. "Feminismo y crítica postcolonial" en Marta Segarra y Àngels Carabí. *Feminismo y crítica literaria*. Barcelona: Icaria/Mujeres y Culturas, 2000. Pp. 71 – 94.

Segarra, Marta y Àngels Carabí, compiladoras. *Feminismo y crítica literaria*. Barcelona: Icaria/Mujeres y Culturas, 2000.

---. *Nuevas Masculinidades*. Barcelona: Icaria/Mujeres y Culturas, 2000.

Segato, Rita Laura. *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 2003.

Seidler, Victor J. *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*. México, D. F: UNAM/PUEG/Paidós. 2000.

---. "La violencia: ¿juego de hombre? En *Masculinidades. El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres* México: Plaza y Valdés, S. A. 2008, pp. 113-130.

---. *Man enough. Embodying Masculinities*. London, Thousand Oaks, New Delhi: SAGE Publications, 1997.

---. "Masculinidades, hegemonía y vida emocional" en *Debates sobre masculinidades*. México: UNAM/PUEG, 2006.

Shinoda, Jean. *Los dioses para cada hombre. Una nueva psicología masculina*. Trad. Alicia Sánchez. Barcelona: Kairós, 1999.

Tacca, Oscar. *Las voces de la novela*. Madrid: Editorial Gredos, 1978.

Tapia Arizmendi, Margarita. *La configuración del personaje masculino de ficción en cuatro escritoras latinoamericanas*. México, D. F: Universidad Iberoamericana. Tesis doctoral, 2001.

---. "Rosario Castellanos: Ser por la palabra". Alberto Saladino (compilador), *Humanismo mexicano del siglo XX*, Toluca: UAEM, 2004.

Tubert, Silvia (editora). *Figuras de la madre*. Barcelona: Feminismos/Cátedra, 1996.

---. *Figuras del padre*, Barcelona: Feminismos/Cátedra, 1997.

Tuñón, Julia. "Ensayo introductorio. Problemas y debates en torno a la construcción simbólica de los cuerpos" en Tuñón (Compiladora) *Enjaular los cuerpos. Normativas decimonónicas y feminidad*. México: El Colegio de México, 2008.

Todorov, Tzvetan. *La conquista de América. El problema del otro*. Trad. Flora Bottom Burlá. México: Siglo XXI editores, 2007.

---. *Nosotros y los otros*. Trad. Martín Mur Ubasart. México: Siglo XXI editores, 2005.

Traven, Bruno. *La rebelión de los colgados*. México: Selector. 1987.

Vegetti-Finzi, Silvia. "El mito de los orígenes. De la madre a las madres, un camino de la identidad femenina" en Silvia Tubert, *Figuras de la madre*. Barcelona: Feminismos/Cátedra, 2000.

Viñas Piquer, David. *Historia de la crítica literaria*. Barcelona: Editorial Ariel, S. A., 2002.

Weeks, Jeffrey. *Sexualidad*. Trad. Mónica Mansour. México: UNAM/PUEG/Paidós, 1998.

Whelehan, Imelda, *Modern feminist thought: From the second wave to "Post-feminism*, 1995: Edimburgh University Press. y traducido y distribuido por Txema Espada en: http://www.sindominio.net/~txespa/heef_revisado.rtf. Texto consultado en agosto de 2007.

Woolf, Virginia, *Un Cuarto propio*. Traducción de M^a. Milagros Rivera Garretas Madrid: horas y HORAS, la editorial, 2003.

Zamudio, Luz Elena y Margarita Tapia. *Rosario Castellanos. De Comitán a Jerusalén*. Toluca: Tecnológico de Monterrey/CONACULTA/FONCA, 2006

Otras fuentes electrónicas

<http://www.sil.org/mexico/ilv/iAguirre.htm>. Consultado el 20 de septiembre de 2009.

<http://www.anestesia.com.mx/jurhipoc.html>. Consultada el 12 de julio de 2010

[http://www.network54.com/Forum/223031/message/1035124542/*%26quot%3BGutierrez%26quot%3B*\(M%E9xico,+1958\)*](http://www.network54.com/Forum/223031/message/1035124542/*%26quot%3BGutierrez%26quot%3B*(M%E9xico,+1958)*). Consultado el 22 de noviembre de 2009.

<http://cinemexicano.mty.itesm.mx/peliculas/familia.html>. Consultado el 3 de octubre de 2007.

<http://cinemexicano.mty.itesm.mx/peliculas/perla.html>. Consultado el 12 de septiembre de 2010.

http://www.elpais.com/articulo/ultima/Stieg/presencio/violacion/siempre/sintio/culpable/elpepugen/20090922elpepiult_2/Tes. Consultada el 10 de septiembre de 2010

<http://universotlp.activoforo.com/Sybil-h8.htm>. Consultado el 20 de octubre de 2010.

<http://noticiasar.terra.com.ar/tecnologia/interna/0,,OI2768240-EI9845,00.html>. Consultado el 20 de octubre de 2010.

<http://cuentame.inegi.org.mx/impresion/poblacion/esperanza.asp>. Consultado el 24 de junio de 2007.